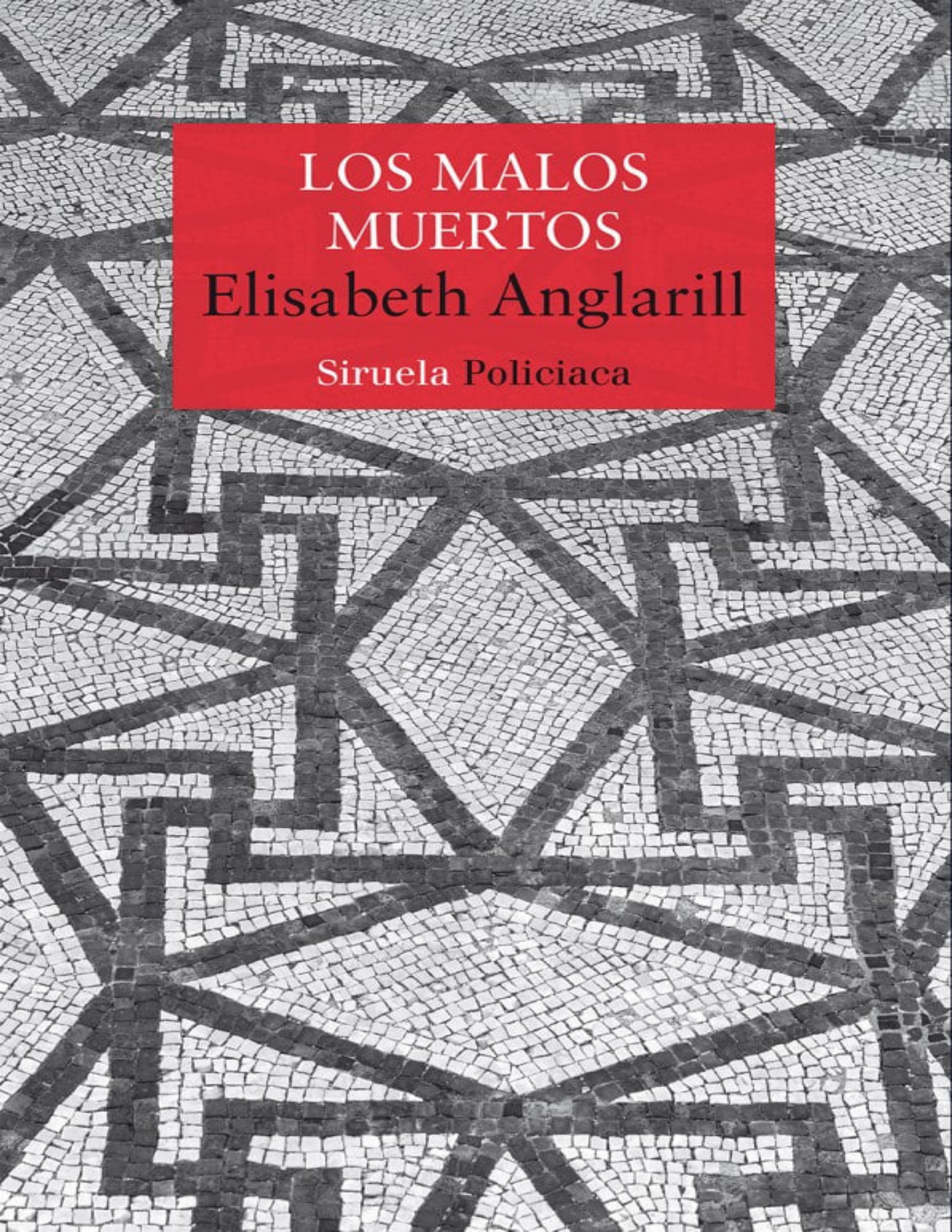
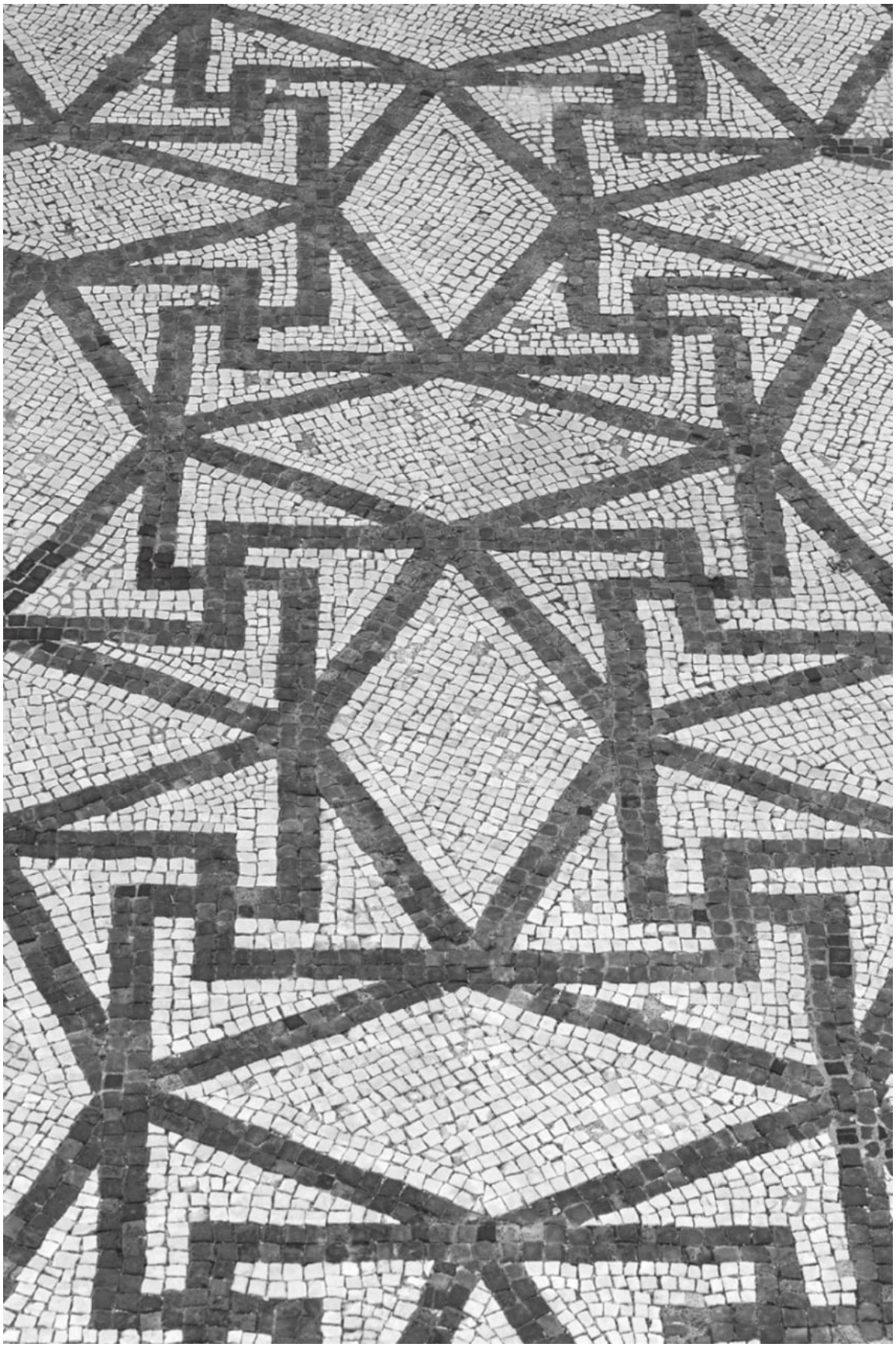

LOS MALOS
MUERTOS
Elisabeth Anglarill
Siruela Policiaca



Elisabeth Anglarill

LOS MALOS MUERTOS

Siruela

Nuevos Tiempos Policiaca

Edición en formato digital: marzo de 2026

En cubierta: fotografía © J2R / iStock
© Elisabeth Anglarill, 2026
© Ediciones Siruela, S. A., 2026

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, *www.cedro.org*) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
www.siruela.com

ISBN: 979-13-88032-83-7

Conversión a formato digital: María Belloso

A Cèlia

1

—¿Y si te digo que hoy no tomo café? —dijo Alex con una sonrisa desafiante. Diego le había puesto la taza en la barra al tiempo que ella se sentaba en el taburete buscando la traviesa con los pies.

—Lo recalentaré para el próximo cliente… como a lo mejor he hecho con este… —le devolvió Diego.

—Creo que me tomaré dos…

—¿Otra mala noche?

—No paro de dar vueltas en la cama durante horas…

—Estás nerviosa.

—¿Nerviosa por qué? Si todo está como siempre, lo más excitante que pasó ayer fue la multa que le puse a una furgoneta mal aparcada. Era de un holandés y no veas cómo se puso el tipo, y yo que creía que los holandeses eran tranquilos, ¡menudo energúmeno!

—Ya llega el verano…

—Y será mi muerte.

Diego la dejó para atender a otros clientes, los habituales que cada mañana se dejaban caer por el bar Medusa para desayunar o tomar un café, simplemente por romper la rutina laboral. En el Medusa se recogían novedades, se compartían opiniones y se creaba una suerte de conciencia colectiva, un pensamiento comunitario útil para repetir luego en cualquier tertulia.

Alex Sabell hojeó distraída *El Punt*, el diario local, mientras arrancaba la mañana de primeros de junio. Un mechón negro le caía por la frente y le tapaba un ojo. Ocultaba la mirada de unos ojos de color incierto y taciturno, a veces gris, a veces verde. Su mano derecha jugueteaba con unos ojos de santa Lucía, unas pequeñas conchas recogidas en la playa que guardaba en el bolsillo de su

pantalón de uniforme.

El aire era todavía ligero, pero ella ya había notado el clic que marca el inicio del verano: un espesor al respirar, un ambiente más oloroso; pequeñas pistas intangibles que marcaban el estado de ánimo de los habitantes de L'Escala. La señal de que había que dejarlo todo a punto para el despegue del verano con todo lo que suponía para esta población del norte de la Costa Brava.

A Alex, como a la mayoría, le esperaba más trabajo. La policía local no tenía que ocuparse solo de sus parroquianos, sino de toda una población nómada, desorientada, cambiante y con ganas de relajarse o, peor aún, divertirse. Socorrer a turistas no le suponía un gran reto profesional, pero era más distraído que las tediosas horas de invierno patrullando por calles casi desiertas.

En el periódico nada llamaba su atención: un pleno más del ayuntamiento de Roses enredado en los recortes presupuestarios; unas obras de la carretera C-252 que se eternizaban y generaban protestas vecinales; un escritor local galardonado con un premio literario de cierto renombre, y los anuncios, entre ellos el de Inmobiliaria Mané, en la que trabajaba su madre como agente.

En algún momento Alex le enviaría un wasap de respuesta a su saludo matinal. Cada mañana desde que se había independizado, meses atrás, su madre le preguntaba cómo había pasado la noche. Miró el móvil sin activarlo. Le costaba transigir con ese exceso de atención. Le había costado demasiado convencerla de que a los treinta y tres años ya tenía edad de sobra para irse de casa, aunque fuera a pocos minutos de su progenitora.

—Diego, ¿me pones otro? Para llevar. Americano.

No lo reconocería nunca, pero salir del local con el café en la mano, en un vaso desechable, y andar así por la calle le daba aplomo porque emulaba a sus personajes favoritos de las series policíacas con las que consumía sus noches. La diferencia era que su próxima misión al cruzar el umbral sería sumarse a sus compañeros, Carreras y Forcada, para ultimar los preparativos de seguridad para el concierto de *jazz* que ofrecería un cuarteto de Girona en la plaza

Víctor Català.

Mientras saturaba de azúcar moreno el vaso de café sonó el móvil. Antes de responder dejó que sonara tres veces. Aunque lo tuviera en la mano siempre lo hacía. Resopló al ver quién la llamaba.

—Alexandra, ¿ya estás en marcha? —Sin esperar respuesta la voz añadió—: Ven de inmediato al *parking* de las ruinas. Esto es gordo.

Alex salió sin pagar y sin café.

El día anterior, no muy lejos de allí, Jérôme Tolbert, un hombre en la cincuentena larga, había llegado de París para instalarse en un estudio con vistas al mar. Solo y con un equipaje escaso pero pesado, porque llevaba consigo muchos libros y un ordenador.

El estudio alquilado tenía todo lo que necesitaba, que era poco. Se instaló en tiempo récord y salió a proveerse de comida y pasta de dientes en un supermercado que le recomendó la dueña. Acarreó sus compras sin demasiado esfuerzo por la escalera. Se preparó una buena ensalada con las afamadas anchoas locales y una hamburguesa. Ya tendría tiempo de comprar buen pescado. Mientras comía volvió a leer el tríptico: «66.º Curso de Arqueología de Empúries. Del 15 de junio al 5 de julio de 2012. *Urbem vivere*. La vida urbana en la Empúries romana». En la fotografía que decoraba el folleto azul cobalto aparecía un mosaico. Representaba a una perdiz extrayendo joyas de un cesto de mimbre. Lo sorprendió el detalle del plumaje del ave y el hecho de que fuera una perdiz, y no una urraca, la que robaba objetos brillantes. Durante veinte días se dedicaría en cuerpo y alma a ese curso; las prácticas obligatorias que le exigían en su máster de Arqueología Ambiental. Se había apuntado para llenar el vacío amenazador en los primeros meses de su nueva vida de prejubilado.

Esa mañana en L'Escala se levantó temprano, como solía hacer. Vio una leve sonrisa ufana en el reflejo de su cara en el cristal del ventanal que daba al mar, frente a unas vistas muy alejadas de los tejados grises de su barrio de la République. Se dio una ducha

encajonado en un baño un poco exiguo para alguien que ya empezaba a crecer a lo ancho. Con el cabello entrecano y grueso aún mojado, se ató los cordones de sus cómodas deportivas, dispuesto a dar un paseo hasta las ruinas que iban a ser su segundo hogar. Quedaban cuatro días para el inicio del curso. Se sentía no ya lejos de París, sino en otro planeta.

Salió del edificio de su estudio en una de las construcciones más voluminosas de L'Escala, un bastión de apartamentos turísticos. No se cruzó con nadie ni en la escalera ni en la parcela ajardinada. No había ropa tendida en las terrazas ni bicicletas apoyadas en la fachada. Jérôme suspiró satisfecho.

En apenas un par de minutos alcanzó con su paso enérgico la bifurcación que señalaba el inicio del camino de ronda que bordeaba las ruinas, el conjunto arqueológico griego y romano de Empúries. El sendero cruzaba por un pequeño puente un arroyo escuálido casi oculto entre juncos y tamariscos, y dejaba atrás una carretera de circunvalación justo unos metros antes del antiguo lavadero del pueblo.

Los restos arqueológicos no estaban demasiado lejos, y en la cabeza de Jérôme crecía la excitación que uno experimenta cuando está a punto de descubrir un objetivo ansiado. Esa culminación de la expectativa, que solo satisface si la espera ha sido larga, se mezclaba con la idea más prosaica de que ese paseo matinal iba a ser realmente corto si no lo extendía más allá de las ruinas. Le iba a costar un tiempo abandonar los andares casi marciales que estaba acostumbrado a utilizar en una ciudad fría y grande como París, que requería grandes zancadas.

Se detuvo al cruzar el puente para admirar la cala que se extendía, desierta, delante de él, recogida entre unas dunas colonizadas por los pinos. Detrás se atisbaban tres o cuatro chalés.

Jérôme levantó el rostro haciendo un esfuerzo por apreciar una brisa tímida. Su mente estaba más preparada para contar metros, numerar personas o analizar indicios. Encontraba vacuas las sensaciones. Sin embargo, tal vez se estaba dejando llevar por algo

parecido en ese mismo instante, pero fue breve, porque un empujón seco e intencionado lo apartó a un lado del camino. Estaba tan relajado que no reaccionó ni de palabra ni de acción. Y solo oyó una disculpa de alguien que no esperaba respuesta. Alex se alejaba a todo correr adentrándose por el camino en un pinar entre las dunas. Para él era solo una agente de la policía local de mediana edad, de manos grandes, con el pantalón más ceñido que cómodo y con un buen esprint.

En el aparcamiento del conjunto arquitectónico de Empúries reinaba un silencio que no se ajustaba a la cantidad de personas y maquinaria que se había acumulado allí. Era un silencio grave, circunspecto. El instinto, ante los hechos, empujaba a operarios, empleados, autoridades de las instalaciones y policías a hablar en voz baja, con ese automatismo que se aplica en las iglesias o los museos. Una excavadora y una apisonadora, ambas de pequeño calado, estaban detenidas como si sus conductores las hubieran abandonado escapando de algo. La mayoría de las personas presentes se agolpaban y miraban al suelo en el extremo sur del solar, que estaba en obras por la instalación de dos casetas para la que sería la última y definitiva ampliación: un gran centro de visitantes. Entre las cabezas, Alex distinguió la cabellera blanca de su jefe, el inspector Morata, que escuchaba hierático la charla gesticulante del director del museo. Era la cara que ponía cuando le parecía que tenía que ser solemne, pensó ella. Los rostros, los gestos, la disposición de las máquinas: observó la escena unos segundos antes de hacerse visible para el inspector.

También estaban Manolo Carreras y Tomás Forcada, recién llegados y a la espera de instrucciones. El asunto parecía del calado suficiente como para convocar a todos los agentes de guardia.

—Sabell —la llamó el inspector al verla, alejándose del director del museo—, lo que les estaba contando a Carreras y Forcada… La excavadora se acaba de topar con lo que parecen unos restos

humanos en aquella esquina del aparcamiento.

—¿Y para qué nos llaman a nosotros?

—Son unos restos en demasiado buen estado para ser tan antiguos.

—Hay cadáveres que aguantan momificados durante siglos…

—No está claro, Manolo, por eso nos han llamado —insistió el inspector.

El director del museo se les había acercado y estaba escuchando la conversación.

—No responde a ningún patrón de enterramiento conocido aquí en Empúries y está en un nivel muy superior. Claro que, a falta de mayores análisis, como una secuencia estratigráfica y pasar el georradar por si detecta una anomalía magnética, solo nos basamos en la inspección ocular.

Alex intervino entonces, molesta por el vocabulario pretencioso.

—Por parte de la investigación policial habrá que efectuar el cronotanatodiagnóstico para avanzar en la identidad del cuerpo.

Morata le clavó los ojos con reproche; Carreras y Forcada se miraban de reojo.

—¿Quiere que para cerciorarnos también se le pida a la científica que lo pasen por cromatografía de gases?

El inspector Morata y Rogeli Vilaseca, el director del museo, iban enrojeciendo de forma simultánea y por razones distintas.

—Claro, claro, como vosotros veáis… Yo solo digo que en esta área del recinto se habían hecho todas las catas para asegurarnos de que no había ningún resto relevante, así que es del todo ilógica la presencia de este cadáver —acabó la frase alejándose otra vez, en busca de uno de sus colaboradores.

Gabriel Morata, el jefe de Alex, la estaba fulminando con la mirada. Sus labios finos se contraían y las arrugas que escalonaban la piel alrededor de los ojos se multiplicaban.

—A veces no sé quién te crees que eres para sentirte con la autoridad de ridiculizar a la gente.

—Venga, jefe, a ti también te saca de quicio.

—Este asunto es serio, Alexandra, mis fobias las dejo fuera del horario laboral —concluyó el inspector—. Carreras: llama a los Mossos y al juez. Tendrá que decidir si determina levantamiento de cadáver. Forcada, pégate a los arqueólogos que se pongan con el asunto, asegúrate de que no toquen nada si no lo autoriza el forense. Sabell, tú interroga a los operarios de las máquinas y a cualquiera que esté por aquí que pueda servirnos de algo mientras llegan los Mossos.

Alex optó por diluirse entre los curiosos que rodeaban la zanja y no protestar por la asignación de tareas. El grupo iba creciendo por minutos. Si al principio solo estaba la brigada de la obra, algún técnico del yacimiento y las empleadas de la limpieza del museo, ahora el resto de trabajadores del recinto estaban incorporándose a sus puestos y ninguno pasaba sin detenerse, sorprendido por el revuelo. Alex se abrió paso con sus manos rotundas. Vio con total claridad un esqueleto en el fondo de una zanja de menos de un metro. Estaba cubierto de jirones de tejido. Distinguió los huesos, que habían adquirido el color del paso del tiempo, sombrío y gris. Estaban casi absorbidos por el terreno. Para Alex, el cuerpo presentaba el abandono desgarbado de quien ya no se preocupa de sí mismo. Nadie lo había limpiado aún, ni lo habían tocado siquiera. La osamenta solo mostraba partes aisladas, como islas entre el polvo, alguna superficie lisa, otra astillada. El esqueleto había evitado el zarpazo de la excavadora porque un poste metálico bien encementado le había hecho de parapeto; al retirarlo se había removido la tierra desvelando los restos humanos. Alex no sabía nada de arqueología, pero estaba segura de no haber oído jamás que los romanos o los griegos usaran botones.

2

Por fin se detuvo la diligencia. Se apeó confundido entre los demás pasajeros, ansiosos por dejar la cabina polvorienta y atestada. Se recompuso unos mechones de pelo lacio, se ajustó la corbata y se abrochó la chaqueta. Solo entonces miró a su alrededor. La plaza angosta bullía de gente que iba y venía y parecía tener un propósito en la vida. Le llamó la atención un automóvil que circulaba a trompicones. La corte infantil que llevaba detrás se desternillaba de risa a cada estallido del motor. Y por encima de todo, el joven arqueólogo Mateu Mercader detectó el olor a salitre que lo impregnaba todo, los edificios, la tierra, los hombres y las mujeres.

Cuando recuperó el saco y la maleta heredada que constituían su equipaje echó a andar hacia el mar. Pese a haber vivido hasta entonces en Barcelona, pocas veces lo veía. En la plaza que se abría a la playa, nadie pareció fijarse en él ni en su traje de los domingos. No hacía mucho que las *barcadas* habían regresado a puerto, y ya habían descargado las sardinas. Después de la noche faenando, calando de madrugada, era el momento de recoger las velas, enrollar cabos, pasar un cubo de agua por cubierta y recuperar los canastos de mimbre. Algunos *esquenapelats*, como llamaban en la comarca a los habitantes de L'Escala, hacían honor a su nombre empujando con la espalda las barcas hacia la arena. Relingas de corcho y cestos de mimbre hondos y anchos salpicaban la playa. A los ojos de Mateu era una escena costumbrista y exótica, una coreografía ensayada durante siglos. Se tomó su tiempo recogiendo cada detalle en la retina.

—¿Va para las ruinas? —musitó a su lado un anciano.

—¿Cómo lo sabe?

—Usted no viene a comprar pescado. Y si viniera a visitar parientes o a vender, ya lo estaría haciendo.

Le miró por primera vez con unos ojos perdidos entre arrugas y pelo ralo mal afeitado. En sus manos sostenía un cabo. Su aliento apestaba a tabaco de liar de mala calidad.

—¡Pauet! —Un muchachito que recogía redes levantó la cabeza a la expectativa—. El chico puede llevarle con la mula. Le cobrará solo diez céntimos.

—No hace falta, muchas gracias. Puedo llevar mi equipaje yo mismo. Me han dicho que no está lejos.

—Lejos no está, pero la maleta le pesará el doble cuando llegue.

—Déjelo, de verdad, muchas gracias.

El viejo se encogió de hombros y siguió recogiendo cabo con sus manos acartonadas. Mateu se sintió obligado a ponerse en marcha. Se alisó la americana color café con leche, cargó el saco a la espalda y agarró la maleta con arrojo. El titubeo lo traicionó.

—Perdone, ¿hacia dónde está Empúries?

El pescador ni siquiera lo miró, señaló hacia el norte con la cabeza sin desviar los ojos de su tarea y al mismo tiempo gritó:

—Catalina, Antonia, ¡espabilad, que vais tarde!

Apretaron el paso dos mujeres, una anciana y otra que parecía su hija, que empujaban un carretón con dos enormes canastos. Se alejaban hacia el centro del pueblo por una calleja angosta entre dos hileras de casas de marineros con fachadas desconchadas. Se azuzaban la una a la otra con prisa. La playa estaba llena de barcas, pero el trasiego de pescado hacia las fábricas de salazón ya había tenido su hora álgida.

Ahora Mateu solo tenía que echarse a andar. Era el último tramo de un viaje que había empezado a las cinco de la mañana en la estación de tren de Francia. El cansancio hacía mella en sus huesos. Solo la ansiedad seguía moviendo sus piernas: lo estaban esperando en las flamantes excavaciones arqueológicas de las ruinas griegas de Empúries.

El mar a su derecha era el mismo que le traía cada día la humedad

por la ventana en su casa en Barcelona, y parecía otro. El olor que le llegaba era más orgánico, como si toda la vida que albergaba amenazara con aparecer en la superficie. La brisa del mes de mayo era todavía fresca, pero arrastraba la sal que se le pegaba a los labios. O tal vez eran solo imaginaciones. Siguió por un camino de tierra tostada por el sol, entre roquedos y descampados.

Después de tantas horas en una diligencia con los ojos comiendo polvo, a Mateu las pupilas le escocían con la brisa, la sal y la enormidad del paisaje. Tal vez eso también contribuía a que sintiera el pulso acelerado. O tal vez solo era que en su afán por llegar a su destino apretó el paso y olvidó que cargaba con un equipaje que multiplicaba su peso cada pocos metros. Frente a Mateu el camino se adentraba en lo que se adivinaba eran huertas. A su derecha otro sendero seguía bordeando el litoral entre dunas apenas colonizadas por matojos resistentes a los vientos y el salitre y unas viñas escuálidas.

Se detuvo. Dudaba. Más adelante a su izquierda un grupo de mujeres se agrupaba en torno a un lavadero. Entretenido en escuchar el mar, no había percibido sus voces despreocupadas hasta que alcanzó la fuente que llenaba el pequeño aljibe. Había charcos sobre las piedras desgastadas por el agua y los pasos constantes. Mateu se detuvo y su presencia interrumpió las conversaciones.

—Buenos días, señoras —saludó Mateu.

—Buenos días —respondieron en un murmullo automático algunas mujeres.

Alguna enarcó la ceja, poco acostumbrada a un tratamiento así. Otras continuaban marcando el ritmo enérgico del lavadero; paleaban su colada blanca con un ruido seco y hueco.

—Voy hacia las ruinas, ¿me podrían indicar el camino?

—Siga el sendero junto al mar, no tiene pérdida —contestó una mientras se secaba las manos en el delantal, aliviada de poder estirar la espalda—. Acaba de llegar, ¿no?

—Sí, señora. Ya lo ve —repuso Mateu levantando la maleta.

—No, no es por eso… Es que lleva los zapatos muy limpios. ¡Ya

verá cuando lleve una semana en ese secarral!

Mateu inclinó su sombrero de paja en señal de saludo con una sonrisa cortés. Le disgustó que la lavandera se refiriera a las ruinas históricas como un secarral. Mientras se alejaba oyó que una de ellas exclamaba:

—No entiendo cómo no ha pagado una mula para llegar hasta allí, ¡con todo ese equipaje!

Era pesado andar porque el camino era de arena, caprichosa y traidora. Sus botines de cuero se empolvaban, y se le pegaba la camisa al cuerpo por el sudor. El cuello almidonado le asfixiaba. Adivinó a lo lejos una nube de polvo, y en ese mismo instante se cruzó con un campesino que empujaba una carretilla llena de bloques de piedra. Tuvo que dejarle paso al ver que el conductor se las veía y se las deseaba para mantener el equilibrio de su carga. Mateu se apartó, el mozo musitó un saludo y pasó de largo, pero él trastabilló y soltó la maleta, que se rebozó de arena al caer. Lo inundó un desánimo desproporcionado. Le ardían los ojos y la cabeza. Esa maleta estropeada era él, maltrecho por la tensión de las últimas semanas, preso por la lucha interna antes de aceptar el nuevo trabajo, que por un lado le abría la posibilidad de labrarse un futuro y por otro lo separaba de su exigua familia: su madre y su hermana, a las que estaba apegado hasta la devoción.

Rebuscó en sus bolsillos, sacó un pañuelo azul conforme a la moda de Londres, y cuando levantó la cabeza para secarse el sudor descubrió un auténtico hervidero de gente, de carretillas, de grúas y raíles, y de otros instrumentos que no reconocía; peones y capataces se movían entre montículos de tierra y zanjas de donde procedía la nube de polvo que había visto. Varias cabezas inclinadas, cubiertas con sombreros de paja o pañuelos de algodón, deambulaban entre piedras apiladas y marcadas con números pintados con tiza. Se oían órdenes y discusiones, picos y palas, chirridos y exclamaciones de esfuerzo. Delante de él estaba el

yacimiento. Delante de él estaba el resurgimiento de una civilización enterrada. Cogió la maleta con determinación y se encaminó hacia allí.

Mateu Mercader llegó al yacimiento sudoroso y cubierto de polvo. Nadie pareció reparar en él. El conjunto arqueológico de Empúries ya se apuntaba con cierta definición. La Neápolis griega había mostrado alguno de sus tesoros desde 1908, año de inicio de las excavaciones oficiales. Así se lo había explicado a Mateu el secretario de la Junta de Museos de Barcelona, quien lo había contratado. Cuatro años después, a simple vista, el yacimiento era un macizo montañoso en miniatura, con montes y vaguadas, apuntalado con andamios de madera. Esa imagen caótica, de lugar destruido y en construcción al mismo tiempo, es la que impactó en las retinas de Mateu. El joven estaba poco acostumbrado a las excavaciones arqueológicas, a pesar de su brillante licenciatura en la Universidad de Barcelona.

Las tres hectáreas del yacimiento estaban sembradas de raíles por los que circulaban vagonetas empujadas con dificultad por peones de todas las edades. Entre la tierra constantemente removida para cavar zanjas no crecía ni la más triste mala hierba, porque nada podía enraizar en los meses de verano, cuando la campaña estaba en su apogeo. Los chirridos de las ruedas de hierro herían los oídos, pero cualquier otro sonido no era más amable: el pico que se estrellaba en las piedras, la arenisca que se escurría entre las palas, las poleas que subían capazos desde las zanjas…

¿Dónde estaba el trabajo preciso y minucioso? ¿El orfebre de la historia, el erudito que excavaba entre cantos inspiradores? Mateu había soñado con Empúries, inflamado por las proclamas románticas de sus colegas y sus lecturas míticas de excavaciones como las de Schliemann en Troya. Pero ahí delante solo veía un trasiego de polvo, arena y piedra. Y una mueca de disgusto le torció el gesto.

Se adentró en el hervidero a través de los gruesos muros de la

muralla griega. Detrás, a la izquierda, dos mozos estaban sentados en el suelo, buscando sombra. Fumaban tabaco de liar y bebían de un porrón un vino tinto de color parduzco. Tenían la cara polvorienta, y en los gruesos dedos apenas se distinguían las uñas. No hablaban entre sí, y Mateu no esperó que tuvieran palabras para él. No obstante, uno de ellos, el más joven, de ojos verdes afilados, le dijo:

—Buenos días, ¿qué se le ofrece?

—Busco al señor Jaime Gavalda, ¿está por aquí?

—Estará, la última vez que lo vi andaba por el convento.

—¿El convento? —se sorprendió Mateu.

—Sí, ahí arriba, en esa colina —insistió el muchacho señalando hacia el noroeste. Las ruinas que le indicó estaban a tanta distancia que Mateu no consiguió datarlas—. Pregunte al capataz, seguro que lo sabe. El de la boina gris.

A pocos metros, un hombre de unos cuarenta años, de constitución corpulenta, estaba enfrascado junto a otro individuo en sujetar con cuerdas tres estacas de madera que sobresalían de una zanja poco profunda. El hombre movía los labios con frases cortantes; Mateu supuso que daba instrucciones a su ayudante.

Sin atreverse a abrir la boca, Mateu se acercó, miró dentro de la zanja y distinguió trozos de lo que parecían vasijas o vasos de barro incrustados en la tierra.

—¿Es usted el nuevo? ¿El asistente del señor Gavalda? —le espetó al verle Pere Pascual, el capataz del yacimiento.

—Soy el nuevo arqueólogo, si a eso se refiere.

—O sea, el ayudante. Siéntase como en casa. Aunque espero que su casa sea más cómoda que esto… —respondió Pere sin mirarle.

—Estoy buscando al señor Gavalda para presentarme —cortó Mateu.

Mientras, los tres postes de madera por fin habían encajado y los dos hombres habían podido amarrarlos.

—Está arriba, en el convento, con unos representantes de la Junta de Museos.

—¿Un convento en el yacimiento? —preguntó con suficiencia.

—Es el antiguo convento de los frailes, está hecho una ruina, pero la Diputación lo acaba de comprar por una dineralada. Quieren hacer un museo y qué sé yo. Aquí lo que hace falta son almacenes.

Como Mateu hizo ademán de echarse a andar, el capataz añadió:

—Deje las maletas aquí, hombre, así se ahorrará un viaje.

—No importa, ya estoy acostumbrado.

Mateu inició el suave ascenso hacia las ruinas del convento bajo el sol en su cénit. No vio, porque le daba la espalda, que Pere lo miraba sarcástico, y se encogía de hombros, tras hacerle una seña a su compañero para seguir la faena.

—Vaya gaznápiro…

Mateu se entretuvo entre sondeos y catas en las paredes derruidas de las callejuelas. En la esquina de una de ellas se adivinaba la base de una columna, lo que podía ser el indicio de un atrio. Un poco más allá, en la parte oriental, Mateu hubiera jurado que unos bloques cuadrados monolíticos eran sarcófagos.

Un escalofrío le recorrió la espina dorsal, y tuvo una extraña sensación de ingravidez, como si entrara en una burbuja. Mateu iba a dejar atrás los anaqueles y los laboratorios donde repasaba una y otra vez las mismas piezas, ya datadas desde hacía años. En esta excavación no llenaría cuadernos de anotaciones que no interesaban a nadie salvo a tres eruditos. Ya había tenido suficientes divagaciones teóricas en los augustos despachos de catedráticos en la facultad. En Empúries iba a formar parte de la historia.

Una vez ganó el promontorio, las ruinas del convento se mostraron en su totalidad al arqueólogo. Las paredes de lo que parecía una iglesia apenas se mantenían y dejaban a la vista el costillar que formaba la estructura de la bóveda ya desaparecida. A los pies de las ruinas, tres hombres discutían con la vista puesta en un gran plano extendido sobre una mesa improvisada con dos caballetes y un tablón. Mateu soltó sus bultos en el suelo sin muchos

miramientos.

—¡Ah! Usted debe ser el nuevo arqueólogo. Buenos días.

La persona que lo había saludado era un caballero que se apoyaba en un bastón con puño de marfil. Llevaba botines bicolor y un terno de calidad. Y también un sombrero de paja parecido al de Mateu, quien le respondió efusivamente.

—Un placer conocerle, señor Gavalda. He oído hablar mucho de usted y es un honor para mí entrar a formar parte de su equipo.

Sus palabras suscitaron las risas de los tres hombres.

—No, hombre, no —respondió sonriendo su interlocutor—. Yo soy Bartomeu Masip, de la Junta de Museos. He venido de Barcelona con mi estimado colega don Francisco Altisent para seguir los trabajos de las excavaciones. Y estamos departiendo en un grato intercambio de opiniones sobre los pasos a seguir en la restauración del convento, una tarea ingente que don Jaime Gavalda está a punto de afrontar.

Y se inclinó hacia el hombre enjuto de pelo pajizo ya entrecano, tocado con una gorra blanca, que estaba de espaldas al edificio. Un pañuelo anudado al cuello sustituía la corbata, al modo de los locales. Vestía un traje de algodón color tostado que disimulaba el polvo que le cubría y que lo delataba en unas manos huesudas. Lucía un bigote estrecho y una perilla cuidada. Una mirada distraída suavizaba la rotundidad de su barbilla.

—Mercader, como ve estábamos pendientes de su llegada —dijo estrechándole la mano—. Nos encuentra enzarzados en una discusión sobre qué hacer con la planta original del convento. Deme unos minutos y podré darle una bienvenida como Dios manda.

—¿Qué tal el viaje? —le preguntó interesado Masip—. ¿Cómo ha encontrado el camino?

—Ha sido largo, para ser sinceros. El último tramo en diligencia ha sido verdaderamente incómodo. Había doce asientos y éramos dieciséis viajeros, así que ya se puede imaginar.

—Puede darse por satisfecho, joven, en alguno de mis viajes lo he superado en cargamento. ¡Hasta dieciocho almas y un par de perros!

—¡Qué me dice, Gavalda! —exclamó Altisent—. ¡Dónde vamos a ir

a parar! Por ganar unas perras de más…

—Pues aun así yo les recomiendo la experiencia de la diligencia, es muy constructiva —replicó con vehemencia Gavalda—. Y ahora, señores, sigamos, que este caballero deseará instalarse.

Los tres volvieron a inclinar sus cabezas sobre el plano, Gavalda con el lápiz en ristre, dispuesto a concluir sin dilación.

Mateu se hizo a un lado y su pensamiento se perdió en el horizonte que se diluía entre el mar y el cielo de un azul de trazo grueso. Al poco rato su nuevo jefe lo sacó de su ensimismamiento.

—Venga, joven, estos señores ya se van, ahora puedo ocuparme de usted.

Mientras los representantes de la Junta de Museos se dirigían hacia otro punto de las ruinas plano en mano, Gavalda avanzó con paso ágil, poco habitual en hombres que sobrepasaban con creces la cincuentena.

—¡Por el amor de Dios! ¿Ha venido arrastrando ese equipaje todo el tiempo? ¡Qué ocurrencia! —Y sin atender la réplica agarró la maleta—. Sígame, vamos a Villa Teresita.

Deshicieron a paso rápido la cuesta del convento. El futuro maestro de Mateu aprovechaba para dirigirse a cualquiera de las cuadrillas con las que se cruzaba. Parecía tener algo que decir a cada una de ellas. Que si el ancho de las zanjas, que si los repuestos. No avanzaba más de veinte pasos sin otro encuentro fugaz, así hasta llegar a Pere, el capataz.

—Pere, voy a acompañar a Mateu Mercader a Villa Teresita. Es nuestro nuevo arquitecto de apoyo.

—Su asistente, ¿no?

—Sí, algo así. —Mateu enrojeció.

—Sí, nos hemos visto antes. Encantado de conocerle, señor Mercader. —Y Pere le estrechó la mano y lo miró desde su considerable estatura con los ojos camuflados tras unos pómulos altos que le torcían la mirada.

Mateu respondió obediente y con el mentón en alto.

—Le daremos algo de tiempo para que se instale, y yo lo pondré al corriente. Pero habrá que ponerse a la faena pronto, aquí necesitamos todas las manos posibles.

—Con mucho gusto, señor Gavalda.

Salieron casi a la orilla del agua en línea recta hacia una mole que languidecía como un esqueleto de ballena varado en la playa.

—Ese es el antiguo espigón del puerto de la Neápolis griega, es un buen punto de referencia para ubicar cualquier lugar en el yacimiento. Hay otros. Ya se los iré apuntando.

—Lo que desconocía es que también se estuvieran restaurando obras de otras épocas.

—¿A qué se refiere?

—Al convento.

—¡Oh! El convento… —Gavalda se calló un instante, cavilando—. Le extraña, ¿verdad? Se firmó el contrato de compra hace menos de una semana. Le habrán dicho que nos hemos obsesionado con el edificio, que hemos pagado un dineral. Pero mire a su alrededor. Cada vez que finalizamos una campaña anual reaparece la certeza de que este yacimiento es de unas proporciones gigantescas. Tanto que ni las imaginamos. Estamos ante la punta del iceberg. Ha levantado interés y expectativas en Barcelona, e incluso en Madrid. Tengo algunos colegas en París que nos animan a proseguir y exponer nuestros hallazgos. Necesitamos un edificio donde trabajar y almacenar las piezas, y el yacimiento necesita sus propias dependencias para los equipos, para usted o para mí… Los del Servicio Hidrológico Forestal ya han exhibido sus piezas, ni le cuento cómo las han conseguido, pero el caso es que tienen su sala de exposición. Y nosotros para mostrar el Esculapio tuvimos que acondicionar el ayuntamiento. ¡Y solo un día! No, Empúries necesita un museo en condiciones y Puig i Cadafalch lo ha visto claro.

La respuesta de Gavalda abría otras incógnitas para Mateu; no tenía ni idea de qué era el Servicio Hidrológico Forestal, pero veía que ya jugaba en otra división. La mera mención de Puig i

Cadafalch, el arquitecto modernista, historiador y arqueólogo, político y diputado, una eminencia, lo confirmaba. Como si le hubiera leído el pensamiento, Gavalda siguió:

—Por cierto, va a tener la oportunidad de conocerle y escuchar sus ideas. En unos días vendrá acompañado por unos visitantes muy ilustres: la Asociación de Arquitectos de Cataluña. Les ha prometido una conferencia *in situ*.

Mateu había seguido el paso de su jefe, pero al oír de la visita inminente la emoción lo detuvo. Gavalda malinterpretó su parada:

—Siga, hombre, siga, que no tenemos todo el día. Ya tendrá tiempo de deleitarse con cada una de estas piedras. Llega uno a quererlas, se lo aseguro.

Apenas un centenar de metros separaban la linde del conjunto arquitectónico de Villa Teresita. Mateu, sumido en sus cavilaciones a la ida, no había percibido la pequeña construcción aislada, sin pretensiones, que se anunciaba con unas grandes letras pintadas en la fachada. En la duna, unas escaleras descendían hasta el mar. Frente a él, el edificio blanco con carpintería roja, de una planta y amplio porche, parecía un salvavidas, una anomalía en un paisaje dominado por la naturaleza. Desde su ubicación era imposible distinguir una sola casa de L'Escala, ni siquiera una caseta de labranza en el camino. Vista desde el agua parecía un espejismo en el desierto. El olor a espliego que la envolvía la convertía en un paraje en suspensión.

—Aquí vivirá usted a partir de ahora. Aquí vivo yo. —Gavalda se sentó en una de las sillas de tijera del porche—. ¿Qué le parece? En las primeras campañas me quedaba en el pueblo, al fin y al cabo, no está tan lejos. Pero qué quiere que le diga. Yo necesito poco para vivir y trabajo mucho, estar al lado de la excavación no deja de ser una ventaja. Y me gusta este lugar. Al principio esto era un restaurante, y comíamos aquí casi a diario. Hace un par de años le pregunté al propietario si podía habilitar un par de habitaciones y lo hizo con sumo gusto. Ya verá, ya… Y Modesta, la cocinera, lo cuidará como a un hijo.

Con la vista que se disfrutaba desde el porche a Mateu le resultaba difícil contradecirlo. El joven sabía que la vivienda estaba incluida en su sueldo y lo cierto es que no se había preocupado de pensar dónde y cómo sería. Todo era tan repentino que compartir alojamiento con su jefe le pareció la opción más apropiada.

La puerta de la Villa que daba al porche se abrió y salió una mujer de unos treinta años, proporcionada y entrada en carnes, con una tez morena que llamó la atención de Mateu por su tersura. Despedía un olor plomizo a sudor viejo.

—¡Veo que ya tenemos aquí al nuevo! Yo lo esperaba antes. Las mujeres del lavadero lo han visto pasar hace mucho rato. ¡Virgen santísima, qué revuelo se ha armado!

Se secó las manos en el delantal, más oscuro que blanco, y cogió con ímpetu la maleta y el saco. Mateu farfulló una protesta. Gavalda disfrutaba de la escena.

—Venga, Modesta, ¿ya hay habladurías? Denle tiempo al muchacho… La vida rural es otra cosa, señor Mercader.

—Le voy a mostrar su habitación, señorito. ¡Sígame! Y claro, no habrán comido, ¿no?

—Pues no… Vaya, Mateu, vaya, yo lo espero aquí fumándome un cigarro. No tarde y mientras comemos lo pondré al día. Luego le dejaré la tarde libre para que se acomode y se instale. Y mañana será otro día.

Mientras Gavalda se desabrochaba los botones de la americana y se arrellanaba en la silla, Mateu, con la mandíbula apretada, siguió a Modesta hacia el interior de la casa.

3

—A ver, nombre y apellidos…

Alex Sabell había interrogado ya a un par de operarios de las obras del aparcamiento de Empúries y a un par más de empleados de las instalaciones y no había conseguido ningún dato de mínima utilidad. Su paciencia empezaba a flojear. Apenas había anotado nada en su cuaderno; a cada nuevo testigo, menos líneas, hasta llegar a la mera identificación.

—Me llamo José Manuel Otero. Soy oficial de segunda. Manejo la excavadora. —El tono del obrero era el de alguien apesadumbrado.

—Me han dicho que usted es el que descubrió los huesos. Cuénteme lo que vio.

—Le juro que aquí trabajamos con mucho cuidado. Que no es la primera vez. Por eso no solo colocamos la excavadora después de que los del museo lo autoricen, sino que vamos más despacio de lo normal, con uno de nosotros delante acompañado de uno de esos técnicos de ahí.

José Manuel reforzaba su explicación señalando todo lo que mencionaba.

—¿Y estaba usted en la excavadora cuando descubrieron los huesos?

—Pues no, porque habíamos topado con la base de cemento, que además sobresalía. Y había que sacarla. Y entonces me vino a la cabeza la frasecita que siempre repite mi jefe de brigada: «Hacer un socavón sobre tres mil años de historia es arriesgarse a romper un fragmento de civilización», porque había que actuar con sumo cuidado. Por eso ha venido Marcial con el martillo eléctrico. Y entonces…

—Entonces, ¿qué?

—Al arrancar la base de cemento ha saltado un buen terrón de

tierra. Está muy seca y con nada se resquebraja. Y ha salido la rodilla, bueno, la rótula.

—¿Cómo que la rótula?

—Como cuando estás tumbado al sol en la playa y doblas las rodillas, pues ya está. Así estaba el pobre desgraciado.

—O sea, que no se han llevado por delante un trozo de civilización, pero sí a uno de sus habitantes ilustres.

—Pues mire, qué quiere que le diga. Yo no entiendo mucho, pero llevo una temporadita trabajando en estas obras. Y me he fijado en que todos los agujeros se hacen más abajo. Nada está tan arriba, ¿por qué iba a estar este diferente? Este llegó más tarde…

—Bueno, bueno, no adelantemos acontecimientos. Déjeme sus datos en este formulario, porque los Mossos querrán hablar con usted.

Mientras el operario rellenaba el impreso, se acercó uno de los técnicos del museo al que Alex no había interrogado. Había pasado más de una hora desde el hallazgo y los curiosos ya se habían dispersado. En la parcela acordonada con cinta amarilla y negra solo quedaban agentes y técnicos trabajando, a la espera de que llegara la policía científica, el juez y también el forense. La inmovilidad la reforzaba un mar casi estático, de metal, que parecía haberse tragado toda acción posible. En ese instante congelado, Alex seguía dando vueltas alrededor del lugar del enterramiento como si ese movimiento generara respuestas, y el joven arqueólogo, orondo y de facciones blandas, sufría siguiéndola en su andar errático entre montículos de tierra, zanjas y vallas.

—Verás, me llamo Santi y he hecho unas fotografías de los restos antes de que se montara todo el jaleo. Oye, que me parece muy bien que se haga así. Es más, te diré que es acertado dadas las evidencias.

—¿Qué evidencias? —Alex se detuvo a escucharle.

—Nos han dicho que no se podía tocar nada y por tanto no sabemos qué hay debajo. Pero mi Canon permite ampliaciones en el mismo visor bastante detalladas. Me he entretenido en mirar todo lo

que se podía ver… —Con la cámara en la mano, asegurada a la muñeca con un par de vueltas de correa, Santi le mostró una de las fotografías—. ¿Ves este objeto metálico? ¿Qué, qué dirías que es?

—No sé, dímelo tú…

—A mí no me parece una cuchara, o una joya. Si me preguntaran, diría que es una pluma estilográfica.

Alex tuvo que reconocer que era difícil relacionar ese tubo redondeado de unos cuatro centímetros que sobresalía de la tierra con el capuchón de una estilográfica. El polvo se había incrustado y realzaba el grabado de punta de flecha.

—Mira, algunos de mis compañeros arqueólogos van a trabajar con una hipótesis sobre estos restos que también es coherente: en cotas superficiales se han encontrado inhumaciones no romanas ni griegas, sino más tardías, cuando la ciudad ya se había despoblado. Es una hipótesis que refuerza la idea de continuidad en Empúries y que gusta en determinados círculos. Pero…

Por lo visto ella no era la única que no daba a crédito a una antigüedad importante del cadáver. De hecho, ninguno de los interrogados parecía muy convencido, aunque ciertamente era la mejor de las opciones. Nadie quería un cadáver reciente. Sin embargo, Alex no podía determinar eso.

Jérôme volvía de su caminata. Finalmente, no había entrado en el recinto de las ruinas porque no le hizo falta su olfato experto para deducir que algo había sucedido allí. Había seguido el camino hasta llegar al pequeño núcleo de Sant Martí d'Empúries, cuatro callejones medievales entrecruzados con el ambiente ordenado de un pueblo de segundas residencias. Las antaño sombrías casas de pueblo, estrechas y apelotonadas en el altozano, habían mudado su cara con fachadas restauradas y carpinterías de azul índigo, y macetas de flores, con la conciencia de saberse exhibidas. Una bodega especializada en vinos de la región y una tienda de bisutería y *souvenirs* eran los únicos comercios y ahora estaban cerrados. No

había por qué darse prisa en abrir por la mañana.

Jérôme se tomó un café en una de las cuatro terrazas casi superpuestas en la plaza principal: El Esculapio, Can Coll, La Terraza de Empúries y el Mesón del Conde, nombres poco originales en la zona. Algún turista solitario y un par de parejas de jubilados alemanes desayunaban con la calma del que tiene que llenar el tiempo. Los camareros se adaptaban a ese ritmo tranquilo sabiendo que era la tregua antes de la vorágine veraniega a punto de estallar.

Pese a que el sol regalaba una calidez sutil, Jérôme prefirió esconderse bajo uno de los enormes parasoles, algo encorsetado en una de las sillas metálicas pensadas para no entretenerse. En un oído llevaba un auricular de su iPod, en el que seleccionó un disco de Leonard Cohen. Como quería oír también lo que se cocía a su alrededor, dejó la otra oreja abierta a las conversaciones todavía desperezándose.

Observó a la gente que estaba sentada en las terrazas y decidió que no estaba peor que los demás. Todavía tenía una edad en la que la salud lo respetaba. Se había cuidado: comía sano, no fumaba, no abusaba del café y bebía poco. Era deportista sin llegar al fanatismo; la obsesión por el cuerpo no era lo suyo, aunque en el gimnasio saludaba a los monitores por su nombre. Siempre había pensado que su profesión ya aportaba desorden con creces a su vida y había que compensarlo. No se había dejado meter en el estereotipo de policía autodestruido.

Podría estar sentado ahí en buena compañía, con su pareja o sus hijos, pero esa fotografía no existía. Hacía demasiados años que vivía su vida en solitario para que eso fuera un lastre o una nostalgia insoportable. Había soltado ese peso en el esófago tiempo atrás. En su vida, él decidía. La única mujer con la que convivió, y de eso hacía ya más de diez años, le echaba en cara que ella no contaba. Tal vez era cierto. Aun sin nostalgia, siempre le asaltaba algo que no podía llamar dolor ni añoranza.

Incómodo, Jérôme pidió la cuenta sin pensar y se encontró con el cambio en el bolsillo y de pie ante el camarero. Echó a andar de

vuelta a L'Escala y dejó su pasado enredándose con las piedras en Sant Martí.

A medida que se acercaba a los vestigios de Empúries, una construcción imponente en la playa captó su atención. Era el espigón griego, una montaña más que un muro. Enormes bloques de piedra se habían perdido, y otros, erosionado. Las olas llevaban golpeando el muelle en ruinas siglos y siglos, constantes e imperturbables. A Jérôme le dio por pensar en la potencia que ahí se estaba generando: si multiplicaba la velocidad angular por la fuerza aplicada en cada ola…

Andaba ajeno a lo que ocurría en el conjunto arqueológico y no reparó en la agente que antes lo había apartado de su camino, ahora apoyada en un murete tomando notas.

De pronto, un coche patrulla y otro turismo rebasaron la garita que daba paso al recinto monumental. El tiempo suspendido había finalizado.

Alex oyó la sirena como si fuera el despertador matutino. Morata, el inspector, que había desaparecido de su ángulo de visión un rato antes, apareció como por ensalmo. El agente Carreras estaba con él y ella ascendió a su encuentro. Se miraron, pero no dijeron nada. Ahí llegaban el forense, la policía judicial y la científica de los Mossos. A partir de ahora ellos ya no pintaban nada.

Los portazos de los automóviles rompieron la calma de Empúries. La brigada de la policía judicial salió del vehículo. También salió el forense, y a pesar de la premura con la que solía moverse, siempre de cita en cita, se detuvo a mirar a su alrededor con cierto deleite. Era un paisaje muy distinto a su espacio de trabajo habitual. Se atusó el pelo con una mano invadida por las manchas de la edad, luego sacó una americana del asiento trasero del Seat Málaga, ajado de recorrer las carreteras de la demarcación que tenía asignada. Era uno de esos coches convertido en una prolongación del hogar, con latas de Coca-Cola y botellas de agua por el suelo, carpetas y

folletos en los asientos, e incluso una bufanda que parecía una inquilina fija.

—Doctor Costa —le saludó el inspector.

—Buenas, Morata. Hacía tiempo que no me dabais faena por aquí. ¿Qué tenemos?

—Pues no lo sé, la verdad. En una obra rutinaria, fuera del perímetro de excavaciones actuales, pero dentro del recinto, han encontrado unos huesos…

—¿Voy a hacer de arqueólogo? —El comentario de Costa estaba exento de ironía, que no entraba en sus códigos.

—Se ha activado el protocolo de levantamiento de cadáver porque los propios arqueólogos no están seguros de la época a la que corresponden los restos, a falta de pruebas más exhaustivas. Hay indicios de que es algo más reciente…

—Bien, vamos a ver. —El forense se dirigió a su coche sin dilación y del capó extrajo su maletín. Mientras, Nuria Cortal y Víctor Sanz se acercaron al agujero en la tierra en el que yacían los restos humanos. Morata los acompañaba, parecía más enjuto encajonado entre la envergadura de los dos agentes de la policía judicial. Detrás los seguían Alex y Manolo. Alex recordaba a Víctor Sanz del instituto de Roses, donde estudiaron juntos tres o cuatro años. Habían crecido en paralelo, viéndose de vez en cuando, sin mostrar demasiado interés el uno por el otro. Alex pensaba que podía haber pasado por un tipo atractivo de no ser por su labio inferior demasiado prominente. Por otra parte, sentía admiración por todos los méritos de la sargento Cortal, y eso la intimidaba lo suficiente como para encerrarse en una concha cuando estaba delante de ella. Cortal, concentrada en escuchar al inspector, se había puesto con los brazos en jarras delante de Alex, y a esta se le iba la vista a los dedos gordezuelos de sus manos, que delataban cierta tendencia a la obesidad que la sargento mantenía a rajatabla con una dieta eterna. Su piel casi transparente, con un matiz azulado, le quitaba años de encima a un rostro sin mácula. Escuchaba a su colega Morata, en estado de alerta, con la cabeza erguida recabando

mucha más información de la estrictamente pronunciada.

El inspector acababa de contar lo que habían presenciado en primer lugar hacía ya un par de horas.

—… y Sabell es quien ha estado más cerca de la zanja en este último rato y os puede referir algún testimonio más de los presentes.

Víctor Sanz y Nuria Cortal se giraron hacia ella, mientras el doctor Costa bajaba al socavón y se ponía un par de guantes de látex ya encima del cadáver para iniciar la inspección.

—Bien, indicios…, sin que nadie se moje de momento: profundidad del enterramiento… —dijo Alex con titubeos.

—Sí, Morata lo acaba de decir —asintió la sargento.

¿Se había dormido o qué?, se mortificó Alex, ¿cómo no había oído ya a su jefe decir eso? Le tembló ligeramente la mano al consultar su libreta de notas.

—Observad ahí, entre lo que parecen las rótulas, aunque todavía estén semienterradas: son botones. O lo parecen —continuó.

Todos se acercaron y desde el hoyo el forense levantó el pulgar en señal de asentimiento.

—Desde luego los botones muy romanos no son. También se le podrían haber caído a alguien *a posteriori* —sugirió Nuria quitándose las gafas para observar mejor el agujero. Los surcos bajo los ojos indicaban falta de horas de sueño.

—¿A quién se le caen tres o cuatro botones de golpe? —observó el agente Sanz.

—Entonces ya no es tan probable.

—Y luego hay algo que ha detectado uno de los arqueólogos, Santi Alfaro, que ha hecho fotografías.

—Bien, alguien que trabaja para nosotros —exclamó Cortal—. ¿Qué ha visto?

—Ampliando una de sus imágenes ha detectado lo que parece el capuchón de una estilográfica. Sin analizar los restos es imposible determinar algo más.

—Pues habrá que hacerlo. Se supone que nos toca a nosotros, ¿no, Costa? —preguntó la sargento.

—Bueno —precisó Morata—, vosotros sabréis, están los de patrimonio también —al notar las miradas de la brigada de la policía judicial, matizó—: pero, claro, se trata de un cadáver.

—La prioridad es la identificación del cadáver, esto no es una vasija griega. De momento el juez ha determinado que no vendrá.

—El director de Empúries ha insinuado que querría a alguien de su equipo aquí, por si finalmente es un cadáver antiguo —informó el inspector Morata a la sargento Cortal.

—No es mala idea, Nuria. No va a ser fácil, no hay ni huellas dactilares ni nada. Queda bien poco de lo que fue. Aquí la verdad se esfumó hace tiempo.

El forense sabía que la identificación del cadáver en este caso iba a ser laboriosa, y parafraseaba una sentencia clásica de la investigación criminalística.

Mientras los de la científica fotografiaba los restos, el doctor Costa observó concentrado el hallazgo antes de empezar a rellenar formularios en los que esbozaba la disposición de los huesos y otros detalles. Alex se fijaba en el procedimiento, por si descubría algo que a simple vista se les hubiera pasado por alto. Y de paso, para aprender todo lo que pudiera.

Se estaba levantando algo más que una brisa. En el conjunto monumental los operarios tenían ya permiso para trabajar en otra área del aparcamiento. El motor de la excavadora se hacía oír por encima del viento mientras se adivinaba su brazo articulado moviéndose en el aire. Alex distinguió a algunos turistas que deambulaban por los callejones griegos. Un autocar que el agente Forcada había desviado a la parte oeste del aparcamiento descargaba adolescentes excitados y ruidosos. Los investigadores estaban en una zona acotada por vallas, en un segundo perímetro, para no llamar la atención.

El móvil sonó en ese instante y Alex respondió de forma automática.

—Sabell.

—Hija, cariño, qué formal. Buenos días.

—Ahora sí que no puedo hablar.

—Ya veo, ya veo. Solo quería preguntarte si vas a venir a comer. Hoy viene tu tío también.

—Mamá. —Al instante se mordió los labios y levantó la vista para ver si la estaban oyendo—. Luego te llamo. Ahora no lo sé. —Colgó sin despedirse, atenta a no perder la conversación entre sus colegas —. ¿No debería estar presente un arqueólogo también? —le susurró Alex a su jefe.

Al instante, Morata le respondió en voz alta.

—Avisemos a alguien del museo. Por si acaso. No vayamos a herir susceptibilidades.

—Si no hay otro remedio —respondió la sargento Cortal.

—Sabell, ¿avisas a Rogeli Vilaseca?

Era la forma sofisticada del inspector Morata de confrontarla de nuevo con el director del museo y eso la dejó desarmada. Emprendió contrariada el camino a las oficinas del museo, en el edificio que había sido siglos atrás un convento de frailes servitas. Hoy, restaurado y ampliado, albergaba dependencias administrativas, museo y biblioteca.

Al cabo de cinco minutos y con cierta solemnidad, la policía científica y el médico forense disponían en el suelo todo el material de recogida de pruebas para el laboratorio. Piezas de tela, restos de cabello, objetos inidentificables, tierra e incluso el poste de hierro que levantó el socavón fueron embalados con sumo cuidado. Los huesos no debían perder su posición anatómica. El trabajo era tan minucioso que durante las tres horas largas que duró el proceso solo se oían las voces quedas de los agentes dándose información e instrucciones. La conclusión del forense llegó sin titubeos:

—No existe materia orgánica, por lo que está claro que tiene más de dos o tres años. Yo lo derivaría a la unidad de antropología forense, a Barcelona.

Al arqueólogo asignado del museo se le permitió entrar en el

socavón, convertido en fosa. Si el forense había hecho hablar al cadáver, él tenía que hacer hablar a la tierra. Y que iluminara lo que había sucedido.

4

Las sombras del quinqué, temblorosas y desproporcionadas, se dibujaban en las paredes. Mateu no se habituaba a la luz tenue que daba la lámpara de queroseno. En L'Escala ya contaban con red, pero Villa Teresita quedaba demasiado alejada para conectarse.

En la silla de enea seguía intacto un pequeño montón de ropa doblada porque Mateu no usaba el pequeño escritorio que había en el rincón junto a la ventana. Escribía tumbado en la cama arrimada a la pared, cambiando de postura a cada minuto, reposando el cuerpo dolorido y forzando la vista. Su cerebro aún estaba demasiado despierto para conciliar el sueño, así que aprovechaba para escribir el diario que empezó el día de su llegada a Empúries. Su hermana Marga le había regalado el cuaderno forrado en piel de venado la víspera de su partida, alentándole a un gran futuro como arqueólogo. Mateu se revolvió recordando que, sin embargo, su madre había estado callada y seria durante la despedida, sin disimular la desazón que le causaba la marcha de su hijo. Muy dada a la solemnidad, no fue capaz ni de abrazarle. Solo se dejó besar por su vástago en la frente.

Fuera del hostal todo estaba desierto. Tras la cena, cuando Gavalda y él se recogían a sus respectivas habitaciones tras un rato de tertulia, la actividad se desvanecía: Modesta recogía los cacharros de la cena con la ayuda de una de sus hijas, su marido volvía de la cuadra donde había puesto pienso para la mula, y nadie parecía tener nada más que hacer o que decir. El sol se iba y se llevaba el hálito de la casa hasta el día siguiente.

Los pensamientos repetitivos de Mateu se entregaban a la cadencia de las olas. El cansancio dispersaba cualquier argumento elaborado, y la exaltación lo hacía divagar en una espiral interminable. Acababa de escribir una frase que había recalcado su

mentor ya el primer día en la sobremesa, ante un Mateu desorientado y a la expectativa: «Que hablen las piedras», y la subrayó con un trazo áspero. Tan áspero como las palmas de las manos, que ya tenían callo de agarrar el pico y la pala, y se veían tostadas por el sol, como su cara, donde la nariz enrojecida parecía de mayor tamaño.

Habían pasado casi dos semanas desde su llegada y a Mateu le habían cundido como dos años. El trabajo en Empúries era más exigente de lo que había imaginado. Jaime Gavalda imprimía un ritmo intenso en las excavaciones, fruto de su fervor y, como Mateu había detectado, también por su afán de dar con hallazgos que justificaran la inversión económica. Mateu había aprendido que la pervivencia del yacimiento pasaba por dar carnaza a los mecenas. Pere Pascual, el capataz, seguía el compás de su jefe, y de él se esperaba lo mismo. Aquello implicaba además esfuerzo físico. En cada palada de Gavalda, en cada salto que daba a una zanja, Mateu percibía el entusiasmo por hacer realidad su sueño y a la vez ese alivio mental momentáneo de ocuparse de una tarea mecánica.

Gavalda le había pedido esa tarde que fuera a reunirse con el delegado de la Junta de Museos en L'Escala, para redactar un informe con el cómputo más preciso posible de los propietarios de terrenos adyacentes al yacimiento. El arqueólogo jefe quería esos documentos para defender ante Puig i Cadafalch la necesidad de ampliar los límites de las excavaciones. Quería preservar así la mayor extensión posible de lo que se escondía bajo tierra de los cazadores de tesoros.

Mateu recibió aquel encargo como un soplo de aire fresco. Hasta ese día, desde su llegada, se había movido por un espacio con horizontes abiertos como nunca, pero circunscrito a las ruinas y a sus noches en Villa Teresita. Le seducía poder explorar más allá de su dormitorio, hacia un lugar lleno de vida anclada en el presente y no en el pasado. Esa tarde había puesto el pie fuera de la burbuja de Empúries. Se había ahorrado castigar su espalda y había recuperado su terno elegante, que había mandado planchar a

Modesta.

El delegado lo esperaba a las cinco de la tarde, pero Mateu, aseado, con el pelo alisado y engominado y la barba perfumada, ya paseaba por L'Escala poco después de las cuatro, como le confirmó su reloj de cadena. Llevaba un maletín de piel negra casi vacío, dispuesto para recoger los documentos que Gavalda le había solicitado.

Rehízo la carretera de la costa y se adentró en el pueblo. Los agricultores estaban en el campo, aprovechando el buen día, algo nuboso y fresco, y los pescadores dormían antes de salir a la calada del atardecer. L'Escala no era un lugar donde la gente paseara como en Barcelona. No había nada nuevo que ver, ni un lugar donde perderse, pensó con fastidio.

En las calles que daban al mar corría el aire. A Mateu el viento le parecía ajeno y, más allá de la incomodidad física, le dejaba sensación de vacío. L'Escala estaba dispuesta en un saliente de la tierra que la exponía no solo al agua, sino a todo lo que la acompañaba. Era un pueblo marino en el sentido estricto de la palabra, más de lo que había percibido nunca en cualquier otro lugar. Doblar cualquier esquina era avistar un trozo de azul. Algún gallo despistado se hacía oír, y respondían perros molestados en su siesta.

Unas campanas tocaron las cuatro y media. El tañido sonó muy fuerte y llenó todo el espacio. Mateu apareció en la plaza de la iglesia por una calle lateral. Una escultura de san Pedro, alojada en una hornacina en forma de concha, presidía la fachada.

Ya dentro de la iglesia siguió los rayos de luz que se filtraban por las vidrieras y jugaban con el polvo formando haces caprichosos aquí y allá. El olor a incienso era penetrante, pero todavía lo era más el del humo de los cirios y velas que ardían en varias de las capillas. Mateu avanzó discretamente por el pasillo izquierdo, intentando no llamar la atención de unas cuantas mujeres que en los primeros bancos rezaban un rosario en busca de la vida eterna. La Virgen del Carmen, rodeada de pequeñas llamas, presidía una pequeña

cámara. La figura estaba ahumada por los siglos de velas implorándole protección en la mar. Al menos, le pareció, aquí tenían algo verdadero que rogarle. Le gustaban esas tallas, aunque no tanto como las esculturas clásicas. La tasó con ojo profesional, calculando su valor y lo que le costaría algún día poder adquirir algo así.

Desde la puerta de la iglesia era muy simple acceder a la calle Mayor. En su descenso hacia el mar descubrió una tienda que a pesar del tamaño parecía alojar todos los objetos imaginables. Desde una de las dos ventanas protegidas por rejas de hierro forjado, distinguió un enorme reloj no apto para ningún hogar; lo que le pareció una dinamo; un busto de terciopelo en el que lucían un collar de piedras rojas engarzadas y un camafeo de cristal con un pequeño cesto de flores sujeto por azabaches; una pequeña talla de madera policromada de una Virgen con el Niño, y lo que captó su atención de forma definitiva: unas pequeñas lámparas de aceite hechas de arcilla, con motivos como una cuadriga o un cisne arqueando el cuello. Aunque dentro reinaba la penumbra, empujó la puerta, que cedió con un chirrido que anunció su presencia con más fuerza que la discreta campanita en el umbral.

—Buenas tardes.

Solo le respondió el tictac de un reloj de péndulo.

—¿Se puede? —insistió inseguro.

Enseguida apareció una chica de no más de dieciséis años, calculó Mateu, que bajaba por una escalera oculta tras una cortina. Llevaba el pelo recogido en un pañuelo como si estuviera haciendo alguna faena y, además, estaba acalorada.

—¿Qué se le ofrece? —le preguntó con naturalidad.

—Buenas, he visto en el escaparate unas lámparas de aceite y…

—Ah, sí, proceden de las excavaciones, de Empúries. ¿Está interesado en ellas?

—Bueno, algo sí.

—Tendrá que esperar porque el señor Esquirol, que le puede dar razón, ahora no está. Yo solo soy la muchacha. Pasará por aquí un poco más tarde.

—Tengo un compromiso y no me puedo quedar, pero me gustaría echar un vistazo antes de irme.

La muchacha se encogió de hombros.

—Como quiera —respondió y desapareció detrás de la cortina subiendo los peldaños de la escalera. Mateu ya no vio nada más de la calle Mayor, sino que fisgoneó en lo que más parecía la cueva de Alí Babá que una tienda de pueblo. Tomó en sus manos una de las lámparas, se la acercó al rostro con la devoción de quien toma un cáliz sagrado y la estudió durante un buen rato con ojo experto. Pasó la yema del dedo por su superficie trabajada cientos de años atrás, cincelada con una herramienta sencilla, en este caso para dar forma a un velero cuyo casco se mecía sobre unas líneas. La rusticidad del dibujo, en lugar de parecerle infantil, inflamaba su imaginación. Era simple pero no tosco. El paso de los años y el roce con la tierra habían suavizado el relieve, pero se percibía con todo detalle. Volvió a soltar la lamparita en una de las estanterías y continuó su deambular por el establecimiento como un niño al que han dejado solo en una juguetería. Tocó y sopesó todo lo que le pareció interesante, curioso o desconocido. Buscaba otros objetos procedentes de Empúries, pero no encontró nada más. Se preguntó si la trastienda guardaba ofertas para clientes especiales. Los únicos restos arqueológicos los encontró, ya reproducidos, encima del mostrador, donde un expositor de cristal mostraba sobres cuyo frontal rezaba: «Cartas postales de Empúries de Josep Esquirol». Mateu abrió el aparador, cogió un sobre y extrajo las postales, que por lo visto se vendían en paquetes de seis. Una de ellas era su admirado Esculapio y cierto cosquilleo le recorrió el pecho al verlo. Pese a las amputaciones que el paso del tiempo había infligido a la escultura, la potencia que emanaba era innegable. Parecía recoger en su figura los códigos más estrictos de honor, rectitud, nobleza y lealtad.

—¡Oiga! ¡Oiga! —gritó Mateu acercándose a la escalera.

En el piso superior no se oía nada. Esperó casi un minuto y repitió las voces, pero nada se movió, como si la chica hubiera salido de la casa por otra puerta. Mateu seguía con la postal de Esculapio en la mano. Tras dudar unos segundos más, fue hacia el mostrador. Recogió las postales, las metió en el sobre y las devolvió a su repisa. Echó un vistazo al resto de la tienda e hizo sonar la campanilla al salir. Algo rígido en el lado izquierdo del pecho forzaba la hechura de su traje a medida.

Se le empezaban a cerrar los ojos. Su transición de la vigilia al sueño profundo era muy corta en Villa Teresita. Dejó en la recia mesilla de noche la pluma, el cuaderno y el volumen que había hecho enarcar las cejas de Gavalda al verlo: *Compendio histórico, resumen y descripción de la antiquísima ciudad de Empúries* de Josep de Maranges. Gavalda había sido demoledor:

—Eso es un compendio de fábulas y leyendas sin fundamento científico, olvídese de él y redacte usted uno nuevo.

De momento Mateu lo único que hacía era seguir leyéndolo, mortificado por la crítica de su jefe y sintiéndose clandestino por desobedecer a su maestro. Había sido inevitable disfrutar con la narración de Maranges sobre la destrucción de Empúries orquestada por el emperador Trajano. ¿Leyenda? Tal vez él pudiera descubrir algo que reforzara esa teoría. Miró por última vez la lamparilla de aceite con el velero grabado. En ningún lugar estaría más cuidada que en sus manos. Él podría proteger esa reliquia del expolio. Se cubrió por completo con la manta porque las noches eran frescas. Apagó la lámpara de queroseno y se quedó a oscuras soñando ya con el acontecimiento del día siguiente. En Villa Teresita mantenía aún la vigilia una luz que provenía de la habitación de Jaime Gavalda.

Al siguiente mediodía Mateu Mercader acompañó a su jefe al ayuntamiento de L'Escala. Empezaron el día de forma habitual, aunque su paso por las ruinas fue fugaz, una mera supervisión para que cuando llegaran los ilustres invitados todo estuviera presentable. Esperaban al eminente Josep Puig i Cadafalch, en excursión con un nutrido grupo de la Asociación de Arquitectos de Cataluña. En el puerto, un mozo vigilaba para avisarlos en cuanto atracara el barco que los traía. Gavalda tenía un largo listado de asuntos pendientes que departir con su superior. Su presencia en el consistorio era menos protocolaria que interesada. Estaba sentado en una silla castellana con la espalda recta, aferrado a una carpeta de cartón, perdido en sus cavilaciones, que esta vez no compartía con su ayudante. Dejó a Mateu con las suyas.

Era la segunda vez que el joven arqueólogo visitaba la casa consistorial. La anterior fue una tarde al poco de llegar. Jaime Gavalda lo había invitado a conocer el pequeño museo que habían dispuesto en uno de los salones del primer piso. Allí habían depositado algunos objetos recuperados desde el inicio de las campañas y otros comprados a propietarios de tierras de la zona. Era habitual que estos excavaran por cuenta propia, contratando los servicios de pescadores del pueblo que necesitaban completar sus ingresos. Salvo excepciones, como Gavalda le contó esa vez, no se trataba de aficionados altruistas; sus intereses eran más prosaicos: vender a coleccionistas que se beneficiaban del mercado de antigüedades que estaba tan en boga. Piezas procedentes de todos los rincones de Italia, Grecia y España circulaban dentro de maletines y baúles en carros, barcos y trenes por toda Europa y América del Norte. La Junta de Museos luchaba a contracorriente intentando rescatar las migajas del patrimonio ya excavado que se esfumaba entre sus manos, a menudo con un destino tan lejano como despachos en Nueva York o grandes mansiones de Nueva Inglaterra. Mateu escuchó consternado esas revelaciones.

La exposición actual no era más que una sala desnuda. Cuatro vitrinas alojaban las piezas de menor tamaño: puntas de dardos de

hierro, monedas de distintos periodos o vasos de cerámica ática con unas delicadas figuras griegas policromadas. Tres ánforas de mayor tamaño, de formas estilizadas y casi completas, sujetas con unos armazones de hierro forjado, bordeaban una de las paredes laterales. Al fondo de la sala, dos lápidas grabadas presidían la estancia. Pese a su valor, el conjunto en general resultaba desangelado, más abandonado que expuesto. Aquel día Gavalda se detuvo en cada una de las piezas, refiriéndole su procedencia, su datación y algunas particularidades del hallazgo cuando había sido de cosecha propia.

—Mire, Mercader, como es obvio le diré que el mayor hallazgo en el yacimiento fue el Esculapio, hace tres años. Como usted ya sabrá, ahora está en Barcelona, donde no sé si habrá tenido la oportunidad de visitarlo. Me gustaría que algún día un museo en la misma Empúries lo acogiera, pues es donde debe estar. De momento, esta inscripción está entre mis piezas favoritas, no tanto por su valor estético, convendrá conmigo que las cráteras son mucho más sofisticadas. No obstante, fíjese, fíjese usted en el escrito en griego, que nos devuelve a lo más cotidiano del mundo clásico.

La voz excitada de un mozalbete con la chaqueta desabrochada y la gorra ladeada rescató a Mercader de la rememoración de aquella primera visita.

—¡Están atracando!

—Pero, Xano, ¿cómo no avisas antes? Te dije que cuando doblaran la punta… Estos chicos…

Gavalda se encasquetó el sombrero de paja que se había puesto con motivo de la visita, dio un par de monedas al chico y apremió a Mateu.

—Vámonos, Mercader, a ver si todavía los pillamos con el pie en el barco.

Mateu seguía a la carrera a Gavalda, quien con largas zancadas y la vista fija al frente descendía la calle del ayuntamiento hacia la playa

sin soltar la carpeta.

La estrecha pasarela de ladrillo por donde tenían que acceder los pasajeros del pailebote Santa Águeda estaba colapsada por barriles de sal que no habían sido recogidos todavía por su destinatario. Para cuando los dos arqueólogos alcanzaron la playa, varios mozos con carretillas estaban enfrascados en retirarlos hacia el almacén, mientras Puig i Cadafalch y sus acompañantes departían con tranquilidad en la cubierta. Se entretenían contemplando la arena abigarrada de barcas secando sus cascos, y a las gaviotas que graznaban rebuscando restos de pescado entre los cestos. Las remendadoras, sentadas allí donde hubiera un hueco, zurcían los desgarros de las redes a una velocidad casi imperceptible al ojo humano.

Tuvieron tiempo de recuperar el resuello antes de alcanzar la proa del barco y ver cómo descendía por la endeble pasarela de madera una docena de pasajeros con el espíritu festivo del excursionista. A la cabeza iba el director de las excavaciones, Josep Puig i Cadafalch, con aire satisfecho. No era hombre de envergadura especial, pero su porte orgulloso aumentaba su estatura. Lo primero que percibió Mateu fue que andaba ligeramente inclinado hacia delante, como si su espíritu impetuoso lo empujara a llegar antes.

—¡Gavalda! Ha interrumpido su importante tarea para venir a recibirnos.

—Es un honor, señor Puig —respondió sonriente y le tendió la mano, que Puig i Cadafalch estrechó calurosamente—. ¿Han tenido buena travesía?

—Excelente, excelente. Y contemplar la costa catalana desde el mar es una bendición del Señor. Estimados amigos, quiero presentarles al señor Jaime Gavalda, el hombre que conoce cada piedra de Empúries, y no solo las que están en la superficie, me atrevería a decir, sino las que todavía están enterradas. Nuestro patrimonio griego está en sus manos.

—No me halague en exceso, señor Puig, yo solo estoy a sus órdenes. Aprovecho para presentarle a mi nuevo ayudante, el

arqueólogo Mateu Mercader. Como le comenté, viene de la Facultad de Arqueología de Barcelona, proviene del equipo de un buen conocido suyo, el señor Federico Arce.

—Bienvenido al templo sagrado de la arqueología griega, señor Mercader. Tenemos aquí una joven promesa por lo que veo —dijo esto último girándose hacia los arquitectos que lo acompañaban y que ya habían desembarcado—. Savia nueva para una obra milenaria. Gavalda, justo antes de avistar L'Escala estábamos sumidos en un acalorado debate; lamento decir que no tenía nada que ver con la arqueología clásica. Sin embargo, no le es nada ajeno a usted y nos agradaría conocer su opinión como experto en arquitectura medieval. Le propongo la pregunta que ha espoleado la discusión: ¿Viollet-le-Duc o Ruskin? Ya sabe usted lo que pienso yo, recuerde la restauración del monasterio de Ripoll…

La comitiva avanzaba hacia el interior de la población, observada por algunas mujeres desde la puerta de sus casas. Cruzaron justo enfrente del banco donde los ancianos lobos de mar se juntaban en las horas altas del sol para intercambiar sus males, sus recuerdos adormecidos y anécdotas antiguas elevadas al cubo. Pronto todo el pueblo sabría de la visita ilustre: cuántos venían, qué aspecto tenían, de qué hablaban y cuánto tiempo estarían. Y lo que no fuera de dominio público sería inventado sin remordimiento.

Mateu se había quedado atrás. En su camino al ayuntamiento los arquitectos rivalizaban por estar cerca del maestro y no perder ripio de su discurso. Mateu se vio a sí mismo falto de astucia para ganar en esa pugna. Su jefe tampoco podía ayudarlo porque él mismo se hallaba secuestrado por el grupo, del brazo de Puig i Cadafalch.

—Hoy es fiesta grande, ¿verdad? —En el comentario a su espalda Mateu distinguió un tono socarrón.

Se giró, pero el sol lo deslumbró. Solo acertó a ver una figura masculina que no le resultaba familiar, pero entendió que las palabras iban dirigidas a él. Era Raimon Comellas, uno de los peones

de la excavación, con su eterno cigarrillo liado en la boca y escrutándolo todo con sus afilados ojos verdes. Hoy no iba en mangas de camisa, sino que lucía una americana a rayas, que fue negra algún día y que le quedaba demasiado estrecha.

—¿Y tú qué haces aquí?

—Me ha enviado el capataz a recoger un paquete de la diligencia y a hacer algunas compras. No sé qué será para que haya tenido que ir yo en vez de mandar a cualquier chaval. Pero parece que le corre prisa.

Él, sin embargo, no parecía nada apresurado. Mateu reparó en que iba con una mula, cargada con unas alforjas, y que con el brazo izquierdo sujetaba firme un paquete envuelto con mucho papel encerado y mucho cordel.

—Yo tampoco me puedo entretener, tengo que ir al ayuntamiento.

—Fúmate un cigarro, que no muerdo. Y descuida, que no te van a echar a faltar. Están demasiado liados escuchándose…

Mateu enrojeció y giró la cara con un movimiento brusco. A decir verdad, a Raimon lo conocía del yacimiento, pero nunca hasta entonces habían intercambiado más que saludos formales, a pesar de que fue la primera persona que le dirigió la palabra el día de su llegada. Aceptó el cigarro obediente mientras veía cómo el cortejo insigne ascendía a paso lento hacia el consistorio. Calculó que en pocas zancadas los alcanzaría y que nadie repararía en su ausencia.

—¿Eres pescador?

—Pues no mientras pueda evitarlo. Aquí todo el mundo se dedica a la mar. Cualquier día me veo con la red en la mano. Pero no, mi familia es campesina. Tenemos unas tierras y otras en aparcería. Y así salimos adelante: unas viñas en arena, de las malas, unos almendros y unas huertas.

—¿Y entonces, qué haces en el yacimiento? —La pregunta despertó las carcajadas de Raimon, que se dio una palmada en la barriga.

—Pues es que, si no, no comemos ni en los años buenos. Así sacamos unas perras mi hermano y yo. Que si no, no voy a

encontrar mujer… —Y volvió a reír a carcajadas.

—¿Tu hermano también trabaja en la excavación? ¿Lo conozco?

—¿A Joan? ¡Seguro!

—¿Y hace mucho que excaváis?

—Desde que cogí la azada en la viña. —La respuesta desconcertó a Mateu.

—¿Qué quieres decir? ¿En tus viñas también hay vestigios?

—Estos forasteros que no entienden nada… Venga, que me voy, que al que se levanta tarde, el trabajo le arde.

—Ahora el que dice que no muerde soy yo.

—Sí, de momento no me has metido dentellada y eso que me llaman el «Calabacín».

—¿Calabacín?

—¡Sí! Que soy de L'Armentera. ¡Venga, mula! Cada vez que me cruzo con una vecina la llamo con su nombre… y se enfadan… —Tiró el cigarro al suelo sin apagar y agarró la rienda de la mula. Lo último que oyó Mateu a lo lejos fue—: ¡Arre, Sisqueta!

Mateu entró apresurado en el ayuntamiento. Los visitantes estaban pasando a un salón lateral donde los esperaban bebidas frescas y un tentempié cortesía del delegado de la Junta de Museos en L'Escala, que además era regidor en el consistorio.

Había tres o cuatro grupos repartidos por el salón de techos altos y artesonado de madera. La recargada decoración, con mobiliario en roble oscuro y papel pintado, se aliviaba un poco gracias a los grandes cuadros de alegorías mitológicas a la moda.

Puig i Cadafalch copaba la conversación del grupo más numeroso, formado ya no tanto por arquitectos como por próceres locales ansiosos de alternar con la eminencia y conocer de primera mano los últimos acontecimientos de la capital. Los que estaban en otros corros conversaban a media voz, atentos a las reacciones de los acólitos del arqueólogo e historiador.

Mateu se acercó a tiempo de oír a un caballero cuya voz resonaba

desde el fondo de su cavidad torácica. Debatía con Puig i Cadafalch y sostenía un vaso de agua como si en ello le fuera la vida.

—Antes que seguir enterrados por los siglos de los siglos, ¿cómo no vamos a excavar si sabemos que están debajo? Cuando piso mis viñedos sé que piso historia.

—Y también sabe que tiene compradores a su disposición para arrebatarnos nuestro patrimonio —discutía Gavalda. Tenía los músculos de cara y hombros tensos como nunca había visto Mateu en su jefe.

—No se trata de no excavar, estimado Vidal. Gavalda, serénese, que por ahí no vamos a ninguna parte —apaciguaba Puig al tiempo que se recolocaba el alto cuello almidonado que rozaba su barba.

—En nuestro país existe el derecho a la propiedad privada, ¿verdad? En ese caso, ¿no puedo hacer en mi propiedad a voluntad? Estas tierras son la ruina de L'Escala, solo valen para cepas escuálidas y alfalfa. Por primera vez en siglos, que Dios me perdone, el cielo nos envía un regalo en forma de ánforas y capiteles. ¿Quién me va a impedir que lo aproveche? Dígame, ¿quién?

—¡La patria! ¡La patria! —replicaba indignado Gavalda.

—Estimado Vidal, lo que tienen ustedes que entender es que somos un país civilizado. Y como país debemos defender nuestro patrimonio. Usted sabe tan bien como yo que estamos aludiendo a la única ciudad griega conocida de toda la península como si fuera un mero botín. Y no es así. Empúries es nuestro pasado. Ahora es el momento de reconocer que su nobleza e integridad, su sensibilidad y honor han sido edificantes para sus descendientes, que somos nosotros. Hemos de conservar ese regalo que usted con muy buen tino menciona, hemos de restaurarlo e incluso le diría que adorarlo si no fueran a acusarme de hereje.

La discusión había copado la atención de todos los presentes, expectantes ante la contemplación del duelo dialéctico a tres bandas, disfrutando del floreo y las fintas, a la espera de la estocada por parte de alguno de los contendientes. A Mateu, a pesar de las netas simpatías hacia su maestro, se le hubiera hecho imposible

apostar por él ante las andanadas del tal Vidal; sin embargo, tenía puestas todas las esperanzas en Puig i Cadafalch para alzarse con la victoria.

—Por eso estamos ultimando la compra de terrenos desde la Junta de Museos, que está invirtiendo muchas pesetas aquí. Para que todos salgan beneficiados. El patrimonio se queda donde tiene que estar, en el museo, y ustedes obtienen beneficio económico. Todos contentos.

El remate airado de Gavalda contrastaba con la palidez del señor Ribot, el delegado en L'Escala de la Junta de Museos, desesperado ante la poca diplomacia del arqueólogo para conducir una negociación tan delicada y que les estaba costando meses.

—¡Esto es una tomadura de pelo! ¿Pretende que vendamos nuestros tesoros al precio irrisorio que nos ofrece la Junta? ¡Santa María!

—Cálmese, Vidal; señores, no se acaloren…

—Sigo los preceptos de la Santa Iglesia Católica, señor Puig. La propiedad privada es una extensión de la libertad humana.

—No estamos discutiendo eso, sino a quién pertenecen los restos de nuestros antepasados. Y le recuerdo que hasta hace cuatro días Empúries ha sido la cantera de la región, no un santuario lleno de tesoros. ¿Qué casa, qué iglesia no tiene piedra de Empúries? ¿Para eso lo quieren? —insistió Gavalda.

Gotas de sudor surcaban la frente de Salvi Vidal. Su rostro blando, con las mejillas colgando, contrastaba con su mirada plomiza, que se clavaba en el interlocutor sin darle respiro, insistente hasta conseguir imponer su argumento. Mateu, que también notaba el sudor en la nuca, percibía cómo ese Vidal estaba batiéndose con Gavalda, pero apuntaba como contrincante a Puig i Cadafalch.

—Gran debate sin duda —terció ágil Puig i Cadafalch—. Aunque me temo que estamos aburriendo a nuestros estimados visitantes, que han venido a ver qué riquezas de esas que mencionan ya han aflorado liberándose del Hades. Su valor no está en lo pecuniario, sino en recoger en su esencia la filosofía helénica que tanto marca

nuestra identidad. ¿Qué le parece a vuestra señoría, alcalde de esta villa, si nos guía por la que es su casa hasta la sala donde se conservan esas piezas? —Y dirigiéndose a sus invitados, añadió—: Señores, este es el aperitivo del banquete cultural que les espera mañana. Estará sin duda a la altura de cualquier expectativa que se hayan formado. Estimado Vidal, no se rezague, será un honor disfrutar de esas maravillas a su lado.

De esta forma, con las dotes diplomáticas que lo llevaban a través de la política, Puig i Cadafalch zanjó el debate y salió de la sala del brazo de Vidal, que no tenía más opción que seguirle la corriente. Encabezaban la comitiva, que dividida en parejas o tríos comentaba, ahora sí, en voz muy queda, la contienda verbal. En la cola quedaban el delegado, el señor Ribot, descorazonado y mustio; Gavalda, afligido por la trifulca, y Mateu, paralizado por un sentimiento de lealtad.

—A Vidal no lo convenceremos nunca… —dijo el señor Ribot pasándose un pañuelo con sus iniciales por su frente ancha.

—Si solo fuera él, amigo Ribot…

—Si me permiten, ¿quién es ese señor Vidal que tan en contra tenemos? —quiso saber Mateu. Ribot le respondió de inmediato.

—Salvi Vidal es una de las mayores fortunas de L'Escala. Supo multiplicar una herencia familiar invirtiéndola en la anchoa y en el comercio de sal. Su casa está en una de las bocacalles de la plaza de la iglesia, y posee una de las mayores saladoras del pueblo, da trabajo a mucha gente. Y además tiene un buen puñado de tierras en Empúries.

—Entiendo. En cualquier caso, permítame decirle que ha defendido el yacimiento con mucha valentía, señor Gavalda —dijo Mateu.

—Con mucha valentía y un resultado francamente desastroso —replicó Gavalda.

—Diría que hemos retrocedido… —subrayó Ribot.

—Pues sí que estamos bien.

Y con esta conclusión Gavalda se sirvió agua de sifón, apuró el vaso y salió de la sala.

*

Estimada hermana:

Deseo encontrarte a ti y a nuestra queridísima madre en el mejor estado de salud. En cuanto al mío, te diré que es satisfactorio a pesar del trabajo físico que exige esta empresa que me ocupa. Sin embargo, el entusiasmo compensa las ampollas en las manos y los dolores de espalda que a veces me mortifican. En los últimos dos días hemos gozado de la visita del ilustre señor Josep Puig i Cadafalch, el fundador y creador de estas magnas excavaciones. He tenido el privilegio de ser presentado a su persona y estrecharle la mano. Si todavía tenía mis dudas sobre mi estancia aquí, él las despejó por completo. Como decía el ilustre señor Puig, la tierra se abre bajo nuestros pies para mostrarnos sus secretos, y está todo por hacer. Y de momento ha confiado en mí, lo que se confirmó cuando me presentó ante los distinguidos visitantes como «una joven promesa de la arqueología». Hermana, ¡cómo se hinchó mi pecho de orgullo ante tal afirmación! No podía dejar de contártelo. Te envío un calurosísimo abrazo.

Este que os añora,

Mateu

5

«Ya tengo el pescado. Llego en diez minutos».

«Qué tenía?».

«Lubina. De la buena. Lol».

«Voy poniendo el horno. No tardes».

«Qué quiere decir lok».

«Lol??».

Alex dejó de mirar el móvil para cruzar la calzada junto a los muelles de la Clota. Allí Aureli, un amigo de su madre, le había regalado el pescado que les había prometido. Alex libraba y había pasado la jornada sin ningún plan en particular, dejando transcurrir el tedioso día. Iba de camino a cenar a casa de su madre. Y la invadía un enfado leve, injustificado, hacia ella y hacia sí misma por no haber aprovechado el tiempo, por no saber llenarlo o disfrutarlo.

—Perdone, ¿viene de la lonja?

—¿Eh? No, no. ¿Por qué? —Jérôme pilló a Alex fuera de juego por completo.

—Bueno, lleva pescado en la bolsa, y he pensado que ahí dentro podría haber una subasta de pescado.

Alex percibió que a pesar del castellano correctísimo que hablaba su interlocutor, arrastraba las erres y dejaba en alto el final de la frase, como todos los franceses.

—Sí, hay una lonja, ¿la quiere visitar?

—No, lo que quiero es pescado —respondió Jérôme algo extrañado por la pregunta.

Solo entonces reparó en que algo le resultaba familiar en esa chica morena de huesos frágiles y manos desproporcionadas, que lo miraba a través de unas gafas con montura verde que menguaban sus ojos grandes, rodeados de incipientes patas de gallo.

—No, es que no se puede comprar. Solo mirar. Quiero decir, que es

solo para vendedores autorizados, mayoristas, restaurantes… Este pescado a mí me lo ha dado un pescador, porque somos amigos —contestó al tiempo que levantaba la bolsa y un olor intenso a pez muerto.

Alex tuvo la sensación de que ya estaba dando explicaciones. En su trabajo siempre las pedía, y en su vida privada siempre las daba. Su interlocutor no parecía tener prisa. Y su vestuario era demasiado formal para ser un turista de sol y playa.

—Llevo varios días en L'Escala y todavía no he descubierto dónde comprar el pescado. Salvo las anchoas, claro. Están por todas partes.

—Todo el mundo acaba haciendo la compra en los supermercados de las afueras. Bueno, espere, hay una pescadería muy buena, de toda la vida… Está en la calle Canyet, justo antes de llegar a la plaza de la biblioteca. ¿Le suena esa plaza?

—Sí, vivo muy cerca, he pasado por delante varias veces. ¿Cómo puede ser que no la haya visto?

—Hace unos horarios muy raros, pero el pescado vale la pena. ¿Es la primera vez que viene por aquí?

—No. Ahora estoy aquí por un curso… de arqueología.

—¡Ah! Es de los del curso de Empúries. —Alex se fue alejando lentamente de su interlocutor mientras su estómago rugía hambriento—. Pues nada, a ver si descubren algún tesoro…, que cada año cae algo…

Jérôme vio cómo se detenía al lado de una motocicleta y depositaba la compra en el cesto delantero. Alex conectó las llaves y se puso el casco. Con un impulso controlado levantó el caballete y arrancó. Y entonces Jérôme recordó que esa firmeza la había sentido días atrás, durante un paseo matutino por el camino de ronda a Empúries.

Sonrió ante la coincidencia y continuó su paseo por el puerto. El asfalto estaba más caliente que el sol, que ya se batía en retirada. La actividad no disminuía, había suficiente trasiego para recordar que el mundo seguía girando.

Los toros mecánicos, las plataformas elevadoras, los brazos articulados y las cajas pesadas rompían su día estático. Jérôme se había pasado mañana y tarde encerrado en el yacimiento arqueológico de Empúries. El curso había empezado y la jornada se había dedicado a un acto inaugural, demasiado solemne para su gusto, con las autoridades del museo, así como la alcaldesa de L'Escala. El repaso histórico de las sucesivas ediciones del curso había corrido el riesgo de convertirse en arqueología, por la precisión y el sinfín de campañas inacabables a oídos de Jérôme. No sacó de su bolsillo su teléfono móvil como hicieron otros asistentes, no por cortesía, sino porque no se le ocurrió para qué utilizarlo.

No veía el momento de lanzarse a la excavación y empezar a remover tierra. Había pasado demasiado tiempo en sesiones teóricas en las aulas del Institut d'Art et d'Archéologie de París. Quería aplicar lo que había aprendido. Pero tenía que esperar tres días más para empezar las prácticas en las calles adyacentes de la «ínsula 30», como les había precisado el director del curso, un arqueólogo de menos edad de la que aparentaba y que al final del acto se dedicó a fotografiar a todo el mundo con su Canon asegurada a la muñeca por un par de vueltas de la correa.

El grupo, de unas veintitantas personas, que también asistía en esta edición le resultaba indiferente. Los demás hacían esfuerzos por socializar, él no. Hacía mucho tiempo que había asumido su escasa habilidad para hacer amigos. La mayoría era para él una algarabía joven y desenfadada, cosmopolita y deseosa de que ese fuera un momento especial en sus vidas. Él a veces lo único que deseaba era que el tiempo pasara, o que se detuviera, pero no estar obligado a vivirlo. Él solo quería ocuparlo.

Casi un golpe de gas le bastó a Alex para salir de las instalaciones del puerto y situarse bajo el balcón de su madre. En L'Escala no había grandes distancias, menos todavía para ir del puerto pesquero a casa de Rita Niubó, su madre. Vivía en un edificio de principios de

los 90. Su arquitectura funcional había tenido mejores épocas. El salitre pasaba factura en las fachadas y había que tener la pintura a mano. Los últimos años de crisis habían llevado a la decrepitud muchas de esas construcciones, pero la casa de Rita no había caído todavía en ese aire caduco que tenían otros bloques de pisos fruto del *boom* turístico de la localidad.

Hacía más de diez años que decidió vender la casa familiar en el casco antiguo, en una esquina de la calle Codolar, y comprarse un apartamento en primera línea de mar. Hizo el cambio sin nostalgias ni dudas, con el apoyo de su hermano y tío de Alex, Ignasi. Con él no había discusiones. No tenía el gen de la polémica. Desde que Alex tenía uso de razón había sido así. Existía un pacto tácito entre él y su madre. Ignasi podía entrar y salir, tenía su vida, su casa, e incluso sus secretos, pero nunca dejaba a Rita en la estacada. Ni a Rita ni a Alex, de quien se había ocupado casi como un padre desde el día del abandono. La única condición es que no quería intromisiones en su vida. Y no las tenía. Rita sabía de sobra que salía ganando.

Alex abrió la puerta del piso con sus propias llaves. Los últimos hilos de un sol anaranjado se filtraban por la enorme cristalera. Sin necesidad de iluminación artificial el apartamento todavía rezumaba luz. Su madre había jugado con el vidrio y el color blanco cuando lo amuebló, alegando que necesitaba todo el brillo que no había tenido en su vida, como si hubiera estado esperando ese momento desde hacía años. La casa de la calle Codolar era una casa tradicional, de tres plantas angostas, sin concesiones a la belleza. Lo que no era útil no tenía razón de ser. Así de austeros eran los padres de Rita. Años después de su muerte, cuando Rita ya vivía solo con Alex, prolongó esa forma de vivir en la casa, con el color y los adornos reprimidos. Solo los juguetes y peluches de la Alex niña habían roto esa norma. Alex siempre recordaba su antigua casa en penumbra. Y cuando su abuela vivía, ni siquiera el atardecer era una razón para encender lámparas. Por eso, lo primero que hizo Rita al mudarse al nuevo apartamento, que se abría al mar y al sol a través de una terraza

casi tan grande como el salón, fue bautizarlo: «El séptimo cielo».

—¿Alex? ¡Pasa! Estoy en la cocina.

Alex se descalzó en la entrada y dejó las sandalias bajo una banqueta de madera, curiosamente el único mueble que había sobrevivido a la criba que hizo su madre del mobiliario de la casa vieja. Dejó su mochila encima. Recorrió un pequeño distribuidor presidido por un gran espejo de marco dorado, echó una mirada distraída al salón que se abría ante ella donde localizó la *tutufa bubo*, una rara caracola sudafricana que le había regalado a su madre en algún cumpleaños. Pasó a la cocina. Halló a Rita ocupada con dos jarrones muy estilizados de tamaño considerable, de vidrio azul ahumado, bregando por introducir en ellos todos los líliums que había comprado.

—Quiero darle verticalidad al salón. Lo encuentro muy achaparrado.

—Mamá, ¿otra vez cambiando las cosas de sitio?

—Y se me ha ocurrido probar con estos jarrones, por lo de la perspectiva. Lo he leído en una revista.

—Romper la perspectiva.

—Eso. Los compré por internet, creía que eran más anchos…

—¿Y dónde vas a poner el mamotreto?

—Pues en cada extremo de la pared del comedor… o igual me animo a ponerlos encima de la mesa, en cada punta. Lo vi en un chalet de L'Estartit, le daba un aire extravagante.

—Sí, exacto, extravagante.

—Me encanta. ¿Tienes hambre?

—No tengo hambre, estoy cansada y no he hecho nada.

Alex seguía a su madre por el comedor, le sujetaba los jarrones, impaciente, mientras Rita buscaba la ubicación perfecta. Los haces de luz caían sobre la mesa de cristal y rompían en colores sobre las paredes con un baile lento que moría distorsionado en el sofá blanco.

—Yo sí que estoy cansada. Después de enseñar cientos de pisos al día llevo toda la semana yendo a la tienda de Marina a preparar los

trajes para la feria. Cada año usamos los mismos y cada año hay que ajustar algo. Hoy había reunión de la asociación para ultimar detalles sobre los talleres, pero he dicho que no podía ir. No he faltado un solo día, todo lo que tenía que decir ya lo he dicho…

—Qué eficiente eres, madre —le dijo Alex con ironía.

—No sé por qué no estás en la asociación, al menos échale un cable a Marina.

—Mamá, ya sabes que durante todo el Triunvirato nosotros estamos de guardia y no tengo un momento libre. Por eso tengo libre hoy, por lo que se me echa encima.

El Triunvirato era la fiesta grecorromana anual que se celebraba en L'Escala. El tirón de Empúries se aprovechaba en la localidad. Durante un fin de semana era posible ver centuriones y patricios por las calles, o artesanos al torno, y gladiadores enfrentándose en las arenas de la playa. Los turistas acudían en masa y era una buena fuente de ingresos para la población.

—Así estáis entretenidos, que en este pueblo nunca pasa nada…

—Mamá, reconozco que lo de los jarrones es acertado. Queda muy alegre.

—Y si estuvieras tú todavía sería más alegre.

—No empieces otra vez. Ya me sé la historia, no necesito un listado de todo lo que has perdido.

—Alex, ¿cómo puedes ser así?

—Porque no me gusta que me compares con ese tipo al que tengo que llamar padre. Que yo me haya independizado no tiene nada que ver con lo que hizo él.

—Por supuesto que no, cariño. Nadie lo compara. —Y cortando de raíz el camino emprendido concluyó—: Vamos a preparar la cena, que se está haciendo tarde.

Tres horas más tarde, Alex llegaba a casa. Cuando se independizó decidió volver al casco antiguo. No se acababa de identificar con ese eterno espíritu vacacional de las casas del paseo marítimo, junto a

hoteles, bares y chiringuitos. Era impersonal y en los meses de invierno era solitario. No le gustaba encontrarse tan solo con unos pocos jubilados franceses y algún turista despistado. Para ella eso era una ciudad muerta que solo resucitaba en verano. Cuando decidió que quería vivir sola, con la ayuda experta y los contactos de su madre consiguió su pequeña joya: un estudio en un ático, en lo que todos llamaban simplemente «la playa», pero que era en realidad una pequeña cala donde desembocaban las calles principales del núcleo urbano. Su casa tenía una vista privilegiada frente al mar. La entrada daba a la calle de atrás, y cada mañana al salir de casa podía saludar a los vecinos, o visitar a sus amigos en los comercios que regentaban. Se sentía dentro de una burbuja que le daba seguridad.

Ahora, tumbada en el sofá, con la noche cerrada en los ventanales, se arrepentía de su reacción visceral con su madre, que ya estaba resignada a sus saltos temperamentales. Sobre todo cuando se bordeaba cualquier asunto en el que su padre pudiera salir a colación. Alex distraía ahora su remordimiento. Zapeaba por cadenas de televisión que no tenían nada que ofrecerle. Apagó la tele, lanzó el mando a distancia a un lado y sintió un torrente de lágrimas subirle por la garganta. Fuera, el mar estaba en un silencio casi absoluto, sin olas, con una consistencia pétrea. Desde la playa se podía apreciar que las casas estaban ya a oscuras. Solo las farolas iluminaban las calles, donde el motor de algún coche aislado truncaba la paz. La luz que salía del estudio de Alex era de las únicas que seguían encendidas. Como tantas otras noches.

Otra mañana que tuvo que levantarse Alex poco después de conseguir un sueño profundo. Mientras se duchaba, intentaba despejarse y se preguntaba cómo era posible que el insomnio fuera recibido por otros como un regalo mágico a pesar de robar horas de sueño; el territorio de los creativos, de los geniales. Ella nunca había encontrado ese carácter en esos retazos de tiempo suspendido.

Cuando por fin llegaba la mañana, el único anhelo que era capaz de vertebrar como pensamiento concreto, esas horas solo le dejaban ojeras, dolor en los huesos y un malhumor nervioso marca de la casa.

Bajó con pesadez las escaleras, con las piernas reticentes a abandonar la cama, y salió con las manos en los bolsillos acariciando las pequeñas conchas nacaradas que eran su amuleto. Arrastraba más que cargaba su mochila negra.

Antes de llegar al cubo azul que albergaba las dependencias policiales, Alex recorrió un largo muro blanco, del que se conocía hasta los desconchados. Rodeaba el cementerio marino que había funcionado hasta 1978, cuando se clausuró. Ahora era un jardín abandonado de tumbas ancianas, cerrado con una cancela cuya llave estaba en la comisaría. Alex distinguió, como cada día, las antenas en el cielo. Salían de las instalaciones como si las clavaran con un alfiler en un mapa. Un escaso jardín en el que nadie creyó nunca se extendía a la entrada. Abrió la puerta del modesto edificio, atravesó la recepción donde tras el cristal estaban dos agentes, uno de la policía local y una *mossa d'esquadra*, y se dirigió al despacho del fondo, donde se encontraba ya su colega Manolo mirando por la ventana y murmurando por lo bajo.

—Buenos días, ¿qué estás diciendo?

—Nada, nada, estaba espiando a ese tío. A las ocho de la mañana y ya está con la barbacoa.

Enfrente de la subcomisaría estaba situado el *camping* L'Escala, que había acabado absorbido por el urbanismo rampante que engulló toda la Costa Brava desde los años 60. Cada día, desde su ventana, los agentes asistían al espectáculo de campistas inmersos en un mundo completamente diferente del que solo los separaba una calzada y una verja. Un hombre panzudo estaba echando leña a su barbacoa portátil, y el humo empezaba a levantarse en dirección al sur.

—¿Será ruso? —especuló Manolo.

—Los rusos se compran chalés de lujo, ¿no? Yo qué sé. Voy a

cambiarme y salimos.

—No hace falta que corras. Hoy nos espera un día largo.

Sus palabras quedaron apagadas por el timbre del teléfono de Alex.

—Alex, cógete el coche y vente hasta la playa de Les Muscleres, falta una hora para que empiece la historia militar de los de Blanes y ya no cabe un alfiler.

—Oído, jefe.

En menos de diez minutos se había plantado en la bella playa resguardada por unas dunas colonizadas por pinos. La franja de arena se ampliaba hasta las rocas donde antaño se recogían mejillones, aunque en días de levante el roquedal quedaba convertido en un islote. Un área circular había sido acotada por estacas en asta, simulando la zona de los combates. Allí un grupo de reconstrucción histórica se convertiría en la Legión V Macedónica y emprendería un entrenamiento militar al uso de la época en que Empúries había sido una guarnición. Un estandarte rojo con las siglas SPQR bordadas en oro estaba clavado en la arena, imponente. Alrededor de las vallas más de un centenar de personas estaba a la espera, y como le había dicho Gabriel Morata por teléfono, todavía faltaba más de una hora.

—Este da el pego, ¿no? —le dijo el inspector a modo de saludo señalando el estandarte con la cabeza.

—Dímelo tú, jefe, que yo todavía no había nacido —le respondió Alex.

—Ya no haces mella, Sabell, ya no haces mella.

Su conversación se desarrollaba sin intercambio de miradas. Cada uno vigilaba hacia uno u otro lado.

—Por cierto, ¿tenemos noticias de los huesos?

Una vez Alex había cumplimentado y traspasado su parte del informe a los Mossos, no había pensado más en el suceso. Ahora, prácticamente enfrente del lugar del hallazgo, recordaba el revuelo

vivido días atrás.

—No hay todavía informe definitivo. Costa derivó el cadáver a antropología forense por antiguo, así que no hay prisa. Además, intervienen los arqueólogos.

—¿Y tú que crees?

—No es lo que crea, me han llegado voces, y esto es extraoficial, de que los arqueólogos ya han descartado completamente que se trate de unos restos de Empúries, quiero decir: ni griegos ni romanos.

—Así que habrá que buscar por otro lado…

—Vamos a ver quién lo asume. Ya sabes que no está en nuestro terreno.

—También sé que nos gusta husmear.

—Sabell, cómo puedes decir eso. —Y esta vez sí, Morata la miró sonriendo.

Transcurrido el intenso fin de semana en L'Escala, al martes siguiente, Jérôme salía del edificio del recinto arqueológico de Empúries, como todos sus compañeros, esta vez directos al «cardo B» en el ala oeste de las ruinas. Gafas de sol, protectores solares, botellines de agua y sombreros de ala ancha habían hecho acto de presencia. Era el segundo día de excavaciones propiamente dicho.

—¿Ya has avanzado con las lecturas que nos recomendaron el primer día?

Se lo preguntó una joven alta y huesuda mientras andaban. Tendría unos veinticinco años, y era francesa como él, «de Vincennes», le había dicho. El pelo lacio le caía desordenado en una cola hecha sin mirarse al espejo. Atravesaban un bosquete de pinos y setos cortados con pulcritud. Constituían un jardín clásico que discurría por la pendiente. Ellos subían hacia el interior, alejándose del mar, dejando las ruinas griegas. Lo que se extendía tierra adentro continuaba siendo un misterio, les habían dicho. De momento, eran campos yermos.

—Sí, algo he avanzado. Por las tardes después del curso siempre encuentro algo de tiempo para leer. —Jérôme había carraspeado antes de empezar a hablar, en un gesto mecánico que hacía cuando tenía pocas ganas de conversar.

—Será verdad, porque nunca vienes con nosotros. ¿No tienes ganas de despejarte un poco y charlar con gente? ¿O quizá tienes otros amigos aquí?

—No conozco a nadie salvo a mi casera. Tengo que tomármelo en serio, no es lo mismo estudiar a los sesenta que a los veinte.

—Oh, vamos, eso no es verdad. Además, ¿de veras tienes sesenta?

—Me faltan algunos.

—No los aparentas. Sal con nosotros una noche y te divertirás. Hemos descubierto un par de bares muy *cool* —y lo dijo así, en inglés.

—Er… —volvió a carraspear—, no sé. Tal vez una noche de estas. Estoy algo mayor para juergas…

—*Come on!* —Ya habían llegado a la cuadrícula. De una gran caja con ruedas, Cynthia extrajo un par de palas y le tendió una de ellas —: ¡Si estás joven para cavar, estás joven para trasnochar, Indiana Jones!

Por encima de ellos se impuso la voz de Santi Alfaro, el director del curso, dando indicaciones. Todo el equipo distribuía las herramientas formando una cadena humana colorista. Cubos, cubetas y carretillas eran depositados en el suelo a la espera de tierra que retirar.

—¡Bien! Ayer ya quitamos bastante mala hierba y por tanto hoy empezamos con algo más agradable…, la quintaesencia del arqueólogo profesional. Quiero ver una pala en las manos de cada uno de vosotros. ¿A alguien le falta? ¿No? Estupendo. —Los alumnos lo rodeaban expectantes—. Hay que cavar una buena zanja, digamos que un metro y medio como mínimo. Sois afortunados, si estuviéramos en la Paleópolis tendríamos que bajar bastante más. Como sabíamos que os moríais de ganas de coger una pala, esta semana nos dedicaremos a las catas, el «cardo B» será nuestra segunda casa. O, mejor dicho, la casa que esperamos encontrar está

ahí debajo.

Los alumnos empezaron a extenderse por un área de no más de veinte metros cuadrados, dándose ánimos los unos a los otros. El sol atacaba desde el cielo, dispuesto a dejar su rastro en la piel de los aspirantes a arqueólogos. Jérôme se hizo con el pico además de la pala y la escobilla, se fue hasta una de las esquinas de la cuadrícula limitada por las piquetas, y protegido del sol con un enorme sombrero de paja empezó a picar la tierra con disciplina. Levantaba la herramienta hasta la altura de su cabeza para soltarla en una descarga que pretendía enviarla a lo más profundo. Su mente estaba concentrada en terrones de tierra. Se desgajaban secos, rotos por el gran aguijón que levantaba un polvo que se metía en las fosas nasales.

En los primeros centímetros había pocas posibilidades de hallar restos, así que el trabajo podía ser más burdo. En la tierra retumbaba un ritmo disonante de picos y palas, de sabor metálico en la boca y en el oído; gotas de sudor nacían en las sienes y una neblina de polvo se levantaba después de muchos días sin lluvia. Tras unas andanadas con el pico, Jérôme se lanzaba con la pala hacia un suelo que ofrecía ya menos resistencia. Tenía experiencia con el instrumento, sabía cómo proteger su columna vertebral, agarrar la herramienta con una mano cerca de la pala y otra en el extremo opuesto del mango. Algún estudiante brioso que había arrancado con más velocidad, al cabo de una hora tenía que detenerse exangüe, engañado por sus propias capacidades. Él seguía, y al cabo de dos horas la diferencia entre su cata y la de los demás saltaba a la vista.

Un par de horas más tarde todos los alumnos habían conseguido desembarazarse del pico y la pala y se extendían sentados en la cata, cuyo perímetro habían marcado con espray. El primer trozo de cerámica que apareció fue vitoreado y celebrado como el trofeo más preciado, a pesar de que tenía poca policromía y estaba en muy mal estado. Santi tuvo que desilusionarlos. Esos campos habían sido labrados cientos de veces a lo largo de los siglos, la cerámica podía

ser de cualquier época, y él apostaba al menos por el siglo xv. Había demasiadas capas, demasiadas vivencias unas encima de otras para esperar que apareciera algo interesante a la primera.

Santi se movía con entusiasmo de grupo en grupo, daba ánimos a los agotados, incitaba a beber agua y, sobre todo, daba sentido a lo que habían cavado.

—Fijaos en los colores de la tierra. Nos cuentan qué ha pasado, son los que dictan la historia, sedimentos sobre sedimentos, algún fenómeno geológico imprevisto… Pero observad más abajo. La tierra ha sellado muy bien, es compacta. Aquí podríamos datar el momento del abandono de estas estructuras. Laura, acércame el metro… A partir de aquí deberíais encontrar restos interesantes.

Cada uno de los alumnos tenía tareas rotativas asignadas: fotografiar, perfilar, levantar planos de planta. Jérôme sostenía un enorme cartapacio encima de sus rodillas, manejando el lápiz con menos habilidad que el pico. Sus manos estaban cansadas y algo agarrotadas y le temblaban ligeramente. Mientras medía y esbozaba, oía el alborozo que a cada rato suponía el hallazgo de alguna moneda u otro fragmento de cerámica, hasta que Cynthia, que estaba definiendo una sección tal y como Santi le había indicado, lo interrumpió con una exclamación contenida:

—¡Jérôme! ¿Y esto?

Incrustada en la pared asomaba un asa herrumbrosa.

—No tires, podría romperse.

Jérôme replicó levantando la voz. Iba a dirigirse hacia ella cuando frenó su ademán.

—Coge otra herramienta, necesitas algo más preciso. —Se levantó con excitación y se dirigió a una cubeta próxima para encontrar una rasqueta más pequeña—: Prueba con esto.

En pocos minutos Cynthia aisló el asa, que resultó ser un aro completo que la joven sujetó con la mano enguantada mientras avisaba a Santi. La expresión de su rostro al ver la pieza metálica no dejaba lugar a dudas.

El hallazgo estaba destinado a aparecer en la prensa. Todavía

había que investigar mucho más; sin embargo, Santi les confirmó que tenían algo entre manos.

Tres días más tarde el diario *El Punt* celebraba en primera página el descubrimiento de un objeto de gran valor en las ruinas de Empúries: un brazalete de oro en forma de serpiente enroscada, datado en el siglo I a. C., con toda probabilidad un amuleto, poco habitual en esta región del Mediterráneo. El periódico lanzaba algunas conjeturas que había recogido entre algunos expertos, y le daba una página entera en el interior. Los conservadores del museo estaban esperanzados porque desde el primer momento le otorgaron gran valor a la joya. Sentada en una mesa junto a la cristalera, en el Medusa, Alex estaba entretenida con la noticia. Tomaba un café americano y un bocadillo, despejada y de buen humor a pesar del viento del norte, la tramontana, que se había levantado y cuyos aullidos le hacían levantar la vista de vez en cuando hacia el mar embravecido. En la tierra parecía que la fuerza de gravedad disminuía, los transeúntes que andaban a favor de viento casi saltaban. Hojas de árboles, ramas de pino, papeles y envoltorios e incluso una cáscara de plátano bailaban una danza sin tregua. Las barcas estaban a salvo, porque el aviso de temporal había sido puntual, y los comerciantes y hoteleros habían plegado los toldos. La frontera litoral del pueblo se había quedado desnuda. Ni velas, ni carpas, ni nada que pudiera volar. A Alex ese viento que limpiaba la atmósfera, que regalaba un cielo sin la mínima sombra de nubes, le seguía fascinando igual que de niña. Una escritora, Caterina Albert, cuya fama había trascendido hasta convertirla en un clásico de la literatura catalana, se refería a la tramontana con una paradoja: «La belleza de la tragedia». Esa frase se le había quedado grabada a Alex de sus lecturas escolares.

Su teléfono la sacó del ensimismamiento. Era Morata.

—Sabell, ¿dónde estás?

—En el Medusa, desayunando. No entro hasta las tres.

—Lo sé. Te recojo con el coche patrulla en la plaza del Peix. En tres minutos. Vamos a las ruinas.

—No estoy uniformada, jefe.

—Da igual. Esto es gordo, muy gordo.

Alex hubiera querido hacer alguna broma acerca de otro esqueleto romano, pero percibió con claridad que no era conveniente. Apuró el café, cogió el bocadillo a medio terminar y pagó. Eran las nueve menos ocho minutos de la mañana. Cuando abrió la puerta del bar una ráfaga de viento entró como si hubiera estado esperando su oportunidad, levantó servilletas y tumbó un vaso lleno de pajitas. Al fondo una voz rotunda gritó:

—*Sa porta!*

Gabriel Morata llegó en tres minutos y tardaron cuatro más en alcanzar el recinto de las ruinas, con la sirena ululando y levantando miradas sorprendidas entre los parroquianos. Pero no fue la única, una ambulancia les precedía. Los vehículos se internaron en el aparcamiento de la playa del Portitxol, en el pinar junto al hostal Empúries. Solo había tres coches, dos de ellos coches patrulla. Durante el breve recorrido el inspector le contó que poco antes un corredor había tropezado por el camino de ronda con algo que parecía una persona tirada en el suelo entre los arbustos. Había hecho la carrera de su vida para llegar hasta el hostal Empúries y dar el aviso. Desde allí habían llamado a la comisaría. El corredor había dado al hombre por muerto.

Morata y Alex salieron del coche y se dirigieron deprisa al camino de ronda. De la ambulancia saltó un médico que los saludó con familiaridad. El centro de asistencia primaria estaba en el mismo complejo que la comisaría y trabajaban juntos con frecuencia. Desde el camino el agente Forcada llegaba corriendo para indicarles el punto exacto del cuerpo.

El médico se acercó el primero hasta uno de los varios accesos a la playa que se abrían desde el camino entre L'Escala y Sant Martí

d'Empúries. Un agente le indicó que bajara la escalera que acababa en la arena, hoy una franja reducida debido a la marejada. Junto a la barandilla de tronco de pino, en la duna, entre los carrizos, yacía el cuerpo de un hombre boca abajo, como si hubiera llegado del mar y quisiera subir por la duna sin utilizar la escalera.

—Varón, unos setenta años, unos cien kilos… —recitaba el doctor mientras le tomaba el pulso.

—Sabes que no puedes moverlo, ¿verdad, hijo? —le indicó Morata.

—Voy a intentar tocarlo lo menos posible, pero tengo que asegurarme primero de que realmente está sin vida.

—Por supuesto. Eso es lo primero —repuso el inspector.

El joven médico siguió con su reconocimiento, pellizcó el cuerpo, y buscó cerciorarse de que no respiraba, lo que implicó levantarle ligeramente el torso, no sin dificultad dada la envergadura del muerto. Una mancha de sangre ya parduzca se extendía sobre la arena. No necesitó ver más.

—Este hombre ha sufrido un disparo. Y está muerto.

Todas las miradas se clavaron en el médico. El inspector, que estaba lo bastante cerca para distinguir la mancha de sangre, suspiró apesadumbrado.

—Muerte violenta. Forcada, acordona la zona. Sabell, ayúdalo.

Ambos agentes se dirigieron a los coches para recoger el material necesario. Los *mossos* que estaban a un lado sacaron el móvil para llamar al juez de guardia.

—Esta vez al menos no hay duda. Este, romano, seguro que no es —musitó Tomás.

—¿Quién será? ¿Lo has podido ver? ¿Lo conoces?

—Me resulta familiar, pero tiene la cara hundida en la tierra, está todo mojado. Ahora mismo es difícil.

—Espero que no sea nadie del pueblo.

—Eso no está en tus manos, querida.

Y el agente Tomás Forcada abrió el coche patrulla del que sacaron cinta para el cordón policial. La puerta se abrió de golpe, empujada por el viento. Alex, inquieta, se había recogido la larga melena

oscura en el moño que acostumbraba a llevar cuando estaba de servicio…, o cuando soplaba la tramontana. Acarició su amuleto de ojos de santa Lucía en el bolsillo. Su nerviosismo era menos un asunto profesional que personal.

—Lo que sí está en nuestras manos es evitar que lo vea la gente. Fíjate, parece que regalemos algo…

En los últimos días L'Escala había iniciado aún con timidez la temporada turística. No era momento de masas, pero las siluetas de los veraneantes ya eran patentes en el pueblo. Algunos, los aficionados a correr o los habituales de las caminatas matutinas, merodeaban preguntándose unos a otros a qué venía tanto despliegue. Uno de ellos era Jérôme Tolbert.

Cada mañana, antes de entrar en el recinto arqueológico, recorría el paseo para desentumecer el cuerpo después del sueño y antes de doblarlo en el subsuelo.

Jérôme notaba las dificultades de los agentes luchando contra el viento, que obstaculizaba incluso una tarea tan rutinaria como acordonar la zona. Con las manos apretadas en los bolsillos reprimía su ansia por intervenir. Creía haber decidido ya que no echaba de menos el cuerpo de policía ni el trabajo que suponía, pero no era la primera vez que detectaba ese impulso, y no podía evitarlo. El día que Cynthia descubrió el amuleto, su primera reacción fue detenerla antes de que tocara nada, como si fuera la escena de un crimen. Se preguntó por qué estaba estudiando arqueología y no filosofía, sociología o cerámica. ¿Se engañaba a sí mismo? No podía investigar más casos porque estaba prejubilado, pero podía ser detective de la historia. Al fin y al cabo, era lo más cercano que se le ocurría a una investigación criminal. Se requería la misma combinación de observación, precisión, perseverancia e intuición.

En este caso sin embargo no pudo ni acercarse al cadáver. Formaba parte del grupo de curiosos que se distraían con una anécdota que contar a la familia a la hora del almuerzo.

Al cabo de pocos minutos llegó la brigada judicial de los Mossos. El juez había determinado formar comisión judicial, así que lo estaban esperando.

Nuria Cortal y Víctor Sanz aparecieron en lo alto de la escalera, corpulentos ambos, los cabellos peinados con fuerza cuatro, con el viento dándoles un aire épico:

—Vosotros, los de L'Escala, dadnos un respiro. ¿Cuántos días han pasado? ¿Dos semanas?

—Ni eso, Cortal, ni eso. Ya hemos roto la estadística del año…

—Sí, desde luego erais una de las localidades más tranquilas de todo el país.

—Este verano nos hemos despertado con el pie cambiado, ya ves.

—¿Qué tenemos?

—Una muerte por disparo. O eso parece.

La sargento Cortal arqueó levemente la ceja izquierda, mientras el agente Sanz la miraba interrogativo. Eso no era nada habitual en su zona. Le pidió al inspector Morata más datos.

—Sobre las 8.40 de la mañana un corredor habitual, vecino de L'Escala, ha distinguido a este señor al pie de la duna mientras hacía sus ejercicios.

—¡Qué vista, el tipo! —se sorprendió Nuria.

—No, no es tan difícil si estás haciendo series de escaleras, hasta quince se ha machacado el sujeto hasta reparar en el bulto. No le ha llamado la atención al principio… —Morata relataba mientras iba leyendo las notas escritas por Manolo, alejando y acercándose el texto y forzando la vista—. Carreras, no hay quien entienda tu jodida letra.

—El corredor no tiene mucho más que añadir. Le ha parecido que el cuerpo estaba en una postura tan antinatural que no era posible que fuera un vagabundo durmiendo, además le ha gritado y no le ha respondido. No se ha atrevido a tocarlo y como no llevaba teléfono encima se ha ido hasta el hostal a pedir que avisaran a emergencias.

Vamos, que el tipo se ha llevado un buen susto —resumió el agente.

—Habrá que hablar con él. ¿Lo tenéis localizado?

—Está en el hostal, lo han invitado a una tila. Pregunta si ya se puede ir a casa. Tenemos sus datos.

—No, lo siento, pero tendrá que esperar. Tenemos que interrogarlo, pero primero echaremos un vistazo al cadáver. ¿A simple vista lo habéis identificado?

El pelo corto de Nuria se revolvía y ella movía la cabeza intentando ponerlo en orden a sabiendas de que era una batalla perdida.

—No, todavía no. Os estábamos esperando para proceder a su identificación. Respecto al corredor, os podemos pasar nuestro interrogatorio. Cortal, el tipo está tocado y quiere irse a casa —terció el inspector.

—Lo siento, hay que seguir el procedimiento.

Las facciones de Alex se torcieron en un deje amargo. Una muerte era un impacto incluso para los agentes, poco habituados a episodios de violencia en el municipio, y, una vez más, la sargento los colocaba en su sitio, es decir, al margen.

Jérôme había sido testigo fortuito de la conversación. La intensidad del viento había empujado a los agentes de forma intuitiva a protegerse detrás de los pinos, aún dentro de la zona acordonada y a una distancia considerable de los mirones, entre los que se encontraba él. Parecía que la tramontana estaba dispuesta a jugar con todo el mundo, porque a pesar de la distancia, llevó hasta él la discusión. Su entorno de curiosos, una pareja de jubilados alemanes y dos francesas en ropa de deporte, también la oyeron, pero era evidente que solo Jérôme la entendió. Por eso no le fue difícil interpretar el rostro de Alex cuando esta se cruzó de camino al coche patrulla. La había distinguido entre los agentes en el ir y venir de todos ellos. Había envidiado la chispa en sus ojos, la de alguien apasionado por su trabajo, entregado a él y dispuesto a todos los sacrificios. Como él mismo hacía más de veinte años, en pleno

apogeo de su carrera policial, admitió.

Ahora Alex revelaba otro tipo de pasión sombría en la mirada. Se le había contraído el semblante conteniendo el grito que subía desde la garganta. El temperamento de la juventud, o de la frustración, especuló Jérôme cuando abandonaba por fin el escenario del crimen.

Alex pudo ocultarse durante un tiempo limitado para destripar su rabia. La sargento Cortal se limitaba a seguir el protocolo. Eso lo sabía de sobra y por eso no esperaba que su jefe presentara batalla. Y ella no debía intervenir. No estaba autorizada. La ira que le mordía la lengua solo la empujaba en la otra dirección posible. Huir. En eso había salido a su padre.

Dos horas tardó el juez en personarse en la playa de Les Muscleres, el lugar donde habían hallado el cadáver. Para entonces los curiosos se habían cansado de esperar y habían desertado. Cortal y Sanz habían tenido tiempo de avanzar con las diligencias. No solo habían interrogado al corredor, sino al personal del hostal, cuyo director había invitado a desayunar a los agentes. Del conjunto monumental de Empúries había asomado Santi Alfaro, acompañado del gerente, medio por curiosidad medio por ofrecer su colaboración en caso de que necesitaran las instalaciones.

El juez Moreno llegó acompañado de dos personas más, una de ellas el doctor Costa, el forense; el tercero era el secretario judicial. Al salir del automóvil todos se protegieron el rostro del viento de forma inconsciente, con el brazo, con la chaqueta. El magistrado encabezaba la comitiva, guiada por el agente Carreras desde el aparcamiento. Al llegar a la duna donde yacía el cadáver fue directo hacia Cortal.

—Sargento Cortal, aquí estamos.

—Varón, unos setenta años. Presenta un disparo en el tórax. No lleva documentación alguna.

—¿Indicios? ¿Le han matado aquí?

—No lo parece. Es un lugar aislado, de madrugada no pasa nadie. Pero un disparo en la noche podría haber alertado a alguien en el

hostal. El vigilante no ha oído nada, tampoco los huéspedes o el personal. No obstante, vamos a interrogarlos uno a uno. Por otro lado, hay unas huellas en la arena que podrían corresponder al arrastre de un cuerpo desde el agua, pero las olas se han comido buena parte de la playa y este viento también modifica la orografía.

—Y con la fuerza de la tramontana esta noche, una barca no lo tiene muy fácil para navegar… —puntualizó el agente Víctor Sanz.

—¿Algún aviso de desaparición?

—Ninguno de momento —informó el inspector apareciendo por detrás.

—Un placer verle por aquí, inspector Morata —le dijo serio el juez.

—Lo mismo digo, juez Moreno, aunque sería mejor en otras circunstancias.

—Sin duda, sin duda. Bien, pues doctor Costa, a lo suyo. Vamos a intentar identificar al fallecido y determinar la hora del deceso.

El forense estaba ya a punto para el primer examen de la víctima. El viento no se lo iba a poner fácil. A ras de suelo la arena se levantaba y se clavaba en la piel como miles de pequeñas agujas. Había que protegerse los ojos con gafas de sol. En aquellos momentos algunas ráfagas podían alcanzar los noventa kilómetros por hora. Alex y Manolo ya habían tenido que reforzar la zona acordonada por el azote del viento. Cada nueva ráfaga se lanzaba furiosa contra todo cuerpo que encontraba y lo desequilibraba. Dos miembros de la policía científica también habían llegado y uno de ellos colocaba un macro en la cámara para hacer las fotos de mayor precisión. El doctor aportaba datos que anotaban tanto el secretario judicial como Víctor Sanz.

—Este cadáver se ha mojado, ha estado sumergido en agua salada…, no demasiado tiempo, no presenta mordeduras de peces, aunque sí reblandecimiento. La exposición al agua de mar y al viento ha acelerado más de la cuenta el enfriamiento del cadáver. Pero podríamos estar hablando de unas doce horas, catorce a lo sumo, como hora del *exitus*. Puedo precisarlo en la autopsia.

—Ayer por la noche… — reaccionaron al unísono Morata y Sanz.

—Agente, ¿me puede ayudar a girarlo?

Víctor Sanz se agachó junto a él. El forense agarró el cadáver por el torso y Víctor se dispuso a voltearle las piernas a la indicación del doctor.

—A la de tres, uno, dos y tres.

El cuerpo cayó sobre la espalda, pesado y desgarbado, con un golpe sordo. La ropa mojada, que por la espalda aparecía colocada en su lugar, se descubría por la parte delantera mucho más desaliñada. La camisa estaba abierta y el pantalón arremangado hasta más arriba de las rodillas. Pero las miradas no se entretuvieron en la indumentaria. Las de Costa y Morata fueron al agujero junto al corazón. La mayoría, como Alex, miraron el rostro, que revelaba una herida sucia en la frente.

—¿Alguien lo conoce? —preguntó la sargento Cortal.

Todo el mundo guardó silencio. El rostro aparecía enharinado por la arena, algunas hojas pegadas le ocultaban uno de los ojos, cerrados. De la boca abierta salían unas hormigas en formación. No fue el cadáver, sino esa visión la que causó más repulsión en Alex. Con el corazón encogido respondió.

—Ricard Vidal. Es vecino de L'Escala.

—Yo no lo conozco —respondió sorprendido Morata—. ¿Sabes dónde vive?

—Ahora mismo no, pero sé dónde trabaja su hija. Ella y su marido se dedican al negocio de compraventa de motoras, yates…

—¿Está segura, agente Sabell? ¿Puede confirmarlo?

Alex se agachó y observó con detenimiento la mano izquierda, que con el giro había ido a parar al muslo izquierdo.

—Sí. Lo conocí de niña. Era amigo de mi padre. Esa cicatriz en el dorso se la hice con una rama de pino, jugando, de pequeña.

—Ordeno levantamiento del cadáver y autopsia.

—Tomemos las huellas dactilares. Vamos a confirmar la identificación —zanjó la sargento.

—Inspector, vosotros sois de aquí, ¿queréis contactar con la familia? —sugirió el juez.

—Sí, por supuesto. Sabell, nos vamos. Carreras, tú te quedas mientras sea necesario.

Alex estaba pálida. Y también lo estaba Morata, tremendamente incómodo por la tarea que le había sido encomendada, la que le resultaba más desagradable de su profesión. Mientras se alejaban hacia el coche patrulla todavía pudieron distinguir, traída por el viento, alguna frase más de las que dictaba el forense para el informe de levantamiento del cadáver.

—Orificio de entrada de bala. No se aprecia salida. Livideces en parte anterior, se aprecia maceración cutánea, pupilas contraídas…

Alex miró hacia L'Escala, ensordecida por el fragoroso viento constante que ocupaba su cerebro sin dejar apenas espacio para nada más. Y vio su pueblo suspendido en un mar de espuma, resistiendo impertérrito el embate de la naturaleza.

6

Durante las horas de más calor no se excavaba. Así se hacía desde la primera campaña y Gavalda no pensaba modificar esa disposición. Hoy Mateu lo agradecía más que nunca porque el calor era insoportable. Parecía que hasta los pinos sudaban. Una calima anclada en la costa impedía ver un azul nítido en el firmamento y el cielo caía encima de las personas, de las plantas, de la tierra. Las cigarras cantaban más ensordecedoras que nunca, y crispaban a más de uno. A Mateu en cambio el canto de las chicharras lo relajaba. Estaba en el porche de Villa Teresita fumando un cigarro tras haberse bañado en el mar. Modesta se reía de él cada vez que lo veía bajar con el albornoz hasta la orilla del agua, donde se lo quitaba para bañarse. Le decía entre carcajadas que había errado el camino al tocador. Mateu ya se había acostumbrado a encajar las bromas de la patrona. Su sonrisa era franca cada vez que le lanzaba una pulla, y había un aire ingenuo en sus expresiones. También toleraba Mateu su eterno olor corporal, aunque no podía decir que le gustara. Y guisaba la mejor liebre al vino del mundo, su plato favorito.

Salvo los niños, allí nadie se bañaba en el mar, a no ser que tuviera algo que recoger dentro del agua o cayera de forma accidental. Los vecinos preferían mantenerse en seco. Para Mateu sumergirse en las aguas frescas era una bendición. Su padre lo había llevado de niño con frecuencia a los Baños Orientales en la Barceloneta, donde le dio unas clases de natación muy útiles.

Hoy el mar estaba llano y era un placer romper la superficie con el golpe denso de sus brazos. Mateu adoraba convertirse en pez.

Agosto estaba ya avanzado, llevaba tres meses en el yacimiento y se había amoldado a su nueva forma de vida. Le gustaba el mundo rudo de la excavación más de lo que imaginó al principio, cuando se

rompía la espalda en las zanjas, día tras día. Sus manos estaban endurecidas, su rostro curtido por el sol, con piel que enrojecía, caía y volvía a salir. Había ganado peso, pero el ejercicio físico lo había distribuido en su cuerpo en forma de músculo y no de grasa. Su aspecto era menos relamido que a su llegada. Sus ternos estaban abandonados en el fondo de un exiguo armario. Nadie que no lo conociera lo distinguiría en la obra de otro peón.

Se perdía en el aroma de la sal y las algas. Adivinaba el cambio de viento por el olor que le llegaba: marino, a tierra seca o a bosque de pinos. Admiraba a su jefe, Jaime Gavalda, apreciaba al capataz, Pere Pascual, y encajaba como podía las bravuconadas de las cuadrillas. Departía a gusto los domingos con el señor Ribot, el delegado de la Junta de Museos en L'Escala, en las tertulias del café Can Bofill, o incluso en su casa, adonde él y Gavalda eran invitados con asiduidad.

—Buenas. —Raimon Comellas apareció por detrás de la casa y saludó más tímido de lo habitual. Mateu había establecido cierta relación de camaradería con los hermanos Comellas, Raimon y Joan, peones en la obra. No entraban en confidencias, tenían puntos de vista distintos, pero estaban en el mismo barco y compartían singladura.

—Raimon, siéntate. ¿Un cigarro?

—No, gracias, ya tengo los míos —respondió al tiempo que se palpaba el bolsillo de la camisa.

—¿Ya vas a trabajar? Todavía queda un buen rato…

—No, he tenido que ir a unas viñas de más arriba. Mi padre me necesitaba.

—¿Ahora en pleno verano? —Mateu recordaba perfectamente que en los meses más cálidos las viñas no se tocan.

—Bueno, no, no las hemos trabajado. Es que teníamos que arreglar la barraca… —Raimon daba pequeños pasos a un lado y a otro, mirando al mar y al suelo en un movimiento infantil para un hombre tan recio.

—Pues menuda hora habéis elegido. Otro día vais cuando caiga el

sol…

Los dos se quedaron en silencio. Y las cigarras parecieron aumentar el volumen de su canto y espesar aún más el aire. No se oía nada más. El resto del mundo parecía dormido. La ceniza de los cigarros caía al suelo.

—Quería pedirte un favor —lanzó por fin Raimon.

—Tú dirás.

—¿Me enseñarías a nadar?

Lo pronunció rápido, como si quisiera que en el fondo pasara desapercibido. Mateu lo miraba desconcertado.

—¿Tú? ¿Para qué quieres aprender a nadar?

—Si un día soy pescador no quiero ahogarme en el mar.

—Pero tú no serás nunca pescador, ¡siempre dices que no te gusta nada el oficio!

—Nunca se sabe.

El silencio volvió a ser el tercer interlocutor.

—Mira, si quieres te doy la primera lección ahora mismo —y señaló el cuello a rayas que asomaba bajo su albornoz— y a cambio me llevas a tus viñas a ver lo que hay por ahí.

Raimon titubeó, pero al instante recuperó su tono socarrón.

—¿Quieres ver cepas viejas?

—Ya sabes que no.

El graznido de una gaviota se metió en la conversación.

—Igual hasta nos puedes echar una mano con tus herramientas y tus manos finas.

—No te digo yo que no. ¿Cuándo?

—Ven mañana.

Sin añadir otra palabra Raimon se fue con sigilo por donde había venido. Mateu se quedó mecido en los cantos de las cigarras, satisfecho por la transacción.

Raimon se alejó por el camino detrás de la casa, en dirección a L'Escala, las manos en una carretilla cuyo contenido estaba escondido por una arpillera vasta y polvorienta. El chirrido de las ruedecillas rompía el aire.

Al día siguiente era domingo y Mateu Mercader se dirigía junto al señor Ribot a la tertulia en Can Bofill, donde se sumaban otros prohombres de la localidad. El arqueólogo llevaba varios días al frente de las excavaciones porque Jaime Gavalda había tenido que ir a Barcelona por un asunto familiar que prometía tener resuelto para el lunes, cuando se esperaba su llegada en la diligencia.

Le gustaba esa pequeña tradición que había instaurado el delegado de la Junta de Museos. Apreciaba a Ribot, que tenía una buena posición social gracias a su consulta médica.

El café estaba en Villa Carolina, una generosa construcción de dos plantas que daba al mar en el recién nombrado paseo de Lluís Albert, en homenaje a un diputado republicano hijo de la localidad. Algunos hombres habían sacado un par de mesillas más allá de la reja que cerraba la fachada, y disfrutaban de la tregua que daba el sol. En un par de mecedoras unas mujeres conversaban por conversar, sin mirarse, alargando la velada antes de retirarse al hogar. Metros y metros de redes desmayadas se secaban en un buen trecho a lo largo del paseo.

Ribot y Mercader saludaron con sus sombreros a los vecinos parados a la puerta del local y entraron en el gran salón, caldeado no solo por la temperatura, sino por el humo de los cigarros. Cierto olor a humedad sugería menos ventilación de la conveniente, y parecía que las aspas de los dos ventiladores del techo no tenían suficiente presencia de ánimo como para disiparlo.

Las conversaciones rebotaban en las esquinas del local y se elevaban. Mateu ya escuchaba algunas aseveraciones contundentes por encima de las demás. Predominaba más todavía el compás arrítmico de las fichas de dominó sobre los tableros de mármol de las mesas, algunos esquinados tras partidas furibundas.

Los recién llegados buscaron con la mirada a sus contertulios habituales entre todos los parroquianos que allí se reunían a apurar el domingo: armadores y saladores, comerciantes y agricultores. En

las mesas había castas. La de Ribot era la de los profesionales liberales: el alcalde, el boticario y uno de los abogados ya estaban allí. Fumaban cigarros traídos de Cuba que marcaban su estatus. Por supuesto, ellos no jugaban al mus o al dominó. Ellos departían.

—Señores, buenas tardes… —los saludó Ribot.

—Llegan en el momento oportuno. Ustedes son los más duchos en el asunto que comentábamos —los recibió Llorenç Aballí, un comerciante de tejidos que también estaba en el grupo.

—Es cierto, Ribot —refrendó Dámaso García, el abogado, dando vueltas con la mano a la botellita de anís de la que estaban bebiendo los comensales—. Todo ha surgido a raíz de que he leído en *La Vanguardia* una pequeña nota recordando que hace un año desapareció *La Gioconda* del Museo del Louvre.

—Sí, cómo olvidarlo. Lógicamente fue un suceso que llamó mi atención, parece imposible que una obra como *La Mona Lisa* pudiera ser sustraída de un museo de la talla del Louvre… —dijo Ribot, que se secaba el sudor del paseo con su pañuelo con puntilla.

—¡Y sigue sin aparecer! —continuó García.

—Aun desaparecida, es la obra de arte más famosa del mundo —terció Mateu—: Yo mismo poseo una reproducción fotográfica de la que es probable que se hayan vendido miles.

—Es un icono, una pieza de identidad, Mercader —intervino de nuevo Ribot—: Y por lo visto, una fotografía o un grabado será lo más cercano a la realidad que nunca veremos. Los conservadores del museo la dan ya por perdida…

—Permítanme volver al momento de la llegada de estos señores…

Llorenç Aballí recuperó la voz cantante. Los contertulios habían hecho hueco a los recién llegados. Mateu y Ribot ya habían tomado asiento en un par de sillas vacías que Quimet, el hijo de la patrona, siempre pendiente de todo, les había acercado. El boticario les había servido un anís al tiempo que rellenaba su copa. Era la hora álgida del establecimiento, el momento de las conjuras, las confidencias y las afirmaciones dogmáticas. No quedaban mesas libres, y muchos vecinos que entraban entonces, al ver que no había opción de

sentarse, recorrían con la mirada la docena de mesas, dudando entre seguir una partida de mus que estuviera más reñida que de costumbre, o una tertulia que prometiera un debate caliente. Así, algunas mesas se llenaban de espectadores, lo que daba nuevos bríos a los enzarzados en la batalla, lúdica o dialéctica. La mesa del alcalde era siempre una de las más concurridas. Allí se respiraba poder.

—Estábamos discutiendo si las piezas griegas o romanas que se han encontrado en Empúries podrían llegar algún día a ser consideradas obras maestras del arte helénico mundial. Me viene a la cabeza como comprenderán el Esculapio, hoy en el Museo de Arqueología de Barcelona —seguía Aballí—: Y pienso ¿qué hubiera sucedido si esa insigne escultura hubiera caído en las manos equivocadas? ¿Dónde estaría ahora? No podríamos disfrutar de su majestuosidad y belleza.

—Amigo Aballí, ese es el pan nuestro de cada día en esta tierra. La Junta de Museos tiene el deber de defender estas joyas de valor incalculable. Y lo digo así, porque no se puede poner precio en pesetas a algo que forma parte de nuestra historia. Hay que velar, no solo aquí en Empúries, sino en otros monumentos, para que esas riquezas no se escabullan en manos de indeseables que se lleven nuestros tesoros para el solaz de unos pocos o incluso a otros países —respondió Ribot.

—Lamentablemente, en Estados Unidos o en Inglaterra disfrutan de nuestros claustros románicos y nuestras esculturas clásicas. Además del Partenón griego o las joyas mesopotámicas que han ido a parar a Alemania —intervino Mateu, que intentaba emular el papel de su maestro, Gavalda.

—Eso es distinto a lo de *La Gioconda*, Mercader. Ahí nadie ha robado nada —le cortó el alcalde, que hasta entonces no había participado.

El alcalde Molist era hombre parco en palabras. Amaba el arte y apoyaba con convicción las excavaciones en Empúries. Se sentaba algo alejado de la mesa, para permitir estirar sus piernas cuan largas

eran. Su estatura excepcional contribuía a conseguir el respeto de sus paisanos.

—Es cierto, señor alcalde, pero esas obras no pertenecen a quien las encuentra, sino a la tierra donde se construyeron, ya que sus creadores desaparecieron hace ya siglos. Podrían reclamarlas sus descendientes directos, pero, poniendo por caso Empúries, ¿no somos nosotros los herederos?

—¡Sí! —le apoyó Aballí—, ¿permitiríamos que un potentado americano disfrutara de nuestro Esculapio en su rancho?

Los murmullos de reprobación demostraron cuál era la opinión general y Aballí asintió con la cabeza a la reacción de sus partidarios.

—Expuesto así no es difícil inclinar la balanza, pero, señores, mencionan la tierra, la herencia. Tal vez entonces, pregunto, ¿quien tiene la tierra tiene el tesoro?

La pregunta incisiva había sido lanzada por el alcalde Molist. No era extraño que asuntos que se debatían en el pleno del ayuntamiento tuvieran su extensión en la mesa del café Bofill, de forma más popular, más descarnada y con frecuencia más sincera. Alfredo Molist era zorro viejo y sabía que sentado en esa silla obtenía más información y apoyos que en su sillón de alcalde.

Mateu captó al instante que la interrogación era la alusión velada a lo que ya sabía: gran parte de los terrenos adyacentes al recinto de Empúries eran en sí mismos yacimientos ocultos, explotados por sus propietarios para obtener joyas o cerámicas que tuvieran valor en el mercado de antigüedades más allá de las fronteras. Algunos de esos terratenientes incluso habían conseguido con el tiempo crear pequeñas colecciones privadas. Jaime Gavalda se había dedicado a averiguar con discreción cuántas existían y qué maravillas escondían. Le había confiado a Mateu la voluntad de adquirir el mayor número posible para que pasaran a formar parte de los fondos del museo. No era poca la gente de L'Escala por cuyas manos había pasado un ánfora o una herramienta de la época clásica. Unos porque las habían excavado con sus propios brazos para completar su exiguo jornal de pescador, otros porque eran los receptores del hallazgo, y

otros porque comerciaban con las piezas recuperadas.

—Si alguien se lleva una joya que encuentra en sus campos a su casa, y la guarda en una vitrina, nos deja sin el disfrute de esa pieza a todos los demás. Corta la cuerda de nuestra historia —apuntó Mateu.

—Solo un espíritu sensible se la queda en casa, Mercader. Aquí lo que se encuentra se vende —puntualizó Ribot.

—Y bien que hacemos. —La rotunda voz de Salvi Vidal se oyó por encima de las demás.

El empresario se había acercado a la mesa del alcalde, alertado por uno de sus capataces, que formaba parte del corrillo que se había formado alrededor de todos ellos. La propietaria del café, doña Matilde, los miraba contrariada. No le gustaban los grupos numerosos. Se consumía menos.

—Sepa, amigo Ribot, que el hecho de que estas piezas no se queden enterradas, o ni siquiera almacenadas en nuestro pequeño museo del ayuntamiento —Mateu reprimió un bufido—, es una gran contribución a la difusión internacional de nuestra cultura. Cualquier especialista en arte a quien pregunte le dirá lo mismo. ¡Ponemos nuestra humilde ciudad y el nombre de Empúries en el mapa mundial!

El corro se agitaba como un cuerpo uniforme, ahora en una ola de aprobación hacia Vidal.

—No sé qué vamos a ofrecer si resulta que todo lo que encontramos va a parar a colecciones privadas a miles de kilómetros de aquí —repuso Mateu, envalentonado por las copas de licor y la excitación del café—. A eso que usted llama difusión de la cultura, yo lo llamo de otro modo. ¡Eso es expolio!

Un silencio súbito se extendió alrededor de la mesa. Muchos de los allí congregados no entendían el significado de la palabra, lo que les impedía una reacción u otra. Los pocos que la comprendían sabían que Mateu había pronunciado una palabra tabú. Aun así, continuó:

—Expolio significa despojar de identidad a un pueblo a base de borrar su pasado.

—¡Usted no es dueño del pasado! La universidad no es dueña del pasado, ni la Junta de Museos, ni el Gobierno. Yo soy dueño de mi pasado y de mi propiedad, y ahí yo manejo el pasado —replicó Vidal airado. Había levantado la voz y seguía de pie, con lo que sus palabras se proyectaban por todo el salón.

—La memoria que hagamos de nuestro pasado configurará nuestro futuro. Un pueblo sin historia es un pueblo sin principios. Cada día aparecen piezas emporitanas en el mercado porque no se detienen las excavaciones en los alrededores del yacimiento. No me negará que lo que importa es el negocio, no la cultura.

Todos los contertulios habían callado, convertidos en espectadores incómodos. Se trataba de una discusión a dos manos y nadie sabía todavía si había algún as en la manga.

—Las dos cosas pueden ir a la par. Los griegos fueron grandes comerciantes, y nosotros seguimos su ejemplo, Dios mediante. Quien compra un ánfora o una vasija la va a cuidar porque paga su buen dinero. ¿Qué hay de malo en eso?

—Moralmente, eso no está bien.

—¡Moralmente! ¿Así que usted ha venido de Barcelona a darnos lecciones de moralidad?

Mateu apretó la mandíbula mirando a Vidal, que a su vez lo miraba desafiante. Sabía que jugaba en campo propio, y aprovechaba la superioridad del que mira desde arriba a su rival, porque Mateu estaba sentado. El arqueólogo se dijo a sí mismo que si fuera algo más inconsciente habría retado en duelo ahí mismo a su interlocutor. Por mucho menos alguno de sus colegas de la universidad consideraba herida su dignidad hasta el punto de obligar a su ofensor a buscarse padrinos y citarse de madrugada en cualquier bosquecillo de los alrededores. Mateu no estaba hecho de esa madera. La violencia le parecía un recurso primitivo. Y conservaba la suficiente sangre fría para saber que un choque frontal con el empresario, muy popular y temido en el pueblo, iba a ser perjudicial para él, para Gavalda y para las negociaciones que mantenía la Junta de Museos con los propietarios de la zona. Todo esto pasó por

su cabeza en una fracción de segundo, antes de abrir la boca para responder y antes de que sintiera en su brazo una mano. Era Ribot.

—No se preocupe, señor Ribot. No voy a caer en la provocación. Le rogaría, señor Vidal, que nos atuviéramos a razonamientos intelectuales sin caer en argumentos personales.

El empresario de la salazón mantenía la mirada clavada en Mateu. Y se atusaba el bigote, amarilleado por el tabaco.

—Descuide. De hecho, no voy a discutir más con usted. —Y ya girándose hacia el auditorio añadió—: Pero recuerde lo que le digo: ya verá como acaba en mi bando. ¡Quimet! Nos hemos quedado sin anís… ¿Vamos a empezar la partida de una vez? —Y a esta frase, unos cuantos asistentes al debate se sentaron alrededor de una mesa vecina y empezaron a preparar las cartas.

La discusión se había zanjado. Y dejó un punto amargo en la mesa del alcalde, que se había quedado ya con los contertulios iniciales. Aballí siguió hablando, en susurros esta vez, porque no quería que sus palabras llegaran donde no debían.

—Hoy casi ha reconocido que hace tanto negocio con las joyas que encuentra como con las anchoas.

—¿De verdad? —abrió la boca por primera vez el boticario.

—¡Todo el mundo lo dice! —remató Aballí.

—Bueno, bueno, tampoco hay que hacer caso de todo lo que se dice por ahí —concilió Ribot, aún sin levantar la voz.

Mateu siguió callado, sorprendido de su propio arrebato, consciente de la amenaza de Vidal. Se miró las manos, encallecidas, rugosas, fuertes, ahora con las palmas sudadas, y vio en ellas un sentimiento de pertenencia al lugar en el que ahora transcurrían sus días.

Amaneció el día siguiente como cualquier lunes de verano en las ruinas. La mañana transcurrió entre el polvo y la tierra. Los peones pasaban buena parte del tiempo rebajando los niveles de arena depositados por la tramontana que escondían la continuación de la

Neápolis. Entre el rechinar de las vagonetas por el laberinto de raíles que se dibujaba en el yacimiento, se oía a los jornaleros que retiraban cestos y cestos de tierra hacia la playa. Sobre la una, todos se fueron a comer. Mateu decidió quedarse, enfrascado en una tarea minuciosa en una de las últimas catas abiertas en lo que parecía una necrópolis. De hecho, Gavalda estaba tras la pista de un nuevo ajuar funerario, y ahora Mateu quería adelantar trabajo antes de que llegara el patrón. Habían asomado ya unas cuentas de ámbar y alguna joya en una disposición que animaba a pensar que el propietario también podía estar ahí. Mateu incluso había tocado un pequeño brazalete dorado que, de momento, se guardaba en el almacén. La sensación de placer que experimentó fue casi física, un estremecimiento que querría sentir sin descanso. Ahora, dentro de la zanja, a cubierto del sol por una lona tensada entre tres palos, su ansia retaba a la alta temperatura. Con el resto de los operarios de descanso, la excavación se convertía en algo más íntimo, solo para él. Mateu había dejado la pala a un lado y raspaba con el paletín en busca de algo que le diera la fama, y una razón para estar allí.

Un rato más tarde, una voz infantil truncó su concentración:

—Señor Mercader, ¿no me oye?

Mateu asomó la cabeza de la lona y vio la sonrisa desdentada del mayor de los hijos de Modesta, mirándole desde poco más de un metro más arriba.

—¡Hombre, Vadoret! Perdona, no te había visto. ¿Qué me traes?

—Me manda el señor Gavalda a darle recado de si puede ir a Villa Teresita. Que ya ha llegado.

—¡Ah! ¿Qué hora es?

El pequeño Vadoret se encogió de hombros, ya no miraba a Mateu porque curioseaba una vagoneta detenida junto a la zanja, encarrilada sobre los raíles que se dirigían a la playa. Mateu sacó su reloj de cadena.

—¡Las dos y media! Se me pasó el tiempo. Vamos para allá…

Mientras salía de la zanja y se secaba el sudor con un pañuelo se fijó en Vador.

—¿Qué? ¿Te quieres subir a la vagoneta?

Y con complicidad infantil subió al chaval al artefacto, ahora sin carga, y empezó a empujar la vagoneta en bajada hacia la playa. Imitó el traqueteo del tren mientras en la cara de Vador la sonrisa desdentada difuminaba todos los demás rasgos. Y Mateu pensó que le divertía tanto empujar el artefacto como feliz era el crío.

Al poco rato llegaron sudorosos a la casa en la playa. Vadoret se escabulló a la cocina por la puerta trasera y Mateu se fue hacia el porche, despeinado y desaliñado, con la camisa abierta y los pantalones oscuros marcados de manos polvorientas. Las dos butacas que utilizaban los arqueólogos en sus sobremesas estaban ocupadas por un Gavalda jovial como pocas veces y una mujer muy joven que se abanicaba mientras conversaba. Mateu se detuvo en seco. Ella no parecía del pueblo, por su familiaridad con Gavalda y por sus ropas, más acordes con la moda de Barcelona: el color amarillo suave del vestido, los tejidos delicados, las cintas que ceñían busto y cintura venían de otro lugar.

—¡Mercader! Nos va a matar de hambre… —le recibió haciéndole enrojecer hasta las sienes—: Permítame presentarle a mi hija menor, Angelita.

—Mil perdones, señor Gavalda. Encantado, señorita. No la esperaba, de otro modo no la recibiría en este estado. Denme unos minutos para estar más presentable. —Mateu se dirigió azorado al patio trasero para asearse mientras oía las carcajadas de su jefe.

—Este Mercader… se ha convertido en un auténtico hombre de campo…

Al cabo de unos minutos estaban sentados a la mesa en el comedor. Servía el almuerzo Vador padre, el marido de Modesta, porque ella estaba arreglando una habitación para Angelita. La hospedera estaba enfadada porque Gavalda no la había avisado en firme. Días atrás, le había avanzado la idea que le rondaba de traer a su hija. Sondeó a Modesta sobre la posibilidad de asumir otro

huésped y esta le respondió con un despreocupado: «Ya nos arreglaríamos». Y ahora tenía que arreglarse, la oía Mateu murmurar con los labios apretados mientras entre ella y su hija María del Carmen vaciaban de trastos el cuarto al que se trasladaría Gavalda padre para dejar la mejor habitación a la recién llegada.

En el comedor los tres charlaban a la espera del pollo con sepia que les traía Vador padre.

—Angelita se ha dedicado con devoción a su madre, mi esposa, durante estos últimos meses. Ya sabe que no goza de buena salud. La ha cuidado como solo una hija ejemplar puede hacerlo. Ahora que mi esposa Roberta se encuentra mejor, y que ha recibido la visita de su hermana, que acaba de llegar de Salamanca, he pensado que sería muy adecuado un cambio de aires para Angelita. Esto es un horizonte abierto después de tantos meses encerrada entre las paredes de casa, sin apenas pisar la calle. —Jaime Gavalda no disimulaba la ternura que sentía por ella.

—Bueno, padre. Nadie hubiera hecho otra cosa por nuestra madre. Y estoy muy feliz de que se haya recuperado.

—Gracias a tus cuidados, hija.

—Es cierto que ahora estar aquí delante del mar me llena de alegría. Y junto a una antigua ciudad griega…

—Y romana, hija, griega y romana.

—Tengo muchas ganas de visitarla, padre.

—La benjamina de la familia es una gran aficionada al arte y la arqueología.

—Usted habrá tenido algo que ver, señor Gavalda.

Mateu se había cambiado la camisa y también el registro de su conversación. Por primera vez en semanas recuperaba ese tono de charla mundana, la partida de un juego de mesa donde se despiertan los sentidos para lanzar un comentario ingenioso o sagaz.

—No lo niego, pero Angelita ha hecho luego el camino por sí sola. Estudió con mucho interés todos los hallazgos en Troya, por ejemplo. Nos ha salido intelectual. Sus hermanas mayores no cogen otro libro que el misal, y en cambio ella los devora.

—Pero, padre, mis hermanas mayores tienen otras virtudes: son excelentes pianistas y bordadoras, dos cualidades que a mí me han sido negadas —respondió Angelita con vehemencia.

—Piano e hilo de bordar yo no le puedo proporcionar, así que me siento contento de que sus aficiones sean la lectura y la arqueología, porque ahí sí que me pongo a su disposición para prestarle todos mis libros…

—Que no sea el Maranges, por favor, Mercader —le cortó Gavalda entre carcajadas mientras se servía limonada. Mateu no había visto nunca a su jefe tan feliz como en esa mezcla de vida familiar y pasión arqueológica.

Mientras Angelita doblaba con mimo su servilleta, Mateu miraba sus brazos blancos, casi transparentes y redondos, que contrastaban con los suyos, morenos y resecos. Sus ojos se encontraron y ella le sostuvo una mirada tranquila.

—Si también comparte mi pasión por la arqueología, estoy segura de que habrá comentado con mi padre los hallazgos más fascinantes de los últimos tiempos. Yo me quedaría con los templos de Angkor, en Indochina, donde por lo visto los franceses están haciendo un trabajo magnífico. Centenares de templos escondidos y sepultados por la jungla… Me imagino el impacto que debe suponer después de semanas y semanas de viaje llegar a un lugar tan inhóspito y descubrir toda una civilización enterrada…

Angelita lanzó su imaginación a volar, y Mateu intuyó que el viaje podía ser interminable. Lo único que sabía de Angkor es que existía. Se prometió a sí mismo escribir esa misma tarde a uno de sus colegas de la facultad para que le enviara alguna información con la que poder deslumbrar a Angelita, que continuaba incansable con una charla que llenaba de energía la habitación.

Nadie llegaba al yacimiento tan pronto como Jaime Gavalda. Mateu no intentaba emularlo en eso. Madrugar no era su fuerte. Se limitaba a cumplir con la hora de entrada de las cuadrillas, las siete

de la mañana. Acudía con la mente espesa y los andares perezosos. Ese día, cuando lo vio susurrando en voz baja con Pere Pascual, el capataz, percibió de inmediato el gesto roto de su jefe. Estaban en la puerta del monasterio.

—Mercader, acérquese. ¿Entró usted en el almacén ayer o esta mañana?

—No, señor Gavalda. No necesitaba nada de ahí. ¿Por qué?

—No está el ajuar funerario: ni los lécitos, ni el anillo de plata, ni el brazalete, ni la anforita de vidrio. Solo están los fragmentos del alabastrón y las cuentas de ámbar.

—Desde que lo sacamos de la tumba, una semana después de su regreso de Barcelona, no lo he visto más. Usted dijo que se ocuparía de documentarlo y que yo siguiera con la *domus* VI, ¿recuerda?

Mateu percibió el desconcierto de Gavalda y la mirada grave de Pascual.

—Solo nosotros tres disponemos de llave para entrar. Los demás tienen que pedírnosla. Y ni la puerta ni la ventana están rotas.

—¿Están hablando de un robo? ¿Aquí, dentro del yacimiento?

—¿Qué otra cosa puede ser, Mercader? Nuestra última esperanza era que usted supiera algo.

—No me habría atrevido sin su consentimiento, señor Gavalda.

—¿Qué hacemos? Habrá que preguntar a los peones.

—Por el amor de Dios, Pere, no nos precipitemos. Déjeme pensar primero.

Gavalda giró con hosquedad y les dejó un poso amargo.

A Mateu le resultó difícil concentrarse durante toda la mañana. El paletín le quemaba en las manos y lo manejaba a golpes torpes e imprecisos. Alguno de los jornaleros le hizo una broma tosca que él contestó, desabrido, sin levantar la vista. Trabajó todo el tiempo con los labios apretados. Raimon y Joan Comellas se le acercaron a la hora del almuerzo que a veces compartían. Llevaban una hogaza de pan y unas sardinas que regaban con su inseparable bota de vino avinagrado, descolorida ya por el roce. Solo entonces Mateu se dio cuenta de que había olvidado recoger el cesto con la comida que le

preparaba a diario Modesta.

—Que las manos no te obedecen hoy, ya nos lo ha dicho el Antonio, pero la cabeza tampoco te llega. Ya nos dirás qué te pasa… —se dejó oír la voz socarrona de Raimon secundado por la risa de Joan.

Mateu notó cómo le burbujeaba dentro una respuesta airada que reprimió.

—¡Qué sabrás tú!

—Escuchemos al sabio…; yo no tendré libros, pero tengo ojos. Y veo cosas raras que pasan.

Lo que veía Mateu en ese momento era la mirada retadora de Raimon.

—Comed vosotros.

Se levantó para alejarse de ellos y sobre la marcha decidió llegarse hasta Villa Teresita. Solo le llevaría unos minutos y recuperaría así su almuerzo. Con pocas zancadas alcanzó la salida por la muralla y enfiló el camino en un estado exaltado en el que se mezclaban el robo, las chanzas de los peones, la desazón de Gavalda y Angelita. El estómago le pesaba y no se veía capaz de comer. Aun así, se dirigió a la cocina por la puerta de atrás. A través de la ventana abierta se oían unos sollozos y una voz queda. Titubeó antes de entrar, pero se decidió. Modesta y Gavalda lo miraron sorprendidos junto a los fogones. Mateu vio cómo Gavalda enrojecía y Modesta aumentaba sus sollozos tras la súbita irrupción.

—Creo que interrumpo algo. Solo venía a recoger el cesto del almuerzo y les dejo.

—Quédese, que creo que le concierne, Mercader. Cuéntele, Modesta. Cierre, Mercader, un poco de discreción.

Modesta a duras penas podía contener los lamentos. Mateu no había cerrado aún la puerta. Cualquiera que pasara por el camino a Sant Martí podía oír los lloros.

—Señor Mateu, ha sido sin querer. ¡Qué disgusto, Virgen Santa! No me lo perdonaré nunca. ¡Cómo ha podido pasar!

—¿Quién se ha lastimado? ¿Quién? —Mateu empezó a sentirse

mareado.

—¡Esto! ¡Es esto!

Solo entonces Mateu reparó en que las manos de Modesta, enredadas con su delantal, ocultaban la lamparilla de aceite que lo encandiló en su visita en solitario a la tienda de Esquirol, en uno de sus primeros paseos por L'Escala. El mundo se detuvo para el joven.

—Había ido a colgar la ropa limpia a su armario. Estaba todo tan revuelto, aproveché para doblarle unas camisas. Y al sacarlas, saltó esto al suelo y se partió por la mitad. ¡Ay, Señor, santa Máxima y *sant* Pere! Creí morirme. ¡Quién me mandaría a mí!

El volumen de los sollozos de Modesta no menguaba. Gavalda intentaba calmarla con palmaditas en la espalda. En un momento dado levantó una mirada llena de tristeza hacia su discípulo.

—Modesta, no se preocupe. La restauraremos, no pasa nada. Qué quiere que le haga. Déjelo correr, mujer. Váyase a su cuarto y recupérese. Mercader y yo nos ocupamos.

Modesta salió con la respiración entrecortada y los hombros encogidos.

—Menudo disgusto se ha llevado la pobre mujer. No la culpo. Siempre estamos insistiendo en el valor de cualquier pieza antigua… ¿De dónde viene esta? No la tenemos catalogada, ¿verdad?

Mateu intentó sostener la mirada fija que le lanzaba Gavalda.

—No, señor. Esa no ha salido de Empúries. Quiero decir, que no procede del yacimiento.

Gavalda no añadió nada. Mateu sabía que esperaba que él hablara. Un rubor agrio le subía al rostro. La voz se le estrangulaba. Intentó pronunciar un par de palabras, pero solo se oyeron titubeos.

—La encontré en la tienda de Esquirol, en el pueblo. Me subyugó.

—Bueno, no hay nada malo en eso. Pero le debió costar sus buenas pesetas. Si me lo hubiera dicho, habría ajustado el precio con Esquirol. Aún podemos arreglarlo. Esta tarde pensaba bajar al pueblo, pasaré por la tienda y miraré de hacer algún cambalache.

Mateu cerró los ojos. Le faltaba aire. Negó con la cabeza.

—No es necesario, por favor.

—Quite, quite. ¿Cuánto le costó? Seguro que Esquirol le dijo lo primero que se le pasó por la cabeza. ¿Ya sabía quién era?

El joven arqueólogo miró hacia la ventana, y arrancó oxígeno de donde pudo.

—No hablé con él. No estaba. Me la llevé. Fue un impulso absurdo.

Gavalda endureció la mirada. Mateu Mercader leyó en ella todo lo que no verbalizaba. Entendió que lo decepcionaba. Entendió que, a su pesar, pasaba a considerarlo un ladrón. Un ladrón de poca monta, o de altos vuelos, era algo que estaba considerando todavía.

—Señor Gavalda, no sé qué me pasó ese día. Ni lo pensé. Acudiré a abonarle el importe. No desconfíe de mí, por favor, señor Gavalda.

Vio cómo su jefe se dirigía hacia la puerta.

—¿Qué quiere que piense, joven? Mal día para descubrirlo. Muy mal día…

—Pienso como usted, señor Gavalda. Estas piezas son parte de nuestro patrimonio. No deben venderse ni quedarse en cualquier salón opulento. ¡Yo formo parte de este lugar! No querría estropear el gran trabajo que se está haciendo aquí.

—No me haga discursos de taberna, joven. No lo empeore.

Empuñó el picaporte con energía y salió. Un haz de sol oblicuo se coló por la puerta y se detuvo en Mateu, que tuvo la impresión de que lo acusaba.

Perdió la noción del tiempo, y cuando salió de nuevo hacia las ruinas, se topó en el porche con Modesta, que bajó la vista. Aun así, vio algo de acusador en su gesto. Sin poder evitarlo, Mateu echó a correr por el camino hacia Empúries.

7

No era una fan de correr, pero de vez en cuando Alex salía a hacerse unos cuantos kilómetros. Cuando lo hacía, su propósito era menos deportivo que terapéutico. Calzarse las zapatillas era una forma de desahogo. El agotamiento, y a veces un baño purificador, le permitían empezar de nuevo, cargar con su vida, como ella misma decía. Y con el reciente acontecimiento, se sentía de nuevo manejada por la angustia. Se había levantado a las siete, y con un vaso de agua en el estómago salió a la carrera ya desde su casa, respirando el aire cortante de la mañana, que la ponía en el mundo. En dos minutos había salido del núcleo urbano por la carretera hacia Empúries. Su cuerpo fibroso y entrenado le permitía lanzar zancadas con agilidad.

La tramontana todavía soplaba, habían pasado cuatro días desde que se había asentado en el pueblo, y parecía haber perdido virulencia. Aun así, se desataba de vez en cuando alguna ráfaga, y la mañana estaba bastante más fresca de lo habitual en esa época, así que iba enfundada en una sudadera y escuchando a Wilco en su teléfono móvil.

El camino de ronda hacia Sant Martí d'Empúries era el circuito más socorrido y a la vez más bonito para correr. Alex sentía debilidad por esa zona de su entorno. No había nadie más en el paseo. La calzada, solo para bicicletas y peatones, estaba flanqueada a ambos lados por vallas hechas con troncos de pino cruzados en aspa. Sobre todo en el primer tramo, que ahora atravesaba, parecían forzudos resistiendo contra las dunas. En plena tramontana perdían la batalla por completo, la arena rebasaba los límites e invadía el camino dándole un aire indómito. Con los forzudos de madera vencidos por la naturaleza, ahora parecía que quisieran aprehenderla a ella y llevarla de vuelta a su pasado. Alex apretó el paso. Su vida personal

y su profesión amenazaban con mezclarse y estaba angustiada. El asesinato de Ricard Vidal sacudía su tambaleante estructura emocional en lo que respectaba a su vida familiar, y en concreto, a su padre.

La tarde anterior, tras la confirmación por parte de los Mossos de que las huellas pertenecían al vecino de L'Escala, Morata y ella habían visitado a la hija, Elisenda Vidal, en la empresa familiar. Tras el desconcierto inicial y los momentos de incredulidad, Elisenda reaccionó con enfado más que con tristeza. Su primer gesto fue llamar a su padre, y nadie respondió a su llamada. Colgó lamentando su mala suerte. Era una mujer de unos cuarenta y cinco años, abrumada por el paso del tiempo. Acortaba su estatura andando encorvada, como si llevara peso en los hombros o le doliera la espalda. Era guapa y sombría a la vez. «Mate», pensaba Alex que era un adjetivo adecuado para ella. Durante un buen rato la mujer no supo qué hacer, se sentó en su silla, detrás de la mesa del despacho, inmóvil, cogiendo el teléfono, mirándolo, volviéndolo a dejar como si hacer una llamada fuera a transformar la realidad que aún se empeñaba en negar. Fue Gabriel quien tuvo que sugerirle que llamara a alguien cercano que la acompañara, y le fue dando paso a paso una serie de instrucciones y gestiones por las que debería pasar. La hija de Ricard Vidal no hizo demasiadas preguntas. Solo insistía en que había conversado el día anterior con él y «todo estaba normal». Esperaron a que llegara Narcís, su marido, lívido, se diría que traspuesto, y los dejaron abrazados, hablando en voz baja.

Alex no tenía demasiados recuerdos de infancia de Elisenda, Eli. Su memoria se detenía con más claridad en sus dos hermanos menores: Carlos y sobre todo Daniel, su héroe de infancia. El niño intrépido al que una niña de seis años seguía a todas partes: a buscar mejillones entre las rocas más alejadas, a saltar del trampolín más alto, a gastar bromas pesadas a los turistas alemanes… Si Daniel le decía que cruzase el puente, ella lo cruzaba; si le pedía que

distrajera al tendero mientras él sisaba unas chucherías, ella, temblando de la cabeza a los pies, lo hacía; si le decía que se tirara al mar, aunque su madre se lo hubiera prohibido, ella se tiraba. El enamoramiento infantil tenía que ser algo así. Eli era por aquel entonces una adolescente que ya tenía carta blanca para entrar y salir con sus amigas, sin ningún interés por las niñas con coletas, así que Alex la miraba con distancia respetuosa y cierto rencor desde el día que le dijo, despectiva, que Alex era nombre de niño. Tal vez por eso se llevaba mejor con los hombres que con las mujeres, pensaba ahora resignada mientras jadeaba por la carrera.

La noticia del crimen se había difundido por L'Escala como si la llevara el viento. No había vecino que la conociera que no le preguntara por el asesinado, suponiendo que Alex tendría información privilegiada. Cuando les respondía la verdad, que de momento no sabían gran cosa, y que probablemente ellos, como policía local, sabrían poco más, la miraban con decepción. Su madre la había llamado muy afectada.

—Nena, ¿qué me han dicho?

—Te refieres al muerto, ¿no?

—Qué disgusto…, y aquí, en L'Escala.

—Sí, no es muy normal.

—Pobre hombre…

—No son las palabras que utilizaría para él, mamá. Estaba forrado.

—El dinero no sirve de nada si te matan, hija.

—Y tampoco era el mejor hombre del mundo.

—¡Alex! Cómo puedes ser tan fría.

—Ya sabes lo que pienso, mamá. No le deseo la muerte a nadie, pero te confieso que me hubiera dolido mucho más la muerte de otras personas.

—Tan cerca como estuvimos…

—Demasiado para mi gusto. Y después, nada. Ni una tarjeta por Navidad.

—Bueno, hija, ya sabes que la gente no sabe cómo reaccionar en esos casos…

—Pues a mí no me parece tan difícil. Sobre todo, si sabes quién sale perdiendo. Si te digo la verdad, tampoco me habría gustado que nos ayudara…

Esos recuerdos sepultados se agolpaban en su memoria como moscas pegajosas. Y no podía espantarlas con la mano.

En su carrera, pasó frente al lugar donde había aparecido el cadáver. Ya no estaba acordonado, la investigación *in situ* había concluido. Se rio, cáustica, para sus adentros: el entierro de Ricard Vidal estaba desenterrando su memoria, que era algo que Alex prefería tener bajo el suelo.

El viento le limpiaba la cara y le aplacaba la ansiedad, pero reparó en que corría de forma muy rara cuando se dio cuenta de que se estaba retorciendo las manos. Se detuvo, estaba delante de la playa que lindaba con el promontorio de Sant Martí. Estaba desierta; fieras, las olas potentes, y ella, encogida, sintiéndose muy pequeña. Se sentó en uno de los escalones que bajaban a la arena y con la cabeza entre las manos se concentró en fundirse con el mar, a la búsqueda de unas gotas de lucidez. Lo que encontró fue la última conversación que había tenido con Morata, la tarde anterior, y de la que ahora se arrepentía.

—¿Qué sabes tú de Ricard Vidal?

Se lo había preguntado su jefe ya a la vuelta de dar la mala noticia a la familia. Andaban por el paseo Lluís Albert, junto al mar, ajenos al viento que había expulsado a todo paseante ocioso, abrumados por el asesinato de alguien que no pertenecía a sus vidas el día anterior y que con su muerte los había agarrado. El aire rugía a través de las ramas de los árboles, de cadenas y barandillas metálicas, de contenedores de plástico que se arrastraban despistados y sin destino. Alex le contestaba con desgana.

—Ya te lo he dicho, era amigo de la familia. Pero no le seguí la pista más tarde. Así que todo lo que tengo son recuerdos de una niña de seis o siete años.

—Pero tu familia tendría una opinión formada sobre él, si eráis tan amigos. Y aunque no tuvierais relación más adelante, algún comentario habréis hecho. ¿Por qué se rompió la amistad?

—Era amigo de mi padre, tenían negocios en común, salían juntos al mar los fines de semana. Cuando mi padre se fue, él se retiró de nuestra vida.

Gabriel se debatía entre continuar con un tema que incomodaba a Alex o dejar pasar una fuente de información. Decidió que su subordinada era lo bastante profesional para entender que prosiguiera.

—¿Así, por las buenas?

—Sí, me imagino que tomaría partido por mi padre en uno de esos actos de estúpida camaradería masculina. No lo sé. Luego, a veces, me cruzaba con él por el pueblo y nos saludábamos. Con sus hijos coincidía de bares ya de adolescente, y había buena sintonía.

—¿Y con él?

—Yo de él no quería saber nada.

—No lo entiendo, te acuerdas de un detalle tan tonto como la cicatriz de su mano y no me puedes dar ningún dato más.

—Ya sabes que hay detalles que de niño se te quedan grabados por triviales que sean, y en cambio cosas mucho más importantes quedan sepultadas.

—O bloqueadas —respondió Gabriel. Y se dio cuenta de que estaba rebasando la frontera de las preguntas profesionales para entrar en el terreno personal.

—Pues sí, ya lo sabes. Tengo mucha mierda bloqueada y quiero que se quede así, no le veo ninguna utilidad a tenerla sobrevolando mi cabeza.

Gabriel suspiró.

—De acuerdo. Vamos por otro lado. ¿Qué tipo de negocios tenían tu padre y él?

—Tampoco lo sé. Deberías preguntárselo a mi madre. —Se daba cuenta de lo poco que sabía de su padre. Y eso terminó de incomodarla—. Gabriel, si necesitas esos datos para la investigación

los buscaré y te los daré. Solo si es necesario. Si no, intentaré mantener mi desastrosa vida personal al margen de esta historia.

Gabriel se encogió de hombros, mientras torcían la esquina del cementerio marino que los llevaba directos a la comisaría.

— No hay problema, Alexandra. Pero que eso no enturbie tu talento. Quizá te convendría solucionar algún fleco pendiente con tu padre, algún día.

Siguieron andando en silencio, el muro de cal blanca los resguardaba del viento y los deslumbraba a partes iguales. En el teléfono de Gabriel sonaron notificaciones, que el inspector no consultó hasta que entraron en el edificio. Alex ya se alejaba hacia el despacho, cargada con todo lo que no había dicho, cuando Gabriel, que se había detenido en el vestíbulo para mirar el móvil, la llamó:

—Sabell, tengo un mensaje de la sargento Cortal. Quiere un refuerzo nuestro para la investigación. Y te quiere a ti. Me parece que vas a tener terapia de *shock*. Yo no me negaría. Es una buena oportunidad.

Y fue el inspector Morata quien se alejó intentando recolocar su despeinada cabellera blanca, mientras Alex se dio la vuelta hacia la puerta, mirando los rayos de sol que avanzaban por las paredes.

La leyenda popular asegura que la tramontana trastoca. Que la comarca del Empordà tiene más locos que otros lugares porque está «tocada por la tramontana». Tal vez lo que hace es llevarse mil secretos, arrastrando sus lodos. Se va cargada de pesares y deja a muchos tan vacíos que se vuelven locos al verse despojados de su objeto de cavilación o angustia. Para Alex la tramontana era depurativa. Igual que la carrera que había interrumpido. Le habían faltado las fuerzas y había tenido que parar. Tras unos minutos sentada, mirando el mar, zarandeada por el viento, como si la reprendiera, su determinación era otra.

Le disgustaba haber mostrado su debilidad ante su jefe el día anterior. Y Gabriel tenía razón, trabajar al lado de la policía judicial

solo le podía reportar beneficios: aprendizaje, experiencia, proyección… No podía permitir que un pasado que odiaba fuera un lastre para su futuro.

Se levantó y continuó corriendo de vuelta a casa. Volvió a pasar por los forzudos de madera que querían retenerla, pero ahora se habían convertido en espectadores que la jaleaban en su carrera. Cuando esa mañana llegó a la comisaría con un café en la mano consiguió abrir la puerta con una sonrisa verosímil en la cara.

—Buenos días a todos.

Asomó la cabeza al despacho del inspector:

—A ti también, jefe —saludó sin perder la sonrisa.

—Sabell, hola.

Morata iba a preguntarle cómo estaba, pero se contuvo.

—Los de la judicial todavía no han llegado, pero ya hemos habilitado un espacio para esos cerebros privilegiados. Aprovechando la baja de Baeza, podemos utilizar su mesa y unirla a la tuya.

Alex sintió una punzada de orgullo. Estaba en un caso importante y estaba en el equipo de «la judicial».

—Perfecto, jefe. Tengo ganas de ponerme a trabajar en esto, de verdad —enfatizó—. ¿Tienen ya el informe del forense?

—Diría que es muy temprano para eso, pero seguro que tienen más información que yo…

—¿Has visto esto?

Gabriel tenía entre sus manos el periódico de la mañana, *El Punt*:

> Los Mossos d'Esquadra abrieron ayer una investigación después de que apareciera el cadáver de un hombre en una playa de L'Escala. Según fuentes cercanas al caso, un corredor localizó a las 8.40 horas el cuerpo sin vida oculto entre las dunas del camino a Sant Martí d'Empúries. El cadáver presentaba un disparo de bala y se identificó como Ricard Vidal, vecino y empresario jubilado de L'Escala, de 75 años. Los Mossos, que no detallaron qué heridas tenía la víctima mortal, han abierto una investigación. El Juzgado de Instrucción ha decretado el secreto de las actuaciones. La investigación sigue abierta y la policía no descarta ninguna hipótesis.

—Yo soy la fuente cercana. Pero te aseguro que no le subí la edad —confesó Gabriel divertido.

—¡Buenos días!

El agente Sanz y la sargento Cortal asomaron la cabeza. Víctor llevaba siempre impresa en el rostro una expresión de desconcierto que contrastaba con su corpulencia trabajada en el gimnasio. Nuria tenía buen aspecto esa mañana, y llevaba maquillaje, cosa poco habitual en ella.

—Tenéis una bonita colección de dibujos infantiles colgados a la entrada. ¿Os dedicáis a la pintura en vuestras horas libres? —preguntó Nuria, mordaz, mientras se quitaba la chaqueta. Aludía a los dibujos de los niños de la escuela primaria que colgaban en la recepción de la comisaría—. Gracias por sumarte a nuestro grupo, Sabell, estoy segura de que nos serás de gran ayuda. Y otra vez, Morata, muchas gracias por prescindir de ella durante una temporadita. Espero que sea corta.

—No te preocupes, sargento, no sabía qué hacer con ella. Así me la distraéis —respondió mirando burlón a Alex—: Os dejo, que ahora tengo que trabajar el doble.

—Tienes un buen jefe, no todos son partidarios de ceder operativos a otros cuerpos —le dijo Nuria.

—Sí, es un buen jefe —aceptó ella.

—¿Empezamos?

Víctor entornó los ojos, algo que también hacía cuando saludaba, en un ademán mecánico que muchos interpretaban como complacencia. Sacó un enorme dosier, fruto de la documentación que había estado recopilando en las últimas horas. Y también una libreta en la que las notas estaban escritas con primor y claridad. Nada que ver con los enrevesados cuadernos de Alex.

—Recapitulamos lo que tenemos, y de paso te lo contamos a ti, Alex. No sé dónde te quedaste.

Víctor repasó sus notas y se lanzó a leer:

—Hallado un cuerpo en el encabezamiento de la playa de Les

Muscleres, coordenadas de GPS en el informe, junto a escaleras de madera, al pie de una de las dunas. Identificado como Ricard Vidal, varón, setenta y tres años, natural de L'Escala, donde tenía su domicilio, viudo y padre de tres hijos. Presenta orificio de bala de entrada en el pecho, de forma redondeada y un centímetro y medio de diámetro. Efectuado examen externo por el forense, no se aprecian signos de lucha o defensa. El mismo examen presenta contradicciones que indicarían que la muerte se produjo en otro lugar. Así lo confirman los testimonios de personal y huéspedes del vecino hostal Empúries, donde nadie oyó nada a la hora que supuestamente fue asesinado. No ha aparecido el arma del crimen, y algunos indicios en el suelo y el hecho de que no haya señales de violencia podrían indicar que el cuerpo fue arrastrado allí desde la arena o desde una barca, o quizá lo trajo el mar teniendo en cuenta que era una noche de tramontana, con gran oleaje. No llevaba ningún documento que lo identificara ni cartera. La identificación fue realizada en primer lugar por ti, Alex, antigua amiga de la familia, y por sus huellas dactilares y la confirmación visual de su hija Elisenda Vidal y su yerno Narcís Soler ya en el depósito de cadáveres de Girona.

Víctor levantó la mirada, esperando reacciones. Nuria estaba buscando algo en su bolso y no dijo nada hasta que encontró una barrita dietética.

—Antes de elaborar ninguna hipótesis vamos a completar esta información, si no, nos contaminaremos antes de hora. Vamos a ver: escenario del crimen y entorno de la víctima —arrancó mientras abría el envoltorio plateado de la barrita.

—Me temo que de momento no tenemos escenario del crimen. De entrada, no hay casquillos. Costa nos tiene que dar los resultados de la autopsia, pero todo apunta a que no murió donde lo encontramos —respondió Víctor.

—Sabell —la interpelada se puso tensa de forma inconsciente—, ¿podemos averiguar si alguien hizo alguna llamada a la policía ayer quejándose de algo anómalo? O si oyeron un disparo, lo cual ya

sería para tirar cohetes.

—Lo miré ayer por la tarde. Hasta las ocho de ayer nadie notificó nada parecido. Puedo volver a consultar si alguien ha llamado más tarde o esta mañana.

—De acuerdo, lo normal es que se haga de inmediato, pero a veces la gente cae más tarde, cuando se entera de la noticia o relaciona por algún motivo lo que ha visto u oído con el crimen. Cuando sepamos si el cuerpo llegó por tierra o mar podremos buscar pistas en lugares concretos, como el puerto o los alrededores, pero de momento el abanico es demasiado amplio, podemos estar dando palos de ciego durante semanas. Dejando aparte su casa, claro. Vamos a ir ahora mismo. Por lo demás esperaremos los resultados de la autopsia y de las muestras de sangre y arena, y las pruebas de balística. Víctor, ¿qué más?

—Lo primero, el entorno de la víctima. Hemos de interrogar a su hija y su yerno. Vidal tenía dos hijos más.

—Carlos y Daniel. Carlos llegó ayer por la tarde, vive en Barcelona. Daniel llegará esta mañana, trabaja en Bruselas, tiene algún cargo en la Comisión Europea —informó Alex. Nuria la miró con aprobación, sorprendida. Víctor cogió el relevo.

—He estado recogiendo datos del fallecido: jubilado hace tres años, a los setenta. Su hija Elisenda ha seguido con el negocio familiar, una empresa de compraventa de embarcaciones recreativas. Emplea a siete trabajadores sin contar al yerno. Además, posee varias propiedades en L'Escala, un par de edificios en el centro, un chalé en Andorra y varios terrenos, algunos de ellos cultivados todavía. Tengo pendiente ir esta mañana a su entidad bancaria para conocer el estado de sus finanzas. ¡Ah! Tanto su casa, como la de su hija, como el piso de su hijo en Barcelona son suyos, vamos, que están a su nombre.

—Todos dependiendo del padre…, una buena forma de tenerlos agarrados —murmuró Nuria al tiempo que tecleaba en el móvil a dos manos.

—Ricard siempre ha sido rico, pertenece a una de esas familias que

generación tras generación han ido recibiendo herencias sustanciosas. Su abuelo y su bisabuelo multiplicaron el patrimonio gracias a la industria de salazón —completó Alex—. Y como comentario a pie de página: siempre se le ha considerado un tacaño, con sus hijos y hasta consigo mismo. No se le conoce ostentación. Incluso su barca, teniendo una empresa que se dedica a ello, no es espectacular.

—¿Todo esto ya lo sabías? Eres un pozo de información… —se asombró Nuria.

—Algo lo sabía y algo lo averigüé por ahí ayer por la tarde. Se me acercó tanta gente a preguntar por el muerto que aproveché la circunstancia… He intentado dejar de lado las habladurías.

—No, Sabell, hay que separarlas de los datos, pero a veces dan pistas. Cuando el río suena, agua lleva —le respondió Nuria, y al ver que Alex y Víctor la miraban escépticos, añadió—: Ya sé que es muy manido, pero más de una vez me ha llevado sobre una pista útil.

—Pues aquí las tienes: desde que es un tipo exagerado en sus capturas cuando sale a pescar, hasta que su mujer es la que ha criado a sus hijos porque él no paraba por casa con tanto negocio. Eso lo puedo ratificar yo de mis recuerdos de infancia, y mi madre también. Que era un tacaño para lo forrado que estaba, y la parte más jugosa: los negocios. Cuando decimos «negocios», es porque nadie sabe con más precisión de qué eran. Supongo que especulaba en bolsa o algo parecido. Viajaba con cierta frecuencia a visitar a clientes y proveedores, buscando embarcaciones que le dieran singularidad y caché, por decirlo de alguna manera. Tenía clientes de toda Europa, y se iba a menudo a Grecia o a Italia a ver un barco.

—Veo que este caso nos va a dar trabajo. No hay una pista evidente y hay una víctima con secretos. Espero que los desvele su cuenta bancaria. La mía más que secretos tiene agujeros.

Acordaron repartirse el trabajo. Víctor iría al banco para averiguar cómo se movía el dinero de la víctima, y Nuria y Alex irían a su domicilio con una orden de registro. Gabriel Morata apareció en la sala común donde trabajaban, compartiendo espacio con los agentes

de la policía local. A esas horas no había nadie salvo ellos, que habían desparramado toda la documentación sobre las dos mesas que tenían asignadas: fotografías e informes desde los que llegaban preguntas para las que de momento no tenían respuesta.

—Más vale que este caso se resuelva rápido. Acaba de llamar la alcaldesa. —Morata se debatía entre el fastidio y la inquietud—. Está preocupada por el impacto que puede tener este asesinato en la temporada turística. Los periódicos ya están haciendo sangre a costa del tema y todos han recordado que es el segundo hallazgo de un cadáver en pocos días. Nos pide que seamos prudentes con la información que pasamos a la prensa… y que nos pongamos las pilas.

—Los casos se resuelven cuando ellos quieren. —Nuria se ponía ya la americana, dispuesta para salir—. Entiendo que vea esto como una amenaza, la opinión pública es miedosa. Como un turoperador diga que no viene, van a caer todos en cadena. Tampoco vamos a correr más porque ella lo diga, las investigaciones tienen sus tiempos.

—Repetiremos que es un hecho aislado e inhabitual, no estamos buscando un asesino en serie. —Gabriel miró a Nuria como si el *flash* de una cámara lo hubiera deslumbrado, un sabor amargo le llegó a la garganta—. ¿Verdad que no?

—No podemos descartar ninguna hipótesis, Morata.

Víctor asentía a la respuesta de Nuria. Encontrar dos cadáveres en tan poco espacio de tiempo hacía inevitable la asociación.

Y lo cierto es que todos habían dejado de lado el primer muerto, con la esperanza de que fuera medieval como mínimo. Como no había informe, todos se agarraban a esa esperanza sin querer contemplar que todas las hipótesis estaban todavía abiertas.

—Tranquiliza a la alcaldesa, dile que es nuestra prioridad en este momento y que hemos reforzado el equipo para avanzar con la mayor rapidez posible. No es ninguna mentira.

Nuria Cortal y Alex Sabell salieron de comisaría hacia la casa de Ricard Vidal. En una población de las dimensiones de L'Escala la mejor opción eran las piernas. Las calles eran estrechas y se enredaban en un laberinto. La casa familiar estaba en la calle de la Torre. Era una construcción de dos plantas que mostraba sin complejos señales del nivel de desahogo de la familia. Pocas edificaciones del pueblo se habían podido permitir esos derroches a lo largo de su historia.

Alex abrió con la llave que la hija de Vidal les había proporcionado. Se entraba por un portalón de doble hoja, remachado con clavos ornamentales. La puerta no había sido forzada. Un zaguán amplio distribuía las diversas estancias, y desde ahí se accedía a la planta superior por una escalera generosa de madera de nogal y una barandilla de forja con un pasamanos abrillantado por el uso. Al fondo, una puerta con una vidriera con mosaicos de aire modernista dejaba entrever el exterior. El olor a humedad y un frescor áspero que calaba los huesos fueron los primeros impactos que recibieron, todavía en la penumbra. Algunas baldosas bailaban bajo los pies de Alex y Nuria. La casa confesaba su edad.

Avanzaron con precaución, abriendo puertas. Alex notaba los latidos del corazón en la cara, y supuso que estaba sudando más de la cuenta. Se forzó a concentrarse en sus sentidos más que en sus sensaciones internas.

—Alex, cualquier detalle puede ser relevante.

Ella asintió con el rostro contrito, como pillada en falta, y cruzó el primer umbral. Daba a una salita, un lugar para recibir visitas del que no se habían cambiado los muebles por lo menos en los últimos cincuenta años. También delataba lo poco que se había utilizado en los últimos tiempos. En una mesilla central reposaban unas figuritas de pastorcillos, las porcelanas de Lladró, típico regalo en los años setenta. Unas cuantas sillas alrededor de la mesa confirmaban que la sala estaba concebida de cara a las apariencias, y que ninguno de los residentes había pasado ahí más tiempo del que las convenciones sociales requerían. Esa era la habitación más escueta

de toda la planta baja, las demás eran un par de salones amplios atestados de muebles y comunicados por puertas correderas, uno de ellos habilitado como biblioteca; un comedor con un enorme aparador dominando la estancia bajo una araña recargada, y una cocina renovada hacía unos cuantos años. Algunos platos y tazas estaban en el fregadero, aunque no reinaba el desorden.

Nuria dio un repaso despreocupado a los armarios y estanterías, con la secreta intuición de que la dieta del hombre no iba a darle ninguna pista: legumbres en sus botes respectivos, algunas latas de berberechos y almejas, mucho café y poca leche. En la nevera reinaban las verduras y el yogur.

—Un tipo sano. Si mis hijos tuvieran que sobrevivir con esta nevera se volverían locos.

La sargento echó un vistazo a las basuras con profesionalidad. Lo último que se había tirado era una lata de fabada.

—Un valiente, sí señor. Si esto es lo que cenó, es un valiente. Anótalo, Alex.

En una alacena junto a la cocina la lista de víveres se alargaba sin ninguna peculiaridad. Buena parte de la estancia la ocupaba un mueble construido exprofeso para albergar botellas. Había unas treinta botellas de vino y una caja de botellas de champán medio empezada.

—Paladar exquisito, acorde a su estatus supongo… —seguía comentando Nuria mientras se detenía en una de las botellas que parecía más vieja—: Esto es un crianza ¡del año 74!

—Yo ni había nacido…

—Me lo imaginaba. Me deprime trabajar con gente más joven que yo. El caso es que no la gastó en ninguna de las ocasiones en las que estuviste tú con tu familia por aquí.

—Tampoco creas que venía tanto. En verano el plan era salir en barco, en invierno salíamos al campo. Alguna vez vinimos a comer, y más a menudo ellos vinieron a mi casa, pero yo no tengo presente haber pasado muchas horas aquí. No me es un lugar familiar.

A Alex incluso la sorprendía su propia reacción a los recuerdos, o a

la falta de ellos. Recorría la casa casi como si fuera la primera vez que la pisaba. No era para ella un lugar entrañable de su infancia, como las casas de los padres de otros amigos, o de algunos primos y parientes. No sentía nada. Ni siquiera había sido capaz de recordar la ubicación exacta del caserón.

—Vamos a subir al piso de arriba. A ver si se pone un poco más interesante. Desde luego, de aquí no vamos a sacar nada en claro.

Hasta el momento el único elemento que podía asociar Alex a un recuerdo era la barandilla de la escalera. Era una de las atracciones favoritas del benjamín de la familia, Daniel, y ella lo había seguido en sus descensos locos cuando jugaban a ser bomberos que debían salir a toda prisa a extinguir un incendio. Recordó que en verano los descensos se complicaban por el calor y la desnudez, y que más de una vez terminaban con las manos y muslos enrojecidos por el roce.

Las habitaciones de arriba, la mayoría destinadas a dormitorios, se sucedían sin sorpresas. A los ojos de Nuria, no parecía haber ocurrido nada emocionante ni sospechoso en la vida de ese viudo, metódico y ordenado, que por la cantidad de discos compactos parecía aficionado a la música.

El dormitorio principal lo presidía la cama, una herencia familiar a juzgar por la solidez de la madera del cabezal, labrado con flores y hojas de gusto manierista. «Una delicada obra de marquetería de principios del siglo XX», pensó Alex. A la izquierda de la cama había una puerta cerrada que parecía dar a una recámara. Las cortinas estaban corridas en todas las habitaciones del piso de arriba.

—Qué triste vivir siempre con las cortinas corridas, ¿no?

—De eso yo te puedo contar mucho —intervino Alex—. Pasé mi infancia a oscuras. La casa de mis abuelos se cerraba a cal y canto cuando caía la tarde, y antes todavía si era verano, porque el calor del sol recalentaba el edificio. Pasa lo mismo que aquí: las ventanas dan al sur, suroeste, así que es tradición que se cierren. Lo extraño sería que estuvieran abiertas. Es decir, que este señor cerró sus cortinas con normalidad el día de autos.

—Ese día o cualquier otro. Pudo no haber pisado su casa ese día.

—No, porque su hija habló con él por teléfono por última vez esa misma mañana, y estaba en casa. Nos lo contó ayer cuando le comunicamos la noticia.

Nuria abrió de un tirón las gruesas cortinas verdes que caían hasta el suelo y daban a un balcón de la fachada principal.

—De todas formas —pensó en voz alta Alex— también están cerradas las del otro lado. No sé si eso puede indicar algo.

—Que estaba solo, y desganado, Alex. ¿Para qué abrir todas las ventanas cada día si solo estás tú?

El silencio se rompió con un golpe seco procedente de la planta inferior, como una puerta cerrada por la corriente de aire.

—Bajo a comprobar que no se haya roto nada —dijo Alex, sin pensar en otra cosa que en salir de la habitación. Un borboteo de ansiedad le brotaba desde lo más hondo.

Abajo, la puerta de la cocina estaba cerrada, así que Alex la volvió a abrir, aunque asegurándola con una silla para evitar el estrépito por segunda vez. Volvió a girarse hacia el fondo de la casa, porque le pareció que entraba más luz de la que había visto al llegar, y vio que la puerta que daba al exterior estaba abierta. Ellas no la habían tocado. Habían priorizado subir al otro piso. La puerta tenía una llave. Solo se podía abrir desde dentro. Alex suspiró intentando recuperar aire, como si se hubiera olvidado de respirar. Se llevó la mano a la HK de forma instintiva, mientras pasaba por su cabeza lo poco que había utilizado el arma. Maldijo no haber asistido a más prácticas de tiro que las exigidas por el reglamento. Ni siquiera sabía si desenfundar o estar solo con la mano a punto. Llevar la pistola en la mano le pareció tan dramático que lo descartó. «Alex, has visto demasiadas series de policías», se dijo dándose ánimos.

Rogando por no pisar una baldosa delatora fue sigilosa hacia la puerta. Desde fuera una radio lejana emitía el boletín de noticias, una voz acelerada repartía por todo el vecindario la última hora de un sonado caso de corrupción en Valencia. Alex agradeció un conato de normalidad en esa situación irreal.

Con el corazón al galope y los pasos contenidos llegó al umbral que

daba a la fachada posterior. Se asomó de lado, como le habían enseñado en la academia. Fuera, un jardín interior algo descuidado, con macetas descascarilladas y algunas plantas secas, era el paisaje por el que un hombre joven, de espaldas a ella, deambulaba. Lo hacía con mucha lentitud, como inspeccionando cada centímetro de tierra. No tenía aspecto de estar huyendo, eliminando pruebas o escondiéndose. Más bien parecía que todo le daba igual salvo ese pequeño retazo de mundo al que ahora dedicaba su atención. Alex se relajó y dedicó unos instantes a observarlo, a reconocer sus ademanes con detenimiento. Hay cosas que no cambian nunca. Como la forma de andar con los pies hacia fuera. Con una punzada de cariño, Alex dijo:

—Hola, Dani.

Y Daniel Vidal levantó la cabeza, de un rubio ya cenizo, se giró y suspiró. Se le humedecieron los ojos oscuros y entre las lágrimas esbozó una sonrisa.

—Hola, Sabelleta.

Nuria bajó al oír unos sollozos y encontró a Alex consolando a Dani, que la abrazaba con fuerza. Mientras Alex se dejaba envolver por el hombre y le daba palmaditas en la espalda, Nuria se retiró al interior de la casa de nuevo con un suspiro. Pasaron un par de minutos en silencio. Sobre sus cabezas sobrevolaron gritos infantiles, tal vez de niños jugando en una casa cercana, tal vez los suyos propios, cuando eran dueños y señores del jardín: a veces, jungla llena de tribus amenazadoras; otras, campo de batalla de galos y romanos o palacio de reyes y mandarines. Un columpio herrumbroso y oxidado había envejecido, inútil, en una esquina.

Hacía más de diez años que no se veían. Dani había estudiado su carrera de Derecho en Barcelona, su máster en Políticas Europeas en París y había vivido un par de años en Estados Unidos antes de instalarse definitivamente en Bruselas, donde trabajaba para la Comisión Europea para orgullo de su padre. Todo el mundo en

L'Escala sabía de un hijo Vidal que trabajaba en el epicentro de la política mundial, o así es como lo contaba el hombre. Dani había trazado con seguridad su camino y no había perdido la velocidad de crucero ni un solo momento. Durante esos años no había coincidido con su amiga de la infancia en L'Escala. Tampoco se buscaron. Su relación fue intensa en sus primeros años de existencia, el resto fueron coletazos. Ahora era un hombre fibroso, con una piel pecosa herencia de su madre pelirroja, que miraba con mayor fijeza de lo normal porque sus ojos separados se dirigían a un punto central de su interlocutor. Sus hombros estaban algo caídos. Para Alex era difícil encontrar ahora la actitud desafiante que le suscitó devoción por él en la infancia y la adolescencia.

Mientras esperaba que Dani se calmara, Alex contemplaba el jardín: así como la casa le resultaba ajena, no sucedía lo mismo con ese rincón de naturaleza atrapado entre muros. Se conservaba como si hubiera estado ahí el día antes: las mismas baldosas en el banco de piedra adosado a la pared, casi sepultado entre unas enredaderas mal cortadas; plantones repartidos en los pequeños parterres limitados con tejas cortadas por la mitad; las grandes jardineras de loza; las cuerdas de tender en la esquina que daba a la cocina, donde la tierra mudaba en cemento. Más de una vez se había raspado las rodillas allí en un mal aterrizaje. Y era la madre de Dani la que la curaba y consolaba. Y el cerezo. El proveedor de cerezas, la cabaña, el escondite, el lugar donde todo era posible. Había percibido el jardín como encogido, como los ancianos que van perdiendo volumen con el paso de los años, pero el cerezo le pareció mayor, igual de erguido y orgulloso. Bajo su copa se extendía la carga que no había podido soportar, las cerezas que nadie había recogido y que teñían de púrpura su sombra.

—Perdona, Alex. Me has pillado desprevenido.

—Tranquilo. No pasa nada. Lo siento mucho.

—Gracias. Ha sido tan de repente, y tan brutal.

La conversación estaba tan llena de palabras como de silencios.

—Y llego a esta casa, la verdad es que venía poco, me quedo en

casa de Eli… Y encima apareces tú, ha sido como volver a la infancia… —se le quebró la voz—, pero ya sin mi padre, ni mi madre.

La madre de Dani había fallecido de un cáncer fulminante cuatro años atrás. Desde entonces el padre vivía solo.

—No hace falta que me digas qué haces aquí. Eli me dijo que ibais a venir.

—Sí, Dani, de momento no sabemos ni siquiera dónde han matado a tu padre.

—¿No fue donde lo encontraron?

—Todos los indicios apuntan a que no fue así, aunque no tendremos la confirmación definitiva hasta que el forense concluya la autopsia.

Dani se pasaba los dedos por la nuca, sin saber qué hacer con las manos.

—¿Qué pasó? ¿Sufrió?

Alex se preguntaba si realmente Dani quería o no quería saberlo.

—La inspección ocular, la primera que se hace, apunta a un tiro en el pecho. Si es así, Dani, fue una muerte rápida.

Dani apretó la mandíbula, y luchó contra sí mismo para recuperar el aplomo.

—Os vamos a tener que hacer unas preguntas, a ti, a tu hermano Carlos, a todos.

—Ya.

—Es trámite.

—¿Ahora?

Una voz tras ellos respondió.

—No, ahora no. Sabell, tenemos que ir a Empúries. Me acaba de llamar el director del museo.

—¿Qué pasa?

—Te lo cuento por el camino. Viene a recogernos un coche patrulla.

Aturdida, Alex dejó a Dani envuelto en sus tristezas, y aceleró el paso para alcanzar a Nuria, que salía de la casa. Acarició nerviosa las conchas que llevaba en el bolsillo del pantalón, descargaba la sacudida sufrida dentro de la casa. Ya se oía la sirena del coche

patrulla.

—¿Qué ha pasado?

—Relájate, no es otro muerto. Han notificado un robo.

—¿Y no hay más gente para ir y hacer el atestado? No es que no quiera ir, pero no habíamos acabado con la casa…

—Lo sé, lo sé. Pero es que es precisamente un robo en Empúries, me da que todo puede tener relación. Por eso he decidido que iríamos nosotras.

El torbellino en el que había entrado Alex el día antes giraba cada vez más rápido. Su vida rutinaria se había convertido en un vértigo que se extendía por toda su existencia. El *mosso* que conducía el coche patrulla le guiñó el ojo, era uno de sus mejores colegas.

—Sabell, esto está a punto de convertirse en un capítulo de *Expediente X.*

—Roda, en todo caso será de *Broen*, ¿o es que tu tele se ha quedado en los 90?

—¿*Broen*? ¿Es nueva? Oye, chistosa. Que lo mío son altos vuelos. Yo estoy enganchado a *Homeland* y ando loco esperando la segunda temporada ¿Te paso ya la primera?

—¿Tráfico de series? Tendré que deteneros a los dos… —bromeó Nuria sin ganas. Aún emitió un bufido al constatar la cantidad de mensajes sin responder que la reclamaban.

Alex se agarró a ese retazo de cotidianeidad antes de volver a su desconcierto, a su *mierda*, como lo había llamado en su conversación con Morata. En cinco minutos Nuria le exigiría la mente clara para poder asociar o descartar los sucesos desencadenados uno detrás de otro. Por la ventanilla del coche, que circulaba con la sirena puesta, vio las tiendas donde compraba, los pisos superiores del edificio de su antigua escuela, la casa de alguno de sus amigos. En ese momento solo eran el mismo paisaje para dimensiones distintas, porque en el mismo lugar podían suceder hechos muy diferentes. Rutinas domésticas o delitos. Vidas felices o vidas rotas.

Sobrepasaron rotondas y tomaron el desvío hacia las instalaciones de las ruinas.

Entraron al museo. El antiguo monasterio medieval todavía mostraba las trazas eclesiásticas a pesar de la restauración, lo que le confería un aire venerable a la construcción.

Rogeli Vilaseca, el director del museo, ya había sido avisado desde la garita de entrada y los esperaba con pasos impacientes en el distribuidor de las dependencias del personal. Alex se vio a sí misma y a Nuria a través de los ojos de Vilaseca: su jefa con porte impecable, robusta y llena de seguridad; ella pequeña, fibrosa, con el cabello mal recogido, con cierto aire ausente. La sargento siempre a punto; la agente siempre pillada por sorpresa.

—Gracias por venir tan rápido.

—No estábamos tan lejos, Rogeli —le saludó Nuria.

—He avisado a Santi Alfaro, que estaba con los alumnos en la ciudad romana. Está de camino.

—¿Los alumnos? ¿Visitas escolares?

—Los alumnos del curso de verano de arqueología, sargento. Lo hacemos cada año.

—Sí, cierto. Hacen excavaciones.

—Exacto. De hecho, está relacionado con esa actividad. Tenemos un disgusto… Hemos empezado muy mal este verano, muy mal. —Se abanicaba la barba con una carpeta de cartulina de la que asomaban unas fotografías impresas.

En ese instante Santi Alfaro entró por la puerta, sudoroso y con la cara enrojecida. Tenía la apariencia juvenil de un estudiante más, en bermudas y con una camiseta negra de una gira de U2. En la mano sujetaba un viejo sombrero de paja con la banda de una ya pasada Fiesta de la Sal en L'Escala. Rogeli hizo las presentaciones oficiales al tiempo que Alex y Santi se saludaban con familiaridad.

—Contadnos qué ha pasado —los apremió Nuria.

Santi no dejó de acariciar unas pulseritas multicolores de factura infantil en su muñeca mientras tomaba la voz cantante.

Cuatro días antes, el segundo día de excavaciones, el grupo de

estudiantes había hallado una joya en la ciudad romana, en la ínsula 30. Era un brazalete de oro con cabeza y cola de serpiente, al que otorgaban valor por su singularidad. Cifraban su origen en alguna de las provincias romanas de Macedonia o Epirus, la antigua Grecia. Tal vez se trajo como regalo para alguna patricia o bien alguna nueva pobladora instalada en Empúries lo llevaba puesto. La pieza había sido trasladada al laboratorio del museo, donde se limpió, se marcó y se inventarió. Identificaron su época y tenían que continuar las investigaciones. Para ellos era un reto apasionante, contaba Santi, averiguar quién era la dueña de la pulsera. Esa mañana, cuando uno de los conservadores abrió el laboratorio y quiso enseñar el brazalete a un catedrático de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Granada de visita en el yacimiento, no lo encontró. Pensó que tal vez él, Santi, lo había cogido para la clase con sus alumnos, pero ni él ni el otro arqueólogo lo habían cogido. Nadie del departamento de restauración lo había visto. Con lo cual deducían que había sido robado. Y no sabían cómo ni cuándo, pues nadie había reparado en el brazalete en los últimos dos días.

—¿Puede tener mucho valor este brazalete? —preguntó Nuria al tiempo que limpiaba de polvo una pernera de su pantalón.

—Si tenemos en cuenta que lo hemos datado en el siglo I a. C., que es de oro y que es una pieza poco habitual en yacimientos españoles, sí, tiene mucho valor.

—¿En cuánto lo tasamos? —insistió Nuria.

El director la miraba atónito por la insistencia en el valor económico de la pieza. Pero Alex, recién aleccionada por Nuria sobre la importancia de asociar hechos diversos, sabía que la sargento trataba de averiguar si el brazalete bien valía un muerto, o incluso dos.

—No lo sé, porque nosotros no valoramos económicamente, si a eso te refieres. Pero, claro, en el mercado negro la pulsera puede tener un precio considerable.

—¿Es el primer robo de joyas que tenéis?

—No, no es el primero, pero hace muchísimos años que no ocurría,

diez por lo menos. Yo ni siquiera trabajaba aquí —le respondió Rogeli Vilaseca.

—¿Señales de violencia? ¿Ventanas rotas? ¿Candados reventados?

—Nada, al menos que nosotros hayamos visto. Hablad con los equipos de seguridad. Tenemos cámaras en el recinto, pero por desgracia no en el laboratorio.

—Hablaremos con vuestra empresa de seguridad, supongo que deben estar repasando las filmaciones de las cámaras. ¿Echamos un vistazo al laboratorio?

—Os acompañamos.

Abandonaron las dependencias administrativas y entraron a través de un portalón lateral abierto en un muro de piedra. Daba a un patio en el que unos lavaderos rústicos servían cada tarde a los alumnos para lavar piezas o fragmentos excavados. Atravesaron el patio hasta llegar a un cerramiento metálico que rodaba sobre unas guías. Allí estaba el laboratorio, ocupado en su mayor parte por dos grandes mesas. A Alex se le antojaban náufragos los trozos y trozos de cerámica que en una de ellas iban a recuperar su razón de ser. Habían sido limpiados y estaban en proceso de catalogación antes de ser restaurados. Resaltaban con sus colores terrosos sobre la formica blanca.

La otra mesa estaba ocupada por láminas de dibujo a medio terminar, pies de rey, compases, fichas, cintas métricas y frascos con sustancias que le eran ajenas a Alex.

Lámparas y lupas de mesa inclinadas sobre algunas piezas revelaban el trabajo de precisión que ahí se llevaba a cabo, aunque ahora todo estaba en silencio y ordenado. Era una sala aséptica salvo por el fuerte olor a tierra mojada que despedía. Los pasos resonaban errantes, buscando pistas al azar en un lugar en el que no parecía haber ninguna.

—¿Dónde estaba la joya?

—Tenemos un armario en el que guardamos bajo llave las piezas de mayor valor, por si acaso.

—Es de ahí de donde ha desaparecido… teóricamente.

Santi se dirigió hacia la pared opuesta a la entrada, ocupada en buena parte por un armario robusto y ancho, de factura industrial.

—No lo toques —le advirtió Nuria.

—Vais a encontrar las mías de todos modos, y las de un montón de alumnos y de alguno de los profesores que participan en el curso. No es una caja fuerte.

Nuria enarcó una ceja, uno de sus gestos favoritos.

—Ya. Con toda probabilidad el ladrón está en el entorno más cercano, es decir, entre las personas que tienen fácil acceso a este armario. Por cierto, ¿dónde se guarda la llave?

—En el primer cajón.

Santi le señaló una mesa de despacho, la única de la sala, en una esquina. Debajo se acoplaba un mueble con cajones con muchas mudanzas a sus espaldas. Nuria suspiró.

—Lo dicho. Dado que estos días están llenos de circunstancias atípicas, abriremos más el espectro para que no se nos pase nada por alto. Lo primero, voy a llamar a los chicos de la policía científica.

—Ese brazalete puede convertirse en un símbolo de las excavaciones actuales en la ínsula 30, en la ciudad romana. Puede ser la cabeza visible de teorías que hace tiempo que queremos confirmar sobre el sistema de colonización progresivo de Empúries, iniciado por los foceos en el siglo VI a. C., pero con un poblamiento que no se detuvo. Sería una pena que un emblema tan representativo de todo este corpus teórico desapareciera.

Alex empezó a notar la punzada de exasperación que la asaltaba cuando el director del museo empezaba a exhibir su poderío científico, pero se mordió la lengua, sabedora de que estaba en territorio hostil.

—Bueno, bueno, Rogeli. No sé si encontraremos vuestro brazalete, pero el corpus teórico lo podéis desarrollar igual, ¿no? Y ahora, si nos permitís, haremos nuestro trabajo.

Zanjando así, Nuria consiguió que Rogeli y Santi las dejaran solas.

—Todo está perfecto —comentó Alex.

—Odio los equipos de limpieza. Lo tienen tan bien cuidado que si la

joya ha desaparecido antes de que pasara la brigada no habrá ni rastro del ladrón.

—¿Crees que puede estar relacionado con Ricard Vidal?

—Ni lo creo ni lo dejo de creer. Habrá que preguntar a los operarios de limpieza si vieron algo raro.

—También sería interesante saber la relación de Ricard Vidal con Empúries, me refiero a si conocía a los arqueólogos, si conocía los fondos del museo, si era un mecenas, no sé…

—Sí, buena idea. Acabemos esto ahora y no nos entretengamos más de lo necesario. Me gustaría comer algo que no sean unas barritas energéticas pegajosas antes de interrogar a Elisenda Vidal y a su marido.

Alex asintió obediente y pensó que las perspectivas de la tarde no eran muy buenas. Salieron al patio donde se cruzaron una vez más con Santi, que llegaba acompañado de todos los alumnos del curso. Entraban polvorientos y bromeaban entre ellos. La mayoría eran jóvenes universitarios, cargados con herramientas que guardaban en el almacén trasero. Una de las caras, no tan juvenil, le resultó familiar a Alex; tuvo que ser Jérôme sin embargo quien se identificara.

—Hola, volvemos a encontrarnos. El que buscaba pescado, ¿te acuerdas?

—Sí, ahora sí. ¿Lo encontraste?

—Seguí tu recomendación y ahora como el mejor pescado de la costa. —Hizo una pausa y continuó—: Ya me imagino por qué estáis aquí.

Alex pensó que no estaba de más tener la impresión de los alumnos, ¿por qué no empezar por él? Se fijó en que se había acercado el último a los grifos. No parecía cansado o disimulaba mejor que los demás, que se sentaban derrumbados en el suelo del patio, cerca de la pared, buscando la sombra. Y lo suponía más observador que un estudiante alocado o un alumno concentrado en

ganar créditos para su carrera.

—Bueno, podría ser por más de una razón. No descubro ningún secreto si digo que estos días están pasando demasiadas cosas en el pueblo. No os vayáis a creer que esto es normal —dijo esforzándose por alargar la conversación.

—Me lo imagino. Si fuera normal este lugar estaría tomado por la policía.

—Y no habría turistas ni estudiantes de campus de verano —le siguió la corriente Alex.

—Interesante para ti, un desastre para mí.

—¿Cómo os habéis tomado el robo de la joya? Al fin y al cabo, la encontrasteis vosotros.

—Sí, y muy al principio de las excavaciones, lo cual es insólito, por lo que nos han contado. Fue Cynthia, una compatriota, por cierto.

—Francesa…, ¿y entonces?

—Por un lado me sorprende y por otro no me extraña. —Jérôme hablaba con lentitud, mantenía a raya su lengua para que fuera por delante su cabeza—. Me sorprende que un hallazgo tan reciente ya sea objeto de robo. Por mucho que salga en la prensa local, pocos se enteran. Ni siquiera está tasada, así que no se sabe su valor con exactitud…, pero no me extraña porque es una joya, es golosa, y muy fácil llevársela. Una tentación demasiado accesible.

—Vamos, que no estaba bajo siete llaves.

—Bajo dos.

—Hay cámaras de seguridad.

—No en el laboratorio. Y fuera del laboratorio hay tanto movimiento de gente que es fácil pasar desapercibido. Un brazalete, te lo puedes llevar incluso puesto. No va a ser sencillo, siento deciros.

—Veo que ya has hecho todas las deducciones posibles. Chocante. ¿Tú o alguno de tus compañeros habéis visto algo raro, que os haya llamado la atención?

—¿Si dejo aparte el hallazgo de restos humanos hace unos diez días y el asesinato de ayer? No, todo muy normal —le respondió

cáustico.

Alex sonrió contrita. La cadena de sucesos tenía las trazas de convertirse en una pesadilla para muchos. Como Morata ya le había avanzado, Santi Alfaro les había confirmado *sottovoce*, mientras inspeccionaban las instalaciones, que desde antropología forense en Barcelona trabajaban con la hipótesis de que el cuerpo hallado no era ni grecorromano ni medieval. Ellos ya habían asegurado que estaba en un sustrato contemporáneo. Así que era trabajo del antropólogo forense establecer la fecha. Y del equipo de investigación dilucidar si esos cadáveres tenían alguna relación. «Y para colmo, este robo», se dijo Alex.

Jérôme continuaba su reflexión en voz alta, después de un breve carraspeo que aparecía por primera vez en su conversación con Alex:

—No me gusta lo que voy a decir, pero no tengo otro remedio: el círculo en el que buscar debería ser bastante reducido, las personas que están estos días en Empúries. En lo referente al hurto.

—Te veo muy puesto en deducción policial.

Jérôme distinguía entre hurto y robo, y reconocía la importancia del círculo más estrecho, observó Alex.

—Alguna experiencia tengo… y veo mucho la tele… ¿Te importa que lo dejemos aquí? Necesito refrescarme.

—No, no, claro. ¿Cómo te llamas, por cierto?

—Jérôme, Jérôme Tolbert. ¿Y tú?

—Alex Sabell. Soy agente de la policía local, pero estoy de refuerzo con la policía judicial.

—Pues hasta pronto. Intentaré estar con los ojos abiertos.

Jérôme se acercó a los lavaderos y Alex lo siguió con una mirada de curiosidad. Esperó a que Nuria acabara su conversación con un par de alumnos más. La sargento podía ser mordaz y exigente con sus compañeros, pero tenía mano para ganarse la confianza de sus interlocutores. Los miraba como si fueran las únicas personas en el mundo y los escuchaba con atención, lo que facilitaba las confidencias. La veía desde lejos ante los dos estudiantes, agachada

a pesar de su volumen, para dejar que fueran los ojos el centro del pequeño cosmos que creaba. Alex pensó que debía tomar nota de esa mano izquierda que a ella tanta falta le hacía. Al poco, Nuria se incorporó y recogió a Alex para seguir con su jornada.

A las cuatro de la tarde las esperaba Elisenda Vidal en su casa. La vivienda era un chalé en una de las urbanizaciones que rodeaban L'Escala, en un cinturón de cemento de aire fantasmagórico durante el invierno. Los pocos residentes fijos circulaban sigilosos por las calles vacías, que ocupaban solo para pasear a perros ansiosos y tirar las basuras. A veces, la naturaleza recobraba su espacio, y saltaba desde las raíces de algún pino que reventaba la calzada o los adoquines de las aceras. En días de tramontana como los pasados no era extraño ver ramas por doquier, y contenedores descoloridos abandonados en medio de la calzada como si se hubiera celebrado una fiesta desenfrenada.

El chalé de Elisenda y Narcís tenía dos plantas, y una superficie tan generosa que le hacía parecer achatado. Estaba rodeado por un jardín rebosante de rosales y hortensias, ahora en pleno esplendor. En el porche, construido como toda la casa a finales de los ochenta, unos butacones con tapicería floral competían con la exuberante vegetación.

—No sé si estoy en una jungla o en el paraíso —le dijo Nuria a Alex.

—Me parece todo demasiado artificial para que sea de verdad.

Llamaron a la puerta y les abrió Elisenda. Tenía ojeras y una expresión circunspecta. No daba opción a la proximidad, pensó Alex, la misma frialdad de siempre. Vestía como si estuviera a punto de salir, aunque les había dicho que comía en casa y que no se movería durante la tarde: blusa de seda beis y un par de anillos de oro; un collar llamativo de bisutería, con motivos geométricos, dorado también. Su cara mostraba malestar. No podía disimular que estaba afectada por mucho que quisiera mantener las apariencias. Fue a

preparar café y las dejó en los sofás del enorme salón rodeado de ventanales. Las plantas obstruían las vistas como muros verdes. A Alex le daba claustrofobia.

El interior de la casa era armónico, alguien había pasado muchas horas empeñado en crear un espacio perfecto, sin notas discordantes. Alex apostó por un interiorista: obras de arte abstracto en las paredes; lámparas de diseño; tapicerías conjuntadas; una chimenea impoluta y muebles caros. Algún detalle, como una estatuilla *art déco* de bronce o unos candelabros contemporáneos de vidrio, completaban el conjunto, que parecía extraído de una revista de decoración.

—Podrían venir ahora mismo los de *El Mueble* y hacer las fotos. Aquí no hace falta cambiar nada. ¿Tú sabes que cada vez que hacen uno de esos reportajes llevan ellos sus flores, cojines, y lo cambian todo de arriba abajo?

La sargento susurraba, para que no la oyera la dueña de la casa.

—Una de las partes buenas de este trabajo es que te hartas de recorrer casas de gente. Y no te creas, no siempre son sórdidas y deprimentes. Mira qué sorpresas te llevas…

—Deberías ser agente inmobiliario como mi madre, ella sí que visita casas.

Elisenda regresó con una bandeja con tres cafés, un azucarero a juego con las tazas y un plato con bombones. Nuria siguió los convencionalismos sociales por un instante y le preguntó cómo estaba, antes de lanzarse a averiguar quién era su padre.

—Lo sobrellevamos. Ha sido tan repentino. Ayer estaba y hoy ya no. Se nos hace difícil.

—¿Va a afectar a la empresa? Sin contar la parte personal, que es la más importante, claro.

—Mi padre ya me había traspasado el negocio, si se refiere a eso. Cuando se jubiló oficialmente, hace tres años, se arreglaron todos los papeles. Aunque ni un solo día dejó de pasar por la oficina. No podía vivir sin trabajar…, pobre papá. Eso era su vida. Con esa casa tan enorme…

Eli avanzaba a trompicones. Cada frase era dolorosa, fuera por la empresa sin su padre, por su incapacidad de retirarse de verdad, por la casa familiar vacía… Estaba sentada en el borde de uno de los sofás malva, frente a Alex y Nuria, una al lado de otra. Eli no se abandonaba, con la espalda recta, las manos cruzadas sobre el regazo. De forma inconsciente, las dos policías imitaban su gesto. Fuera, el viento zarandeaba las flores con mano blanda. El aire era mucho más denso dentro de la casa. Quizás por el olor a flores cortadas, o por algún ambientador repartido con varitas de madera, pensó Alex.

—¿Había notado algún cambio en su padre en los últimos tiempos?

—No, en nada. Mi padre era un hombre bastante metódico, poco amigo de las improvisaciones. Sus horarios, sus paseos, sus comidas, todo lo hacía como siempre.

—Pero era viajero, cuando uno viaja no puede mantener sus rutinas.

—Bueno, ahí cambiaban las cosas. No sé qué rutinas de viaje tenía porque yo no iba con él.

—¿Y en su estado de ánimo?

—Papá era muy hermético. No hablaba de sus cosas, y en cuanto a su salud, estaba como un roble. No había bajado el ritmo para nada.

—¿No viajaba menos?

—Ni en sus viajes, ni en salir a pescar con la barca, ni sus paseos matutinos…

Nuria era la que llevaba la voz cantante en el interrogatorio. Alex se limitaba a escuchar, cohibida por el hecho de estar frente a alguien que de alguna manera había formado parte de su pasado. Además, tenía la sensación de que Eli solo las iba a dejar entrar hasta donde ella quisiera.

—¿Tenía enemigos? ¿Había recibido alguna vez amenazas?

—No, claro que no. Mi padre era un hombre bien considerado, no había tenido problemas en la empresa. A nosotros no nos ha afectado la crisis, ¿sabe? Nuestros clientes siempre han sido extranjeros en su mayoría, solo tuvimos que internacionalizarnos un

poco más, abrirnos al mercado ruso… Y en el pueblo, todos lo respetaban. Tú lo sabes, Alexandra, lo apreciaban.

Eli enfatizó «lo apreciaban». A Alex le dio la impresión de que quería que prevaleciera ese sentimiento por encima del respeto, que podía dar lugar a tergiversaciones. Ella se sintió obligada a añadir algo:

—Nunca he oído ninguna amenaza de muerte hacia él. Es verdad.

Eli pareció relajarse ante el comentario. Nuria volvió a recuperar el hilo:

—Estamos intentando averiguar el lugar donde…, bueno, donde murió su padre. Por lo pronto su casa no está revuelta, ni hay signos de violencia. Tampoco parece que el lugar donde lo encontramos sea el escenario del crimen. —Eli se volvió a tensar al oír la palabra—. No vamos a descartarlo de momento todavía.

—Todo el tiempo parece que se supone que alguien tenía un motivo para matar a mi padre, como si estuviera metido en asuntos turbios. Yo más bien pienso que el azar ha tenido que ver, estaba en el lugar equivocado en un momento inoportuno. Y le tocó a él. No sé por qué, quisieron robarle y se resistió, o un loco lo atacó.

Su voz era seca, tajante.

—Elisenda, no podemos olvidar que tenía un disparo. Eso no parece fruto de un impulso.

—A lo mejor la bala no era para él.

Elisenda estaba muy afectada y más preocupada por defender la memoria de su padre que por aportar pistas que les permitieran avanzar.

—Vamos a dejarlo aquí de momento. No queremos cansarla. Tenemos que hablar con su marido, Narcís.

—Está en el despacho. Yo iré después.

—Descansa, Eli, esto no es fácil —intentó conciliar Alex.

—No puedo dormir pensando que el asesino de mi padre está suelto.

Fue tan rotunda que Alex bajó la cabeza y apretó los labios. Ni Nuria ni ella podían dar réplica a algo tan obvio.

Salieron del ambiente asfixiante de la casa y cruzaron el jardín, que conforme pasaba la tarde exhalaba perfumes cuya mezcla podía llegar a ser mareante. Ninguna de las dos le encontraba la poesía a aquel vergel. Entraron en el coche y Alex metió la llave en el contacto.

—¿Cómo la has visto?

—No vamos a obtener grandes revelaciones por su parte. Está cerrada en banda. No sé si le pesa más el honor de su padre o la seguridad de la empresa, pero ha insistido en que no busquemos el móvil del asesinato en su casa.

—Siempre me ha parecido que Eli tenía un fuerte sentido del deber, es estricta. Tal vez tengamos más suerte con sus hermanos. Están hechos de una pasta diferente. Aunque también estaban más alejados de su padre, al menos físicamente.

—Ahora de momento a ver qué nos dice el yerno…, pero como siga por el mismo camino nos vamos a meter en un callejón sin salida.

Alex conducía ya por las afueras de la localidad, hacia el polígono donde los Vidal tenían ese próspero negocio que había sabido esquivar la crisis. Nuria seguía con sus disquisiciones.

—¿Sabes lo que me ha llamado la atención, lo único? Que un señor de setenta y tres años, ya retirado, continúe viajando con la misma frecuencia. Eso solo puede obedecer a dos cosas: que en realidad seguía llevando las riendas del negocio o…

—¡O que tenía una amante en algún lugar del mundo! —respondió Alex.

—Pues no te rías, Sabell, tampoco habría que descartar una amante despechada como asesina. En cualquier caso, lo que quería decir no está tan lejos: que fuera de aquí tenía algún interés, de algún tipo, que ocultaba a los demás, tal vez incluso a su familia.

Llegaron a la nave que ocupaba la empresa. Un gran rótulo en la

fachada frontal y otro en la verja de la entrada anunciaban: VIDAL MARINA. COMPRAVENTA DE EMBARCACIONES. Una web y un teléfono en letras azules eran toda la información adicional que podía leerse. Había dos puertas de acceso, una que indicaba EXPOSICIÓN y otra, OFICINAS, que daba a una pequeña caseta de madera y ladrillo adosada a modo de recepción. Un timbre avisó de su entrada en la segunda. Una joven con un llamativo pintalabios y exceso de pulseras las saludó. En su cara formal había un ensayo previo para el momento. Las estaban esperando.

—Agentes, buenas tardes. El señor Narcís las recibirá enseguida. —Cogió el teléfono de centralita y marcó solo una tecla—. Señor Narcís, ya están aquí las agentes.

La joven se levantó, eficaz, estirándose la camiseta apretada, y las acompañó a lo largo de un pasillo que bordeaba la inmensa nave. A través de una cristalera se veían varios yates y motoras. Distinguieron a un par de operarios en mono azul, aunque a simple vista era difícil saber en qué estaban ocupados. Más allá de recepción había pocos despachos: dos lucían rótulos en sus puertas: DEPARTAMENTO DE CONTABILIDAD y DEPARTAMENTO COMERCIAL, que no daban lugar a confusión. Los otros tres, sin pistas, requerían más deducción. Alex imaginó que eran los de la familia. Uno de ellos estaba cerrado, otro tenía la puerta entreabierta y en el tercero, en medio y de pequeñas dimensiones, se veía a una secretaria frente al ordenador que las miró con disimulo a través de unas gafas rojas. La recepcionista las condujo sin detenerse hasta la puerta entreabierta, que golpeó con los nudillos.

—Pasen.

El despacho de Narcís Soler, yerno de Ricard Vidal, no se correspondía con la vivienda perfecta que acababan de pisar Nuria y Alex. Toda la armonía se la había dejado en casa. Sobre la mesa de trabajo, las dos sillas y dos butacas ajadas tapizadas de piel verde, se amontonaban carpetas, catálogos de colores brillantes, muestrarios de materiales, y Alex distinguió incluso una caja de cartón estampada con motivos navideños. La luz de la tarde entraba

de lleno y acentuaba el peso de los objetos. Entre todo ese marasmo, Narcís aparecía encogido a pesar de ser un hombre alto. El ordenador flotaba con dificultad entre un mar de papeles, maquetas de barcos y trastos. Hacía calor allí dentro, lo que contribuía a crear una sensación sofocante.

—Perdonad el desorden, puedo despejar esta silla…

Narcís se había levantado de inmediato dispuesto a dejar espacio libre para que Nuria y Alex se sentaran. Ellas ni siquiera habían tenido tiempo de saludar. La recepcionista ya había desaparecido. Al coger una caja de cartón llena de folletos que reposaba sobre la silla, la pila de carpetas que había debajo se desparramó por el suelo. Narcís se detuvo, aturdido, con la cara brillante por el sudor y la americana arrugada, y Alex no pudo evitar sentir conmiseración por él. En ese instante tenía un aspecto desvalido, como si hubiera perdido la fuerza. Enseguida recuperó el control.

—Aquí es imposible. Vamos a pasar al despacho de mi mujer.

Tomó la iniciativa, salió del despacho y se dirigió a la puerta que estaba en el extremo opuesto. El despacho de Elisenda ponía en evidencia el de Narcís, era pulcro y ordenado, sin papeles sobre la mesa. No se veían indicios de la trabajadora inagotable que era para todos. La primera idea espontánea que se le ocurrió a Alex fue que ese despacho era una tapadera. Su segundo impulso fue rehacerse la coleta en algo más presentable.

Narcís les indicó que tomaran asiento alrededor de una mesa redonda con un jarrón con lirios de agua frescos, sin duda procedentes del jardín familiar. Narcís lo apartó con precaución hacia un mueble bajo que hacía las veces de archivador. Parecía más relajado que en su despacho a pesar de sentarse en una de las incómodas sillas de diseño.

—¿Puedo ofrecer un café, algún refresco?

—Acabamos de tomar un café en su casa, hemos visitado a su mujer, como sabrá —dijo Nuria Cortal.

—Sí. Bien, ustedes dirán.

—No vamos a repetir la charla que hemos tenido con Elisenda,

porque imaginamos que las versiones serán coincidentes.

—¿Se refieren a nuestra coartada?

—Nadie le ha preguntado a Elisenda por su coartada. Al menos de momento —le replicó rápida Nuria.

—Ya, claro, claro.

Mantuvo la mirada fija en la sargento, que estaba observándolo con prevención. Alex supuso que era una estratagema habitual en el mundo de los negocios, donde tanto contaba el lenguaje no verbal. Ambos interlocutores medían sus fuerzas.

—¿Cuál era la relación con su suegro?

—Buena, muy buena. Lo llamaba «papá», incluso.

El tono de voz de Narcís no jugaba a su favor. Era distorsionado, con altibajos, tan pronto hablaba en susurros como se agudizaba.

—El negocio lo llevan Elisenda y usted. ¿Es de los dos a efectos legales?

—Está a nombre de Elisenda. Es normal, Ricard es su padre, pero sí, compartimos la responsabilidad. Verá, nosotros nos complementamos. Yo soy ingeniero y domino más la parte técnica, y ella está más cómoda en el ámbito empresarial. Nada original. ¿Me explico?

—¿Ricard Vidal interfería mucho en su forma de manejar el negocio?

—Bueno, no diré que no. Era un hombre muy enérgico.

—Explíquese, por favor.

—Era de esas personas que tienen su manera de hacer las cosas, reacio a los cambios. A veces era difícil convencerle de cosas tan evidentes como utilizar las redes sociales, por ejemplo, simplemente porque no las entendía. Estaba chapado a la antigua. Y eso, era enérgico.

—¿Diría que tenía un carácter impetuoso?

—¿Impetuoso? Y volcánico. Había que hacer las cosas a su manera. Y te las hacía repetir, aunque ya estuvieran acabadas. Se enfadaba e insistía hasta que no tenías otro remedio.

—¿Hubo alguna pelea el día previo o durante los días previos?

—Ricard tenía una forma de hablar que cualquiera podría interpretar como una discusión, era su forma de relacionarse con la gente. Así que discutir, sí, si estabas cerca de Ricard, discutías a diario, pero yo no las llamaría peleas, ¿no? Eran intercambios de opiniones.

—¿Diría que Ricard tenía algún motivo que nos haga sospechar que lo han asesinado con toda la intención? Me refiero a que alguien premeditó su muerte.

Conforme Nuria hacía más preguntas, Narcís parecía ir perdiendo fuelle. No tenía el autocontrol del que hacía gala su mujer y se revolvía en la silla buscando postura. Sin poder evitarlo, a Alex se le iba la vista a una pequeña herida que tenía en la barbilla, fruto quizás de un afeitado apresurado. Un exiguo resto de sangre salpicaba el cuello de la camisa verde agua que lucía.

—Eso no puedo saberlo. Solo sé que no tenía enemigos, que yo sepa. Claro que tampoco me sé su vida entera. Tal vez en el pasado ocurrieron cosas que nadie me ha contado nunca. Yo qué sé.

A Alex le subió la sangre a la cabeza. Por cómo la miraba era evidente que él no la reconocía como parte de ese pasado al que aludía. Se removió inquieta en su silla.

—¿Y había tenido algún comportamiento o actitud distinta estos últimos días?

Narcís meditó antes de responder.

—No, nada que llamara mi atención ni la de mi mujer. La verdad es que Ricard era un tipo normal, ¿no? Fruto de su época: volcado en su trabajo, conservador, partidario de la mano dura, amante de su pueblo y de su familia. Le gustaba hablar de la dinastía Vidal, generaciones y generaciones de hombres emprendedores que levantan el país. Ya sabe, ese tipo de cosas.

Narcís volvía a manejar los hilos de la conversación. Nuria tomaba alguna nota, displicente.

—¿Alguna cita con desconocidos en los últimos días?

—Eso tendrá que preguntárselo a su secretaria, ella le llevaba la agenda.

—Pues sí, me gustaría.

—Aproveche ahora, está a punto de irse. Ya le digo, nosotros no tenemos nada que ver.

Y dando por terminada la entrevista se levantó y se dirigió con las manos en los bolsillos hacia la puerta.

—¿Tiene armas, usted, o la familia Vidal?

—No, aquí no hay caza.

Nuria distinguió un leve rubor en las mejillas de Narcís, y este añadió con cierta hostilidad:

—¿Ya me está pidiendo mi coartada?

—No, todavía no.

Y esta vez fue la sargento quien mantuvo la mirada fija en Narcís hasta que este salió para avisar a la secretaria.

—Andrea, quieren hablar contigo. Yo os dejo, tengo unos asuntos pendientes en el taller. Para lo que sea, por aquí ando.

Andrea levantó la cabeza despacio e hizo un intento fallido de esbozar una sonrisa. No levantó las manos, de pulcra manicura, del teclado. Y Alex pensó que cumplía el tópico a la perfección. Rozaba la cuarentena y a pesar de la prominencia de sus huesos se movía con elegancia. Cada uno de sus gestos iba impregnado de afectación.

—Hola, Andrea —empezó la sargento con cortesía—, como sabrá, investigamos la muerte del señor Vidal. Necesitamos algunos datos que nos podría proporcionar. Usted le llevaba la agenda, ¿verdad?

Andrea afirmó con la cabeza y sin esperar otra réplica abrió uno de los cajones laterales de su mesa y extrajo un voluminoso libro forrado en piel clara. «La agenda del jefe», pensó Alex. Nuria asintió satisfecha.

—Bien, querríamos saber si durante estos últimos días ha tenido alguna cita fuera de lo común: desconocidos, nuevos clientes o, por el contrario, algún cliente o conocido antiguo que apareciera ahora… Sabe a qué me refiero, ¿verdad?

La secretaria asintió y con movimientos ceremoniosos abrió el dietario por las últimas páginas escritas.

—La verdad es que no hay nada atípico. A los nuevos clientes ya no los atendía el señor Vidal, se ocupaba directamente Elisenda.

—¿Lleva las agendas de Elisenda y Narcís también?

—Sí, no hay más secretarias. Pero ellos me dan menos trabajo que el señor Vidal, son más autónomos.

—Era vieja escuela… —aventuró Alex.

—Sí, claro. —Andrea levantó la mirada hacia Alex como si hubiera dicho algo obvio y siguió—. Tuvo algunas citas relacionadas con obras que quería hacer en casa, pasó por aquí el constructor, quedó en casa con el de los cerramientos de aluminio…, una visita al dentista…, clientes de toda la vida que venían más a charlar que a hacer negocios…, el presidente de la lonja de pescadores…, su hijo Carlos…, el notario…

—¿Papeles del traspaso de la empresa?

—No, qué va, eso se cerró hace ya tres años. Quería mover algo del testamento. Por eso lo llamó.

Nuria y Alex se miraron.

—¿Quería cambiar el testamento?

—Sí, eso parece. No era la primera vez. El señor Vidal era un poco impulsivo y a veces cambiaba de opinión.

—Nos han dicho que era un hombre de hábitos fijos.

—Hábitos sí, pero era muy celoso de sus cosas, de sus propiedades, y si se enfadaba por algo, pues, ya se sabe…

Parecía que Andrea no iba a concretar nada. Su sentido del deber la obligaba a darles la llave para que ellas mismas abrieran la puerta y desvelaran la continuación por su cuenta.

—También queremos información sobre sus viajes. Cuándo fue el último, la periodicidad, a quién visitaba…

—Está todo en la agenda. Ya suponía que la iban a requisar. Yo puedo ampliarles la información si necesitan algún detalle.

Andrea les tendió la agenda con solemnidad.

—Veo que está usted en todo. Seguro que los Vidal están muy

contentos con su trabajo. Sabell, quédate tú la agenda. Ahora nos organizamos. Andrea, también nos gustaría registrar el despacho del señor Vidal. ¿Tiene la llave?

Al cabo de un minuto estaban en el despacho contiguo, al que se accedía a través del de Andrea. Era el mayor de los tres, presidido por una mesa barnizada y brillante, con sillones de piel negra y una mesa de reuniones rectangular. Alex arrugó la nariz por el penetrante olor a ambientador. En los anaqueles había varias maquetas: una goleta, un galeón, un clíper…; en varias fotografías Ricard Vidal lucía ufano algunas de sus pescas más voluminosas, que competían en tamaño con su propia envergadura. Eran imágenes evocadoras de veranos llenos de azul y salitre. Encima de la mesa de despacho presidía el tablero otra fotografía, esta vez de todos los miembros de la familia Vidal. No era una imagen actual. Aparecía un matrimonio joven, él en su momento de mayor plenitud, en su papel de fuerte cabeza de familia; ella, de mirada lánguida, guapa pero apagada; en su regazo, un niño de unos cinco años, Daniel, y junto a ella, delante del padre, Elisenda y Carlos, formales, cumpliendo con el trámite, tostados por el sol como el resto de la familia. La única nota espontánea en la foto eran los brazos levantados de Daniel, como si estuviera jugando a dibujar olas en el aire. El más favorecido, bajo la luz del atardecer en el jardín donde estaba tomada esa imagen, era Ricard Vidal, pensó Alex. Eligió la instantánea donde él salía mejor.

—Alex, te voy a pedir que me hagas un informe de esta agenda. Repásala a conciencia: listados de visitas y números de teléfonos. Y sobre todo qué pasaba en esos dichosos viajes. Vete a comisaría y trabaja tranquila allí. Yo me quedo, Víctor viene de camino y nos pondremos a revisar el despacho, prefiero hacerlo hoy y asegurarme de que nadie pase a hacer limpieza si es que no han venido ya. Víctor y yo estamos más familiarizados con esta tarea. Y te aseguro que es farragosa, así que te libras.

Salió a esperar el coche patrulla que la dejaría en comisaría y que traía a su colega. El sol gobernaba sin competencia en el cielo. A lo

lejos, sobre el mar, divisó unas nubecillas, una tímida calima, que ponía el punto final a la tramontana.

Aquella tarde Alex no se fue de la comisaría hasta que hubo vaciado la agenda del último año de Ricard Vidal. Entró de lleno en su vida, masticó cada entrada de ese libro en el que podía estar la respuesta a la pregunta fundamental: quién lo mató. Le fue más fácil entender las dinámicas de Ricard a medida que avanzaban las horas. Se habían ido sus compañeros de la comisaría, y solo quedaban un agente local y un *mosso* de guardia. Con los últimos rayos de sol, se quedó a solas con el fallecido. El silencio de la sala la empujaba a una comunión íntima. A Alex la sorprendía la precisión con la que todo estaba anotado. Cada momento del día, de la vida social del empresario jubilado, estaba encerrado en esas páginas, como si fuera un oráculo al que había que ir consultando para poder seguir atado a la vida. Fuera se oían petardos y fuegos artificiales. La verbena de San Juan pillaba a Alex entre papeles.

Al mediodía siguiente, Cortal, Sanz y Sabell, la brigada de la policía judicial, estaban sentados en sus mesas de la comisaría. Habían puesto en común los resultados de las pesquisas en el despacho de Vidal, la información destilada de su agenda y la conseguida en su banco. Ahora esperaban con expectación que el juez les remitiera el informe de la autopsia sobre el cadáver hallado cerca de la zona de excavaciones de Empúries y que el forense había derivado a la unidad de antropología forense del Servicio de Patología Forense del Instituto de Medicina Legal, en Barcelona. Por su parte, el doctor Costa debía remitirles en breve toda la información sobre la muerte de Ricard Vidal.

Víctor les refirió que los extractos del banco no habían revelado nada que no imaginaran: el empresario movía dinero, tenía unas rentas más que generosas, y había movimientos bancarios frecuentes con sus hijos Elisenda y Carlos, no así con Daniel. La empresa obtenía beneficios y no tenía deudas. Víctor solo se había

quedado con un detalle que salía de la imagen de hombre austero que su entorno cercano intentaba proyectar: se permitía caprichos caros, comidas en restaurantes con estrellas Michelin, y sobre todo compras de lo que parecían regalos lujosos en tiendas de Barcelona, Montpellier, Ginebra o Milán.

—Sitios que no tienen mar, si descontamos Barcelona.

—Lo que quieres decir, Víctor, es que no hacía estas compras en viajes de trabajo.

—O de otro tipo de trabajo —puntualizó Víctor a Nuria.

Alex podía completar la información que había recogido Víctor porque era coincidente con las entradas de la agenda. Les contó que Vidal no era un anciano que languidecía en una jubilación dorada, sino que su actividad respondía más al modelo de ejecutivo activo dedicado a sus negocios. Viajaba por lo menos un par de veces al mes a esas ciudades que había mencionado Víctor, y ella añadía París, Lucerna o Turín entre otras, lugares poco navegables. Podían descartar que fueran viajes para la empresa familiar. No obstante, tampoco parecían viajes de placer, a tenor de la planificación que requerían, con citas en despachos y restaurantes, visitas a galerías de arte y antigüedades o fechas coincidentes con subastas.

—Bueno, de todo esto lo que se deduce es que no se movía por los bajos fondos —reflexionó Nuria.

—Más bien diría que se codeaba con las altas esferas —replicó Víctor—, más arriba de lo que se espera de un jubilado de L'Escala.

—Sí, más vale que nos quitemos prejuicios de encima, porque lo único que hacen es vendarnos los ojos —admitió Nuria.

—Tampoco hay ningún indicio de nada fraudulento ni sospechoso. Es solo un hombre que gasta el dinero que tiene de una forma que no esperábamos. Más bien parece un mecenas o algo así.

—Un aficionado al arte y las antigüedades —precisó Víctor—. Sí, a veces tendemos a etiquetarnos a nosotros mismos de pueblerinos, ¿no? No se puede ser rico y honesto en provincias… —remató sarcástico Víctor.

—Sí, Víctor, sí se puede, me refiero a todo tipo de prejuicios. No

olvidemos que hay otro cadáver en el frigorífico del que no sabemos nada. Hasta ahora lo hemos abandonado en el Medievo, pero ya no está tan claro. Quizás habría que relacionarlos.

—¿Qué tienen en común?

—Pues que se han encontrado en el mismo lugar en un periodo de tiempo récord, Alex. Y tú misma nos llamaste la atención, con los conocimientos de Santi Alfaro, sobre que no parecía tan antiguo como quisiéramos, por comodidad, unos, y por interés científico, otros.

Alex sonrió para sí, ahora era ella la que deseaba que los cadáveres no estuvieran relacionados.

—Ajustes de cuentas, viejas rencillas, hasta un asesino en serie. Todo es posible…

—Añádele el robo de la joya, no te olvides.

—Pues estamos apañados.

A Víctor se le había acentuado en el rostro la expresión de desconcierto habitual. Temía que la investigación se les fuera de las manos. Se levantó a por un café a la máquina del pasillo.

—¿Alguien quiere algo?

El «no» al unísono que recibió le hizo desconfiar.

—Anda, entra en el despacho de Morata y sírvete café de su Melitta. El de la máquina es el mejor laxante que te puedas encontrar en el mercado —dijo Nuria sin levantar la vista de los papeles y sin interrumpir su discurso—: Para mí, ahora, la pregunta fundamental es qué vio o qué sabía Ricard.

—Bueno, como dices, el robo de la joya tal vez pueda ser el móvil. Este señor sale a pasear una noche, después de la cena —empezó a especular Alex.

—Soplaba la tramontana —intervino Víctor.

—A lo mejor le gusta la tramontana, y sale. Y se encuentra con el ladrón, tal vez hasta lo conoce. O tal vez lo ve salir del recinto…

—Con el brazalete en la mano… —sugirió Víctor.

—Déjala hablar, Víctor…

—Tal vez lo ve salir del recinto y el otro se siente atrapado. Y en un

gesto poco meditado, impulsivo, le dispara.

—Una noche de tramontana, con el pueblo desierto, sin testigos, es un buen momento para cometer un delito. El inconveniente es que, si alguien te ve, estás perdido —remató Nuria.

—O quizás pasó antes, y al cabo de un par de días, al entender que Vidal lo va a delatar, decide asesinarlo.

—¿Una bala por un brazalete?

La pregunta incrédula de Víctor quedó en el aire. Sonaba el teléfono móvil de Nuria. Era el juez de instrucción. Víctor y Alex afinaron el oído, expectantes. La sargento asentía y tecleaba notas en su portátil, mientras ellos dos intentaban averiguar las novedades por la expresión de su cara. Al colgar, parecía más desconcertada que antes.

—Os he reenviado el informe del examen de la osamenta que ha hecho la unidad de antropología forense. Así podréis leerlo detenidamente.

Les resumió lo que habían descubierto en la unidad, en colaboración con uno de los arqueólogos del departamento de conservación de Empúries: los huesos recuperados correspondían a un cadáver completo, un hombre de menos de treinta años, según la estructura ósea de la pelvis y el cráneo. Las marcas en los huesos revelaban que había sido golpeado con un objeto contundente. Presentaba otros huesos hundidos, y por los restos de sangre en los jirones de su camisa debía de haber participado en una pelea. Habían hallado un diente con sangre entre los huesos de la mano izquierda y al cadáver no le faltaba ninguno. Sus pertenencias, la pluma con baño de oro y el reloj, así como el estado de su dentadura, lo asociaban con alguien de un buen nivel social, sin problemas alimentarios durante la infancia y el crecimiento. La causa de la muerte fue un fuerte impacto en la cabeza, con una maza o un martillo. Descartaban la caída accidental dada la hendidura que presentaba el cráneo en la zona posterior.

La aportación del arqueólogo había sido esencial para determinar lo más relevante para empezar la investigación. Gracias a lo que

ellos llamaban el ajuar podían presumir que el cadáver había muerto en la segunda década de 1900, a partir de 1910 y hasta 1914 o quizás 1915, y llevaba enterrado ahí desde entonces. En un retal de chaqueta se guardaba un tapón de una botella de ron La Doradita, una marca de licor barato que cerró su negocio en Cuba en 1912. El modelo del reloj de oro Omega les había cerrado el espectro temporal con el año de su fabricación: 1910.

—¡1910! ¡Hace más de un siglo!

Alex había escuchado estupefacta. Y con la fecha en la mano hizo cálculos mentales rápidos:

—Hay que buscar al asesino entre los contemporáneos de mis bisabuelos, por lo menos…

—No tengo tiempo de investigar qué le pasó a un dinosaurio cuando tengo carne fresca en el frigorífico. Obviamente no lo vamos a buscar, Sabell. Esto lo que nos permite es descartar el vínculo entre uno y otro, lo cual simplifica nuestra tarea.

—Sí, nos hemos quitado un muerto de encima —replicó Víctor y al instante se disculpó—: No lo he podido evitar, lo tenía en bandeja. Ahora solo tenemos un cadáver y un robo, casi nada.

—Vamos a centrarnos en el asesinato, aunque no perdamos de vista el robo. Ahora sí podemos decir que el hallazgo de los otros restos ha sido una coincidencia.

—Yo no creo en las casualidades —respondió Alex con el gesto torcido. Donde los otros veían una descarga de trabajo, ella veía una impunidad que la encendía.

—Sabell, si estuviéramos ante unos restos de hace, no sé, veinte o treinta años, quizá, pero ¿más de cien? Hasta la venganza llega tarde. —Y dando el asunto por cerrado, continuó—: Vamos a centrarnos en dos hipótesis para ir avanzando a la espera de la autopsia: que Vidal tenga algo que ocultar que sea el móvil de un asesinato o, simplemente, que fuera una mala pasada del azar como dice su hija. Pero recordad que mientras no tengamos indicios más concluyentes, ambas hipótesis son muy débiles, cualquier nueva pista se las puede llevar de un soplo.

Por dentro, la sargento barajaba su propia teoría, muy basada en su experiencia y muy descreída del poder del azar.

—A mí, qué queréis que os diga, los nervios de Narcís Solé, el yerno, y la témpano de Elisenda me ponen la mosca detrás de la oreja… Sabell, en una hora vamos a ver a Carlos, el hijo de Barcelona. He quedado en Vidal Marina otra vez. A este paso me voy a comprar una motora… para aprovechar las visitas.

—Yo me quedaré desglosando los documentos que recogimos ayer en el despacho, hay mucho que rastrear.

Víctor se inclinó sobre la mesa con otro café que acababa de traerse sin que Alex se diera cuenta. Sin decir nada más se sumergió en las carpetas.

—El agente Sanz es una máquina manejando documentación, no se le escapa nada. Tú también lo has hecho muy bien con la agenda, Sabell. Tenemos que profundizar por ahí.

El pueblo parecía haber vuelto a la vida a pesar de que era un día más de otoño que de finales de junio. Aunque la tramontana despejaba e iluminaba todo lo que tocaba, expulsaba de sus dominios a los seres humanos, que buscaban refugio de sus embates. Hoy todos esos refugiados salían a una intemperie más benévola. Se podía volver a sonreír y a acercarse al mar sin temor a verse envuelto en la espuma de una ola. Los ancianos del pueblo ocupaban bancos y recuperaban las charlas perdidas de los últimos días.

Era domingo. Alex miraba a los transeúntes con distanciamiento, era una pieza desprendida de ellos, suspendida en algún lugar en el que le eran ajenos los vaivenes cotidianos. Ella estaba bregando con cadáveres, estaba en el mundo de los muertos.

Su cerebro se había quedado atrapado con ese desconocido, desposeído de su historia. Alguien que dejó de existir de una forma tan violenta un siglo atrás y del que nadie parecía preocuparse. Era uno de esos cadáveres impertinentes. Uno de esos malos muertos

que aparecen en el momento inoportuno. Le sobrecogía ese olvido.

Los barcos en el mar, los coches en la calzada y las bicicletas en el paseo marítimo se mostraban indiferentes, con la arrogancia de los que están atados a la vida de veras.

8

Hay días en que la mano se desata, danza sola por la hoja en blanco y se anticipa a los mensajes que le manda el hemisferio derecho del cerebro, donde se aloja el pensamiento creativo. Hay otros en que va a la contra y torpe, aun cuando en la mente el objeto está trazado con precisión y detalle. Ahí estaba Mateu, atascado, luchando contra su propia mano, con el carboncillo más rígido que otras veces, las manos manchadas de negro y el papel manoseado y arrugado fruto de borrar y repetir sin cesar. Notó que Gavalda lo observaba por el rabillo del ojo. Caía la tarde y ambos estaban guarecidos del sol de septiembre bajo un chamizo de juncos, en el que habían habilitado una mesa rudimentaria que les permitía dibujar con cierta comodidad las piezas que encontraban. La luz decaía antes que en pleno verano, y era más ligera.

Se suponía que Mateu debía dibujar, pero andaba perdido en sus cavilaciones, que dificultaban la continuación del croquis de lo que parecía una catapulta. La campaña de 1912 ya había superado con creces el ecuador; salvo imprevistos de última hora, quedaba poco más de un mes para que se diera por concluida. Poco después, Gavalda subiría al promontorio. A su jefe le gustaba recrearse en los progresos que iba contemplando en Empúries desde el altozano y él a veces, cada vez menos, lo acompañaba. La desaparición del ajuar funerario y el descubrimiento del robo de la lámpara de aceite hicieron que el propio Mateu mantuviera una distancia avergonzada. Gavalda ya no lo llamaba hijo. El compadreo con los peones también había decaído. Las cuadrillas desconocían la desaparición del ajuar, pero sí sabían que en el armario de Mateu se había encontrado una pieza griega de valor que no se sabía de dónde había salido. A Modesta le había faltado tiempo para contárselo a su hermano, que trabajaba en el yacimiento. La paradoja cruel fue que eso sirvió para

que algunos lo menospreciaran y otros le hicieran guiños cómplices. Y ambas cosas le asqueaban a partes iguales.

Todo esto le ocupaba el pensamiento, sentado en la silla de tijera que había sacado de Villa Teresita. La presencia de Angelita en las ruinas era la única imagen que lo reconfortaba. No le costó imaginársela en ese mismo instante en el porche de Villa Teresita, o bajo una sombrilla en la misma arena, en una manta y, como no, con un libro entre manos, tal vez *El legado del genio griego*, de Miquel Costa i Llobera, un poema narrativo regalo de Puig i Cadafalch que la chica había sustraído de la biblioteca de su padre. La evocaba tostada por el sol, riendo con arrojo ante las ocurrencias que él se afanaba en exhibir cada día. Gavalda se quejaba de que cuando Angelita volviera a casa, su esposa lo acusaría de haber asilvestrado a su hija.

A menudo se sentaba con su padre y Mateu y los ayudaba a lavar y clasificar las piezas de cerámica que encontraban. Su caligrafía esmerada y pequeña se distinguía en muchas de las etiquetas de ánforas y vasijas. Discutía durante horas con Mateu sobre esa cultura que les apasionaba. En las excavaciones, cualquiera de los trabajadores estaba encantado de solventar una duda y sacar pecho con sus conocimientos ante la «señorita Angelita», cuando esta se paseaba del brazo de su padre para seguir los avances en el yacimiento.

Se dio cuenta de cuán abstraído estaba cuando oyó los resoplidos de Gavalda, que lo veía bregar con el minucioso dibujo de la catapulta. De pronto, se avergonzó de sus fantasías, que le parecieron casi infantiles e impropias.

—Mateu, si no acierta con el croquis de una vez, pronto tendrá que usar la pala para recoger todos los papeles que ha tirado al suelo. ¿No es mejor que lo deje para mañana? Hoy está claro que no es su día.

Mateu volvió a poner los pies en la tierra, notaba ya la mano entumecida.

—Se lo agradecería, señor Gavalda. No sé qué me pasa.

—Lo que le pasa es que tiene demasiadas cosas en la cabeza. Váyase al pueblo un rato a refrescar las ideas. Yo también lo dejo aquí por hoy y saldré a dar un paseo con Angelita.

Mateu recogió enseguida sus utensilios de dibujo y salió apresurado hacia Villa Teresita. Gavalda se había detenido, como era habitual, esta vez para charlar con el capataz. Si se daba prisa podría cruzar algunas palabras con Angelita antes del paseo vespertino con su padre. Eso era lo que tenía en la cabeza, reconoció para sí Mateu.

Aceleró el paso en cuanto se alejó de las ruinas. En la playa, justo delante de la duna que había que franquear para llegar a la villa, distinguió una sombrilla solitaria. Conforme se acercaba vio también unos pies desnudos que jugueteaban con la arena, y el corazón se le subió a la garganta. Solo podían ser de Angelita. Llegó sin resuello y ni siquiera se preocupó por fingir un encuentro casual. Se plantó delante de la sombrilla. Desde debajo del parasol recibió una sonrisa de suficiencia.

—Sabía que serías el primero en llegar…

—¿El primero de cuántos?

—Mi padre es ágil pero no tiene prisa, y Raimon no puede ir a su casa y volver tan rápido desde las ruinas.

Una sombra cruzó el rostro de Mateu. Angelita no había cambiado la expresión de su rostro redondeado: seguía con la misma mirada limpia, con sus pupilas cambiantes de color según la luz del día, la frente ancha y despejada, y su nariz algo chata apuntando hacia Mateu.

—Siéntate a mi lado.

Más aliviado, Mateu obedeció mientras Angelita empezaba a contar una anécdota trivial sobre Modesta. Para Mateu, el mero hecho de estar a su lado, a pocos centímetros de distancia, oyendo su voz, era la mejor recompensa del día. Si para Gavalda la estancia de su hija en Empúries era una bendición, para Mateu era un cúmulo de

emociones nuevas. Veía el mar que ondeaba sereno y la observaba a ella, y no sabía dónde detener su mirada. Se mecía en esa dualidad, ajeno a todo lo demás, hasta que un chapoteo ruidoso lo obligó a mirar al extremo derecho del Portitxol. Angelita ahogó una exclamación. Algo había caído al agua.

Solo hicieron falta unos instantes para distinguir que el bulto informe que se revolvía en el agua era Raimon. Con toda probabilidad había saltado de una roca y ahora estaba intentando recuperar cierta compostura acuática.

Mateu se mordió los labios. Era la última persona que quería que se interpusiera en su paréntesis en el yacimiento, donde ya todo le resultaba hostil.

El peón había aprendido a nadar como si le hubieran salido escamas. Se manejaba en el agua con fuerza; más que fundiéndose con el líquido se enfrentaba a él en una pugna de la que salía vencedor. Practicaba cada día con una afición que no tenía Mateu y estaba tan subyugado por la natación que había decidido presentarse a la próxima competición que se organizara en la comarca. Muchas tardes Angelita era testigo de ese entrenamiento tenaz y le contaba las vueltas, o le criticaba el estilo, desde la cómoda posición del espectador. Así había conseguido Raimon una complicidad con ella que ahora Mateu envidiaba. La muchacha saludó con la mano y, aun en la distancia, Mateu creyó adivinar en el rostro de Raimon sorpresa y reticencia al verle sentado junto a la hija de su patrón. No pudo escrutar el semblante más que un segundo, porque lo hundió en el agua y empezó sus movimientos sincrónicos, boqueando con escándalo, sacudiendo todo el cuerpo a cada brazada, intentando acompasar las piernas.

—Raimon es muy obstinado. Si se lo propone conseguirá ganar la próxima carrera.

—Le falta estilo.

—Pero tiene velocidad y resistencia, que es lo importante.

—Hace cinco semanas no se tenía en la superficie.

—Pues tienen mucho mérito los progresos que ha hecho. —Y

lanzando una mirada fugaz a su interlocutor continuó—: Gracias a ti, por supuesto. Raimon te está muy agradecido.

En su condición no reconocida de amante despechado, ese fue el comentario que más le dolió a Mateu porque evidenciaba la confianza de Raimon en Angelita. Si hubiera estado encerrado en ese momento, Mateu se habría dado cabezazos contra la pared.

La tarde estaba tan tranquila que se oía a la perfección cada brazada en el agua. Angelita había interrumpido su relato y seguía con la mirada las evoluciones de Raimon. A cada tanto profería un número. La alegría de Mateu había quedado temporalmente suspendida.

—Hija, ¿aun estás en la playa?

Jaime Gavalda se había acercado y le gritaba desde unos pasos atrás. No distinguía aún a su hija, pero la sombrilla y la presencia de Mercader eran indicios más que evidentes. El arqueólogo en jefe se había percatado del interés que su hija despertaba en el ayudante. Mateu notaba que a su jefe no dejaba de molestarle esa devoción. Por su parte, Angelita, tan espontánea, era hermética respecto a sus sentimientos. Trataba a Mateu con cordialidad, incluso con complicidad, pero ni él ni Gavalda acertaban a saber si para ella la naturaleza de la relación viraba a lo fraternal o a lo sensual.

Mateu se levantó respetuoso y ayudó a incorporarse a Angelita. Ella se sacudió la arena de la falda de algodón mientras Mateu cerraba la sombrilla y le recogía un libro encuadernado en piel granate en cuya tapa se leía: *Odisea*. A paso tranquilo, hundiéndose en la arena, se acercaron los dos a Gavalda, que los contemplaba con los ojos entornados tratando de averiguar sus emociones respectivas. Juntos emprendieron el regreso a Villa Teresita. En el agua siguieron oyéndose los brazos de Raimon durante algo más de un par de minutos. De repente se detuvieron. El nadador había levantado la cabeza para buscar la aprobación de su espectadora y constató que esta se alejaba con su padre y su ayudante. Golpeó la

superficie con la mano derecha, volvió a hundir la cabeza en el agua y regresó a la orilla.

Mateu no tardó mucho en salir hacia L'Escala. Las cuatro paredes de su habitación se le caían encima, así que optó por bajar al pueblo y distraerse. Cuando no tenía una cita concreta se acercaba a las tabernas próximas a los almacenes de sal. Se sentía a sus anchas entre pescadores y saladores. Podría olvidar los cuchicheos que oía en las ruinas a su paso entre los jornaleros, y no quería volver a su desazón por Angelita cuando esta disfrutaba con la pericia natatoria de Raimon. Dobló su sueño de papel, maltrecho por imposible, y se fue al pueblo cargado con una dosis involuntaria de desquite, con la excitación del que se acerca al epicentro del universo.

El rumor de la brisa de poniente quedaba ahogado por las voces que se elevaban por el aire cuando uno se acercaba a la playa del pueblo. Ni las gaviotas ni las aves de los corrales en las casas de los pescadores podían competir con la algarabía que generaba la salida de las barcas a pescar. Mateu no recordaba nada parecido. Los hombres en la arena eran una bandada de pájaros que cambiaba de rumbo al unísono con el fervor de quien emprende una aventura trascendente. Se medían a diario con el mar, y ese era el secreto de la grandeza de sus movimientos.

A estas alturas de verano no todas las barcas salían. La sardina y la anchoa ya habían partido a mares más profundos y ahora los pescadores salían al trasmallo, a la sepia y a por langostinos, lo que empleaba un número de marineros muy inferior.

L'Escala es un puerto sin trucos ni refugios, que mira al mar de cara y sin abrigo. Por eso sus marinos, los *esquenapelats*, se habían ganado la fama de hombres de coraje. Sentado en una roca y a ratos a pie de playa, en un rincón donde no fuera un estorbo, Mateu esperaba el momento mágico en que un silbido activaba las barcas. Primero a trompicones, se deslizaban de repente ágiles, imantadas hacia el mar, al ritmo de las voces sincopadas de paleros y patrones.

Era el canto más sagrado que había oído nunca, porque se lanzaba al unísono, porque esos hombres se ponían en manos del mar. El ruido de las barcas arrastradas sobre los tableros era rugoso, golpes rudos y secos, quejidos de esloras y gambotas dolientes, rebatidos por el aleteo de las velas. Allí, los hombres eran una pieza más de la embarcación, la pieza inteligente que daba el soplo vital a las demás. La épica que derrochaba la escena no pasaba desapercibida a Mateu.

Al fin, el impacto de las barcas en el agua era un choque desabrido en el que se tanteaban las fuerzas. Las salpicaduras sellaban un pacto que el mar de vez en cuando rompía.

Mateu había perdido una vez más la noción del tiempo, envuelto en un fárrago de repiques de paladas de remos, de órdenes a gritos, ese mundo ruidoso al que había llegado pocos meses antes, procedente de la caverna, del silencio y la contención. El individuo solitario y ambicioso se diluía en una comunión anónima de almas atadas a algo tangible y eso era inaudito en él, poco dotado para las emociones colectivas.

Deshaciendo los vericuetos de su pensamiento decidió moverse hacia las tabernas de la calle Mayor. Dobló la esquina de la calle donde estaba el alfolí, el antiguo almacén de la sal, y se acercó con sus zancadas firmes hasta Cal Cubano. El olor a alcohol seco que venía del suelo pegajoso lo devolvió a la realidad. La tabernucha ocultaba su mugre con una luz temblorosa de bajo voltaje. Los siete u ocho parroquianos que la ocupaban hablaban con voz queda, así que invitaba más al recogimiento que al regocijo. A Mateu no le pareció mal.

—Aquí está el arqueólogo…

Una voz ronca desde el fondo del local se alzó por encima de los presentes. Pegado a uno de los barriles que envejecían el vino un hombre vigoroso y maduro, de mejillas enrojecidas, se sentaba con la espalda encorvada en un taburete. En su mesa había un vaso y

una botella teñidos de tostado por el vino malvasía que contenían. Las mangas de la camisa arremangadas por encima del codo mostraban una profunda cicatriz en la carne ya blanda del brazo derecho. A Mateu no le hizo falta ver más para saber que además le faltaba el dedo meñique de la mano izquierda y que era el padre de sus amigos Raimon y Joan.

—¿Qué va a ser?

El Cubano esperaba la respuesta, con un cigarro cuartelero mordisqueado en la boca, mientras llenaba un vaso del barril de malvasía. Llevaba una guayabera azul claro, que era su signo de identidad. Ramiro, o el Cubano, se enroló de joven para escapar de la pesca y acabó sirviendo en el ejército en la Cuba del 98, cuando la pérdida de las colonias. Su mayor pasatiempo era repetir a quien pillara cerca sus batallas y aventuras de aquellos años. Ahora sobrevivía con la taberna, el refugio de esos pescadores de los que quiso huir.

—Una mistela, Cubano.

Mateu se acercó a Joan, el patriarca de los Comellas. En la penumbra, sentado junto a él, estaba Antonio, vestido con la camisa a cuadros y la faja en la cintura que llevaba poco rato antes en el yacimiento. Era un tipo quisquilloso, con una réplica a la contra siempre a punto para retorcer una conversación. Iba mal afeitado y en sus pupilas había más alcohol que agua. Mateu cogió un taburete con la mano, lo alzó sin esfuerzo y se sentó frente a los dos dispuesto a dejarse adormecer con el trago fuerte. Nadie lo iba a echar de menos. Y él no quería echar de menos a nadie.

«Tengo una polvera, toda de marfil, que me regaló el amigo de Brasil»… Mateu tarareaba la cancioncilla que sonaba en la taberna la noche anterior mientras limpiaba con parsimonia los restos de un templete junto a la muralla sur, uno de los muchos que formaban el gran santuario religioso de Empúries. Ahora solo quedaban retazos de escalinatas, las bases de alguna pilastra, una inscripción en una

lápida. Historia dislocada. Según unos planos que Gavalda se había hecho traer, el templo V parecía estar dedicado a Isis y Serapis, las divinidades egipcias cuyo culto prolongaron los griegos. Las plantas de unos templos de Pompeya, algo anteriores, dedicados a estas divinidades, parecían apoyar la tesis.

Mateu trabajaba cuando por el rabillo del ojo vio acercarse a Raimon Comellas.

—Mucho pasar las tardes en las tascas, pero por las viñas ya no te hemos visto el pelo…

—Como ves, tengo mucho trabajo. Acabo deslomado de tanto cavar aquí.

—Muy bien, estoy ansioso por ver lo que sacas. Seguro que reunirás un buen botín. Se venderá bien.

Mateu golpeaba con el paletín al ritmo que le percutía la sangre en las sienes.

—Veo que no has dejado la codicia a la entrada del yacimiento.

—¿Me ha sonado a acusación? No estarás desconfiando de mí, ¡que los de L'Armentera somos gente de una pieza!

—Yo ya he decidido que no me fío de nadie.

—Haces bien. Precisamente venía a decirte que corre el rumor, y por cierto, le ha llegado al capataz, de que se te ha visto merodeando por el yacimiento a horas intempestivas. Alguna lengua malintencionada…, ya sabes cómo las gastan aquí…

—¡Eso es una infamia! —espetó Mateu entre dientes. Dejó de picar y lo miró—: ¿Quién ha dicho eso de mí?

Raimon le sostuvo la mirada unos segundos. Una mueca burlona asomaba en sus labios.

—¡A saber! —Y echó a correr gritando a un compañero—: ¡Rafel, que te vas a romper la espalda!

Soplaba una ventolera recia del sudoeste, un *garbí* que se había despertado más airado de lo habitual. Montículos de arena circulaban y rellenaban zanjas, y cubrían todo lo que hubiera a su paso, fueran seres vivos o inertes. Esas inclemencias ya no le eran ajenas a Mateu, que parecía soportarlas con mayor estoicismo que

muchos de sus colegas a los que oía mascullar maldiciones y escupir polvo. El viento desequilibraba cuando se manejaban herramientas pesadas e impedía la minuciosidad si se utilizaban instrumentos de precisión; la arena se amontonaba en los raíles y costaba mucho más esfuerzo mover las vagonetas; y cualquier brizna de hierba se pegaba a las frentes sudorosas de los peones que picaban y cavaban. El día era claro, sí, pero solo a partir de dos metros sobre el suelo. Mateu Mercader había dado la espalda a todos esos inconvenientes y estaba agazapado, ajeno al resto del mundo. Más que cavar, martilleaba de forma sincopada, y tarareaba coplas desafinadas.

—¡Mercader! Que no te enteras de nada ahí escondido. ¡Ven! Se está armando una buena.

Era la voz alterada de Joan, el menor de los Comellas. Mateu soltó las herramientas en el suelo y se levantó apremiado por el joven, cuya cara parecía más pálida con la capa de polvo que la cubría. Además, le acentuaba las ojeras, que siempre le daban un aire apesadumbrado. Le indicó con la cabeza el ágora, no muy a trasmano de la muralla en la que trabajaba el arqueólogo. No veía nada entre los habituales montículos y trincheras, así que hasta que no llegaron a la plaza pública, que se abría hacia el mar y era un espacio despejado, no se percató de que en los alrededores cinco o seis de los trabajadores estaban parados y murmuraban, incómodos, entre ellos. Alguno mantenía la mirada baja, pero otros, como Antonio, observaban con curiosidad a un grupo en corro. En el umbral del yacimiento, Jaime Gavalda discutía acaloradamente con tres señores que ya había visto en otras ocasiones. A lo lejos, por su derecha, vio a Pere, el capataz, bajando a zancadas y con la mandíbula apretada desde el monasterio de los servitas, avisado por algún otro trabajador de que los forestales merodeaban por el yacimiento. Eran tipos refinados, poco acostumbrados a ensuciarse los zapatos, que no perdían ojo de dónde ponían los pies a pesar de lo violento de la discusión. Pero eran jóvenes y arrogantes en sus gestos. Gavalda tenía dicho a todo su equipo que lo informaran si

aparecían por los alrededores del recinto. Su trabajo de mantenimiento de las dunas lindaba con las propiedades de la Junta de Museos y los terrenos donde cavaban estaban también llenos de vestigios arqueológicos.

—No me han notificado que iban a levantar la tierra, ¿cuántas veces se lo he de decir?

—Usted no tiene autoridad alguna sobre nosotros, no estamos obligados a hacerlo.

—Acordamos que mantendríamos esta comunicación para evitar la destrucción de algún vestigio importante.

—¡Nosotros no destruimos nada! Es más, aun sin ser arqueólogos, si encontramos una pieza la recogemos y recuperamos, no la dejamos abandonada.

—¡De eso me quejo! No tienen en cuenta el lugar donde la recogen, ni los datos estratigráficos, eso no es arqueología ni es nada, ¡ustedes son meros cazadores de tesoros!

—Oiga, ¡un respeto!

—Son ustedes los que no tienen ningún respeto por el trabajo que estamos haciendo aquí. No solo extraen lo que encuentran en las dunas, sino que diría incluso que les atrae lo que está bajo llave.

—Mire, Gavalda, creo que le hemos aguantado bastantes sandeces. Desde que usted está por aquí nos hace la vida imposible.

—Claro, hasta que empezamos a hacer las excavaciones oficiales ustedes han usurpado lo que han querido.

La tirantez de la conversación era tal que parecía que de un momento a otro iban a llegar a las manos. Los forestales llevaban las de ganar porque contaban con el apoyo rotundo del consistorio de L'Escala, formado en buena parte por terratenientes que dependían de ellos para mantener sus tierras a salvo de la invasión de arena que arrastraban los vientos y arruinaba sus viñedos. Pere y Mateu se detuvieron justo detrás de Gavalda, para equilibrar las fuerzas. Mateu, que veía de perfil a su maestro, notó cómo le temblaba la barbilla. Impulsivo, avanzó un paso. Gavalda levantó con rapidez el brazo, indicándole que se detuviera.

—Aquí no vamos a pelearnos. Estamos entre caballeros y no acabaremos a garrotazos. Ya que no podemos solucionar nuestras diferencias de palabra, les invito a competir para dirimirlas. ¿Qué prefieren, un partido de fútbol o de pelota ampurdanesa? ¿Una carrera a nado? Si ganamos nosotros, ustedes se retiran de las lindes del yacimiento; si ganan ustedes, tienen mi palabra de honor de que no habrá más altercados y podrán trabajar donde quieran.

Los ingenieros forestales no respondieron de inmediato. La salida de Gavalda los había dejado desconcertados. Pasar a los puñetazos después de esa respuesta era ya impensable y escalar seriedad retándole a un duelo los delataría como gallos de pelea. No tenían otra opción que aceptar.

—Muy bien, pues optamos por la carrera a nado —respondió balbuceante Félix Pi después de una mirada rápida a sus dos colegas.

Luego se recolocó la pajarita, se ajustó la americana y sin mediar saludo echó a andar hacia la casa forestal. Era un edificio pintado de blanco, con una torre coronada por almenas de ladrillo y ventanas saeteras. Se erigía a modo de castillo en Sant Martí d'Empúries, sobre un feudo arenoso que quería dejar de serlo.

—Lechuguinos pisaverdes… —Pere murmuraba por lo bajo una retahíla de insultos, la mitad de ellos incomprensibles, mientras los tres jóvenes se alejaban ágiles—. Jefe, ¿por qué les dice de jugar a los deportes con ellos cuando lo que se merecen es una somanta de palos? Con la que está cayendo, ya era lo que nos faltaba. —Y desvió hacia Mateu una mirada de plomo.

—Pere, es obvio que tenemos un contencioso grave con la escuela de ingenieros. He presentado protestas formales a la directiva de la Junta de Museos y al mismo señor Puig i Cadafalch, pero, a pesar del interés que les ha merecido, no parece cercano el día en que veamos a los forestales hacer las maletas o al menos dejarnos hacer nuestro trabajo con garantías. Caballeros, les agradezco su apoyo, pero han estado a punto de enzarzarse en una pelea de taberna que no habría sabido cómo justificar ante la Junta.

—Pero, señor Gavalda, insultan nuestras convicciones helenistas, atacan los fundamentos de nuestra identidad y…

—Usted es buen nadador, Mercader, incluso ha enseñado a nadar a alguno de los peones. Seguro que nos deja en buen lugar. Y créame que le conviene.

Sin añadir nada más, Gavalda se alejó hacia el yacimiento, seguido de Pere, que murmuraba por detrás que no entendía que aún se fiara de Mateu. Quien, estupefacto, cayó en la cuenta de que Gavalda lo ponía a prueba. Sobre sus hombros recaía la responsabilidad de demostrar su inocencia o manchar todavía más su reputación. Su jefe no tenía indicio alguno de su implicación en el robo del ajuar funerario, pero la sospecha iba y venía por el yacimiento. Lo extravagante es que tuviera que redimirse en el agua.

9

La sargento Cortal y la agente Sabell encontraron a Carlos Vidal entre las motoras y los catamaranes que Vidal Marina exponía para la venta, encaramado a un andamio con ruedas de unos tres metros de alto que permitía la movilidad por la nave. El hombre corpulento, algo cargado de espaldas, examinaba con detenimiento el casco de fibra de vidrio de un fueraborda *bowrider* de segunda mano.

Las dos policías habían llegado hasta él guiadas por la misma recepcionista del día anterior, que desapareció una vez más con el mismo sigilo. Alex se dijo que una de las condiciones esenciales para optar a un trabajo en esa empresa debía de ser la discreción, como si al patrón le molestara el estruendo. Se reconocía tanto en esa actitud de raigambre local: los trapos sucios se lavan en casa y de puertas afuera todo es respetabilidad y honor.

Nuria alzó la voz, condicionada por la altura a la que estaba su interlocutor. El silencio que daba a la nave un aire casi mayestático se quebró.

—¿Carlos Vidal?

—Hola, enseguida bajo.

Se incorporó alargando la espalda, estirando los músculos tensos por la postura agachada. Descendió del andamio con mayor agilidad de la que hubieran supuesto y les estrechó la mano con un apretón firme. Se le veía cómodo en la empresa de su padre.

—Os ofrecería asiento en uno de los despachos, pero están todos ocupados, todo el mundo en sus puestos —bromeó expansivo antes de ponerse en situación—. Salvo el de mi padre, claro está, pero preferiría no entrar ahí si no es imprescindible.

—No se preocupe, lo entendemos perfectamente. Lamentamos su pérdida.

—Gracias. Cuánto tiempo, Alexandra… ¿Cómo está tu madre?

—Bien, gracias.

Hubo una pausa de apenas unos segundos, que duró mucho más en la mente de Alex. No quería ubicar el interrogatorio en un plano personal. Nuria Cortal retomó la conversación sin más prolegómenos:

—Carlos, estamos a la espera de los resultados de la autopsia, que nos clarificará muchas cosas; de momento avanzamos más despacio. ¿Tiene usted alguna pista, alguna intuición, de por qué su padre ha sido asesinado? ¿Ha sucedido algo raro últimamente?

—Raro, no. Lo cierto es que mi padre había disminuido su ritmo en los últimos años, a medida que se fue echando edad a la espalda y se jubiló. Aunque tenga en cuenta que yo vivo en Barcelona y su día a día no lo tenía tan presente.

—¿Con qué frecuencia lo veía?

—Subo algún fin de semana con mi mujer y mis dos hijos, sobre todo en verano. Ya sabe, visitas familiares, barbacoas, cumpleaños, salidas a pescar…

—¿Cuándo fue la última vez?

—Hará tres semanas…, no, un momento. Vaya, pues fue el último fin de semana de abril, porque era el cumpleaños de mi hermana Elisenda y lo celebramos.

—Así que fue la última vez que lo vio…

—Sí, hemos hablado después por teléfono, pero diría que sí. Por teléfono teníamos conversaciones frecuentes: que si los negocios, que si fulano ha pescado un atún, que le había llegado tal o cual embarcación…, esos temas.

—¿A qué se dedica usted en Barcelona?

—Tengo una consultoría de formación para empresas junto a dos socios más. Somos tres. Bueno, ahora somos dos, acabamos de hacer la partición, uno se ha establecido por su cuenta. También doy clases en la International Business School, de emprendimiento y planificación estratégica. Estoy bastante vinculado a la escuela. Precisamente la noche antes de que Elisenda me avisara de todo esto habíamos tenido el acto de final de curso y la cena anual de

profesores y alumnos. Lo hacemos cada año en un salón del Palacio de Congresos, en la Diagonal, nos juntamos unas trescientas personas.

Mientras soltaba esa explicación, un ligero tic en el cuello le hacía iniciar un movimiento hacia atrás que se interrumpía para volver a empezar. Carlos había proporcionado su coartada sin que nadie se la pidiera. Y Alex no sabía si era fruto de su locuacidad o si tenía una intención expiatoria.

—¿Tenían negocios conjuntos? ¿O acciones en la empresa?

Carlos se detuvo un instante. Durante la conversación no habían parado de andar entre las embarcaciones.

—Cuando mi padre decidió jubilarse nos expuso la situación a los tres, Eli, Dani y yo. A esas alturas ya estaba claro que ni Dani ni yo íbamos a seguir en el negocio familiar, en el que siempre ha estado metida Eli. Aun así, nos ofreció un paquete de acciones a cada uno, para no desvincularnos. *A priori* Dani y yo aceptamos, pero al cabo de un tiempo cambié de opinión.

—¿Por qué?

—Pues, yo he hecho mi propio camino. Unas acciones en una empresa que no controlo para mí no tienen sentido. Yo soy empresario. No es que piense que Eli gestiona esto mal, en absoluto, tiene las ideas muy claras. Pero es su negocio. No quería ese vínculo, muy propio de mi padre, por otro lado. Prefiero otros. Así que no, no tengo negocios con mi padre.

—Pero sí están las transferencias bancarias, los movimientos del banco así lo atestiguan.

—Claro, somos familia, nos prestamos dinero, siempre hay algún asuntillo pendiente…

—¿Como modificar un testamento? Su padre tenía una cita con el notario la semana de su muerte.

La nave volvió a sumirse en el silencio. Carlos perdió su aire jovial y su voz resonó más apagada cuando contestó.

—Yo no sabía nada de eso.

—¿Sabe a qué puede obedecer ese cambio?

—Si no sé nada de esa cita, menos voy a saber el motivo —respondió con incomodidad.

—Sí, claro —respondió Nuria impertérrita. Alex admiró su sangre fría—: Bien, está claro que de momento no podemos avanzar más. Tiene nuestro teléfono, Carlos, nos gustaría estar en contacto por si puede aportar algo más.

—¿Cuándo estará la autopsia? ¿Cuánto tiempo más tendremos que esperar para enterrar a mi padre? —siguió ya hosco Carlos.

—Le aseguro que el forense es muy consciente de lo dramática que es esta situación para la familia. No tome mis palabras al pie de la letra, pero creo que mañana ya sabremos algo. No se va a alargar más.

Carlos había detenido el deambular mecánico de los tres entre los gigantes del mar. Había concluido la travesía. El impulso de Alex era el de salir de allí, su ansia de huida siempre tan viva. Nuria estrechó la mano a su interlocutor y se dirigieron al portalón metálico a medio cerrar que permitía la salida.

Ya metidas en el coche, y antes de que Alex arrancara, Nuria no se contuvo.

—Ha mentido.

—Sí, se vio con su padre hace pocos días, está en la agenda.

Nuria la miró estupefacta.

—Yo me refería a los negocios.

—Pues ya son dos mentiras.

—Los extractos del banco reflejan pagos periódicos. O todavía le está pasando una paga, y solo se la pasa a él y a ninguno de los otros dos hermanos, o manejan negocios juntos.

—¿Por qué no le has rebatido?

—Quería ver si era sincero, eso quiere decir que tiene algo que ocultar. Lo llamaremos a declarar cuando tengamos toda la documentación analizada. Espérame aquí un momento. Olvidé algo.

Nuria salió aprisa del coche, pero no entró por el portalón metálico

que accedía a la nave, sino por la caseta donde estaban las oficinas. Alex esperó en el coche unos cinco minutos, jugueteando con el móvil, cuya luz de aviso de mensajes parpadeaba. Su madre estaba ahí, guardada en la cajita mágica, sosteniendo con fuerza el vínculo familiar: «¿Comemos juntas?».

«Vale. Pero hoy en mi casa».

No era lo normal. Mantenían la norma tácita de que era Rita quien cocinaba en casa y Alex la que acudía al hogar familiar. Cada vez que rompía la rutina temía sacudir los fundamentos, pero una voluntad irresistible la obligaba a ello. Recibió la respuesta al cabo de dos minutos.

«Ok. A las tres».

Nuria volvió a entrar en el coche. Su cara, sofocada por las prisas, reflejaba satisfacción.

—No solo se dedicaba a las barcas.

—¿Esto es una tapadera? —se sorprendió Alex.

—No lo sé. O no necesariamente. He ido a ver a Andrea, la secretaria. De momento me parece la fuente de información más fiable. Le he preguntado directamente por qué hacía esos viajes llenos de citas a las ciudades que hemos visto en la agenda. Y ha sido muy concreta: antigüedades. Ricard Vidal manejaba antigüedades. ¡Claro!

—¿Claro? Yo no tengo nada claro.

—Le encontramos delante de Empúries, Alex. ¿No eras tú la que no creía en casualidades? Tenemos que volver a su casa, en este despacho no había nada referente a esto, que yo sepa; o se ha borrado o es que lo oculta en otro lado. La casa: algo hicimos mal allí.

—Simplemente no finalizamos la inspección. Bajé a ver a Dani, y luego nos llamaron por lo del robo en Empúries.

—Vamos a la comisaría. Asegurémonos de que Víctor no ha encontrado nada relevante en la documentación de Vidal Marina. Y esta tarde volvemos a la casa de la calle de la Torre. Y vendrá la científica.

Una hora más tarde Alex había salido de la oficina volando hacia su casa. Tenía que preparar la comida para su madre y ella. Su despensa era un reino anárquico y en ese momento no recordaba qué quedaba allí. La solución a su problema se le apareció mientras cruzaba la plaza: el Medusa. Allí, Diego y sus dos camareros estaban ocupados sirviendo comidas en la terraza. El rumor de las conversaciones desenfadadas resonaba bajo el pórtico.

—Señores, cuidado con lo que dicen, que el CSI está entre nosotros…

Diego le guiñó el ojo antes de entrar al bar cargado con platos vacíos y restos de comida de una mesa de alemanes.

—Muy gracioso…

Alex lo siguió.

—¿Qué tienes de primero que me pueda llevar? Mi madre viene a casa a comer ahora mismo.

—¿Y vas a engañar a tu propia madre diciéndole que has cocinado tú? Alex, eso está muy feo.

En la barra estaba sentado un hombre de espaldas, abstraído en un periódico y removiendo un café de forma mecánica. Alex no reparó en él hasta que estuvo a su lado mirando las bandejas expuestas tras el mostrador de vidrio. Diego le seguía hablando, había soltado los cacharros en el pasaplatos que comunicaba con la cocina y ahora servía unas cañas.

—Criatura, es que a estas horas ya estamos en las últimas. Coge la ensaladilla rusa, especialidad de la casa. O de mi madre, ya sabes.

—¡Hola! —le soltó Alex a Jérôme sobresaltándolo—: Estás concentrado de verdad.

—¿Cómo se concentra uno de mentira? —replicó Jérôme. Alex se rio. Le gustaba la agudeza de ese tipo—. ¿Qué tal? ¿Habéis encontrado más cadáveres? Perdón, quizá me meto donde no debo…

—Muy gracioso también tú. Le haces la competencia a Diego —

respondió Alex más cordial de lo que pretendía.

—No, no, estoy en desventaja. ¿Todavía no has comido?

—No, hasta ahora he estado trabajando. ¿Y tú? ¿No tienes clase hoy?

—Hoy es domingo, ¿recuerdas? Nosotros descansamos, no como los demás en este pueblo. Hoy finjo que estoy de vacaciones.

—Si fueras un veraneante de verdad estarías en el Casablanca tomándote una copa de helado de tres bolas con una bengala.

Jérôme obvió la ocurrencia y preguntó sin disimular su curiosidad.

—¿Tenéis alguna novedad?

—Lo único que te puedo contar es que los restos humanos encontrados en el aparcamiento de Empúries corresponden a alguien que murió a principios del siglo XX. Ni es griego ni es romano, y turista tampoco.

—Asunto cerrado para vosotros.

—Asunto cerrado para la policía, pero yo no me lo quito de la cabeza. Tú, que eres arqueólogo, no sé si estarás de acuerdo conmigo: se descubren unos restos humanos y acto seguido se olvidan porque no encajan en nuestras vidas, porque no sirven para el laboratorio de los arqueólogos ni es una muerte reciente en la que haya que perseguir a un asesino. El homicida está ya muerto, desde luego, ¿pero no merece esa persona que se le restituya la memoria?

Jérôme guardó silencio, dando vueltas al café con la cuchara solitaria. Su conversación quedaba ahogada por los gritos de los camareros, el hilo musical y el bullicio de risas y charlas que envolvía el bar.

—Síguele la pista. Investiga tú por tu cuenta.

—¿Yo? Yo no puedo. La investigación de Ricard Vidal me tiene absolutamente ocupada. Además, la sargento Cortal, mi jefa, no me deja ni a sol ni a sombra. Hay que resolver el caso lo antes posible. La alcaldesa llama cada día a la comisaría, cada vez más nerviosa, por lo visto los turoperadores han empezado a llamar a los hoteleros preguntando qué está pasando en L'Escala.

—El miedo viaja muy deprisa…

La localidad estaba revuelta por la cadena de sucesos. Nadie entendía nada y eso daba pábulo a los rumores y habladurías. Incluso se había señalado con el dedo a algún personaje de la zona, esquivo y hostil, y se miraba con desconfianza a los desconocidos extranjeros que no encajaban en el patrón de turista. La psicosis del asesino en serie estaba instalada en el imaginario colectivo, aunque nadie lo hubiera mencionado en público, ningún indicio apuntara a ello y, más aún, el trabajo de los antropólogos forenses lo desmintiera. La fantasía ya había desatado una historia inventada que caminaba por sí sola.

Jérôme se sintió interpelado por Alex. Las ojeras, su trato directo, incluso hosco a veces, los gestos rotundos de sus manos la hacían parecer mayor de lo que era. Tenía el peso de la madurez. Jérôme carraspeó antes de volver a hablar.

—¿Quieres que lo haga yo? ¿Eso es lo que me estás pidiendo?

—No te lo he pedido, pero ya que lo sugieres…

—¿Qué te hace pensar que yo sabré por dónde empezar?

Jérôme la miraba sorprendido a medias. Ni siquiera Alex entendía cómo le había insinuado algo así, ella, que era policía, a un francés ocioso que se distraía estudiando arqueología.

—No lo sé. Pero creo que serías capaz.

—¿Cualquier hombretón aburrido te sirve?

—Cualquiera no. Mira, no sé ni por qué te estoy proponiendo este disparate.

—¿Has estado investigando sobre mí?

—¿Por qué iba a hacer eso?

Alex se interrumpió. Se percató de que había sido imprudente al confiar en alguien a quien no conocía.

—No quería asustarte. Creí que habías husmeado en mi pasado antes de sugerirme esto. Yo lo hubiera hecho de estar en tu lugar. De ser así tendría lógica que me lo pidieras.

—¿Por qué? —replicó Alex con mayor recelo todavía.

—He sido policía hasta hace un año. Estoy prejubilado. Prefectura de Policía de París.

Sorprendida de su propio olfato, Alex se felicitó a sí misma. No era ese tipo de personas agraciadas por la suerte, por eso cada acierto lo celebraba casi como un milagro.

—Algo me hizo detectarlo —le mintió.

—No puedo hacerlo solo.

—Te pasaré información. Conozco cada centímetro de este pueblo.

—Empecemos ya.

—Ahora no puedo. Mi madre va a llegar de un momento a otro.

—¿Te puedo invitar a un helado más tarde y me cuentas?

La policía decidió hacer del trato algo profesional y le tendió la mano.

—Hecho. A las ocho de la tarde. En el Casablanca. Una copa de helado con bengala. ¡Diego! ¿Me pones esa ensaladilla o no? ¡Tengo prisa!

Cinco minutos más tarde Alex guisaba unos filetes de atún en la cocina de su casa. Rita estaba a punto de entrar por la puerta. Si decía que llegaba a las tres, había que atenerse a ello, su madre funcionaba a golpe de agenda. Llamó a la puerta, pese a que tenía llave. A las dos les gustaba ese signo de respeto.

—Hola, hija. Déjame descansar dos minutos, llevo toda la mañana arriba y abajo. No hubo manera de agrupar las visitas, qué hartón de recorrer la playa de Riells, madre mía.

Se quitó las sandalias de tacón discreto y se sentó con desmayo en el sofá. Alex acudió al rescate con una cerveza fría en la mano.

—Gracias, tesoro, qué detalle. Tú también habrás tenido un día movidito, ¿verdad? Cariño, ¿cuándo vas a colgar unas cortinas?

—¿Qué te contesto primero? Ya te he dicho que no voy a poner cortinas, mamá, me gusta que entre la luz y lo llene todo. Y de noche veo las estrellas. Respecto a mi día, pues sí, llevo dos días en este caso y parecen tres años. Es lo que estaba buscando, ¿no? Un trabajo apasionante. Pues ya lo tengo. Al menos durante una temporadita…

Las dos se quedaron en silencio. Alex vigilaba el pescado en la sartén desde la pequeña cocina que se abría al salón. El estudio era de dimensiones escasas, pero Alex había puesto mucho empeño en que fuera acogedor y lo había conseguido. Entre la cocina y el salón una barra hacía las veces de mesa de comedor y allí había dispuesto los vasos azules y los platos verdes que daban color a los muebles de madera. El sofá se apoyaba en una pared llena de fotografías que había ido comprando con el paso del tiempo. Tampoco había escatimado en lámparas, de factura original, que colgaban del techo o reposaban encima de una mesa para contrarrestar en la noche la oscuridad de un ventanal sin cortinas. Un par de butacas recias eran el legado de la casa de los abuelos. La voz vibrante de Zaz, con sus compases alegres y sus letras amargas, sonaba por encima del chisporroteo de la sartén.

—¿Sabes que no hace demasiado tiempo que había hablado con él? Acabamos discutiendo, para variar. No sé cómo se lo montaba que siempre se acababa de morros con él, siempre.

Rita dijo aquello con la cerveza en la mano, mientras buscaba espacio con los pies en la mesilla enfrente del sofá, entre las conchas recolectadas por su hija que prolongaban el mar dentro de la casa.

—¿Te veías con Ricard Vidal? —preguntó Alex desde los fogones.

—No, para nada. Pero vino hace unas semanas a la inmobiliaria, me pilló allí por casualidad, ya sabes que no estoy casi nunca, y claro, quiso que lo atendiera yo.

—¿Qué quería?

—Vender. A toda costa.

—¿A toda costa?

—Sí, por eso discutimos. No el primer día, que vino solo a preguntar, sino cuando decidió que le lleváramos la venta nosotros.

—Mamá, ¿sabes que esto puede ser relevante para la investigación de su asesinato? ¡Y me lo estás contando ahora!

—Bueno, hija, si quieres que nos pongamos solemnes me pongo de pie. Pero estoy muy cansada…Vigila, que no se queme el atún,

que a mí me gusta crudito.

Alex retrocedió hasta la cocina, que había abandonado interesada por lo que le contaba su madre. Apagó el fuego y sirvió el pescado.

—Venga, cuéntame con detalle. ¿Qué quería ese hombre?

Su madre le contó que Ricard Vidal le dijo que necesitaba vender con urgencia un almacén viejo que tenía, de una herencia familiar, en la calle Puig Sureda, y un edificio de pisos en una callejuela detrás del polideportivo. Cosa rara en él, le dijo, primaba la celeridad por encima del precio. Cuando Rita le había argumentado que pedía precios por debajo de mercado y que con tiempo podía ganar mucho más dinero con esa operación, le contestó que trabajaría con ella si era capaz de hacer la venta antes de final de mes. Al preguntarle Alex si lo había conseguido, Rita muy ufana respondió que el edificio ya estaba apalabrado, pero que estaba intentando mejorar el precio del almacén, porque le parecía regalado.

—Por descontado, no te dijo a qué venía esa prisa, ¿no?

—Bueno, lo dijo, pero no hacía falta: necesitaba liquidez. La gente no vende rápido porque tenga fantasmas en casa. Sobre todo, si ya tienes varias propiedades.

Ya de camino al domicilio de Ricard Vidal, en la cabeza de Alex flotaba un marasmo de nombres, fechas y hechos que entraban ordenados en sus neuronas y se fragmentaban dentro en una danza inconexa. No se veía capaz de estructurarlos en una sucesión lógica. Se lo decía a sí misma mientras esquivaba a los niños que corrían por la calle Mayor, delante de sus padres. No confiaba en su capacidad de crear una hipótesis acerca del asesinato. De eso, deducía que no era apta para su trabajo. Resignada, llegó a la residencia de Vidal. Encontró la puerta entornada y entró en la casa ordenada y ordinaria que contrastaba con esa doble vida financiera que apenas empezaba a asomar tras el muerto. «Nada es lo que parece», se repetía. Carlos mentía; Eli y Narcís reaccionaban de forma sospechosa. Y se preguntó si podría vivir en un mundo, en

una familia, en la que todos mintieran.

—Sabell, ¡estamos en el piso de arriba! ¿Has visto un fantasma?

Víctor asomaba por encima de la barandilla saludando con una sonrisa de complicidad. Alex se dio cuenta de que se había detenido al pie de la escalera, frente a la cocina, absorta en sus pensamientos. Subió los escalones de dos en dos y se plantó al lado de su colega al tiempo que trataba de desembarazarse de sus obsesiones.

—¡Hola! ¿Habéis encontrado algo?

—Yo estaba en una biblioteca bastante interesante, pero me han hecho subir.

—¡Sabell, acércate! A ver qué te parece esto…

Oyó a Nuria, que charlaba con sus compañeros de la policía científica, desde el dormitorio de Ricard. Esta vez, con las cortinas descorridas la luz invadía la estancia. Alex se dirigió al vestidor, que no era tal. Y en el quicio de la puerta se plantó, aturdida.

—De esto sí que me acuerdo…

Era una alcoba llena de vitrinas en las que se exponían un sinfín de antigüedades, sobre todo vasijas helénicas de cerámica, recipientes a modo de ungüentarios o frascos para perfume de pasta de vidrio, tallas religiosas de pequeño formato, algún cáliz muy recargado; también se veían algunas estatuillas en cobre o mármol de corte clásico que centelleaban cuando la luz jugaba entre las cortinas. Nuria curioseaba, intrigada, con los guantes de látex puestos.

—¿Qué hace esto aquí? ¿Una habitación tan grande detrás del dormitorio? ¿Y tú te acuerdas de que existía y no te acuerdas de nada más? Este Vidal me lo está poniendo muy difícil.

Alex seguía muda, desconcertada consigo misma, temiendo que su memoria le jugara una mala pasada. ¿Tal vez le había recordado algún museo comarcal que había visitado de niña? ¿Había estado ella realmente en el dormitorio de Vidal? La lógica le decía que dentro de las travesuras de un niño de siete u ocho años encajaba muy bien la de explorar una cueva de Alí Babá como esta. No podía llegar más lejos, su cerebro antes tan saturado estaba ahora vacío.

—Mira —le dijo Nuria—. Aquí hay un cerco que no está cubierto de polvo como el resto de la estantería, como si se hubieran llevado algo hace poco. Este parece el último cambio del museo particular…, es una peana circular.

—¿Quizás como esta? —le preguntó Víctor.

Unos centímetros más a su derecha, en la misma estantería, dormía una escultura hindú, una divinidad danzaba y sus ocho brazos formaban un arco que la enmarcaba. Estaba sobre un soporte circular del mismo diámetro.

—Parece bronce.

—Lo único que sé es que parece antiguo, pero necesitamos alguien que nos lo confirme. Igual es tan solo una mala copia comprada en una feria o en la Semana de la India de El Corte Inglés.

—Siempre ha habido esculturas y obras de arte en esta casa. No recuerdo ninguna en concreto, pero sí que siempre había alguna pieza extraña. Me llamaba la atención porque no era lo que veía en mi casa o en la de otros amigos.

—O sea, todo el mundo sabía que le gustaban las antigüedades…, ¿me equivoco?

—No lo sé. —Y Alex volvió a notar cómo le subía el rubor a la cara. Además, el olor a cerrado y a humedad que despedía el lugar le estaba revolviendo el estómago.

—Reconozco que me impresiona esta colección oculta en casa de Vidal. Y digo «oculta» aposta, porque si tienes una buena colección de cuadros, de discos o de cerámica, la tienes a la vista.

—En esta casa el único que la disfrutaba era él.

—Eso parece.

La policía científica acabó el registro al cabo de unas horas; Nuria y Víctor tomaron notas con eficacia. Alex, envuelta en un desasosiego que no le soltaba el alma, se limitó a seguir las instrucciones de la sargento de forma mecánica, intentando dominar el temblor de las manos o sus ojos brillantes. Sus compañeros recogieron documentación, tomaron fotografías y huellas dactilares, buscando indicios que pudieran estar relacionados con el asesinato.

Salieron de la casa cargados de cajas llenas de papeles, fotografías y algunas piezas de ropa que enviarían al laboratorio para su análisis. Se quedaron la estatuilla hindú para que la tasara un experto. Ya habían llegado a una conclusión: Ricard Vidal no había salido de aquella casa con los pies por delante. No había un objeto fuera de sitio, un signo de violencia, un atisbo de resistencia, una puerta o una ventana forzadas. Había sido asesinado en otro lugar.

Una alarma se disparó como un relámpago en el cerebro de Alex: había quedado con Jérôme para proporcionarle la información sobre el cadáver de Empúries. El empuje con que le había lanzado la propuesta flaqueó, ni le parecía tan buena idea ni creía tener las fuerzas ahora para hacer una sesión deductiva. Con desmayo admitió que no tenía más remedio que acudir. No tenía un teléfono donde avisarle ni sabía cómo localizarle. Peor aún, habían quedado a las ocho de la tarde y eran las ocho y media. Pasaría por el Casablanca y le diría que no se podía quedar. Quizás otro día. Se despidió de sus compañeros y se encaminó hacia la playa.

Alex buscó entre las mesas del Casablanca intentando descubrir al expolicía reconvertido en arqueólogo entre caras enrojecidas por el sol y cabelleras canosas. La media de edad de la concurrencia dejaba claro que el pueblo era el patio de recreo de europeos maduros.

Alguien la llamó de repente. Era Jérôme desde el Café del Mar, otro de los locales que competía por la primera línea.

—Perdona el retraso. No hemos acabado hasta ahora.

—He pensado si era la típica impuntualidad local, pero sé que eres policía, así que no me ha parecido extraño. La pena es que mi helado ya está deshecho.

—Te buscaba en el Casablanca.

—Sí, pero me he dado cuenta de que la mejor vista en esta cala es desde esta cafetería. Fíjate: se distinguen los pinos de Empúries, después Sant Martí en lo alto, detrás los Pirineos, y en medio esta

gran bahía. No te preocupes, podría quedarme horas aquí.

Alex no tuvo el coraje de decirle que no se quedaba. En cierto modo, la serenidad que destilaba Jérôme la apaciguó. Decidió que tal vez no era tan mala idea tomar un helado y ver el atardecer. Aunque solo fuera un rato.

La noche cayó y ambos seguían en el mismo lugar. Del helado habían pasado a la cerveza, y no habían abordado todavía el motivo de la reunión.

—Empieza a refrescar y tengo hambre. ¿Quieres cenar en un local auténtico y nos ponemos a trabajar de una vez?

A Alex le pareció que Jérôme asentía con ganas. Imaginó que debía pasar demasiado tiempo solo como para rechazar una invitación. O quizás que su curiosidad por ese cadáver anónimo ya no lo soltaba.

Alex lo llevó a Cal Galán, un local con más de cuarenta años de existencia, cuya puesta en escena transportaba más atrás todavía. Las paredes eran recios muros de piedra de una casa centenaria; el suelo rústico y las mesas de madera tenían toda la intención de recrear una taberna marinera. Cierta penumbra atenuada por pequeñas bombillas aquí y allá y las enormes fotografías colgadas en las paredes contribuían a ese ambiente. Jérôme se entretuvo en observarlas mientras Alex saludaba al dueño y le pedía una buena mesa. Reproducciones de rostros curtidos por el sol y el salitre, ojos vivos carcomidos por la dureza de las faenas de pescadores, miradas húmedas veladas por cataratas, manos retorcidas de tanto arrastrar las redes… Hombres y mujeres que miraban el mar de frente, atemperados por los vientos favorables, sosegados por las olas, escarmentados por las tempestades. Una pequeña fracción de la historia estaba encerrada en los gestos de esos pescadores y sus familias.

—Jérôme, ¡Jérôme! ¿Qué te apetece cenar?

Alex lo miraba con apremio, esperando una reacción.

—Estas fotos son fabulosas.

—Claro. Son de un fotógrafo local, son muy antiguas, de principios y mediados del siglo pasado. El fotógrafo era Josep Esquirol y es muy famoso aquí. Yo estoy harta de anchoas, pero si quieres probarlas, las pedimos.

A su interlocutor le gustaba la franqueza de Alex, tenía hambre y no se quería demorar. Ella estaba sorprendida consigo misma, acababa de invitar a cenar a un desconocido; ella, que era incapaz de proponer una cita. Y encima llevaba la voz cantante. No tenía ganas de llegar a su casa, sola, y enfrentarse a sus caballos de batalla. Esto era una tregua, aunque fuera por unas horas.

Frente a una tortilla de patatas, unas tostadas con quesos del Pirineo y jamón ibérico y unas cañas de cerveza, Alex le contó todo lo que sabía sobre el desconocido de Empúries. Le refirió el informe antropológico con el mayor detalle que pudo, y Jérôme, que sacó una pequeña libreta de notas, apuntó lo que le pareció relevante. Notaba esa excitación que se presentaba ante una llamada telefónica que alertaba de un caso cuando estaba de servicio. Seguía siendo detective, pero de la historia en vez del presente. Saboreaba esa investigación clandestina.

Elaboraron el listado de todas las pertenencias de aquel hombre: el reloj de cadena de oro, los botones de nácar de la chaqueta, unas conchas que quizá estuvieron en un bolsillo, los restos de unos botines de piel, jirones de ropa de un color claro, un tapón de botella de ron y una pluma estilográfica con las palabras «Auferat hora» grabadas.

—¿Lleva iniciales? —preguntó Jérôme.

—¿Estás de broma? No querrás que sea tan fácil, ¿verdad? —contestó Alex—. No te puedo traer los objetos, pero tengo buenas fotografías. También podrías convencer a Santi de que te muestre las que hizo el día del hallazgo del cadáver.

—Sí, jefa —respondió Jérôme—: ¿Qué nos dice la posición del cadáver?

—Está encogido con los brazos delante de la cara.

—Así es como cayó cuando le asestaron el golpe definitivo, o cuando se protegía de la paliza que le estaban dando.

—Tuvo que ser una buena, porque le arrancó un diente a su contrincante, el esqueleto lo tenía en la mano izquierda, de donde no se movió. Y no es suyo, porque tiene todas las muelas intactas.

—Principio de transferencia: toda víctima se lleva algo de su asesino y al revés. ¿Sabes? Eres una buena policía. Seguro que están muy contentos contigo en el cuerpo.

Alex no agradeció el comentario, pero un parpadeo delató su orgullo al oírlo.

—Sabemos que ese no es el lugar del crimen, sino el del enterramiento. Le ocultaron ahí, aunque también puede estar cerca el lugar donde lo mataron, en el mismo aparcamiento.

—Ojo, aquí hay que hacer un viaje en el tiempo. A principios del xx para empezar no habría *parking*. No sabemos si eso era un recinto cerrado, o eran campos, o había una caseta.

—Es verdad, tenemos que saber en primer lugar dónde lo enterraron, porque no tendrá nada que ver con lo que hay ahora.

—No me será difícil averiguarlo en la biblioteca de Empúries.

—Por cierto, no quiero llamarle más cadáver, o desconocido. Hay que darle identidad. —Meditó saboreando el último pedazo de jamón que quedaba en la bandeja—. Como lo enterraron en Empúries podríamos darle un nombre griego o romano.

—Como bajó a los infiernos y ahora queremos liberarlo podemos llamarlo Perséfone, hechizada para bajar al inframundo.

—¡Pero es nombre de mujer! —replicó impulsiva Alex. Jérôme se quedó mirándola, levantando las cejas—. Vale, no he dicho nada. Además, es muy útil como nombre en clave delante de terceros.

—Brindemos: Perséfone, vamos en tu búsqueda.

Y las dos jarras de cerveza chocaron con un toque opaco que cerró el trato.

10

Un golpe seco del paletín indicó que habían topado con algo compacto, acaso una piedra. Hacía rato que Gavalda y dos de sus hombres insistían en la misma zona de la cuadrícula. Pero ese impacto llamó la atención de otros peones, y de Mateu, que no estaba lejos. Vio la emoción que el jefe de la excavación no podía ocultar, a pesar de que convivía con demasiada frecuencia con la frustración. Ambos estaban desconcertados. No podían estar en el suelo de una *domus* y tampoco en una calzada.

—Pepe, llama a la cuadrilla que está en la muralla, que dejen su trabajo y vengan a ayudar. Quiero despejar esto de tierra lo antes posible.

Uno de los peones, enjuto y fibroso, se incorporó con rapidez y salió corriendo en dirección a la muralla sur, que había ido creciendo conforme desenterraban la base. Gavalda y el peón que quedaba con él intensificaron el brío con el que apartaban la ya delgada capa de tierra aún compacta, con la ayuda de Mateu. Los refuerzos llegaron, unos más disciplinados, alguno entusiasmado; incluso había quien arrastraba los pies con tal de alargar ese momento de transición que le permitía embobarse durante unos minutos. Todos acusaban ya el final de temporada, acumulaban el sol del verano en la piel y el cansancio de la tierra en las manos. Las herramientas empezaron a rascar una superficie plana, aunque formada por numerosos desniveles mínimos.

—¡Parad! —exclamó Gavalda al distinguir el chirrido áspero de las herramientas.

Mateu no percibió que estaba conteniendo la respiración hasta que tuvo que coger aire por la boca de forma estentórea. Lanzó su paletín atrás, se desató el pañuelo que llevaba al cuello y con él, ayudado por las uñas, empezó a rascar con delicadeza. Alguien le

acercó un cepillo que él rechazó. Incluso las cerdas le parecían agresivas. No quería herir esas delicadas teselas que empezaban a brotar del suelo.

«¡Virgen María!» fue la primera exclamación de las muchas que siguieron: entre el polvo lo que aparecía era un mosaico. Los trabajadores imitaron a Mateu y con las manos y trapos en poco rato descubrieron colas y ojos de animales marinos que habían pasado siglos sin ver el mar. Unas líneas horizontales simulaban las olas y un gran pez anaranjado con una aleta dorsal erizada y cubierto de escamas protagonizaba la escena, rodeado de otros peces y crustáceos. Consiguieron despejar de tierra todo el entorno y aislar la superficie de piedra, de unos sesenta por ochenta centímetros. Gavalda no sabía si estaba más desconcertado por la singularidad de la pieza o por la ubicación, alejada de la casa.

Para entonces buena parte del equipo de la excavación rodeaba a los afortunados que aquel día tendrían algo para recordar. Y enseguida corrió la voz entre los que estaban ocupados en zonas más alejadas. La limpieza del fragmento tuvo algo de ritual de consagración en el que todos querían participar, o al menos presenciar. Alguno por lo bajo comentaba con presunción cuántos duros podía valer aquello. Los peones estaban convencidos de que ese tipo de piezas encontraba muy buenos compradores entre los coleccionistas ansiosos por engrosar las galerías y salones de sus mansiones. Y Mateu apretaba los labios e intentaba desviar su mente hacia las diminutas teselas que se adivinaban.

Al cabo de unos pocos días, cuando el mosaico estuvo limpio, y antes de que se enviara al Museo de Barcelona, Jaime Gavalda organizó la visita de unos cuantos ciudadanos de L'Escala. No tanto para mostrar su deferencia, sino confiando en convencerlos de que ese patrimonio era algo por lo que valía la pena continuar las excavaciones.

Acudieron a la cita una veintena larga de personas, damas y

caballeros distinguidos, o que hacían el esfuerzo para que así se les considerara. Vestidos con sus mejores galas a pesar del polvo, regidores, empresarios de salazones y sus esposas, alguno de los comerciantes más prósperos, un barón que gustaba de ostentar su título y fuerzas vivas como el alcalde, el médico y el farmacéutico hicieron acto de presencia. Asistieron los representantes de la Junta de Museos y Caterina Albert, la insigne escritora, acompañada por su hermana Amelia. Para dar solemnidad al acto, las hermanas habían invitado después a la comitiva a un refrigerio en el jardín de su casa. Las Albert eran respetadas en L'Escala como dignas herederas de su padre, el diputado Lluís Albert, y disfrutaban de una desahogada situación económica. A ello había que añadir la fama que había adquirido Caterina como novelista consagrada bajo el seudónimo de Víctor Català.

El fotógrafo Esquirol estaba ahí para inmortalizar el momento. Caterina Albert, como invitada de honor, corrió la tela de raso azul que cubría el mosaico de forma solemne. Gavalda había aceptado complaciente la ocurrencia de Angelita de hacer una pequeña ceremonia para presentar la pieza. Entusiasmada con la aprobación de su padre, la joven se había hecho acompañar por Vador a buscar la tela en la tienda de tejidos de Llorenç Aballí, donde había pasado un buen rato descartando paños que no estaban a la altura de sus exigencias. Caía ya la tarde y el calor daba tregua. Una brigada había subido la pieza hasta el promontorio, desde donde se disfrutaba de la vista más generosa del yacimiento, al lado de las ruinas del monasterio. El yacimiento visto en perspectiva lucía como una lujosa carta de presentación enmarcada por el mar. Y el mosaico era una joya valiosa que se presentaba en sociedad. Al dejar de estar oculto a los ojos del público ya no era de nadie, o era de todos. El rito hacía el mito. Mateu admiró en secreto la clarividencia de Angelita, aun cuando estuviera hecha de intuiciones más que de certezas.

Unos murmullos de aprobación y alguna exclamación entusiasta acogieron el mosaico mientras el arqueólogo jefe intentaba trasladar

su pasión a la audiencia, que era lo bastante educada para escuchar con atención. Con la respiración contenida los visitantes se dejaron llevar por el relato emocionante de Gavalda. Cuando les narró que el último cometido del mosaico había sido como simple tapadera de una cisterna, el silencio se tornó en muecas de disgusto, expresiones ofendidas y acusaciones de falta de consideración. Mateu pensó que su jefe iba por buen camino. Al final de su conferencia, que terminó entre aplausos, un Gavalda acalorado posó junto al mosaico, rodeado de las fuerzas vivas de la localidad que se aprestaron con sus poses más favorecedoras, reubicándose allá donde las piedras se lo permitían. Mateu y Angelita lo hicieron desde uno de los laterales, en un discreto segundo plano.

Algo más tarde ese grupo de personas tomaba un ponche en el gran jardín de la familia Albert. Dos camareras del servicio se movían sirviendo refrescos y chocolates entre los invitados. Unos y otros se repartían en pequeños grupos alrededor del pequeño estanque. Algunas señoras se sentaban en los bancos de baldosas modernistas; otros admiraban el esplendor de los ciruelos y limoneros exultantes. A la sombra de una acacia había una gran mesa cubierta por una mantelería con encajes de Brujas. Sobre ella todo tipo de repostería se exhibía con un aire a la francesa muy propio de las familias de la comarca, que alardeaban de su vecindad con el país galo. En sendas cestas de frutas se amontonaban melocotones, ciruelas, higos y uvas, más como adorno a la moda que para el consumo. Unas pirámides de pastelería ligera, como hojaldres y mantecados, en fuentes de cristal labrado les daban el contrapunto. Los asistentes caían en la tentación de los frutos secos distribuidos aquí y allá en cuencos de porcelana a juego con la vajilla.

Amelia Albert contaba las maravillas de un nuevo bollo importado de Francia, mientras lo untaba con mantequilla y confitura de fresa.

—Los hemos hecho traer de Barcelona, «suizos» los llaman. Hay que pedir «suizos»…

—En Perpiñán los llaman «brioche» —apuntó de lejos su hermana

Caterina sin interrumpir su conversación con Gavalda y Mercader.

Los vinos generosos corrían y la charla tenía ya el tono distendido de las conversaciones largas. Gavalda había recibido los parabienes por la campaña exitosa de ese verano y ya relajado intentaba convencer a la ilustre anfitriona de que donara el patrimonio que había obtenido en los últimos años al excavar en sus propias tierras.

—El agradecimiento de la Junta de Museos y del señor Puig i Cadafalch en particular sería infinito. Y siempre se indicaría en las piezas, que se expondrían en lugares inmejorables del Museo de Arqueología, el origen de tan generosa donación. De hecho, mi sueño es que su colección forme parte de ese museo que se alojará algún día dentro mismo del yacimiento. Es usted una mecenas del arte antiguo y como tal debe reconocérsela.

Caterina Albert removía distraída su taza de chocolate, y un Mateu hambriento masticaba a dos carrillos un suizo con compota de manzana escrutando el rostro afable de la anfitriona a la espera de su veredicto.

—No me dore la píldora, señor Gavalda, que llevamos muchos meses discutiendo el asunto. No le digo ni que sí que no. Déjeme pensarlo, que las decisiones en caliente no son buenas. No es una idea descabellada, como ya he apuntado en otras ocasiones. Pero ojalá más gente pensara como yo. Lo cierto es que aquí se desentierra una escultura o un mosaico y al día siguiente vaya usted a saber a dónde va a parar.

—Desde luego, señorita Albert, lo que usted ha hecho por desgracia no está a la orden del día. Sus excavaciones han tenido un propósito científico e histórico, y no podría decir lo mismo de otros terratenientes. Le dije que me planteo de cara al futuro destinar una partida del presupuesto a comprar, o recomprar debería decir, las piezas emporitanas más valiosas que han desaparecido de nuestra comarca.

—¿Cómo, querido amigo? Entonces los especuladores harían negocio a costa suya…

—Lo sé y créame que tengo un intenso debate interior al respecto.

Antes de tomar la decisión quiero hacer una ronda de consultas, como hago ahora mismo con usted, porque me corroe cierta rectitud moral por la que el fin no justifica los medios.

—Qué quiere que le diga, señor Gavalda, me parece que puede ser un acicate para otros ladrones de antigüedades.

—En efecto, y es un peligro. Pero, en cualquier caso, se trata de salvar de las garras de los traficantes los mejores vestigios de nuestra historia.

—Reflexionaré sobre ello. De momento, Esquirol ya puede empezar cuando quiera a fotografiar los objetos de mi colección para incluirlos en su anuario. Están a su disposición, como acordamos.

—Y eso es digno de celebrar.

—Tiene usted toda la razón, amigo Gavalda. ¡Rosita, traiga el vino de champán, que tenemos que hacer un brindis!

Rosita y Antonia, las doncellas, repartían copas para el brindis. Mateu aprovechó el momento:

—Señor Gavalda, quiero repetirle cuánto admiro toda la tarea que está llevando a cabo. Es un gran ejemplo para mí.

—Eso espero, Mercader. Que no pierda nunca de vista cuál es el ideal que nos mueve. No querría verme en el brete de tener que comprarle una pieza.

Y se dejó secuestrar por Caterina Albert, que lo reclamaba, sin dar opción a réplica a Mateu, que cerró la boca sin emitir respuesta.

Mariano Ribot aprovechó ciertos movimientos estratégicos de los invitados en torno a la escritora, y se acercó a Mateu, que lo identificó antes de verlo por el agua de colonia de Guerlain que utilizaba. El representante de la Junta de Museos le musitó jocoso al oído:

—Mercader, ¿ya se entrena a fondo?

Mateu se removió incómodo. Aún estaba digiriendo el sentido del comentario de Gavalda. Por si fuera poco, ahí estaba el reto en el que su jefe le había metido y que había generado en el pueblo más expectación de la que hubiera deseado.

—Pues no todo lo que debiera, si le soy franco.

—Mercader, no me haga quedar mal, que he apostado por usted.

—¿Cómo dice?

—En el Café Bofill se ha hecho una porra y me consta que no es la única. Va a ser todo un acontecimiento. ¿No le parece? No se preocupe, que yo estoy con usted, seguro que gana por un buen trecho de brazadas a ese forestal esmirriado.

A Mateu poco le faltó para sentirse como un mono de feria. La mera idea del pueblo pendiente de un ajuste de cuentas lo contrariaba, sobre todo porque todas las miradas iban a estar pendientes de él. Durante los últimos días había hecho como si el reto no existiera, como si fuera a desaparecer por el hecho de no pensar en ello. Pero Ribot le había devuelto la sensación de presión física. En su opinión, Gavalda lo había utilizado como una salida honrosa echándole encima todo el barro del que él se libraba. De paso, deducía Mateu, le hacía pagar de forma sibilina la deshonra del robo de la lamparilla. Y quién sabe, se preguntó, si también le atribuía la desaparición irresuelta del ajuar funerario. Desazonado, buscó la presencia de Angelita, que departía bajo un granado con Amelia y el alcalde. Si en ese instante ella lo miraba, él se sentiría confortado de su angustia y además ganaría la carrera, pensó. Pero Angelita le daba la espalda, y respondía con risas contenidas a las ocurrencias del alcalde, que se lucía halagado ante la atención de la audiencia femenina. Mateu siguió rogando para que lo mirara, aunque fuera de reojo, pero el alcalde parecía tener un imán y lo único que consiguió el joven de Angelita fue una mano distraída que se acariciaba la nuca. Mateu aceptó ese gesto con resignación como algo destinado a él.

Gavalda y su hija Angelita volvieron junto a Mateu en la carreta al caer la noche. Sentado en el pescante junto a Vador, que guiaba la mula, Mateu no abrió la boca. Detrás, Angelita repasaba en voz alta los detalles de la velada con entusiasmo. La brisa que acompañó la tarde se había convertido en un viento más violento que traía

gruesas nubes desde el mar. La voz de Angelita se perdía entre ráfagas y a Mateu no le importaba.

El carro paró frente a la puerta trasera de Villa Teresita, al pie del camino. Mateu saltó del pescante para ayudar a bajar a la joven, pero Gavalda ya se había adelantado.

—Hija, entrad vosotros. Yo me voy a acercar al yacimiento. Amenaza tormenta y quiero asegurarme de que el mosaico está bien cubierto y que el viento no se ha llevado las lonas. Vuelvo enseguida.

Mateu abrió la boca, pero tras un instante de duda, se retractó y siguió a Angelita hacia la casa.

No pasaron más de diez minutos cuando Mateu, que buscaba unas alpargatas en su habitación, oyó fuera unas voces furibundas. Salió al porche a tiempo de ver a Jaime Gavalda fuera de sí, gritando a Vador que volviera a enganchar a la mula. Angelita y Modesta también salieron espantadas. Gavalda daba pasos sin rumbo y se pasaba la mano por la cabeza. Se oyó un trueno lejano, sobre el mar.

—¡Padre!, ¿qué sucede?

—¡Esto traspasa todos los límites! ¿Cómo se atreven?

—Señor Gavalda, por favor, cálmese.

—¿Usted cree que puedo calmarme después de ver que el mosaico ha desaparecido? ¿De verdad? En qué mundo vivimos. ¡No puedo alejarme de las ruinas porque a la que me descuide lo van a dejar vacío! ¡Esto es un ultraje!

Vador se acercó presuroso y le señaló la carreta preparada. Gavalda se dirigió a ella como si le fuera la vida.

—Padre, ¿a dónde va?

—A buscar a Pere, quiero que me diga quién se encargó de cubrir el mosaico, a qué hora se han ido, lo que sea para esclarecer qué ha pasado.

Angelita puso su mano en el antebrazo de su padre, Mateu percibió que sabía cómo calmarlo.

—Quédese. Vador hará que la mula vaya mucho más ágil y le

traerá a Pascual en un periquete. Así podrán hablar más tranquilos. Le traerá a quien haga falta, ¿verdad, Vador?

—Claro que sí, señorita.

—Que han robado el mosaico, hija, que se lo han llevado. Malditos…

—Venga, padre, le preparo una tila. Seguro que es un malentendido.

Mateu había palidecido. Le fallaban las fuerzas tanto como a su maestro, que se había sentado a la mesa del comedor. Derrumbado, el hombre mantenía la mirada fija en la ventana. Desde la cocina se oía una letanía de Modesta, que repetía «Virgen Santa» y toda una retahíla de santos y mártires más. Angelita apareció con la tila humeante, y Gavalda apenas le dio tiempo a enfriarse. Bebió dos sorbos y volvió a levantarse.

—Mercader, acompáñeme al monasterio. Vamos a echar un vistazo.

Angelita ya no se atrevió a decir nada y cuando Mateu salía detrás de Gavalda, después de atarse las alpargatas, vio como su amiga se sentaba y se echaba a llorar.

El yacimiento estaba casi a oscuras. Desierto. Inerte. Solo se oía el viento soplar y el crujido de la tierra bajo sus pies acelerados. El pequeño altozano donde horas antes se aplaudía y se lanzaban exclamaciones admirativas estaba ahora desolado, a la espera de la lluvia que ya caía sobre el mar. Solo quedaba la peana cuadrada sobre la que había reposado el mosaico. Gavalda soltó un suspiro profundo y abrió el candado de la puerta del almacén. Se quería cerciorar de que la pieza no estuviera dentro. A simple vista, aun sin candil, era fácil ver que no era así.

Mateu examinó los alrededores. No había nada que llamara la atención. La tierra estaba llena de roderas, como de costumbre, y las huellas de pisadas se confundían por doquier. Todo estaba en una quietud absoluta, y a la vez algo parecía a punto de estallar.

—No lo entiendo. Esto no se lo puede llevar cualquiera. El peso de un mosaico así es ingente.

—Tendría que haber puesto alguien a vigilar, justo después del

robo anterior. La codicia ha entrado en el yacimiento. Nunca hubiera pensado que los especuladores se atrevieran a entrar en un recinto avalado por las instituciones, por el Gobierno. Han subido un escalafón, son unos delincuentes con todas las letras.

Gavalda ni siquiera miraba a Mateu, parecía que hablaba para sí mientras daba vueltas sin parar. Buscaba un lugar donde detener la mirada.

—He aquí un antes y un después. Nada será como hasta ahora.

Se sentó sobre la peana con el sombrero en la mano y se quedó en silencio, con los hombros caídos.

Mateu se quedó de pie, a un par de metros. Desde el mar, agitado, se acercaba un rugido confuso de truenos que no tardarían en tener encima.

El resuello del capataz rompió la monotonía del estruendo. Subía hacia el promontorio a grandes zancadas. Gavalda reaccionó y fue a su encuentro con Mateu detrás.

Antes de detenerse, Pere Pascual ya le estaba contando con detalle cómo se había ocupado junto a dos peones más de extender gruesas telas de lona sobre el mosaico cuando los invitados se fueron. En su rostro se leía más la furia que el desconcierto.

—Es que no vi nada extraño, señor Gavalda. Y Pepe y Joaquim son de absoluta confianza. Además, si me permite… Este mosaico no se lleva entre dos individuos como si nada, en un bolsillo no cabe. Para levantarlo hacen falta tres o cuatro pares de manos por lo menos.

A Mateu le pareció notar un resquicio de malicia en el comentario. Pero los músculos de la cara de Pere ni se movieron.

—Tendríamos que haber puesto un peón a vigilar desde hace semanas, Pere.

—Ya se lo dije, señor Gavalda, que las cosas estaban cambiando. Mucho estirado raspamonedas veo yo por aquí. Como me los encuentre…

—Han aprovechado que estábamos de fiesta para perpetrar el robo. La premeditación es evidente.

—Claro que sí, esto no es cosa de unos baldragas que pasaban por

aquí. Esto hay que pensarlo. Y organizarlo.

—Tiene razón, Pere. Esta es una operación de magnitud. Alguien que tiene esbirros a sueldo que le hacen el trabajo sucio. Un encargo de alguien que maneja hilos.

—¡Incluso puede que estuviera con usted tomando el refrigerio! No le digo más.

Mateu, que seguía la conversación en silencio, levantó ofendido la cabeza y se encontró con la mirada clara y directa de Pere Pascual. Mateu era consciente de que el episodio de la lamparilla de aceite había llegado hasta el capataz. Sospechaba que para Pere la suma era sencilla y evidente.

—De todas formas, déjeme ir hasta Sant Martí a buscar a Pepe y Joaquim, les preguntaré. Por empezar por algún lado, digo yo. Habrá que dar parte a la Junta también, ¿no?

—Sí. Habrá que hacerlo. Me ocuparé mañana por la mañana.

Pere se alejó hacia el pueblo vecino por el camino junto al mar. Y Mateu aprovechó el momento de intimidad:

—Señor Gavalda. Lamento muchísimo lo que ha sucedido. Es un acto criminal e intolerable. Quiero ayudarle en todo lo que esté en mi mano.

—Gracias, Mercader, eso es lo que espero de usted.

—También quiero añadir que no tengo la más mínima idea, sospecha o vínculo con este desagradable asunto. Se lo aseguro. Por favor, créame.

Gavalda le respondió con pesar. Sus ojeras acentuaban el cansancio y lo envejecían.

—Yo le voy a creer, Mercader. Esté seguro de que además quiero hacerlo. Pero tendrá que lavar su imagen ante los demás. Ayúdeme a encontrar al culpable. Y ahora, déjeme solo. No estoy en condiciones de entrar en casa todavía. Quiero pensar.

Mateu olvidó toda cortesía hacia su jefe. Sabía cuándo estaba de más. Pero en lugar de irse hacia Villa Teresita, siguió el camino hacia L'Escala, con el paso acelerado, hasta llegar a casa de los Comellas. No quedaba ya ni un leve atisbo de luz, y las pocas farolas no

llegaban a la calle secundaria donde vivían.

Llamó a la puerta y apareció una niña de unos doce años con unas largas trenzas y una cuchara en la mano que lo miró con curiosidad.

—Buenas noches, perdona las horas, pero tendría que hablar con Raimon. Es muy urgente.

La muchacha se encogió de hombros y girándose gritó:

—¡Raimon, preguntan por ti!

Este salió al cabo de unos segundos, avanzando la cabeza para ver quién lo reclamaba. Iba descamisado y con el cabello húmedo. Se acercó a Mateu sin cruzar el umbral.

—¿Sabes lo que ha pasado?

—Que me lo diga el sabio…

—Esto es demasiado. Dime que no tienes nada que ver.

Raimon cerró la puerta de la casa y continuó la conversación en el escalón donde se encontraba Mateu.

—¿Han encontrado a faltar un collar del ajuar de una patricia? Vaya por Dios…

—Raimon, esto es muy serio. Se va a montar un escándalo.

—El jefe manda, chicharelo. Y los demás lo seguimos. Y el que no… que luego no se queje.

La conversación no fue más allá. Mateu volvió a casa mientras la lluvia fresca empezaba a caer; sin embargo, él se notaba ardiendo. Las descargas eléctricas de los relámpagos estaban fuera y dentro de su cuerpo. Y por más que se encogiera, no encontraba ningún tipo de sosiego. Andar bajo la tormenta todavía le hizo sentir más miserable. Entró en Villa Teresita con sigilo, amparado por los truenos y la oscuridad. Empapado, ya en su cuarto, se quedó unos minutos de pie, sin reaccionar, hasta que con una mano helada cogió la postal del Esculapio que lucía solitaria en su mesa. El único vestigio clásico que le quedaba después de que la lamparilla de aceite hubiera pasado a engrosar —por sugerencia benévola de Gavalda— la colección del futuro museo de Empúries. Tiró la ropa mojada al suelo y se quedó dormido, tapado con una manta. Sobre el pecho quedó la fotografía de la escultura, como si fuera un dios

que lo protegiera de un destino inevitable.

11

Alex cerró la carpeta que estaba leyendo y se sumó a la reunión matutina en la comisaría. La sargento Cortal había introducido esa dinámica y a Alex le parecía muy útil para centrarse y no perder de vista los indicios que flotaban en el aire sin vínculo aparente. Hoy Gabriel Morata asistía también, junto a Víctor, para ponerse al día y tener argumentos con los que apaciguar a la alcaldesa, que como decía el inspector: «Cada vez que me ve echa fuego por la boca».

Nuria cada vez estaba más convencida de que encontraría el móvil del crimen en el círculo íntimo del finado y, al menos, la cabeza pensante, si no el brazo ejecutor. Había un testamento en liza, que se modificaba siguiendo los vaivenes temperamentales del patriarca; negocios turbios sin esclarecer; un hombre ansioso por conseguir liquidez y con un carácter explosivo que salpicaba con constancia a los más próximos.

—Por cierto, del robo continuamos sin novedades. Las cámaras de seguridad de las instalaciones no han detectado intrusos, ni nadie con comportamientos sospechosos —apuntó Morata cuando le pareció que Nuria y los suyos habían acabado con los avances.

—Esto parece más un robo impulsivo que la búsqueda de un botín para enriquecerse. Lo robaría alguien que lo tuvo fácil.

—De ser así no me imagino a Vidal topándose en plena noche con un trabajador de las ruinas exhibiendo un brazalete, deduciendo que era robado, y al ladrón asesinándolo por eso. Es una hipótesis algo frágil, ¿no os parece?

—Acabas de derrumbar el castillo de naipes, Sanz.

Nuria manejaba el sentido común como una de sus armas más eficaces.

—Al menos ahora tenemos unas cuantas certezas que no existían el primer día.

Víctor volvió a su dosier, después de servirse una taza de café de un termo casero. Había analizado en profundidad nóminas, extractos de banco, actividad de tarjetas bancarias y balances de cuentas. Tenía apoyo de la comisaría provincial de Girona, que le había reforzado temporalmente con otro agente en la sede central con el que estaba en continua comunicación.

—Sabemos que las cuentas de Vidal Marina están limpias. No hay un solo apunte contable que parezca ocultar nada. Es un negocio menos boyante de lo que aparenta, pero funciona. Las irregularidades, si las hay, se esconden en otro lado.

—En esa doble vida que está en una agenda y en la documentación que hemos encontrado en su casa —completó Alex —. Me voy a llevar la estatuilla a un anticuario que conozco en Pals. Él sabrá decirnos si tiene algún valor. Si te parece bien, sargento.

—Me parece perfecto, Sabell. A Víctor le encanta el olor a papel, así que ansía sumergirse en esos volúmenes y volúmenes de libros de cuentas, dietarios y carpetas misteriosas que para él no tienen secretos. Y yo avisaré al juez de que me dedicaré a mantener conversaciones cordiales con Elisenda, su marido y Carlos. Narcís y Carlos hicieron retratos de Vidal poco comprometidos, tal vez si insistimos podamos pillarlos en un renuncio. Vamos a tomarles declaración como testigos. Alex, te agradecería que te entrevistaras con Daniel Vidal antes de hacer yo lo mismo. Es al que veo más alejado de todo esto, pero estoy segura de que, si tiene algo que confiarnos, tú eres la persona indicada. Vamos, chicos, queremos una alegría para la alcaldesa.

Alex salió en coche dirección a Pals, una localidad de interior a unos veinte kilómetros de L'Escala. La carretera bordeaba el macizo pelado de Montgrí y, tras cruzar el río Ter, con sus sotos y juncos, se adentraba en unos arrozales, que en esa época del año estaban inundados y con las espigas creciendo. Por las acequias circulaba el agua que permitía a los patos, avefrías y chorlitejos animar con sus

vuelos los sembrados, que durante una temporada se convertían en su refugio para criar.

Esa mañana una luz indiscriminada se repartía por todos los campos, sin sombras y sin piedad. La circulación por la carretera era tranquila salvo por los tractores. Cuando los arrozales acababan y el terreno empezaba a ascender con mucha suavidad, Alex avistó, en un otero, el pueblo fortificado de Pals. Mantenía su aire medieval gracias a las sucesivas restauraciones. El casco antiguo había quedado a expensas de los turistas, y el ambiente de pueblo de verdad sobrevivía extramuros.

Allí estaba la tienda de anticuarios de Constantí Palau, un lugar tan destartalado como su propietario, poco preocupado por complacer a la clientela de paso. Él vendía arte para entendidos, y sus compradores acudían ávidos desde cualquier parte de Francia o incluso Bélgica cuando les anunciaba novedades. Si la mayor parte de los llamados anticuarios del Empordà podían considerarse almonedas, Constantí era una de las excepciones. Venía de una familia de Barcelona, donde había vivido hasta la treintena, cuando decidió instalarse en el campo. Compró una antigua masía en ruinas que restauró con paciencia y manuales para autodidactas y extendió el negocio familiar de las antigüedades a Pals en un momento en que la comarca empezaba a ponerse de moda. La experiencia y el apoyo de su madre, una experta en arte medieval, le permitió no ya sobrevivir, sino conseguir un negocio próspero que continuaba desde entonces.

Constantí había sido una presencia inalterable en la vida de Alex desde que esta tenía uso de razón. Y con toda probabilidad la única persona del entorno de su padre que se mantuvo aún más cercano a su madre y a ella después del desastre. Una rectitud moral inquebrantable había llevado al anticuario a tomar partido tras la separación traumática de Rita y su amigo del alma. A ella le dijo que no sería capaz de mirarla a la cara si no la ayudaba con Alex. Durante aquella época vivió desconsolado el abandono de su amigo y compartió todo el dolor de Rita, con la herida abierta durante

meses. Aprendieron a dejar de querer, desaprendieron a odiar. Hasta que un día olvidaron el rostro del padre de Alex.

Alex había pasado muchos sábados en la tienda, mientras su madre hacía las giras habituales con barceloneses que aprovechaban el fin de semana para dar rienda suelta a sus aspiraciones burguesas. Para Alex ir a Pals significaba pasar al otro lado del espejo de Alicia. Entraba en un mundo donde todo era posible. El mago era Constantí, y a veces lo encontraba rodeado de su corte de acompañantes, a cuál más excéntrico.

Con los años Constantí había recortado su sociabilidad y envejecía mal, se había vuelto arisco y poco dado a los halagos gratuitos. Pese a ello, Alex era su debilidad manifiesta y con ella se enternecía sin disimulo.

—Tío…, ¿dónde andas?

La puerta de la tienda rozaba con el suelo y le arrancaba un bufido. No hacía falta campanilla o timbre.

—Ahora mismo, en el fondo del mar. ¡Hola, caracola!

Los muebles y objetos de valor, ordenados en el caos personal de Constantí, se agolpaban en pilas que casi tocaban el techo. El local tenía el olor a humedad de un pajar y el aire denso de lo antiguo, y era difícil dar un paso sin tropezar con un obstáculo. Aun así, era un espacio en constante renovación, porque las piezas no pasaban demasiado tiempo en manos del mejor anticuario de la zona. Constantí establecía una relación atípica con los objetos, se agarraba al alma de las cosas como si fueran seres vivos, se sumergía en sus grietas y sus imperfecciones, acariciaba sus recovecos hasta extraer todos sus secretos. Ahora se escondía entre un montón de arcones macizos entre los que sobresalía un arca de novia en madera de nogal y avellano, que estaba apoyada sobre otra en un equilibrio precario. Emergió con un casco de buzo en la cabeza de los que Alex solo había visto en las ilustraciones de los libros de Julio Verne y se oyó una voz metálica y cavernosa.

—¿Tengo alucinaciones y eres una sirena? ¿O eres la verdadera Alex?

—Tienes razón, tío, hace días que no me ves el pelo. Estoy jugando a los detectives y no me dejan tiempo ni de respirar.

Constantí se acercó a ella andando con dificultad. Desde hacía dos años una cojera lo castigaba a reducir el paso y llevaba mal esa estocada de la vejez. A menudo, hablaba con la mueca contrita del que contiene el padecimiento para que no aflore. La abrazó con todo el cariño, pero sin poder evitar la rigidez del que abraza poco. La envergadura del casco tampoco ayudaba. Para Alex era suficiente.

—Menos mal, al ver ese trasto pensaba que querías hacerme la competencia, y eso, caracola, no lo soportaría.

Debajo del brazo derecho Alex acarreaba la figurita de la casa de Vidal envuelta en la única bolsa que había encontrado en la comisaría. En un par de minutos le resumió en qué estaba metida. Era una situación estrambótica: un anciano con la cabeza cubierta por una escafandra de casi un siglo de antigüedad, como si se protegiera de un ambiente infectado, hablando con una joven entre consolas isabelinas y bargueños del siglo XVIII, como calculó Alex con ojo de alumna adiestrada.

—Y en casa de Vidal encontramos esto.

Quitó el plástico protector con impaciencia y puso la escultura a la altura de la mirilla a través de la que se suponía que miraba Constantí. El anticuario por fin se sacó de encima los diez kilos de la escafandra refunfuñando.

—Me quieres poner a prueba, sabes que el arte hindú no es mi especialidad.

Ya liberado, clavó los ojos en la escultura.

—¡Nataraja! —exclamó—, creador y destructor del universo, el danzarín cósmico; es una de las posturas de Shiva, danzando sobre el demonio, derrotando la ignorancia humana. La pieza es exquisita, mira la elegancia con que sostiene la llama… ¿Te has fijado en el arco de fuego?

Constantí pareció olvidarse de todo, como si el dios hindú lo hubiera arrancado del suelo para llevárselo a su universo y siguiera narrando desde allí lo que veía:

—Nataraja danza para destruirlo todo y empezar de nuevo. La danza eterna, la única importante, la constante evolución del universo, el camino hacia la conciencia plena.

—Tío Constantí, ¡despierta! De arte de la India no sabrás, pero ya sé que estás fuerte en filosofía hindú. Ahora necesito algo menos espiritual. Básicamente, ¿esta pieza tiene valor o es quincalla?

—¿Quincalla? ¿Esto? Querida mía, esta estatuilla tiene al menos doscientos años, está perfecta y si me dejas examinarla bien puedo decirte hasta de qué escuela procede. Lo que te puedo asegurar ahora mismo es que en el mercado negro vale un buen puñado de euros.

—¿En el mercado negro?

—La policía india se incauta de cualquier escultura como esta que intente pasar la aduana, ¿sabías? Legalmente solo se pueden sacar con una cantidad de certificados que lo hace casi imposible, con lo que solo circulan unos pocos centenares por el mundo. Insuficientes para tanto nuevo rico hambriento de trofeos. ¿Te he dicho que además están de moda? Los imitadores también están haciendo negocio ahora que la iconografía hindú ha dejado de ser *hippie* para ser posmoderna.

Alex miraba los surcos del rostro de su tío mientras hablaba. Olvidó sus ojos y sus ademanes. No entró en el cosmos de Nataraja, sino en la razón por la que había aparecido en la casa de un hombre asesinado. Y por qué había otra que no estaba donde debía estar.

Esa tarde la brigada de la sargento Cortal estaba citada en el Instituto de Medicina Legal de Girona con el forense Costa. No era hombre dado a sentarse en su despacho para recibir visitas. Vivía en un afán constante y ahora, además, estaba atosigado por el retraso en la autopsia de Vidal, fruto de un cúmulo de casualidades absurdas. Su bata blanca, impoluta, contrastaba con su tez sin afeitar y el desaliño de su escaso pelo. Recorriendo los pasillos asépticos, sus pasos quedaban amortiguados por el suelo sintético.

—Sargento, no todos los agentes vienen a las autopsias.

—Ya sabes que me gusta ver la cara que pones cuando descubres algo interesante.

—Eres de la vieja escuela, como yo.

—Pues pongamos estos dos viejos cerebros en sincronía.

Habían llegado a la cámara frigorífica, dividida en compartimentos para alojar a los cadáveres pendientes de examen. Un olor a alcohol y a algo más denso que Alex no identificó inundaba el ambiente. Consideró que era un olor demasiado fuerte para venir de algo que estuviera muerto. Era un hedor a grasa persistente, que se metía en la nariz. Tal vez así olía la podredumbre.

El doctor Costa consultaba un pliego de folios sujetos con una pinza metálica. Era un listado, Alex dedujo que de los cadáveres que se almacenaban en ese lugar de tránsito. El médico caminaba saltando con la vista de las páginas a los números de los nichos frigoríficos, y los demás lo seguían hacia la sala de autopsias. Pensó que la iluminación era demasiado intensa para tratar con respeto a los muertos.

—Tengo mucho interés en algo, doctor, la inmersión…

—La inmersión. De acuerdo. Te diría que poca, sargento Cortal. Ahora lo veremos en los pulmones.

Entró entonces el segundo forense, acompañado de un miembro de la policía científica con su cámara fotográfica.

—Sabell, ¿puedes ir a la comisaría y acabar el informe del registro en casa de Vidal? Aquí somos demasiados para tan poca carne congelada.

—Me gustaría asistir a la autopsia, mi sargento.

—Necesito ya ese informe —replicó contundente sin mirarla.

Alex acató la orden, sentía el estómago revuelto. Había mentido al decir que quería quedarse. No le apetecía ver a Ricard Vidal abierto en canal. Prefería estrenarse con un muerto desconocido. Mientras salía, oía al forense y a su jefa discutir sobre la reticencia del primero a tener un perfil en Facebook y cómo la segunda intentaba convencerlo.

Al cabo de unas horas Nuria Cortal y Víctor Sanz volvieron a la comisaría de Girona, donde los esperaba Alex; y frente a la máquina de bebidas, con sendos cafés en la mano, le refirieron los detalles de la autopsia.

—Ya tenemos hora del *exitus*, la exploración del contenido gástrico no engaña: 23 horas —empezó Víctor—. «Muerte de tipo violento por arma de fuego, que ha afectado a los grandes vasos provocando choque hemorrágico», Costa *dixit*.

—Inmersión, poca —añadió Nuria.

—¿Qué quieres decir?

—El agua de mar ingerida no llega al medio litro, no tiene los pulmones anegados. El cuerpo no pasó más de una hora en el agua. Lo suficiente para arrugar y blanquear la piel sí, para empapar el cuerpo y macerar la herida causada por el disparo. Eso supongo que complicará la vida a los de balística porque se han perdido vestigios. Pero el muerto no ha estado sumergido a merced de las olas. Ni lo dice su piel, sin mordeduras de peces, ni lo dice su indumentaria; se hubiera desprendido de la ropa, y recordad que no le faltaba ni un calcetín.

—¿Entonces, fue una inmersión controlada?

—Si tenía al lado a alguien para vigilarla, sí. Si estaba solo, no.

—¿Antes o después del disparo?

—Después del disparo. No murió por sumersión.

Esta discusión los llevó hasta el despacho de Nuria, un habitáculo limpio y ordenado. La clásica foto familiar había sido sustituida por un retrato en el que lucía deslumbrante con uniforme de gala y la gorra calada sombreándole el rostro. Todavía no tenían el informe pericial, pero Nuria creía que con la autopsia y todos los datos y declaraciones que habían recopilado estaban en condiciones de afinar la investigación.

—Vamos a ver. Una vez más, recapitulemos.

—¿Por qué siempre que dices eso me viene a la cabeza la palabra

«rebobinemos»? —respondió Víctor a Nuria mientras giraba su silla hacia la mesa en la que estaba sentada su jefa consultando papeles.

—¿Será tu afición al cine? ¿Será que no reconoces la palabra? —replicó con sarcasmo.

—Siempre repetís la misma broma.

—No me digas, Sabell. Hipótesis del deceso: la autopsia nos precisa algunos detalles interesantes. De entrada, está descartada una muerte accidental o suicidio. También que hubiera una pelea, porque si no fuera por el tiro, estaría fresco como una rosa.

—Su asesino pudo acercarse a él con confianza…

—Exacto, Sanz, estamos en su entorno, en el que conocemos o en el que se mantiene oculto.

—No llegó en barco al punto donde lo encontramos, la tramontana era lo bastante fuerte para poner en riesgo la vida de cualquiera que saliera esa noche con una embarcación. Nadie cometería tal imprudencia.

—Digamos que no. Tampoco llegó hasta el lugar donde lo encontramos arrastrado por las olas, porque no se remojó demasiado y llegar con la corriente hubiera requerido mucho más tiempo.

Alex admiraba el combate dialéctico entre Nuria y Víctor. La apremiaba intervenir con una aportación que estuviera a la altura. Bebía continuos sorbos de café para que la cafeína le acelerara el cerebro y la iluminara con un argumento que resultara lo bastante digno para ser mencionado. Estaba imitando a Víctor en lo de beber café a todas horas, y a pesar de las protestas de su estómago la bebida caliente la confortaba más allá de lo meramente físico.

Ahora la tormenta de ideas se había atascado, y Nuria intentaba azuzarla de nuevo.

—Bueno, vamos por partes. Tenemos una víctima que, voy a ser cruda, está seca. Y muerta. Le puedes dar un baño en la bañera de tu casa por un afán de limpieza, pero da la casualidad de que sería agua dulce. Se te puede caer al mar porque no has calculado bien mientras la matabas o trasladabas, o puedes decidir que la mojas

con una intención concreta.

—En momentos de tensión la gente no actúa con claridad. Lo único que se persigue es esconder la autoría o al menos retrasar al máximo su identificación. Es un tiempo vital para huir o para esconder pruebas.

Alex se decidió a participar por primera vez.

—Si ha estado poco tiempo en el agua, y solo se trata de un intento de borrar pruebas, quiere decir que lo arrastraron desde un lugar cercano.

—Pero no lo arrastraron por la arena ni por las escaleras, no se veía ninguna huella, sino que parecía que lo hubieran arrastrado desde el mar —objetó Víctor.

—Exacto, porque es mucho más fácil trasladar un cuerpo pesado por el agua que por tierra. En pocos minutos me puedo cruzar una playa.

—¿Con el oleaje de una noche de tramontana? —desconfió Víctor.

—¡Aun así! Quiero alejar el cuerpo del lugar del crimen para borrar pistas. Pero ese lugar puede estar a muchos kilómetros, y moverme en coche; o cercano, y solo necesitar acercarme a la orilla del agua para trasladarlo con total impunidad. Nadie me va a ver de madrugada. Al lugar donde lo hallarán parecerá que ha llegado por mar y nadie va a encontrar así como así el punto donde lo he sumergido. Será difícil de identificar porque el propio viento y el oleaje lo habrán modificado antes de que se investigue. Hemos de volver al lugar de los hechos. Pero antes dejad que os cuente la declaración de Carlos Vidal, que no quiero que se me olvide.

Nuria les refirió que el mediano de los Vidal había sido cada vez más incoherente en sus respuestas en comisaría. Desde el primer momento había hecho el esfuerzo por presentar una coartada intachable para la noche de autos. Se había preocupado de aportar un listado de personas que podían testimoniar que él se encontraba en el Palacio de Congresos de Barcelona esa noche, e incluso le mostró un par de fotografías de la que parecía una reunión de colegas de profesión en un amplio salón lleno de logos de la

International Business School. Sin embargo, era mucho más impreciso al responder a las preguntas sobre los negocios de su padre y las entradas de dinero que recibía de su progenitor. Y de nuevo no había mencionado el encuentro reciente con su padre. El humor expansivo de la primera entrevista había desaparecido por completo y medía sus palabras al milímetro.

—Solo le faltó decir «no hablaré si no es en presencia de mi abogado».

—Todavía no podemos imputarle —aclaró Nuria—. Ha reconocido que sabía que su padre no solo viajaba por el negocio, sino que era un coleccionista avezado, y casi obsesivo, de antigüedades. Curiosamente no sabe ni siquiera si estaba especializado en alguna época o tipo de piezas. Lo cual me llama la atención. Hace como si no le interesara. Y luego está el asunto del testamento: le saca de quicio. Está claro que él sabía que era uno de los beneficiarios y entiende esa cita con el notario como un signo de que su posición podía peligrar. Supongo que conocería los términos del documento por su padre y la más sutil posibilidad de que haya modificado la distribución de la herencia lo enerva. Y, por último, me sorprende que no tiene palabras de dolor o consuelo respecto a su padre. Trata el asesinato como si fuera solo un contratiempo. No está dolido. Más bien me pareció aliviado.

—Ojo con las sensaciones, Nuria.

—Claro, Víctor, ya ves cómo las etiqueto, ¿no? Y no me parece arriesgado decir que a Carlos le encuentro un posible móvil. Está furioso con su padre.

—Son muy parecidos —apuntó Alex en voz baja—. Es el verdadero heredero.

—Pues por lo visto últimamente su padre no pensaba igual.

—¿Una venganza por apartarle del testamento, o relegarle? No es inviable si eres impulsivo.

A Alex le parecía que adjudicar la mano ejecutora a alguien era un paso que no se podía dar ni siquiera en una charla de café a no ser que estuvieran mucho más seguros de lo que estaban por el

momento. Aun así, reconocía un regusto amargo en toda la familia Vidal cada vez que el padre imponía su voluntad, ya fuera por disciplina o por capricho. Su madre siempre había recalcado que detrás de cada acción de Ricard Vidal estaba su propio provecho. Si lo veían acompañando a alguno de sus hijos a una clase de vela en el club náutico no era porque quisiera disfrutar de sus proezas infantiles, sino porque le permitía afianzar lazos con los padres de los demás alumnos, posibles compradores de veleros para sus retoños. Y esa no era más que una pequeña muestra de su ambición desmedida. Durante años la saga familiar había sufrido muchas otras. «Mal camino para granjearse el aprecio de sus descendientes», concluyó Alex al mismo tiempo que apuraba su vaso de café.

A media tarde Jérôme saboreaba una cerveza muy fría en la terraza del hostal Empúries, bajo un toldo que le protegía del sol más intenso. Miraba el mar, que se había apaciguado por completo después de tantos días de furioso oleaje.

Tras la euforia de los primeros hallazgos al inicio de campaña, el ambiente en el yacimiento había languidecido, y sus manos se habían acostumbrado al polvo y al mango rudo del pico y la pala. Había entrado en una rutina que se deslizaba por un valle sin accidentes. Un estudiante gallego aseguraba con retranca que le habían engañado y que el curso era en verdad un máster budista para trabajar la paciencia. Algo que no distaba mucho de lo que les había dicho Santi Alfaro. El grupo había visto encallecerse sus manos y su ánimo.

Jérôme era lo bastante austero para no verse afectado por la labor mecánica. Había pasado demasiadas horas vacías en guardias dentro de un coche como para que se le despertara la rebeldía. Era capaz de separar las manos de sus neuronas y poner estas últimas en algo que requiriera su atención o al menos lo distrajera. Y el misterio de los huesos de un hombre que no tenía más que un seudónimo

llenaba sus horas muertas y también las que vivía a plena conciencia. Quería hacerse amigo de esos huesos y entender no ya por qué habían llegado hasta su sepultura de forma traumática, sino cuál había sido su vida. Había aprendido mucho tiempo atrás que la forma en la que uno muere no tiene que ver con la forma en que uno ha vivido, que ese trazo ligero que separa la vida de la muerte puede verse sacudido por un impulso o una fatalidad que rompa la unidad lineal de esa historia particular.

Sin embargo, el antiguo comisario estaba decepcionado por una última averiguación que lo echaba un paso atrás en el tablero. El bibliotecario del museo de Empúries le había informado sin necesidad de consultar ningún plano de que el punto donde habían encontrado a Perséfone no fue incorporado a las instalaciones del yacimiento hasta pasada la Guerra Civil. Así que había sido enterrado en campo abierto, no estaba dentro de las ruinas, y por tanto no había que buscar pistas por ahí. Estaba contrariado.

Se levantó para ir al baño y de paso desentumecerse. Los servicios estaban junto a un salón confortable lleno de sillones y sofás blancos, con una chimenea apagada desde los meses de invierno. A la salida le llamaron la atención unas ampliaciones de antiguas fotografías en blanco y negro. En una de ellas aparecía una construcción sencilla de una planta, con paredes encaladas, rodeada de la luminosidad de la arena blanca y el cielo claro: «VILLA TERESITA», rezaban las letras pintadas en la fachada. Observándola con detenimiento se deducía que era la fachada original del hostal, que había evolucionado empujada por las necesidades de un negocio en expansión. Otra de las fotos mostraba unas vistas generales de las ruinas a medio excavar. A Jérôme le llamó la atención el vacío existente en el montículo que presidía las ruinas. A la fotografía le faltaba definición. Aun así, el monasterio que ahora se utilizaba como sede administrativa y museo no era más que un cúmulo de piedras del que solo quedaba la fachada frontal con el esqueleto de lo que fuera en su día un gran rosetón.

Al dar un paso atrás interrumpió el paso de una camarera que

avanzaba con una bandeja bajo el brazo.

—Perdona, ¿estas fotografías, sabes de cuándo son?

—Uf, no lo sé, pero de hace un montón seguro, en las del piso de arriba las señoras todavía van de largo.

La mujer continuó su camino con una sonrisa de disculpa y él aprovechó para escabullirse hacia las escaleras que subían a las habitaciones. Una lámpara con láminas redondeadas a modo de pétalos presidía el rellano desde el techo. En cada pared colgaba una enorme fotografía: la escollera griega con cinco o seis personas sentadas o apoyadas en sus piedras sillares desconchadas; un pastor con algunas ovejas en un boquete de la muralla romana; otra vista de las ruinas con varios hombres endomingados, tocados con sombreros y gorras, alguno con bastón en la mano, posando en actitud circunspecta para la cámara, conscientes de que pasaban a la eternidad. Jérôme no pudo evitar un escalofrío: ¿era quizá Perséfone alguna de las personas que aparecían en las imágenes? Se acercó todo lo que pudo a cada una de ellas, hasta no distinguir más que puntos blancos, negros y grises en un amasijo indescifrable. Esperaba una señal, un rostro que se diera por aludido ante su mirada inquisitiva. Fue inútil. Los rostros estaban pegados a su tiempo y no saltaron fuera del cuadro para darle explicaciones.

Apuró su cerveza, ya caliente, pagó y bajó los escalones que desde la terraza del hostal conectaban con el camino de ronda. Al menos había trocado su decepción en una leve esperanza. Se le ocurrió que había que conseguir todas las fotos de la época que pudiera, pensando que tal vez alguna de ellas hablaría. Y decidió que el lugar del enterramiento tenía todavía mucho que contar. Los campos tenían dueños. Si averiguaba quién era el propietario de esa parcela tal vez obtuviera una pista.

Llegó al Museo de la Anchoa y de la Sal justo antes del cierre. La expresión de disgusto del encargado era inequívoca, pero aun así añadió:

—Cerramos en cinco minutos.

Jérôme, que llegaba sin aliento desde el yacimiento, adonde había

ido a preguntar cómo conseguir las fotografías que buscaba, tampoco anduvo con ambages.

—No quiero visitar el museo, ya volveré otro día. Solo quiero comprar las fotos de Esquirol.

—Ya. ¿Cuáles?

—No sé. Las de las ruinas, las de los pescadores. Las que retraten gente. Todas.

El dependiente suspiró con un aire displicente y resignado con el que quería que Jérôme percibiera lo inapropiado de la petición. Pero este no percibió la crítica velada. Mientras su interlocutor rebuscaba en las estanterías, se entretuvo en pasear una mirada distraída por la bóveda central de ladrillo del edificio, que había hecho las funciones de matadero como indicaba un panel informativo. La fachada pintada de blanco era un reclamo excelente junto al antiguo lavadero municipal, del que lo separaban apenas unos pasos.

Tres cartapacios llenos de láminas y el catálogo de una exposición dedicada en exclusiva al fotógrafo local llenaron el mostrador.

—Ahí detrás están las postales. Las tiene sueltas y en acordeón —remató señalando un expositor giratorio.

Jérôme cogió sin pestañear las postales que más le llamaron la atención y las puso encima del montón de láminas.

—Me lo llevo todo.

—Caramba, amigo, le ha dado fuerte —le respondió el encargado.

Jérôme le destinó una mirada inexpresiva, pagó la cuenta y salió sin coger el tique que le tendía el empleado.

Por el camino tuvo la sensación certera de que llevaba algo importante entre manos, y le entró el ansia de compartir lo que ahora sabía, de ver reflejado en otro rostro el asombro que él ya digería. Llamó por teléfono, pero nadie respondió.

El teléfono de Alex estaba en el fondo de su bolso de telas de colores. Y el bolso estaba a sus pies, en la arena que cubría el suelo del Tropic Beach, el chiringuito de Sant Pere Pescador. La vida social

de Alex se había revolucionado a partir de los perturbadores hallazgos. Dos citas, o algo parecido, en dos noches seguidas eran algo extraordinario en su agenda, a no ser que consistieran en charlas con las amigas de siempre, o la tertulia de bar del Medusa. Cierto era que esas citas no se podían considerar vida social en una clasificación estricta, pero por el momento era lo mejor que se podía ofrecer a sí misma.

Dani Vidal estaba sentado a su lado, ambos frente al mar. El sol caía a sus espaldas, y la brisa del crepúsculo enfriaba la arena y a cuantos la pisaban. Las puestas de sol de verano en el Tropic Beach eran antológicas, por mucho que atardeciese de espaldas al mar. Durante años se habían repetido los mismos conciertos de guitarra improvisados o sesiones de DJ. Ahora, ambos en silencio, jugueteaban con vasos de plástico en los que flotaban hojas de menta y hielo picado. Se aferraban sin demasiado convencimiento a un espíritu burbujeante que solo estaba en su recuerdo. Estaban frente a un paisaje simple: una franja de arena, un mar cortado por la línea recta del horizonte y un cielo eterno. A capas. Sin mezclas. El mundo estaba encerrado en cada una de esas capas.

Alex seguía las instrucciones de Nuria de tener una conversación informal con Dani. Había sido franca al convocarle. Le avisó de que la movía un interés profesional, pero aun así su amigo de la infancia había preferido que se encontraran al atardecer y en el chiringuito. Alex suponía que Dani debía estar inmerso en una niebla espesa en la que todo se confundía: el dolor, la nostalgia, el desconcierto. Había aparecido con el rostro turbado, pero la liturgia del atardecer y el contacto directo con la arena tenían efectos milagrosos. Al poco rato empezó a evocar anécdotas juveniles banales. Alex le dejó divagar, consciente de que llevaban el paso cambiado. Dani volvía a unos años en los que no tenía preocupaciones y se sentía fuerte. Necesitaba recordárselo a sí mismo. En cambio, ella no tenía ningunas ganas de bucear en el pasado. De ahí solo sacaba cuentas pendientes.

—Cuántas noches habré pasado aquí… ¿Y tú, Alex?

—Unas cuantas, supongo. No las contaba.

—Ya, claro. Yo tampoco. Pero tengo una sensación vaga de que era el reducto adonde siempre venía a parar. No tengo un recuerdo concreto, sino una mezcla de muchos. Bueno, me acuerdo de algunas noches bañándonos en bolas. Una en especial con los Bonet, y Cuca y Santi, y los sevillanos, ¿te acuerdas de Manolo y… cómo se llamaba su hermana? ¿María?

—Candela.

—Eso, Candela, ¡qué guapa era esa chica! Tú estabas con los del club, también te bañaste. La única chica que se atrevió.

—Bueno sí, me habría pasado un poco con la cerveza.

Alex no recordaba para nada esa velada tan memorable para su amigo, pero ya estaba acostumbrada a tener borrados episodios que todos los demás recordaban con precisión suiza.

—Llevabas un vestido verde, corto, con agujeritos como troquelados.

Y a veces, dudaba seriamente si no eran sus interlocutores los que confundían el pasado. ¿Ella? ¿Con un vestido verde? La deriva de la conversación empezó a incomodarla. Cumplidos y conmiseraciones, cuanto menos mejor.

—Con todo lo que debes haber vivido en estos años fuera de aquí, me sorprende que recuerdes esas noches de críos.

—Supongo que fueron tiempos felices… Además, lo que vives de niño o de joven acaba convirtiéndose en lo más importante de tu vida. Para bien y para mal. Lo llevas marcado a fuego. Somos nuestros padres, somos la casa donde hemos vivido, somos los amigos y los profesores que tuvimos, somos este paisaje…

—¿Qué te has llevado de tu padre, Dani?

—¿De mi padre?

Dani reflexionó un instante. Las gaviotas rompían la uniformidad del cielo siguiendo un barco pesquero hacia el norte.

—Pienso que soy muy distinto de mi padre, pero quizá no sea así. Carlos me parece un calco de él, y yo su antítesis. Pero si preguntas a mi hermana mayor es probable que te diga algo diferente. Deja

que piense… Quizá su perseverancia, desde luego no su constitución física, pero sí algunas expresiones. Bueno, es difícil eso de buscar parecidos en alguien tan próximo…

—Estabais muy unidos…

—No, Alex, no me refería a eso. En realidad, mi padre y yo no estábamos unidos. Supongo que ese rechazo al padre cuando eres adolescente yo no supe gestionarlo nunca. Me alivió salir de aquí, de su paraguas y de este pueblo asfixiante. En este sitio no se puede dar un paso sin que resuene en la otra esquina. Y si encima tu padre planea sobre ti como un águila real, todavía es más oprimente. Fuera de aquí he podido hacer mi camino. Aquí era imposible.

—L'Escala se te quedó pequeña… y a tu padre parece que también. Sus negocios no se limitaban a los alrededores.

—Bueno, es normal. Cualquier negocio que tenga ambición de crecer ha de mirar hacia fuera. En eso mi padre fue clarividente cuando pocos aquí lo eran.

—¿Tú estabas al tanto de sus negocios?

—Ya sabes que Eli es la que se ha ocupado de la empresa y que yo no quise tener nada que ver.

—Me refiero a otros negocios.

—Te refieres a las antigüedades, ¿no?

—No lo sé, Dani. Cuéntamelo tú.

Por primera vez Dani pareció entender cuál era la verdadera razón por la que estaba ahí con ella. Fugazmente, la expresión de un niño al que se le derrumba el castillo de arena atravesó su rostro. Al instante, un engranaje interior se tensó y lo forzó a concentrarse.

—Mi padre, ya lo sabes, tenía dinero. No sé cuánto porque sus cuentas las llevaba él y muy poca gente tenía acceso a ellas. Ni siquiera Eli, ella solo se ocupa de Vidal Marina. Me imagino que invirtió para aumentar su patrimonio, sabes que tenía algunos inmuebles en el pueblo…

—Sí, eso aparece en sus declaraciones de renta.

—Y luego estaban las antigüedades. Ya heredó esa afición, diría que devoción, de su padre y su abuelo. Muchas de las piezas que

encontrarás en su casa las compraron ellos. Digamos que él siguió la tradición familiar.

—¿Y alguno de vosotros la ha seguido?

—Para nada. Eli tiene alguna cosa, pero más por afán decorativo que coleccionista…, quizá Carlos entiende un poco más. Yo desde luego no. Y mira que Bruselas no es mal lugar para un entendido.

—Tu padre viajaba mucho…, ¿sabes por qué?

—Me temo que esta conversación te va a resultar frustrante, Alex. Sé muy poco de sus idas y venidas. No me contaba nada. Supongo que yo tampoco lo escuchaba. No quise dedicarle tiempo…

La voz de Dani iba ahogándose. Estaba conmovido y Alex notó que se le humedecían los ojos, pero le pareció más una reacción mecánica que un verdadero sentimiento. «Si acaso, sensiblería», pensó.

—Encontramos en su casa una habitación junto a su dormitorio repleta de vitrinas con piezas que parecen tener valor —dudó un momento y añadió—: ¿Te acuerdas de que alguna vez jugamos ahí dentro?

La mirada de Dani se había apesadumbrado, pero aún reflejó una reacción de extrañeza.

—¿Una segunda habitación junto al dormitorio? Ahí había una puerta, sí, pero papá nos decía que daba a un armario y que no se podía abrir. Yo nunca entré. En la vida se me hubiera ocurrido jugar ahí. Por muy rebelde que fuera, ya sabes que mi padre ponía unos límites y que traspasarlos era jugarse el pellejo. En el fondo creo que le hacían gracia mis travesuras infantiles y adolescentes. Decía que yo tenía sangre en las venas, que eso era síntoma de inteligencia. Pero las reía siempre y cuando no rompiera sus reglas.

Alex se quedó aturdida. Le pasó por la cabeza la imagen fugaz de sus propias manos a la luz de una bombilla mortecina en ese cuarto. Dani siguió hablando.

—Las antigüedades… sí, podían ser para él un negocio. A veces compraba piezas que después de dar vueltas por casa un tiempo desaparecían. No me pareció extraño. Daba por hecho que mis

padres se cansaban de la decoración y la renovaban. Tampoco yo los…

El tiempo se había detenido unas cuantas frases antes para Alex. La voz de Dani le retumbaba ahora como un coro lejano que le impedía arrebatar de sus palabras la esencia de lo que le interesaba de verdad: él no conocía la existencia de ese cuarto y ella sí. O al menos eso creía.

—Dani, ¿de verdad no sabías que esa habitación existía? ¿De verdad?

—No, Alex, ¿por qué iba a mentirte? ¿Me generaría un problema conocerla? Yo creo que no.

—No, claro que no. Es… por una cuestión personal. Cuando entré en ese lugar, tuve la sensación, y fue muy instintiva, de que ya había estado ahí.

Los dos volvieron a quedarse callados. El último rayo de luz ya había desaparecido sin que ellos lo disfrutaran. Era noche cerrada y sonaba una *bossa nova*.

—¿Nos vamos?

—Sí —respondió Dani.

No fueron muy locuaces en el viaje de regreso a L'Escala. Ambos estaban enganchados a recuerdos antiguos, que eran distintos. Aun así, Dani parecía disfrutar de la delgada luna que se adivinaba entre nubecillas deshilachadas. El aire volvía a ser húmedo y la carrocería estaba mojada por el relente. Atravesaron las marismas del Empordà, que la carretera rodeaba sorteando el paisaje de agua, canales y acequias. Las luces de las casas empezaron a multiplicarse conforme se acercaban al pueblo. Alex se dirigió a la urbanización aletargada donde vivía Elisenda, el alojamiento provisional de Dani. Se detuvo delante de la verja del chalé, donde se veían varias lámparas encendidas. No apagó el motor, ni siquiera echó el freno de mano. Dani dudó unos segundos en el asiento del copiloto. Alex se preguntó si notaba sus ganas incontenibles de huir antes de que pronunciara alguna frase incómoda. Solo quería irse.

—Alex, yo…

—Nos llamamos, ¿vale?

Le dio un beso en la mejilla y se echó hacia atrás. Dani se dio por enterado y salió. De vuelta a casa en el Volkswagen de segunda mano de su madre sonaba la música de Franz Ferdinand a todo volumen. Dejó que esas notas ocuparan todo el espacio, incluido el de su interior. En ellas intentó ahogar las palabras heridas que había evitado.

A la mañana siguiente Jérôme se saltó las excavaciones. Perséfone pasaba por delante del Esculapio y de las *domus* romanas. Había establecido un cordón umbilical con esos huesos desconocidos y se conocía lo suficiente para saber que hasta que no resolviera unos cuantos interrogantes no podría fijar su atención en nada más. Pasó buena parte de la mañana encerrado en su apartamento examinando las fotografías, de pie, frente a la mesa iluminada por el sol estridente, intentando no mancharlas de café. Encima estaban las notas que había tomado la noche que cenó con Alex. Tuvo que reconocer que había sido el mejor rato desde su llegada a L'Escala.

La pluma estilográfica, el reloj de oro, los botones de nácar, el cuero de los botines… La lista de los restos de pertenencias personales estaba gritando el perfil de la víctima. Se daba cuenta de que la noche anterior no habían aplicado lógica deductiva, tal vez algo aletargada por los vapores de las cervezas y la atmósfera íntima. En cambio, ahora se imaginaba con clarividencia al joven que se había dejado algo más que la piel en ese campo. La insolencia de la juventud, la arrogancia de una educación, la desenvoltura del acomodado eran trazos que lo asaltaban en su retrato. Todavía no conseguía leer su rostro. El suyo se encendía al ritmo del sol en su momento álgido, las yemas de los dedos pringándose con las gotas de aceite que habían escapado de su desayuno y que habían caído en la mesa.

El apartamento se le antojó una caja estanca a la que no llegaban todas las pistas que flotaban ahí fuera. Tragó por disciplina los

últimos bocados de la tostada, se sacudió las migas de la camiseta, se tomó un zumo y salió con las fotografías bajo el brazo.

En la biblioteca municipal, sentado en una de las mesas corridas, pasó toda la mañana un francés que hablaba un español más que correcto, que se levantaba de vez en cuando a recoger uno de los tomos de los anales de historia local que ocupaban los anaqueles de media estantería identificada con el epígrafe «L'Escala». El silencio en la sala era considerable porque los escolares ya habían acabado sus clases. Solo apareció algún jubilado en busca de aire acondicionado y varios jóvenes a la caza de conexión a internet. A las dos de la tarde la bibliotecaria le sacó de su inmersión en L'Escala de 1900.

—Perdona, pero vamos a cerrar…

Jérôme levantó la cabeza del volumen que consultaba, y en lugar de encontrarse con una redera protegida del levante con un chal de lana oscura, se topó con una mujer con gafas de montura naranja, pelo rizado teñido de caoba y unas manos llenas de anillos de plata y piedras semipreciosas que lo acogía de nuevo en el siglo XXI. Mientras se levantaba y recogía sus cosas constató cuán cerrada continuaba siendo esa comunidad. Al salir a la plaza Víctor Català, y toparse con un par de turistas alemanes a paso ligero en mallas de deporte, entendió que eso también había quedado enterrado en el pasado. La mañana había sido provechosa y revulsiva para él. Una mano lo empujaba por la espalda y le hacía andar ligero. Su cara circunspecta había mudado y ya no chocaba con el ambiente relajado de las calles. Se sentía menos asfalto y más viento.

En la comisaría, la deducción del día anterior acerca del lugar del asesinato modificó el modo de actuación del equipo de Nuria. El escenario del crimen no era la casa de Ricard Vidal, pero podía ser algún lugar entre la misma y los alrededores de donde lo habían hallado ya muerto. Si lo habían arrastrado por el agua para dejarlo en esa duna, el único lugar verosímil por el que un ser humano

podía conseguirlo era la playa entre Sant Martí y Les Muscleres. El acceso desde el lado opuesto era inviable porque, tarde o temprano, las rocas impedían el paso.

A pesar de que había pasado demasiado tiempo, Nuria, Víctor y Alex, reforzados por Tomás, uno de los compañeros de Alex en el cuerpo local, se acercaron a la playa. Ella se preguntaba cómo se podía ser escéptica y estar esperanzada a la vez. La razón le decía que tras cuatro días era imposible encontrar algún vestigio, pero el corazón la animaba en sentido contrario por un simple acto de fe. Se dividieron para cubrir el área, aleccionados por Nuria, que los instaba a mantener virgen el cerebro, cambiando la forma de mirar el asesinato.

—Buscad todos los lugares desde donde penséis que es viable arrastrar un cuerpo, y pensad también cómo lo haríais para no ser descubiertos.

Víctor y Nuria se dirigieron hacia las ruinas de Empúries para explorar la posibilidad de que hubiera sucedido dentro del recinto, algo que solo parecía factible con fuerza humana si se disponía de una llave maestra para abrir las verjas que daban al camino de ronda. Alex y Tomás empezaron en Sant Martí su recorrido por la playa. Los iones negativos procedentes del mar eran mucho más beneficiosos a la hora de reflexionar que respirar aire enlatado y beber café recalentado. O así lo sentía Alex.

—Vamos a hacerlo despacio, como si estuviéramos arrastrando por el agua un objeto.

—Un cuerpo, vamos, para qué engañarnos.

—Sí, Tomás, un cuerpo.

—Vamos a contar cuánto tiempo se tardaría en arrastrar desde el pueblo al patriarca.

Tomás preparó el cronómetro de su reloj de pulsera y se apartó la visera de la gorra para despejar la frente y los ojos. Alex sacó de la mochila negra su libreta y se colgó la cámara fotográfica. Sus herramientas de trabajo los revestían de un aura que les daba confianza. Las comprobaciones los entretuvieron una hora larga,

porque anotaron diversas distancias y discutieron sobre la agilidad con la cual se podía arrastrar un lastre de las dimensiones de un cuerpo humano, que se desmadejaría con cada impacto de una ola de tramontana, que golpearía las piernas del asesino o asesinos como latigazos. Al mismo tiempo peinaban la playa, esquivando a algunos turistas adormecidos en sus toallas. Tomás sudaba con su uniforme y ambos se llenaban los zapatos de arena. Alex ni siquiera miraba a los veraneantes. Solo eran obstáculos que entorpecían, no seres vivos. Fijaba la vista en el suelo con el empeño de quien espera descubrir una aleta de tiburón en la lejanía y piensa que si parpadea va a perder la oportunidad. La tramontana había dejado una línea de marea bien entrada la playa, con algas desparramadas, algún plástico descolorido y madera de deriva procedente de otras orillas. Era el lugar perfecto para encontrar alguna concha abandonada por las olas con la que reforzar su colección. Distinguió alguna *Monodonta turbinata*, una especie lo bastante común como para no agacharse a recogerla. Alex apretó los labios, era muy raro descubrir piezas interesantes.

Vieron, fotografiaron y geolocalizaron tres puntos en los que esa línea se rompía con claridad. Era la indicación más aproximada de que algo o alguien se había arrastrado justo en ese lugar. No era un indicio muy sólido, y menos aun cuando en uno de esos casos comprobaron que el origen era con toda probabilidad un cochecito de bebé con la bolsa tan cargada que peinaba la arena que encontraba a su paso.

Se encontraron con sus dos compañeros en el punto donde hallaron el cadáver de Vidal. El semblante de decepción no dejaba lugar a dudas.

—Es una bonita hipótesis, verosímil, pero sin pruebas.

Víctor estaba descorazonado, la investigación estaba en un callejón sin salida. Nuria no parecía tan decidida a dar su brazo a torcer.

—Dejémoslo aquí, sabemos qué pudo pasar. Solo falta encontrar las pruebas que lo confirmen.

No había mucho más que añadir. Tomás y Alex volvieron andando

a L'Escala. Mientras, Nuria y Víctor fueron a Girona para cerrar gestiones burocráticas; después, iban a asistir al entierro de Ricard Vidal, que se celebraba a las tres de la tarde.

—Esto es como encontrar una aguja en un pajar… —comentó Tomás secándose la frente con el pañuelo.

—Bueno, Tomás, al menos sabemos que es una hipótesis realista. Y no hay otra que la rebata.

—¿Qué tal tu experiencia en el cuerpo superior?

—Me cuesta encontrar mi lugar.

—No me lo creo. Tú estás hecha para esto. ¿No será que tienes pánico escénico? El típico terror a saltar al ruedo cuando ves al toro.

—Y según tú, ¿quién es el toro aquí?

—Está muy claro, ¿no? Si sales airosa de esta, no podrás aparcar por más tiempo tu salto a la judicial. Así que ahora lo que tienes se llama simple y llanamente miedo. Vamos, que eres una miedica.

—A veces me sorprende tu extrema capacidad de análisis. De verdad, Tomás, deberías hacerte psicólogo, ¡o confesor!

—Ríete, ríete, lo que pasa es que he dado en el clavo.

Por unos instantes se quedaron en silencio. Disfrutaban del ruido amortiguado de sus pasos por la arena que invadía el camino, adormecidos por el rumor de las olas, el vacío en el estómago y el abrazo del sol, exaltados por la urgencia de resolver un delito para el que pecaban de inexpertos.

—¿Sabes, Tomás? No paro de preguntarme por qué alguien decide tomarse la molestia de trasladar a Vidal. ¿Y por qué hasta las dunas?

—Ya lo habéis dicho, ¿no? Para disimular. Está claro que el asesino es un tipo esmerado.

—¿A qué te refieres?

—Que quería hacerlo muy bien, yo en cambio…

—Eso es obvio —le cortó Alex. Tomás la ignoró.

—… yo en cambio no hubiera tenido sangre fría, hubiera salido disparado del escenario del crimen, la casa, el garaje, el coche,

donde fuera…

Un escalofrío escaló la espina dorsal de Alex. Y lo siguiente fue la invasión de un manto de vergüenza que le llegó hasta las orejas. Por un momento sintió que irradiaba un calor que la fundiría.

—¿El coche?

—Digo yo que este hombre tendría un coche… o dos, si estaba forrado.

Mientras Tomás hablaba fue corrigiendo su tono despreocupado.

—No me digas que…

—No. No se nos ha ocurrido. A nadie.

—¡No jodas! Pero ¿en qué división juegan estos polis?

—No te cebes, por favor, Tomás. Qué pifia… —Alex se tapaba la frente con la mano y se mordía el labio inferior con fuerza.

—Mira que olvidar el coche, qué patinazo…

—Vamos al entierro. Ahora mismo lo solucionamos.

Llegaron al cabo de quince minutos, apresurados y sin resuello, con el desaliño que desatan el aire libre y el calor; con las motas de arena que, no se sabe cómo, aparecen irreductibles en las uñas, en los fondos de los bolsillos, que delatan los zapatos polvorientos. El ambiente reinante frente a la iglesia les rebajó el ímpetu: la circunspección de la muerte dominaba la escena y se extendía como bruma pesada. Pugnaba por teñir de gris la luminosidad irreverente de una tarde veraniega, ofensiva para un funeral.

La plaza estaba salpicada de grupos de vecinos, familiares y amigos que iban a asistir a las exequias. También de algunos curiosos a los que se identificaba por su posición discreta, y porque escrutaban con disimulo las idas y venidas; los que acudían por derecho propio alzaban la cabeza buscando conocidos o haciéndose encontrar. Se enterraba a un prócer del pueblo y no iba a faltar una representación de lo más florido de L'Escala. Las cosas en el pueblo todavía funcionaban así, como hubiera dicho el propio Vidal. Se oían voces quedas, atenuadas todavía más por las gaviotas, ajenas al

duelo; voces ahogadas por el escape de una motocicleta impertinente. Poco a poco las conversaciones virarían hacia asuntos más prosaicos, pero mientras Alex y Tomás avanzaban entre los que esperaban, iban oyendo esas frases, los lugares comunes a los que se agarran los allegados: «Era un hombre de los que ya no quedan», «No le tocaba irse», «Ya no sufre más». Cazadas al vuelo eran tan solo el soniquete del escenario en el que se encontraban, ni afectuosas ni desconsoladas ni dolientes. Si acaso una leve compasión a cambio del alivio de no ser el ocupante de la caja de madera. Alex se juró no pronunciarlas jamás.

Del bar que daba a la calle Enric Serra salían unos hombres ya añosos, de vientres saneados y canas algo descuidadas; Alex distinguió a miembros de la cofradía de pescadores. Habían apurado el carajillo en la barra antes de entrar en la iglesia y ahora apurarían el trámite antes de olvidarlo por completo. Por la calle de abajo, asomaba una mujer voluminosa, incómoda en unos zapatos de tacón que asfixiaban unos pies demasiado pequeños. Azuzaba a un hombre que venía detrás, obeso también, balanceándose al compás que le marcaba el bastón. Ella se detuvo sorprendida cuando vio que todavía había mucha gente a las puertas de la iglesia.

Alex y Tomás saludaron discretos a varias personas, entre ellas a la madre de Alex, que charlaba con unos primos. Como era de suponer, su tío Ignasi no haría acto de presencia. Odiaba los entierros. Los dos agentes se detuvieron al amparo de las enormes jardineras que decoraban el espacio abierto, cerca de otro corrillo con algunos de los concejales del consistorio.

El coche fúnebre apareció sigiloso por la esquina de la calle lateral, abriéndose paso entre la marea humana, que se abría y cerraba a una como las ondas marinas. Le seguía un BMW todoterreno negro. La plaza quedó en silencio. Los dos operarios de la funeraria no perdieron un instante, abrieron la portezuela trasera, activaron las patas plegables de un artefacto que descansaba bajo el ataúd brillante y pulido y extrajeron la caja. Vadeaban entre coronas y ramos de flores, la mayoría rosas rojas y lirios blancos. Sus trajes

negros raídos y abrillantados por un exceso de plancha quedaron manchados por el polen de algunos estambres. Pero nadie reparó en eso, salvo Alex. La brusquedad de sus movimientos quedaba amortiguada por ese cojín natural que ya olía a flor marchita.

Las campanas empezaron a repicar a muerto, y cualquier rastro de frivolidad desapareció. El tañido grave cortó las conversaciones. Así encontraron la plaza los hermanos Vidal al bajar del coche que conducía Carlos. La luz todavía blanca acusaba las ojeras de Dani, pero esas mismas ojeras, en Elisenda, le daban un aspecto demacrado que la humanizaba y la favorecía. Carlos parecía llevar las riendas. Salió del automóvil como quien se dirige a una comida familiar y saludó a quien se cruzó, más preocupado por la convención social que por su propio dolor. El tic en las cervicales campaba a sus anchas.

A Alex lo apenaba ver a ese nuevo Dani abducido en una familia en la que parecía haber aterrizado por accidente, como si se hubiera confundido de puerta y ya no lo hubieran dejado salir.

Los hijos encabezaron la comitiva; detrás, la marea humana empezó a entrar en la iglesia. Su amplitud encajaba mucho mejor con el funeral de un convecino que con la misa dominical. Todos los bancos estaban ocupados.

Alex pasó la mitad de la ceremonia con el corazón disparado. Ensayaba fórmulas para informar a la familia de que necesitaban registrar el coche. No era nada que se saliera del procedimiento normal, pero un entierro no parecía el lugar más adecuado para plantearlo. El resto del funeral se lo perdió en uno de esos viajes en duermevela, en los que no sabía a dónde iba, aunque cuando se vio otra vez en su banco, en la penumbra, tenía la sensación áspera en la garganta de que había estado rebuscando en los cajones de sus recuerdos. Ya más despabilada dejó vagar la mirada por una geografía que no le era demasiado familiar. La parroquia era austera, recién restaurada, sin retablo ni florituras, y conservaba algunas esculturas de poca enjundia.

Los Sabell no habían pisado la iglesia más que en contadas

ocasiones, así que a Alex le continuaban entreteniendo esas figuras distorsionadas de vírgenes angustiadas y santos martirizados. Mientras el párroco repetía salmos convertidos en un runrún de fondo, ella se recordaba a sí misma, con poca convicción, que tenía un deber que cumplir.

El único momento en que sintió una punzada en el esternón fue cuando Dani subió al altar y leyó con voz entrecortada un breve panegírico de su padre. Alex tenía unas ansias enormes de que finalizara y de que la investigación pudiera avanzar un paso de gigante. A la salida, esperó a que la mayoría de los asistentes entonara sus condolencias a los tres hermanos. No podía tener una sensación más real de predadora al acecho, y se sentía incómoda. Aun así, no tardó en dirigirse a Elisenda, a la que se veía cansada y encogida, enfundada en un pantalón ancho y una camisa, toda de negro, sin adornos. Alex pensó que tal vez se había tomado un tranquilizante, tenía una extraña actitud ausente.

—Lo siento, Eli. Mucho ánimo.

—Gracias.

Ni la una ni la otra parecían preparadas para una conversación de esa índole. Se quedaron atascadas; Alex esperaba el pase de balón que le permitiera seguir la partida, pero la respuesta había acabado en un silencio de hielo.

—Eli, sé que no es el momento, pero el tiempo corre en contra. Necesitamos encontrar el coche de tu padre. ¿Sabes dónde está?

Eli suspiró resignada y volvió a trompicones a la realidad, a la plaza, a su papel de hija mayor, a sus obligaciones y a su abnegación familiar.

—¿Cuál de ellos? Tiene dos.

—Pues los dos.

—Uno está en el polígono, en la nave. No lo usaba mucho, solo para ir por el campo. Creo que lo he visto esta mañana. El otro, qué sé yo, en la plaza, algo más arriba de casa, o en el bajo de los ultramarinos, al lado, les sobra sitio y… —En ese punto del discurso se interrumpió y le soltó con acritud—: ¿Tú has venido al funeral

porque sientes la muerte de mi padre o en acto de servicio?

Alex sintió que el cuerpo se le desmoronaba. En una fracción de segundo deseó no estar ahí, no ser policía, no conocer a Elisenda, y menos a su padre. Deseó no ser. Y acto seguido buscó una réplica que recogiera toda esa ira y se la devolviera a Eli. Pero no supo.

—Ahora mismo estoy de servicio.

Se mantuvieron la mirada, cada una en su lugar. Hasta que Alex reparó en que Carlos, su hermano, que atendía a unos parientes a medio metro de distancia, no se había perdido ni una coma de la conversación.

Quería irse, pero no sin darle el pésame a Dani. Se le saltaron las lágrimas y su viejo amigo pensó que era por la tristeza del momento y la abrazó más fuerte. Ella se descorazonó aún más al comprobar que Dani se aferraba a algo antiguo que ya no existía. Su abrazo fue una correa de transmisión de emociones distintas. Tomás asistía incómodo a esa vorágine sentimental. No reconocía a la compañera a la que estaba habituado en la comisaría.

Alex tuvo que abandonar la plaza para recuperar la presencia de ánimo. Perder de vista la comitiva fúnebre fue devolver a Ricard Vidal el estatus de número de expediente, y eso era ahora lo necesario para mantener cierto equilibrio. De camino a la comisaría llamó a Nuria para contarle la nueva pista que había que indagar: los vehículos de Vidal.

El hambre los detuvo para comer algo en el Grop, un bar cerca de la playa. Alex estuvo taciturna, desoyendo a su compañero, que se quejaba de que las patatas bravas no estaban picantes. Ocupaban una mesa del rincón del fondo, alejados de las cristaleras, aislados de la clientela que alargaba la sobremesa, en el letargo del local que recobraba fuerzas para las cenas de la noche. Tomás intentó sin éxito aportar brillantez a la conversación. Y Alex fracasaba en su intento de resarcirse de la herida de la conversación con Eli. Había sido un golpe seco, sin posibilidad de réplica amable. Le recordó una frase antigua: «Tienes nombre de chico», con la que Eli la mortificaba en su infancia.

Intentó valorar los hechos desde una perspectiva profesional. No es nada personal, le inquieta la investigación, eso es todo. Le inquieta no saber quién es el asesino. Y también le inquieta saberlo. Todos los Vidal pendientes de ella, la niñata Sabell, la niña abandonada por su padre, la intrusa.

No, decididamente no se sentía capaz de pensar de forma profesional.

Jérôme la había telefoneado apremiante y le había sugerido recogerla en la comisaría a última hora de la tarde, cuando acabara, para contarle los resultados de sus pesquisas. Se notaba que saborear el momento del relato de las novedades le gratificaba. Seguro que Jérôme adoraba contemplar el semblante de su auditorio cuando en París refería a sus superiores los avances de un expediente.

Finalmente, acordaron reunirse en la puerta del Luna Park, en uno de los entrantes de la playa de Riells. Alex pensó que era un lugar bastante frecuentado para pasar desapercibidos. No tenía muchas ganas de que la vieran en compañía de Jérôme. Le daban escalofríos solo de pensar que sus jefes descubrieran que estaba llevando a cabo una investigación en paralelo. Tenía la mala costumbre de ponerse siempre en lo peor.

La brisa del atardecer alejaba la humedad y refrescaba el ambiente. Alex repasó el registro de la tarde de camino al encuentro. La primera reacción de la sargento Cortal al decirle que no habían investigado los coches fue de silencio mortificado. La sargento era de las que se maldecía cuando se le pasaba algo por alto. Lo comunicaron al fiscal y sobre las seis de la tarde el juez emitió la orden de registro para los dos vehículos propiedad de Ricard Vidal.

Empezaron por el viejo Suzuki Santana azul metalizado que languidecía en la nave de Vidal Marina. No estaba demasiado limpio, pero no era una suciedad reciente. Los guardabarros acumulaban

lodo de alguna tormenta antigua, y en el maletero astillas y virutas revelaban aprovisionamientos de leña frecuentes. Revisaron cada una de las muescas de la carrocería, pero era difícil hallar un indicio en un desconchado o en un resto de pintura ajena sin saber qué buscaban. La policía científica recogió muestras de huellas digitales y epiteliales sin muchas esperanzas, y Nuria y Víctor revisaron la documentación del automóvil a conciencia sin que nada les llamara la atención. Los trabajadores no habían visto mover el 4×4 en días. Y después pensó en el fracaso con el otro vehículo, el principal. No lo habían encontrado ni en la calle ni en el local vecino donde lo aparcaba. Preguntados sus propietarios, solo obtuvieron un impotente encogimiento de hombros. Nadie sabía dónde estaba el Rover que conducía Ricard Vidal.

Con esta frustración en la cabeza distinguió Alex a Jérôme pegado a la puerta del Luna Park, iluminado por un neón fucsia aún eclipsado por el sol. Eran casi las ocho de la tarde y el parque recreativo estaba en pleno apogeo. Parejas con sus proles, abuelos entregados y adolescentes aburridos deambulaban entre cartón piedra y armazones metálicos. Camas elásticas, castillos hinchables y casetas de tiro remedaban las ferias antiguas de pueblo y las modernizaban con luces de neón y focos potentes sobre las atracciones. Enormes altavoces emitían con violencia música estridente y los motores de los *karts* dando vueltas en la pista rodeada de neumáticos aumentaban los decibelios. Era imposible concentrarse en nada con semejante estruendo, pensaba Jérôme mientras esperaba. Vio llegar a Alex por la calle Garbí, directamente desde la comisaría. Andaba con pasos largos y rápidos, se veía a la legua que no sabía andar de otra forma. Se preguntó si esa chica tomaba el sol, porque su pelo negro resaltaba una piel pálida. Pero cualquier idea poética se acabó al verle el semblante ojeroso.

El excomisario estaba seguro de que la investigación no le estaba sentando nada bien a su cómplice. No parecía que el exceso de trabajo fuera un problema para ella, así que tenía que haber otra razón. Alex pensó que a Jérôme el trabajo duro de la excavación le

daba un aire curtido interesante. Se excusó cuando aún estaba acercándose a él.

—Perdona, no quería parecer peliculera citándote en un parque de atracciones, pero no me apetece que mis jefes nos vean juntos y piensen que estamos tramando algo con lo de Perséfone.

—Si llegan a esa conclusión tendrán todos mis respetos. No me conocen ni saben a qué me dedico, o mejor, me dedicaba. Antes pensarán que estoy cortejándote.

Alex sonrió de lado, sin mucha convicción.

—¿Cortejarme? ¿De qué libro has sacado esa palabra? Por lo menos es del siglo XIX… Además, eres un poco mayorcito para mí.

—No hace falta que me digas que podría ser tu padre.

—No, eso no te lo diré nunca. —Los ojos de Alex se endurecieron por un instante—: Entremos, creo que en las camas elásticas podrás demostrar si estás en forma.

Alex siempre había pensado que el repertorio musical de ferias y parques de atracciones era más disuasorio que atractivo. Si la pretensión era seducir a los clientes potenciales, con ella conseguían el efecto contrario. No se trataba tan solo de una cuestión de volumen. La pretendida obligación de ser feliz en que se obstinaba cada canción le producía una profunda melancolía. Pero era un buen lugar para no encontrarse a nadie conocido. Y había mentido a Jérôme: le generaba cierta excitación emular sus series policiales. En un parque de atracciones, incluso el modesto Luna Park, podía pasar de todo.

—¿Tienes novedades?

Jérôme la puso al día de sus pesquisas: le narró sus lecturas solitarias en la biblioteca y el descubrimiento de las fotografías de la época que había investigado.

—Voy al grano: o bien era un turista que se dejó caer por esta localidad, quizás atraído por unas ruinas que se le antojaban míticas, o bien era alguien del pueblo que podía permitirse una pluma de oro o unos botines de piel. Nuestro hombre era un burgués.

—Ya te digo yo que burgueses no habría muchos en L'Escala.

—Correcto. No he descartado a los turistas y viajeros, pero me fue mucho más sencillo empezar a descartar a los locales. Rebusqué en el archivo de la biblioteca y conseguí un listado de unas diez o doce familias, las mejor situadas del pueblo, las que tenían posibles, como decís vosotros. ¿Hace falta que te diga qué apellido apareció?

En un lugar como los pasillos entre las atracciones, la humedad pegajosa y cargada de sal ganaba en intensidad. Por fortuna no estaba tan atestado como en agosto y se podía pasear sin rumbo. Se habían ido deteniendo con el mismo desinterés frente a una caseta de tiro o una ristra de futbolines, y ahora estaban frente a un puesto de salchichas cuyo humo los envolvía y cuyo aroma alcanzaba unos cuantos metros a la redonda.

—¿Quieres uno?

—No, no tengo hambre. Lo que quiero es que me digas quién apareció…

—¿Te suena el apellido Vidal?

—Bueno, no me sorprende. Llevan generaciones en el pueblo, han sido propietarios de una de las fábricas de salazón más importantes y… ¿me quieres decir que estás viendo una relación entre un muerto y otro?

—No se trata de que yo la vea, sino de la posibilidad de que esa relación exista.

—Jérôme, ¿quieres decir que el descubrimiento de Perséfone puede haber desencadenado la muerte de Ricard Vidal? ¿Una venganza, quizás? ¿Quién espera cien años para vengarse?

—Desde luego suena excéntrico, pero…

—Es descabellado. ¿Quién querría vengarse? No tiene sentido que alguien quiera ajustar cuentas del asesinato de otro familiar. Haciendo un cálculo facilísimo es obvio que Ricard no puede haber tenido nada que ver, ni siquiera habría nacido.

—Tal vez guardaba un secreto que se revelaba con el primer cadáver. He visto razones de lo más peregrinas para vengarse o ajustar cuentas con el pasado… Aun así, antes de dejarnos llevar por el entusiasmo, quizá habría que averiguar si algún Vidal murió de

forma violenta a principios del siglo xx. No será difícil a través de la familia, es algo que queda escrito en los anales de una saga.

—Menuda papeleta si tengo que volver a ver a Eli. Esta vez me triturará, y yo todavía no sabré por qué. Dirá que tengo alucinaciones o algo parecido.

—Me dijiste que te llevas bien con el benjamín. Habla con él. Bueno, ¿y qué hay de tus deberes? ¿Pudiste averiguar algo sobre la parcela?

Cuando Jérôme supo a través de planos antiguos que hasta los años treinta ese terreno no había sido más que una viña y que no se había incorporado al conjunto arqueológico hasta entonces, le pidió a Alex que hiciera la gestión de averiguar quiénes fueron los antiguos propietarios, por si todavía existían descendientes que pudieran arrojar alguna luz sobre el cadáver.

—¡El registro de la propiedad! Me lo pediste. Y me olvidé…

—No te preocupes. Sé que estás hasta arriba de trabajo. Puedo hacerlo yo si me dices dónde buscar.

—Ni pensarlo. ¿Qué hora es? Son apenas las ocho. Por raro que te parezca, todavía puedo encontrar ahí a mi amiga Clara, si tengo suerte. ¿Te he dicho que trabaja en el registro de la propiedad?

—Desde luego, no cumple con el tópico del funcionario.

—Más bien diría que es una adicta al trabajo. Tampoco es que tenga muchos alicientes fuera…, vamos, como yo.

Mientras decía todo esto sacó el móvil y marcó el número de su amiga. Entretanto, se dirigió a una salida del parque para alejarse de la música.

—Clarita, bonita…, ¿te pillo todavía pegada a la silla? —Se le iluminó la cara con una expresión de alivio—. Sí, no te llamo nunca y encima ahora lo hago para pedirte un favor. Y eso que no me debes ninguno…

Alex daba vueltas en círculo mientras oía la réplica de su amiga.

—No pongas el grito en el cielo, ¿vale? Pero… ¿puedes buscar en los archivos del registro unas compras de terreno de principios del siglo xx? Ay, no me chilles…, ya imagino que no está digitalizado.

Pero seguro que lo tenéis muy bien ordenado…

Alex hacía muecas imitando a su interlocutora para que Jérôme entendiera el tono de la conversación.

—Te lo voy a poner muy fácil, son las compras que hizo el Estado para Empúries. ¿Sí? ¿Eso ya lo habéis digitalizado? Claro, claro. Te paso las coordenadas de la parcela por wasap ahora mismo… ¿Diez minutos? Solo faltaría.

Clara le devolvió la llamada a los cuatro minutos. Lo que le contó dejó a los investigadores de piedra. Había entrado en el archivo de las compras de tierras que se sucedieron durante más de dos décadas en Empúries. Con las coordenadas del lugar, lo había encontrado de inmediato: el terreno pertenecía a la familia Vidal, propietaria de una fábrica de salazón, por lo menos desde 1850 hasta 1926. Todo quedaba en casa.

—Quizás tu experiencia te permita verlo claro, porque ahora mismo a mí me parece incomprensible: alguien asesina a un Vidal y ¿lo entierra en su propio terreno?

—Supón que el asesino también es un Vidal. No deja de ser práctico.

—Es macabro.

—También —respondió Jérôme, y carraspeó. Alex lo miró de reojo.

La saga de los Vidal estaba envuelta en un estado gaseoso en el que todo parecía posible. Parecía que había abierto un armario del que salían los fantasmas, clamando venganza. Todo lo que averiguaban escapaba a los límites de lo que ella hubiera llamado normalidad. Y esa irrealidad llenaba los huecos vacíos de una historia familiar a la que estaba atada sin vínculos de sangre.

—¿No te ha pasado alguna vez que no quieres saber más?

—Sí, un millón de veces. Pero me esfuerzo en recordar por qué me metí en eso, y me ayuda a seguir adelante.

—Entonces creo que necesito hacer memoria.

—¿Por qué te hiciste policía?

—Supongo que quería la verdad, quería averiguar cosas.

—Pues aplícalo. Estás haciendo algo que nadie más hará. Tú

misma dijiste que se lo debíamos a Perséfone.

—Sí, sea quien sea.

Si es posible sonreír apesadumbrada, ese era el rictus de Alex. En el portal de entrada del parque se detuvieron.

—¿Vamos a tomar una cerveza? —propuso Jérôme. Alex titubeó.

—No, creo que no. He quedado.

Los dos sabían que no era cierto. Pero Jérôme le siguió el juego.

—Claro.

—Y no te preocupes. Llamaré a Dani para saber cuántos Vidal asesinados tienen en el árbol genealógico.

—Perfecto. Nos llamamos, entonces.

Jérôme inició la retirada hacia su estudio, y tomó el paseo de Lluís Albert que bordeaba la costa. Alex hizo amago de dirigirse en dirección contraria, no más de cincuenta metros, y se confundió entre los turistas que daban su paseo vespertino por las anchas aceras que bordeaban la playa de Riells. Al amparo de la oscuridad, alejada de las farolas, se detuvo a escuchar la cadencia del mar, buscándole una melodía familiar. Ese estribillo la mortificaba y le repetía que no aprendería nunca. Esperó unos minutos que se le hicieron eternos y regresó a su casa por la misma ruta que antes había recorrido su amigo. La noche era ya húmeda y, a su modo de ver, también agria. Se cruzó con paseantes tranquilos y con deportistas de última hora con la mirada resuelta. Estos perseguían un objetivo y los primeros intentaban deshacerse de ellos.

Decidió que no llamaría a Dani esa noche. Estaba en casa de su hermana y no quería arriesgarse a recibir un bufido gentileza de Elisenda. Uno al día era suficiente y el del funeral valía por dos. Se propuso que sería lo primero en su lista de tareas al día siguiente.

Una llamada que la sacó de la ducha impidió que Dani fuera la primera persona que le oía la voz al día siguiente. Dejó la huella del pie mojado en el suelo y agarró el teléfono, que sonaba con un tono festivo poco apropiado para las siete de la mañana. Se retiró el

cabello pegado a la oreja sin mirar quién llamaba.

—Hola.

—¡Hola, caracola!

—¡Tío! No puedo creer que madrugues tanto. ¿Ha pasado algo?

—¿Qué hora es?

Constantí Palau no se regía por las mismas reglas que el grueso de la humanidad. El paso lo marcaban sus ritmos vitales, no las convenciones sociales. Cuando era más joven no respetaba los horarios comerciales de su negocio porque llevaba una vida anárquica y festiva, y ahora que había envejecido eran sus rutinas las que lo arrastraban a territorios intempestivos. El anticuario todavía no se había acostado.

—Déjalo, no importa. ¿Qué te cuentas?

—Ese Nataraja que me trajiste, Alex. ¿Sabías que la danza cósmica de Shiva se bailaba en Chidambaram, en el sur de la India? Algunos hindús lo consideran el centro del universo.

—Pues no, tío. ¿Cómo lo iba a saber?

—Porque está hecho de un *panchaloha* muy valioso. Pero mucho.

—Si continúas usando esas palabras sin comentarios a pie de página cuelgo. ¿A qué te refieres?

—El *panchaloha* es bronce, se hace de la combinación de cinco metales: cobre, hierro, estaño, y oro y plata en menor medida. Es la base para las estatuas sagradas de los templos hindúes. Y aquí hay dos asuntos importantes.

Alex seguía el relato de su tío como una espectadora disciplinada, expectante.

—Venga, tío, sigue.

—Con mucho gusto. Cada taller de artesanos, en función del destinatario de la estatuilla, elabora o encarga su propia aleación. Me he puesto a analizarla, y te puedo asegurar que esta va cargadita de oro, más de lo habitual. Y no es que se les fuera la mano.

—¿Qué quieres decir?

—Hace unos tres o cuatro siglos se hicieron estatuillas de este tipo para proteger el oro de los templos de esa región de las manos

largas de algunos rajás. Era una forma de esconder la riqueza y guardarla para épocas de escasez. Como eran figuras sagradas, hubiera sido un sacrilegio apropiarse de ellas, así que nadie se atrevió a expropiarlas, como sí sucedía con otros bienes. Lo cierto es que muchas no se llegaron a fundir para recuperar el oro, y así quedaron. De eso se deducen dos cosas: que la escultura vale casi su peso en oro, y que tiene una antigüedad considerable.

—Si tú tuvieras esta pieza en tu poder y quisieras venderla, ¿qué precio tendría?

—Yo nunca tendría una pieza así porque sin certificado es ilegal y, tendré mis defectos, querida niña, pero nunca me he movido en el lado oscuro de los negocios. Ese lo he dejado para mis asuntos privados. No sé lo que puede valer en el mercado negro, pero no me sorprendería que alguien pidiera por lo menos unos cincuenta mil euros.

De forma automática Alex recordó la vitrina atestada de piezas oculta en la recámara de Vidal. Fácilmente podía albergar cientos de miles de euros, si el resto de los objetos tenían tasaciones similares. No era cualquier cosa la caja de Pandora que acababa de abrir su tío. Y ya que se desataban vientos, optó por desencadenar también tempestades:

—Tío, me parece que no te lo he preguntado nunca: ¿qué piensas tú de Vidal? ¿Sabías que manejaba antigüedades? Eras amigo de papá, y papá era amigo de él…, y en estos mundillos todo se sabe.

La euforia en la que había transcurrido la conversación cesó. Un silencio demasiado largo martilleaba desde el otro lado del aparato. Un suspiro lo remató. Todo el peso del pasado pareció lastrar la voz de Palau.

—Lo cierto es que no hemos hablado demasiado de tu padre. Todos preferimos olvidarlo. Cuando las cosas son ambiguas es mejor ponerlas en un cajón aparte. Mira, Alex, tu padre cometió algunos errores. No me refiero a lo de abandonaros. En los negocios también. Y esos errores se los llevó con él, que era lo mejor que podía hacer, por otro lado.

Alex oía el esfuerzo de Constantí por medir sus palabras, cómo se paralizaban en su garganta, las repasaba y las lanzaba con cierta conciencia de lo inevitable. Tal vez si no hubiera pasado la noche en blanco no estarían teniendo esa conversación. El pelo de Alex goteaba en el suelo, y tenía la garganta seca.

—Habíamos discutido sobre los negocios de Vidal. No de la salazón, o las barcas, como te imaginarás, sino de lo que yo llamaba sus trapicheos. Sabía que no se manejaba mal en el mundo de las antigüedades. Siempre fue muy opaco, y se movía en el mercado negro. No le interesó nunca el comercio legal, ni funcionaba por amor al arte. Lo suyo siempre ha sido la especulación, hacer dinero. En esa época, cuando tú eras una niña, Vidal buscaba un socio, un refuerzo, alguien inteligente que aprendiera rápido, con don de gentes. Tu padre tenía esa magia especial. Quien le conocía se enamoraba de él. Y además no tenía que hacer ningún esfuerzo, te lo aseguro, era así. Vidal tenía buen ojo para encontrar a sus colaboradores y engatusó a tu padre con la promesa de unas ventas sin impuestos para conseguir capital y así poder lanzarse a algo más ambicioso. Tu padre me quiso hacer partícipe, pero yo tenía demasiadas malas referencias de mis colegas en el sector, que huían de Vidal como de la peste. Pedro ignoró mis advertencias, tan testarudo como incauto. Estaba convencido de que podría controlar la situación. Yo le pedí que nunca más me contara acerca de todo eso, porque no quería participar de algo que me olía mal, y además me perjudicaba. Para empezar, era competencia desleal. Realmente, ahí se truncó algo entre nosotros. Y no tuve tiempo de repararlo, al cabo de poco tiempo desapareció.

Después de este monólogo solo acertó a musitar un «lo siento» tan quebrado como su voz.

Alex notó un temblor. Dentro de su cabeza se mezclaba el odio, la compasión, el enfado, y no sabía hacia quien. ¿Cómo es que no sabía nada de eso? ¿En qué conjura de todos los que la rodeaban había vivido para no tener ni la más mínima idea hasta ese día acerca de esa parte oscura? ¿Cómo no había intuido nada? Había

vivido al amparo de una mentira. Todo era mentira.

12

No era cierto. No podía ser verdad. El último día antes de la carrera, la víspera del momento crucial, y era casi imposible entrar en el agua. El mar parecía haberse puesto en su contra. Aunque Mateu hubo de reconocer que en ese caso no discriminaba a uno de los dos contrincantes. Un fuerte levante, impropio de esa época del año, levantaba las olas encrespadas y las dejaba caer con virulencia, las zarandeaba hasta convertirlas en remolinos en los que no era posible dar dos brazadas seguidas. A Mateu no se le escapaba su levedad frente a ese mar eterno.

Tampoco los pescadores habían salido a la mar, así que llenaban las tabernas, se sumaban a los ancianos del banco y llenaban el pueblo de cierto aire festivo. La mayoría aprovechaba para hacer esa reparación en el barco o en los aparejos pendiente desde semanas atrás. Y en las casas hoy era un día normal, viviendo de día y durmiendo de noche, como el resto de la humanidad.

En las ruinas el ambiente no era el mismo. El viento no impedía el trabajo, pero lo convertía en una tarea desagradable. Agitaba lonas y levantaba tierra amontonada, sepultaba los avances del día anterior y cegaba a los peones, que no veían lo que tenían delante. Azotaba las mejillas con ráfagas de arena y zarandeaba de manera peligrosa algunos armazones. Antonio, uno de los jornaleros, se había acercado a Mateu y en representación de todos los peones le había pedido que se detuvieran los trabajos ese día. Más que una petición había sido una exigencia y el arqueólogo se sintió amenazado por su agresividad. A mediodía Gavalda se rindió. Ordenó que se cubrieran con lonas las cuadrículas más delicadas, se aseguró de que ninguna de las estacas de los armazones peligrara, y dio libre el resto del día a los peones, que aliviados se fueron al pueblo, ansiosos por sumarse al sabor de ese día atípico.

Mateu, en cambio, a pesar de oír el mar rugoso y ver las crestas blancas dominando la superficie, se obstinó en bajar a la orilla con su bañador a rayas y su albornoz. Nadaba cada día, a veces un par de entrenamientos, abrumado por la responsabilidad. Angelita, receptora de la angustia de Mateu, le refería su retahíla cotidiana de oraciones a la Virgen del Carmen, patrona del mar y por tanto la protectora en esa empresa. Él prefería encomendarse a sus propios músculos.

Claudicó tras un par de intentos de lanzarse al agua y verse expulsado a trompicones, escupido en el rompiente y con el peligro de magullarse con alguna roca escondida. Cabizbajo, se batió en retirada hacia la Villa y tras un almuerzo que transcurrió entre más silencios que alegrías pasó la tarde en L'Escala. Solo quería que los pescadores le aseguraran que el viento iba a amainar a tiempo para ejercitarse antes de que empezara la carrera, o el ajuste de cuentas, a tenor de las razones que lo motivaban. Resolver cuitas profesionales en una competición deportiva le parecía ridículo e impropio. Y al mismo tiempo consideraba que era la ocasión de oro para restituir su credibilidad y ganar un respeto que ya no conseguía cuando se dirigía a las cuadrillas.

Con los últimos rayos de sol tras ese día extraño, el aspirante a campeón pudo aliviar su inquietud y sumergirse en las aguas algo más tranquilas. Como le habían advertido Joan Comellas padre y alguno de los tripulantes de la Vicenta, su barca, ese levante tan inoportuno no iba a quedarse. «Las nubes que lo empujan no tienen fuerza», le habían asegurado. Y los lobos de mar no erraban. Parecía que el viento se había aburrido de soplar.

En el agua, de vez en cuando le llegaba una ola desmembrada, una reminiscencia. Lo demás era una ondulación apacible que no se acordaba de su mañana levantisca. Mateu se reconcilió con su Mediterráneo. La cabeza dentro del agua se enfriaba, y si abría los ojos y veía mecerse las praderas de posidonia al ritmo de sus

brazadas se sentía en comunión con el mundo, volvía a girar con él. Respiraba cuando sacaba la cabeza, lo mínimo para no alejarse de la sensación placentera. Estaba lo bastante entrenado para poder hacer largas distancias y recorría el largo de la playa más allá del límite de las ruinas. Se detuvo en más de una ocasión y buscó el sol mirando hacia el oeste. Dos o tres personas le llamaron la atención en el camino paralelo a la línea de costa. Distinguía tan solo sombras en movimiento, porque la luz era ya escasa pero suficiente para apreciar que no estaban relajadas. Tanto las posturas como la urgencia delataban su furtivismo. Llevaban boinas encasquetadas y empujaban un par de carretillas, y desde donde estaba Mateu no sabía si hablaban o actuaban en silencio.

Tampoco distinguía lo que cargaban, que parecía envuelto en mantas. Sintió una punzada de angustia, ¿estarían saliendo de las ruinas? ¿Otra vez? Iban en dirección a Sant Martí, y con las prisas saltó un bulto de una de las carretillas. La lona había amortiguado el golpe de algo parecido a una piedra al caer. Por más que Mateu forzó la vista no supo qué había caído, pero fue suficiente para que arrancara a nadar hacia la orilla como si se jugara la victoria. Mientras avanzaba apreció por el rabillo del ojo cómo dos figuras agarraban con torpeza el bulto caído. La tercera las apremiaba con las manos, y giraba la cabeza a su alrededor una y otra vez, supuso Mateu que en su afán de asegurarse de que no tenían testigos. Notaba la presión de la sangre en la cabeza. No sabía si se estaba inventando una novela o si lo que creía ver encajaba con la realidad. Tampoco sabía qué sentido tenía alcanzar a esas tres personas. La única certidumbre en su cerebro era que no quería que una vez más cayera sobre sus espaldas el peso de un delito que no había cometido. ¿Qué iba a hacer? ¿Levantar las lonas para descubrir lo que escondían? A medida que su cabeza anotaba las intuiciones, la situación se complicaba. ¿Cómo se suponía que tenía que reaccionar si lo que descubría eran piezas griegas o romanas desenterradas? ¿Iba un hombre que había estado nadando hasta la extenuación a enfrentarse a tres rivales en guardia? ¿Qué autoridad tenía él para

detenerlos? No se le pasó por la cabeza un desenlace positivo, como que llevaran aperos de labranza o unos cuantos kilos de manzanas o patatas. Lo último que lo asaltó en esa avalancha de ideas desbocadas fue que no sería nada extraño que conociera a alguna de esas figuras. A partir de eso solo nadó, obstinado, con la mente en blanco, y con la certeza de que hay veces en la vida que uno ya no puede dar marcha atrás, aunque sea consciente de que se aboca a una desgracia.

Cuando llegó a la orilla los tres individuos se habían convertido en unas sombras desfiguradas que se perdían en la oscuridad. El sol había caído de golpe. Él no tenía fuerzas suficientes para alcanzarlos, sabía que los músculos no le responderían en una carrera. Solo acertó a acercarse adonde deducía que se habían detenido los fugitivos al perder su carga. La arena revelaba el revoltijo de unas ruedas que habían maniobrado, reculado y retomado la dirección. Lo distinguía a duras penas. Mateu actuaba casi a ciegas, pasaba las manos por el suelo, palpaba nervioso, se llenaba las manos de tierra. En uno de esos barridos sus dedos toparon con algo duro que no era una piedra. Estaba pulido. No necesitó la vista para identificar de inmediato el asa de una vasija. Notó las líneas de la espátula del artesano y la textura del barro. Excitado, sus barridos se hicieron más inquietos, pero solo le devolvieron arena muy fina. Se preguntó si lo que tocaba eran cenizas depositadas dentro de una vasija funeraria. Cogió un puñado y lo metió en una de las perneras del bañador. Buscó unas piedras y las apiló de forma que le sirvieran de marca para encontrar ese lugar con luz diurna. Ya no podía hacer nada más. Al detenerse, se dio cuenta de que tiritaba. Descendió de nuevo a la playa y corrió por la orilla hasta su albornoz tan rápido como le permitieron las piernas, y de allí a Villa Teresita. Cuando entró en el salón donde estaban Jaime Gavalda y su hija Angelita, su cara lo decía todo.

Aún sin quitarse el bañador, Mateu le contó a su mentor todas sus

sospechas y lo vio hundirse en un silencio taciturno. Se daba cuenta de que Gavalda se enfrentaba a una situación que iba más allá de lo embarazoso. Ese constante goteo de piezas desaparecidas era un asunto espinoso y su jefe no era de los que miran a otro lado. El robo del mosaico le había costado sonoros reproches desde Barcelona, y no podía permitirse otro asalto al yacimiento. Sus embestidas contra los que sospechaba que manejaban los hilos del expolio se habían tachado de blandas, a pesar de que se había granjeado ya enemistades. Hasta ahora no había apuntado con el dedo a jornaleros y pescadores, que sabía que intervenían haciendo el trabajo sucio, porque consideraba que los empujaba la necesidad más que la especulación. Algunos de los peones del yacimiento habían sido seleccionados por Pere, el capataz, porque ya tenían práctica en excavaciones clandestinas. Era algo sabido. Tenían el ojo entrenado y las manos hábiles para el pico y la pala. Pero se suponía que habían trocado el furtivismo por el yacimiento oficial sin resquemores. Ahora, el hecho de que Mateu hubiera pillado *in fraganti* a alguien del pueblo los empujaba a una reacción aplazada por demasiado tiempo. Y se atisbaba la catástrofe en las grietas de la tierra abiertas por los picos.

—Quítese esa ropa mojada y póngase algo encima, Mercader. Es una lástima que no haya podido identificar a esos sujetos, eso haría las cosas más fáciles.

—Tal vez dejaron algo en el camino que nos ayude… Y no solo tengo el asa de la urna. También recogí esto.

Extrajo de la pernera derecha un puñado de arena mojada que había disminuido en los pliegues del bañador. Lo depositó con delicadeza en las dos manos de Gavalda, que las alzó a la altura de los ojos para observarlo.

—Está mojada, habrá que esperar a que se seque. Luego la podemos examinar al microscopio.

Mientras Mateu se vestía, intentaba recrear lo que había visto, o intuido. Esperaba recordar algo que le hubiera pasado por alto. Pero cuanto más repetía la escena, más se le difuminaba, y más dudaba

de su verosimilitud. Confundido, ya no sabía qué había visto y qué era fruto de su imaginación o su ansia por encontrar un culpable. Tenía el cuerpo entumecido, y cuando levantó los brazos para ponerse la chaqueta, le recordaron el agotamiento que arrastraban.

Una vez sentados a la mesa, la conversación giró en torno a lo que había presenciado Mateu. A ratos, los tres comensales se sumían en un silencio contemplativo, con el desánimo de los nadadores a contracorriente. Las tortillas a la paisana que había preparado Modesta se enfriaban olvidadas en los platos de Mateu y Angelita.

—No es raro encontrarse en los campos adyacentes al yacimiento agujeros en la tierra. Eso no son las alimañas, como alguno me ha querido hacer creer alguna vez. Soy arqueólogo, me he criado en el campo y sé distinguir una madriguera de una zanja abierta a pico y pala. Pero si no hay ningún vestigio, ni sé que de ahí ha salido una pieza valiosa, poco puedo hacer. Ahora bien, los robos en el yacimiento, eso es harina de otro costal. Eso constituye un delito y, hasta ahora, la policía no me ha mostrado ningún avance consistente. Ese mosaico ya debe estar en Francia como poco.

—No pierda la esperanza de encontrarlo, padre.

—Si lo que he visto que cargaban esos individuos ha salido de Empúries, los acusaremos de robo y los atraparemos, aunque haya que registrar casa por casa.

—Mañana por la mañana nos cercioraremos de que no falta nada en las excavaciones, pero le seré sincero, Mercader: como esto no cambie, para cuando tengamos dinero para excavar de verdad todo lo que falta ya no quedará nada.

—¿Creéis que son peligrosos?

—¡No, Angelita! No tienes nada que temer —reaccionó con rapidez Mateu.

—No temo por mí, Mateu. Temo por mi padre. Temo que se enfrente a individuos como esos y pierda la calma.

—La calma ya la he perdido con este asunto, hija. Pero eso no quiere decir que cometa una barbaridad. Y a los hechos me remito. Si no fuera así, mañana en lugar de una competición a nado

lamentaríamos un duelo.

Mateu sintió una punzada vieja en el esófago. Gavalda seguía hablando:

—Esto haremos, Mercader, escúcheme bien. Mañana tan pronto amanezca iremos al punto que dice usted que tiene señalado. Estudiaremos si hay algo más que nos aporte clarividencia. Después iremos a las ruinas a cerciorarnos de que todo está en orden y de que nadie aprovechó el levante para su propio beneficio.

—Y después, la carrera… —finalizó Angelita, con un semblante sombrío muy poco habitual en ella.

—Id a dormir. Es tarde y ya hemos tenido suficientes contratiempos por hoy, que mañana promete ser un día intenso.

Mateu siguió el consejo, obediente, como si fuera la orden de un padre a un niño pequeño. Estaba seguro de que no lograría conciliar el sueño y vaticinaba una noche de vigilia, pero la cama lo atrapó al instante. Para cuando Gavalda se había fumado un cigarro y se sentaba frente al microscopio para estudiar la tierra que había traído Mateu, este ya estaba en las profundidades de un sueño espeso. La luz del quinqué de la habitación de Gavalda fue la única que siguió encendida todavía un largo tramo de la noche.

No eran todavía las seis de la mañana cuando alguien zarandeó a Mateu, que, sin inmutarse, trató zafarse de las manos que intentaban despertarlo. Le parecía que se acababa de meter en la cama.

—Mercader, por Dios, despierte.

El siseo de Gavalda y su propio sentido de la disciplina le hicieron abrir los ojos. A la luz de una vela, porque todavía no amanecía, vio a Gavalda a punto. Un olor a almidón de camisa planchada le llegó a la nariz y lo espabiló.

—No quiero que nos encontremos a algún aparcero en el camino. Pongámonos en marcha.

Salieron, como intrusos que abandonan una casa ajena, calzados

con alpargatas y tocados con boinas discretas. Frente a ellos un tímido hilo rosáceo en el horizonte anunciaba la salida inminente del sol. La atmósfera estaba fría todavía, y el paisaje tenía un aire detenido del que también participaba el mar. Solo se oía algún grillo y los chillidos de una gaviota lejana. Los sucesos de la noche anterior volvían a cobrar tamaño.

—He analizado al microscopio la tierra que trajo, hijo.

Mateu se dio cuenta de que por primera vez en semanas volvía a llamarle hijo. Gavalda andaba a paso ligero, en parte para neutralizar el frescor de la mañana y en parte por nerviosismo.

—Lo llamo tierra, pero el setenta por ciento de esa muestra son cenizas, efectivamente. Son cenizas —aseveró.

Mateu iba mirando las piedras del borde del camino, buscando su señal. Y mientras, digería la confirmación de sus sospechas.

—Eso quiere decir que el asa procede de una vasija que estaba enterrada. Eso no lo han encontrado por casualidad.

—Correcto. Han tenido que excavar un asentamiento funerario. No es un objeto que puedas encontrar arando en el campo.

Desde Sant Martí, un gallo se sumó a sus voces.

—Es aquí.

Mateu se agachó y rozó con los dedos unas piedras que formaban un triángulo bien construido. Iban con quinqués, pero en unos minutos el sol estaría ya a la vista en el horizonte. Ahí el camino formaba un recodo que lo ocultaba desde las ruinas e iniciaba un descenso moderado hacia Sant Martí. Ambos dejaron los quinqués en el suelo y con el paletín y un cepillo empezaron a trabajar como si estuvieran en el yacimiento. Tomaron más muestras de la tierra removida, y comprobaron que, en el flanco derecho del camino, la arena viraba a un gris oscuro en lugar del ocre habitual, y ofrecía otra textura. Era lo que Mateu había considerado como ceniza. Recogieron toda la que distinguieron y rastrearon con precisión unos seis metros cuadrados, la superficie que ocupaban las roderas delatoras de las maniobras de las carretillas.

—Hemos tenido suerte —exclamó Gavalda—. O eran muy lerdos o

la prisa les jugó una mala pasada.

De uno de los montones creados por una rueda en vaivén extrajo algo oxidado, un objeto delicado y singular de no más de un palmo, sin detalles, con un mango ajado, definido en cuatro trazos certeros por un artesano. Tenía algo de barro pegado en el dorso, pero se apreciaba con cierta claridad una superficie esférica de bronce. Gavalda lo depositó envuelto en un paño en el fondo del cesto que llevaba consigo. Murmuraba acerca de un espejo. Azuzado por el hallazgo, Mateu rastreó con más ahínco, pero su fortuna no fue más lejos. Una vez peinado a conciencia el tramo donde a los furtivos se les había caído el objeto, rehicieron el camino arriba y abajo, a la búsqueda de más traspiés. Alcanzaron sin éxito la puerta de entrada de Sant Martí, donde los gallos ya cantaban a coro. Alguna chimenea humeaba y las casas se desperezaban. Estaban al pie de la imponente casa de los forestales, que contrastaba en sus ornamentos con las edificaciones de piedra tradicionales y desgastadas del pueblo. Mateu levantó la mirada para reseguirla desde el pie del camino empequeñecido ante su rotundidad de fortaleza.

—Vámonos. Todavía nos quedan las ruinas por inspeccionar. Y no quiero encontrarme a nadie.

—Pero las roderas nos podrían decir a qué casa se dirigieron.

—Se nota que frecuenta más L'Escala que Sant Martí, Mercader, ¿no ve que ahí enfrente empieza el empedrado? Aquí ya no hay rastro que seguir.

Dieron media vuelta y enseguida llegaron al recinto acotado por una valla endeble. El hilo de alambre era más bien una orientación para los propios trabajadores que una medida disuasoria. Justo en la entrada, Mateu, que hasta entonces había seguido taciturno las instrucciones de su jefe, reaccionó.

—Lo peor de todo es que lo hicieron ante mis ojos, y no habrá sido la primera vez. Que se burlen de nosotros y de toda la gente de buena fe que sabemos que estas excavaciones pueden cambiar la historia es de verdad deleznable. Señor Gavalda, tenemos que

establecer una vigilancia.

—No diga tonterías, Mercader —reconvino Gavalda mientras abría el candado de la cerca—. ¿Cómo vamos a materializar eso? Ya sabe que yo también lo he meditado seriamente. Reflexione: vigilamos el yacimiento mientras estamos de excavaciones, y cuando nos vayamos, qué, ¿lo vigilaremos también, por si vienen entonces? ¿Los días de lluvia se los damos libres a los guardas porque nadie se querrá mojar? ¿Y vigilamos también de paso los campos? ¿En cuánto a la redonda? ¿Cien metros? ¿Dos kilómetros? Hijo, esto solo se frena con educación y con buenos correctivos amparados por ley.

—De momento no tenemos nada de eso.

—Pues por eso hay que luchar. El campo de batalla no es este camino, ni estas piedras, es el ayuntamiento, las escuelas, y el Congreso de los Diputados. Ahí es donde debemos batirnos usted y yo. Esa ira que lo acucia no la dirija en el sentido equivocado. Dividámonos, que nos conocemos lo bastante bien este sitio para saber dónde y qué buscar. Diríjase a la ciudad romana y yo iré a la Neápolis.

No había nuevas zanjas ni agujeros, y los trabajos a medias allí seguían impertérritos, cubiertos de lonas cargadas de arena recuerdo de la víspera aciaga. No había huellas extrañas de carretillas ni cascotes removidos, el almacén estaba en aparente normalidad. Nadie había entrado a robar en el yacimiento.

—Ya lo ve, Mercader. Hoy no era el turno de las ruinas institucionalizadas.

—Lo que sucede es que se dejan llevar por la codicia.

—Por la codicia, algunos. Y no se olvide de la ignorancia. Verá, es mucho más simple de lo que imaginamos. ¿Verdad que si usted quiere vender una joya de su abuela no va a sentir que está ultrajando la historia o a su familia? Ese es el razonamiento que se aplica en el caso que nos ocupa. Están vendiendo el patrimonio familiar, no el patrimonio de un pueblo o una patria como lo ve usted.

—Eso tiene que cambiar.

—Y así será Mercader, el mundo está cambiando. Hemos empezado a andar en la dirección apropiada con esa ley de protección que se aprobó el año pasado. —Gavalda se dirigió a la cancela y esperó mientras Mateu la cruzaba—. Ahora solo falta aplicarla y encontrar el mosaico, el brazalete y hasta el último lécito desaparecidos.

Mateu venció entonces todas sus inhibiciones.

—Señor, si me permite, creo que sé por dónde podríamos empezar a buscar.

—Me lo imagino, Mercader, y me reconforta que lo sugiera.

—Yo puedo encargarme de ello.

—Dejémoslo en manos de la justicia, ¿quiere? Iremos a ver a la policía después de la carrera.

Mateu quiso seguir hablando, pero Gavalda lo detuvo con una mano mientras lo cogía del brazo para emprender el regreso a la Villa.

La carrera había levantado cierta expectación en los dos pueblos, en L'Escala y Sant Martí. Había pocas distracciones y el deporte era una moda en auge de la que todo el mundo quería estar al día. Había corrido la voz y no faltarían espectadores.

La competición se había fijado a mediodía, cuando el sol de septiembre caldeaba lo suficiente. Félix Pi, el contendiente de los forestales, se lo había comunicado al alcalde, para irritación de Mateu. Sabía que Pi quería dar solemnidad a la carrera porque estaba muy seguro de su victoria. Entrenaba a diario casi todo el año, y era habitual en los podios de las carreras de las fiestas mayores de su pueblo, Sant Feliu de Guíxols.

Mateu, y por extensión Jaime Gavalda, estaban en desventaja, no solo física. Tenían el respeto de los paisanos de L'Escala porque el yacimiento daba trabajo durante meses a muchos hombres del pueblo, y eran considerados además unos caballeros con influencias en Barcelona bajo el manto de Puig i Cadafalch. No obstante, los escalenses estaban en deuda casi de honor con los forestales por

algo que no se podía compensar con capiteles y columnas estriadas. Con sus trabajos de contención de las dunas permitían que tierras baldías volvieran a dar fruto y recuperaran su valor. Habían devuelto a los agricultores la posibilidad de cultivar sus propias viñas y eso no se pagaba con dinero, sino con lealtad. Una lealtad que podía pasar por alto cierta impertinencia y altanería de la que hacían gala «los señoritos», como los llamaban cuando se paseaban por el pueblo.

La playa elegida para la carrera era la del espigón griego. Algunos niños y adolescentes se habían encaramado hasta arriba por sus sillares para poder presenciar el escenario completo. El mar estaba calmado como si supiera que tenía que jugar a favor. La brisa leve que soplaba era una broma en comparación con el levante del día anterior; las veletas habían girado por completo su orientación mirando hacia el sur. Sendas boyas a pocos metros de la orilla marcaban el inicio y el final de la carrera, que sería a cuatro vueltas como ya habían pactado. El alcalde daría la salida con una caracola, para desesperación de Mateu. Había sido una idea peregrina del señor Ribot, muy amante de las tradiciones antiguas, y Molist había asociado al instante su propia imagen con la de una escultura de Neptuno, con el tridente y la corona, que le había llamado la atención en una visita a Igualada.

Los vecinos de Sant Martí llegaron temprano y ocuparon buenas posiciones en la orilla. Algunas señoras con pañoletas en la cabeza, los hombres tocados con barretinas o boinas se sentaban en la arena, charlando y riendo. De L'Escala llegarían tarde los vecinos porque su misa dominical era a las once y a duras penas a mediodía el cura don Francisco les habría dado la bendición.

Los dos contendientes llegaron como caballeros a una justa, acompañados de sus séquitos. Mateu Mercader, enfundado en su albornoz y en alpargatas, como un boxeador antes de subir al *ring*, venía con Gavalda, que con el rostro serio no le dejaba ni a sol ni a sombra, y con Angelita, que a ratos se colgaba de su brazo en un gesto de ánimo. Pere Pascual, el capataz, le llevaba algo a desgana una toalla blanquísima y un porrón. Ribot, de la Junta de Museos, a

pesar de las protestas de su esposa, había salido antes de la iglesia y junto al joven abogado Dámaso García daba apoyo con su presencia al atleta incipiente, a quien Vadoret tenía cogido de la mano como si estuviera dispuesto a nadar con él. La cabeza de Mateu no estaba en la carrera. Tenía una sonrisa esculpida en la cara. Acusaba cierto cansancio por las idas y venidas de la mañana y el riesgo de la confesión frente a Gavalda. Las muestras de cariño de los que lo rodeaban le hacían sentir más objeto de un homenaje que un competidor afilando su espada. No tenía fuerzas para pedirles algo de soledad en la que concentrarse. Solo la inercia lo salvaba de detenerse desorientado. Bajo sus pies notaba algo inestable y no era agua.

A unos metros, el grupo de los ingenieros forestales lucía más disciplinado y menos festivo. Félix Pi tenía experiencia en competiciones y daba instrucciones concretas a sus compañeros. No quería que nadie se le acercara en los momentos previos a la carrera, necesitaba hacer sus ejercicios y concentrarse. El grupo jovial al que los paisanos estaban acostumbrados había mutado en una elegante guardia pretoriana en pie de guerra.

Algunos pescadores rondaban también por la playa, lanzaban miradas cruzadas hacia los dos grupos, escrutaban a los nadadores. Juzgaban entre ellos a cuál veían más capaz y fumaban y deambulaban por la arena demostrando que si estaban allí era porque no tenían nada mejor que hacer. En uno de los corrillos estaba el Cubano junto a dos o tres de los habituales en su taberna. Saludaron a Mateu con una inclinación de cabeza más larga de la cuenta, su forma de darle a entender de parte de quién estaban.

A lomos de una mula llegó minutos antes de las doce un mozo del pueblo, Pauet, para avisar de que el párroco había acabado la misa un poco antes, que medio pueblo estaba en camino hacia la playa, y que el alcalde venía en tartana, así que estaba al caer. Con la vista despejada que desde playa permitía alcanzar todo el Portitxol, era fácil distinguir ya alguna caballería acercándose por el camino de la costa.

Había llegado la hora. Mateu empezaba a darle corporeidad al momento. Podía masticarlo. Su oponente hacía unos ejercicios gimnásticos que concentraban las miradas del público femenino, y que los mozos más jóvenes imitaban entre risas. A Mateu le faltaba el aire. La sangre le golpeaba las sienes, la notaba en las yemas de los dedos. Le quemaban los pies descalzos en la arena y no era capaz de ponerse de nuevo las alpargatas o mojárselos en el agua. Sucumbía a los nervios.

—¡Dejadme! Necesito estar solo.

Ante el asombro de quienes lo envolvían en lisonjas, tomó el porrón de las manos de Pere, se echó un trago largo de vino y se alejó hacia la orilla del agua. Los Gavalda, padre e hija, hicieron el mismo gesto con los Vador, padre e hijo: retenerlos cuando quisieron ir detrás de Mateu.

—Es mejor que lo dejemos tranquilo.

Solo Angelita y Vadoret, a quien esta tenía sujeto por los hombros, se quedaron mirando cómo Mateu andaba con torpeza por la arena y trastabillaba de vez en cuando.

El vaivén de las olas le sosegó enseguida. Normalizó su respiración desbocada y por fin empezó a concentrarse en la carrera. Visualizó sus brazadas, se recordó a sí mismo la obligación de mantener el juego de pies en la superficie del agua. Sus brazos tenían que ser aspas de molino bombeadas por un corazón acompasado y unos pulmones oxigenados. Así nadie podría vencerle. Los duros trabajos en las excavaciones durante todos esos meses le habían forjado buenos músculos y dado resistencia física. Tenía una razón importante para motivarse. Todo estaba en orden.

—Mateu…

—Joan…

—He venido a animarte. Que seguro que vas a ganar. Dale una paliza a ese tragasantos.

—Gracias. Lo haré. Ahora necesito estar solo.

—Lo sé. Ya vas tarde preparándote. Suerte.

Y Joan, su amigo, se alejó a paso tranquilo.

—¿Y Raimon? ¿Ha venido?

—Ya sabes.

Joan se volvió sin pararse, se encogió de hombros y continuó su camino.

La playa se había convertido ya en una fiesta, llena de paisanos bulliciosos con hambre de distracción. Al alcalde y a sus acompañantes se les había reservado la mejor ubicación, en la orilla, justo enfrente de la salida. Unas sillas de tijera les iban a permitir tomar asiento sin necesidad de mancharse la ropa, y unas estacas con cuerdas delimitaban esa tribuna solo para privilegiados. Molist intercambiaba en un corrillo de hombres ilustres esas frases ya elaboradas que permiten desplazar la atención hacia lo que sucede alrededor. Entre ellos estaba alguno de los habituales en su mesa del Café Bofill como el boticario y también alguno de los empresarios más eminentes. Salvi Vidal le daba la réplica con vehemencia, como si dictara un dogma de fe. Todos callaban y escuchaban con atención.

Mateu Mercader y Félix Pi fueron llamados por el secretario del consistorio, que con toda la solemnidad repasó junto a ellos las normas de la carrera. Mateu apenas lo escuchó, estaba concentrado en el mar, con la vista fija en el recorrido que empezaría en apenas un par de minutos. Los dos rivales se estrecharon las manos antes de lanzarse al agua.

Molist levantó una gran caracola sobre su cabeza. Miró a los dos contrincantes, inclinó la cabeza a modo de saludo e hizo una respiración estentórea para convertir un soplido en algo trascendente. El sonido opaco y bovino de la caracola fue seguido de una carrera breve y rápida hacia el agua. Félix se zambulló con contundencia cuando el agua le llegaba solo a los tobillos, Mateu se adentró hasta que le alcanzó la cintura y entonces se sumergió por

completo sin aspavientos. Ya no pudo oír los gritos que los jaleaban.

El mundo terrenal desapareció y a partir de ese instante la levedad gravitacional lo transportó a un reino en el que estaba solo, sin apoyos ni penalidades, sin ruidos inútiles ni luces deslumbrantes. No había más que una brazada que llamaba a la otra, un engranaje sin pensamiento, músculos tensados, pulmones hinchados. Mateu avanzaba para sí mismo sin pensar más allá de su propia respiración, que acompasaba cada célula de su cuerpo.

Desde fuera se distinguía a un atleta preparado y competitivo, Félix, que nadaba con potencia desde la primera brazada. Sus extremidades huesudas rompían el agua en mil gotas salpicadas hacia la nada. Detrás de él se apreciaba a un nadador fluido, Mateu. No dejaba que sus brazos se alejaran demasiado del agua, que se abría y cerraba a su paso con una ondulación. En la playa los apostantes hacían cálculos mentales para anotar sus beneficios y los curiosos, la mayoría, estaban más pendientes de lo que sucedía en tierra que en el agua.

La primera vuelta dejó claro que los que no habían apostado por Félix no iban a llevarse nada al bolsillo. Su madurez en competiciones locales se llevaba por delante todas las horas de entreno bienintencionadas de Mateu. Como si este lo supiera, su mente había bloqueado los malos augurios y nadaba en un mar de bienestar. La presión que antes tanto le había pesado se había trocado en moléculas de agua que recorrían veloces su cuerpo. Por fortuna no oyó cómo sus seguidores al desilusionarse interrumpían sus gritos de ánimo, que se desvanecieron en el aire. Menos todavía vio cómo bajaban los hombros al tiempo que decaía su entusiasmo, cómo ocultaban la mirada en la arena para no ver la derrota.

En la segunda vuelta, al girar la boya que marcaba el inicio del siguiente largo, Félix estaba ya seguro de su victoria. Todavía faltaban dos vueltas más, pero Mateu no parecía que fuera a despegarse de ese ritmo constante y fluido que carecía del ahínco para alcanzar a su rival. El forestal se pudo permitir disminuir su velocidad de crucero para recuperar algo de fuelle sin reducir por

ello la distancia con el adversario. Parecía que prefería reservar el último aliento para una entrada estelar en la línea de meta. Estabilizó la ventaja y sus acólitos se relajaron porque la carrera estaba ganada. Gavalda, sin mostrar emoción alguna en el rostro, asumía su derrota, pensando que quizá había expuesto a Mateu a un brete innecesario que ahora además les iba a afectar en la excavación.

Su discípulo llegaba en ese momento a la boya que unos cuantos segundos antes había doblado Félix. Levantó más la cabeza por primera vez, para tomar conciencia de dónde estaba e iniciar el regreso. Al alzar la mirada distinguió un cormorán lanzándose en plomada hacia el agua para pescar una presa y le pareció una buena señal. No tenía más que continuar nadando en ese vacío que se había construido. Otra boya, tercera vuelta conseguida. Una vez más no apreció los gritos ensordecedores que habían empezado con la voz potente de Salvi Vidal. A él se sumaron atónitos muchos de los espectadores. Algunas risas dejaban claro que no eran los cánticos finales de victoria. Los compañeros de Félix se acercaron tanto como pudieron al agua, intentando llamar la atención del atleta.

—… pero ¿qué hace ese botarate? —No cesaba de repetir Vidal mientras señalaba la estela que dejaba Félix. Sus colegas se llevaban las manos a la cabeza. Gavalda, que era uno de los que había bajado la cabeza, la levantó al recibir un codazo de Pere, el capataz, que no podía creer lo que estaba viendo. Mientras Mateu seguía con su carrera acompasada avanzando hacia la línea de meta, Félix se dirigía mar adentro, en una dirección casi perpendicular al supuesto carril imaginario que formaban las dos boyas. Era probable que al hacer el último giro se hubiera desorientado. Había acelerado su carrera, convencido de que llegaba al final, y era imposible que, entre los golpes con los que sacudía el agua y la distancia, pudiera oír las advertencias desconcertadas de sus amigos. Tampoco Mateu era consciente de lo que sucedía, la única certeza que tenía era su propia brazada, sus pies paleando, su respiración concentrada.

De repente los gritos de ánimo para Mateu se reactivaron, con

Angelita y Modesta a la cabeza, alteradas y cogidas de las manos. Una vez Mateu superó el vértice del desvío de Félix, la balanza cayó de su lado; era muy difícil que este último, aun rectificando, pudiera alcanzarlo. Al cabo de unos segundos, Mateu bordeó la última boya, a la que se agarró sin aliento, con el pecho oprimido al volver al mundo terreno en el que iba a conocer el desenlace.

Ahora sí vio a Pere, a sus compañeros del yacimiento, a Vador y Vadoret saltando de alegría, a Angelita y Modesta abrazadas. Eso quería decir algo. Dio un par de brazadas hasta hacer pie y desde allí alcanzar la orilla. Joan Comellas y un par más entraron en el agua vitoreándole y lo cargaron a hombros. Se giró hacia el agua buscando a Félix, que ya había reaccionado y contemplaba la escena flotando en la lejanía, sin ganas de regresar. No dedicó más tiempo a su contrincante. Desde esa altura privilegiada distinguió las caras de alegría y decepción que delataban el resultado en las apuestas o simplemente a quién apoyaban los espectadores. En segundo plano estaban algunos de los pescadores, imperturbables salvo por las sonrisas cinceladas en sus rostros. En la orilla, comedidos pero con el aplomo de la victoria en su pose, estaban el abogado García y el señor Ribot, flanqueando al alcalde. Algo más atrás Gavalda, menos impermeable a la emoción que en otras ocasiones, se abrió paso entre los demás para ser el primero en darle un gran abrazo cuando por fin lo bajaron.

—Excelente carrera, Mercader.

Mateu sabía que no era cierto. Había ganado porque su rival había perdido, no porque hubiera sido el mejor. Y lo llevaba escrito en el semblante. Gavalda se vio obligado a añadir algo antes de que los demás reclamaran su derecho a felicitar al campeón.

—Gana el que es capaz de acabar la carrera, con independencia de su destreza.

—Él era superior.

—En velocidad, pero no en orientación. Usted es el vencedor, Mercader.

Allí acabó la discusión. Lo sumergieron en un baño dulce que

contrastaba con la sal que se le resecaba en los labios. Un baño de elogios, parabienes y agasajos. El que más apreció Mateu, el que llevaría el resto de su vida en el alma, fue el abrazo breve de Angelita, y un beso en la mejilla cuyo ardor no le desapareció ya en el resto del día.

El alcalde les ahorró uno de sus habituales parlamentos y se limitó a felicitarle con efusividad. No había premio porque más que una carrera oficial era una justa entre caballeros. Para ese entonces Félix ya había salido del agua y Mateu fue a estrecharle la mano con deportividad. Ahí acabó su contacto y su conversación. Mientras veía cómo se alejaba hacia la casa de los forestales en Sant Martí, vio a Raimon Comellas, por primera vez durante ese día, mirándolo desde un montículo. Hizo un ademán de saludo, pero el joven no le respondió, pese a que era obvio que lo estaba viendo. Era curioso. Se sentía henchido de alegría como pocas veces en su vida, justo en el mismo momento en que constataba que se había ganado no uno, sino dos enemigos.

No oyó a Salvi Vidal discutir con el alcalde, con su voz formidable que se imponía sobre los murmullos y charlas que ya habían vuelto a la placidez del domingo.

—No hay derecho, le digo. ¡Si el señor ingeniero llevaba la ventaja desde el primer minuto! ¡Al menos habría que decretar un empate! Tanta carrera, tanta carrera, y resulta que no sabe seguir una línea recta.

Mateu se alejaba, envuelto en el albornoz, rodeado por un grupo bullicioso precedido por Modesta, que avanzaba casi corriendo para dar los últimos retoques a la comida con la que iban a celebrar el acontecimiento en Villa Teresita.

13

Alex estaba sentada en la terraza de la antigua Villa Teresita a las nueve de la mañana. Llevaba ya un par de cafés, el sol había empezado a calentar, aunque todavía se podía estar bajo sus rayos. Los clientes del hotel circulaban por el bufé, recolectaban su desayuno en una coreografía perezosa. Alex tenía buenos amigos en el hotel que le servían sin problemas antes de que las instalaciones abrieran para los no hospedados. Y tenían la virtud de no ser tan inquisitivos como su amigo Diego del Medusa. No se sentía capaz de enfrentarse a las preguntas de nadie sobre su estado, sobre las ojeras que la delataban. Retrasaba su llegada a la comisaría. Podía ganar todavía una media hora hasta que empezaran a extrañarse por su ausencia. Las sillas de hierro pintadas de arabescos estaban húmedas y brillaban con la luz matutina. El mar estaba plateado, y Alex entrecerraba los ojos para poder mirarlo. Hubiera deseado tener a su padre delante, sentado en una de esas sillas. Le hubiera lanzado una ristra de porqués. Cualquier respuesta, por dura que fuera, le iba a doler menos que el vacío que ahora sentía, que la envolvía hasta la asfixia. La llamada de su tío Constantí, dos horas antes, había sacado sus fantasmas de los cuarteles de invierno y se paseaban ante ella con desfachatez. La actuación estelar era para el fantasma de su padre. Pero se le aparecía otro, inquietante, que no acababa de cobrar forma y que la cogía por la garganta. Hoy la magnitud de la tragedia había aumentado hasta convertirse en un seísmo. No se sentía preparada para pedir ayuda a su madre. Siempre era lo mismo: el dolor te quita los argumentos y las razones. El dolor no te deja pensar. Y no había ni rastro de una salida de emergencia mental.

Con andares apesadumbrados se dirigió hacia el aparcamiento del hotel. Condujo hasta la comisaría, ella con su fantasma. Todavía

sentada en la moto, sin saber cómo había llegado a la puerta de la comisaría, sacó el teléfono para llamar a Dani, por inercia, porque sabía que tenía que hacerlo, y le resultaba más fácil que tener que decidir si entraba o no en el edificio.

—¿Dani? Soy…

—Te conozco, Sabelleta.

Transcurrieron unos segundos en silencio. Desde el aparato de Dani Vidal se oyó una moto estridente. Estaba en la calle. No estaba en casa de Eli.

—Está siendo todo un poco difícil, ¿verdad?

—Sí. No te preocupes. Adelante.

—Me cuesta. No sé cómo manejar esto.

—Lo sé, yo tampoco.

—Verás. Esto te parecerá pintoresco, pero tengo que preguntarte, ¿tu padre es el primer asesinado en la familia?

A pesar de lo dramático de la situación, Dani no pudo evitar soltar una carcajada.

—¿Perdona? No pierdes la capacidad de sorprenderme.

—Lo sé, y no es que me sienta orgullosa. Pero necesito saber este dato, es por… por la investigación, claro.

—Claro, claro, ya me imagino. Pues no, ahora mismo no me consta que nadie de la familia haya muerto en circunstancias extrañas. Durante la Guerra Civil murió algún primo de mi madre. Y antes, algún bebé al poco de nacer, un hermano de mi padre, creo. Pero por lo general somos una familia bastante longeva.

—¿Ni desapareció nadie sin dejar rastro?

—Pues no. Todo el que se ha ido se ha despedido. Oye, ¿me puedes decir en qué estáis?

—Bueno, no. Es confidencial. Pero tu información es muy útil. Gracias.

—Alex, sabes que ahora que hemos enterrado a mi padre no voy a tardar en volver a Bruselas, ¿verdad? Ya me queda poco que hacer aquí.

—Sí. Me lo imagino.

—Me gustaría volver a verte antes de irme. No sé, podríamos salir a cenar a aquel restaurante de Ullastret: Platea.

—Lo cerraron.

—Vaya, tengo que ponerme al día. Quizás podrías elegir tú el restaurante.

—Hablamos en otro momento. Ahora tengo que dejarte, me reclaman.

Colgó. Ya había tenido suficientes llamadas embarazosas por un día. Y no eran ni las diez de la mañana. Entró casi sin levantar los pies, con un peso terrible sobre los hombros.

—Sabell, buenos días, o casi buenas tardes. Estaba preocupada, iba a llamarte.

—Perdonad. He tenido un percance doméstico.

Alex se sorprendió a sí misma llamando percance a su mentira. Y esa constatación le sirvió de consuelo. Ella también mentía.

Nuria Cortal estaba de un humor excelente, más de lo habitual. Su mesa estaba algo más ordenada que de costumbre y estaba sentada encima en plena discusión con Víctor sobre la compra de un coche. Su colega Víctor levantó la vista del ordenador cuando la vio.

—Te contaré mi hipótesis, Sabell. La siguiente.

No esperó la respuesta de Alex, que se dejó caer en la silla y encendió el ordenador sin dejar de mirarlo y sin una sonrisa. Nuria agarró uno de sus rotuladores rojos y tableteó con él en la mesa. Sus manos manchadas delataban que había estado dándoles muchas vueltas, a los rotuladores y a sus conjeturas. Un mechón le caía rebelde delante del ojo izquierdo haciendo añicos la solemnidad de sus palabras.

—Las relaciones de Ricard Vidal con su familia, o al menos con algunos de sus miembros, han sido lo bastante tumultuosas como para que tuvieran motivos para asesinarle. Motivos económicos, venganzas personales, e incluso despecho por el maltrato propio de un déspota como era nuestro estimado muerto. Dicho esto, sin ir

más lejos, de la familia nuclear descartaría a Elisenda. Lleva la empresa, por tanto, no veo móvil económico; no pierde ni gana con la muerte de su padre. Y es disciplinada y obediente como para cometer una deslealtad semejante. Ha sido coherente en todas nuestras conversaciones y, aunque es fría, no cuadra con un perfil patológico de psicópata. También descarto a Dani. Vive demasiado lejos de su familia en todos los sentidos. Y en su historial tampoco distingo hechos cometidos por su padre que clamen venganza. Pero no diría lo mismo de Carlos, de quien ya hemos constatado varios equívocos. Para mí ahora mismo es el sospechoso número uno. Sin embargo, no voy a descartar a Narcís Soler. Está haciendo un sobreesfuerzo para aparentar un temple y una amabilidad que no tiene cada vez que nos vemos, como si ser arisco nos fuera a causar mala impresión. Está pendiente de cómo avanza la investigación de una forma exagerada, llama, pregunta, se pasa por aquí… No deja de ser un mal trago ser el yerno de un hombre así, y ya admitió que tenían desencuentros con frecuencia.

—Espera, no sigas.

Alex se levantó y abrió un archivador arrinconado en una esquina, en el que almacenaban buena parte del material de la investigación. Extrajo la agenda de Ricard Vidal que les había entregado su secretaria y empezó a pasar páginas. Había recuperado el pulso.

—Mirad esto.

Nuria y Víctor se levantaron y juntaron sus cabezas con la de Alex para observar la letra prieta y nerviosa con la que Andrea, la secretaria eficiente, había recogido cada una de las citas y actividades de su jefe durante años. Lo que Alex les señalaba con el dedo eran indicaciones escritas durante los últimos meses bajo pósits que a su vez contenían citas en el mismo día y a la misma hora. Las de abajo eran viajes breves —Andrea apuntaba la fecha de salida y la de regreso— del señor Vidal y el señor Soler. Siempre sustituidos por alguna otra actividad.

—¿Qué es todo este jaleo de los pósits? No acabo de entender…

—A mí me costó también. No hay un solo tachón en la agenda. Y

las enmiendas con típex son por errores en un nombre, una dirección. ¿Ves aquí? Cuando superpone uno de estos papelitos amarillos a una anotación es un cambio de planes. Queda constancia así de lo que hizo… y de lo que no.

—Es la pulcritud llevada al extremo. Casi da miedo —exclamó Víctor.

—Pero nos da una pista: la frustración repetida de esos viajes relámpago de suegro y yerno. Cuatro conté en total.

—Veo que son viajes a las ciudades recurrentes de Vidal: Ginebra, Londres…, sus negocios habituales. Los otros —dijo Víctor.

—Suena como si cada vez que lo invitaba a asistir a una de esas operaciones, alguien la aplazara. Uno de los dos. Y puestos a escoger, no veo a Narcís manejando la agenda de Vidal con esa soltura. Alex, vamos a ir a verle. Quiero aclarar esto cuanto antes.

—¿No es mejor hacerle venir y tomarle declaración como testigo? —preguntó Víctor con una taza de café en la mano que Alex no sabía cómo había aparecido.

—Sacaremos más información en una charla, Víctor, estoy convencida —zanjó Nuria.

El coche con Alex y Nuria arrancó una vez más hacia Vidal Marina. Las dos en silencio. Alex se interrogaba con inquietud sobre la posibilidad de que esa venganza que sobrevolaba la muerte de Ricard Vidal también tuviera un vínculo con el cadáver que estaba investigando con Jérôme. La intranquilizaba la complicación del caso que eso supondría, que tendría aceptar que había estado investigando a espaldas de sus jefes y, por último, la desasosegaba convivir en tal vecindad con bajezas humanas de ese calibre. Los últimos días solo le estaban trayendo un estado permanente de congoja en el que se asociaban mentira, venganza, odio, estafa y, sobre todo, dolor. Y no se sentía preparada para aceptar todo eso en un lugar tan pequeño como su pueblo. Eso solo pasaba en las películas.

Cuando llegaron, la sargento Cortal se ajustó el cinturón y la camisa y entró suspirando por el pabellón adyacente a la gran nave. Un mensajero y un cliente esperaban en recepción, y ella no tenía ningunas ganas de esperar su turno, quería quitarse de encima cuanto antes la charla con el yerno de Vidal. Su afición al trabajo de campo estaba decayendo con tantas idas y venidas a un lugar tan anodino.

—Buenos días, ya sabes quiénes somos, ¿verdad? Venimos a ver a Andrea. No hace falta que nos acompañes, sabemos el camino.

Nuria avanzó por el pasillo sin detenerse, seguida por Alex. La recepcionista, contrariada por la interrupción de su coqueteo con el mensajero, se limitó a asentir y coger el teléfono para avisar a su compañera.

Encontraron a Andrea en su despacho frente al pasillo, como si lo vigilara todo desde un puesto de mando, desembalando un paquete de unos treinta centímetros de alto envuelto en papel de burbujas. Dentro apareció la cabeza de una escultura en bronce: tres copas de flores abiertas en dos dimensiones mirando al cielo.

—Buenos días, Andrea, veo que el arte también entra en sus cometidos.

—No exactamente. Esto es decoración. Es una escultura del despacho del señor Soler, la acabamos de recibir ya reparada.

—Restaurada —completó automáticamente Alex.

—No, no. Esta escultura ha sido reparada —puntualizó Andrea. Alex empezaba a entender esa agenda impecable hasta la obsesión —. Ha vuelto al taller del artista, que vive en Torroella de Montgrí, por cierto. —Como viera a Nuria y Alex expectantes, continuó sus aclaraciones—: Se rompió hace cosa de un mes largo, el señor Vidal estaba en el despacho del señor Soler y de repente hubo un gran estrépito: era la pieza.

La mandíbula de Nuria se tensó, Alex afinó su atención.

—¿Un accidente?

—Sí, por supuesto. La discusión fue más intensa que de costumbre y la escultura pagó el pato. Por suerte ya la tenemos de vuelta.

Andrea había dado todas esas claves con naturalidad. Nuria la miró fijamente. Esa eficacia tan perfecta empezaba a exasperarla en lo personal y a levantar suspicacias en lo profesional. Quizás Andrea sabía cómo y cuándo soltar los comentarios oportunos. Decidió que ya no se iba a fiar de ella a ciegas como hasta entonces.

—Pues es una casualidad, porque queríamos hablar con el señor Soler.

—Ahora mismo lo aviso.

Narcís Soler no puso reparos en recibirlas al instante, solícito como el primer día. «Casi jabonoso», pensó Alex.

—Bueno, bueno, aquí están de nuevo —dijo levantándose para ponerse la americana que colgaba de su silla de ejecutivo.

—No se preocupe, no somos de mucho protocolo.

—Es un hábito adquirido, tantas visitas, ya saben. Mi madre, que era una señora, siempre insistía en que la primera impresión es la que cuenta. Pero, ahora sí, entonces, ya me la puedo quitar. —Y de forma incomprensible volvió a quitarse la pieza de lino color gris antracita.

Nuria y Alex lo miraban impasibles.

—Señor Narcís, querríamos hacerle algunas preguntas más. Queremos estar seguras de que no pasamos por alto ningún aspecto o detalle que pudiera ser de relevancia para la investigación.

—¿Tienen novedades? ¿Alguna pista sobre quién puede haber sido?

El yerno del fallecido seguía con su ansiedad por conocer los avances de la policía. Más allá de eso, la conversación no reveló nada nuevo. Para las agentes la pista clave fue esa escultura descabezada en una discusión, y que Narcís admitió haber roto.

—¿Así que no fue el señor Vidal?

—No, no tengo nada que ocultar. Fui yo. Perdí los estribos.

Esas eran las frases que Nuria y Alex repetían en el coche, ya de vuelta a la comisaría.

—¿Crees que alguien que detecta que está siendo considerado posible sospechoso admitiría algo así con tanta franqueza? —le preguntó Alex a Nuria.

—Resulta algo desconcertante, más aún cuando podría haber atribuido ese ataque de ira a su suegro, que no está aquí para corroborarlo. Nadie más estaba presente. Pero tal vez es también la estrategia del «yo soy sincero». La he visto alguna vez.

—¿Cuántos años llevas en la profesión, Nuria?

—Veintitrés años recién cumplidos. No he perdido la cuenta.

—¿Y no has tenido ganas de dejarlo?

—¿Estás en la crisis del primer caso? Alex, no hace falta hacerse policía para descubrir las miserias humanas. La diferencia es que en esta profesión tienes que rebuscar en la basura, y en las demás, en cuanto hueles la porquería te das la vuelta y te vas. Cuando me ensucio demasiado las manos, y te aseguro que a veces también me sucede, pienso por qué hago esto. Pero después disfruto de una buena copa de vino tinto y al día siguiente empiezo con las manos limpias de nuevo.

A Alex este comentario le sonó familiar.

Cuando se separaron, Nuria se quedó en la comisaría y Alex arguyó una excusa cualquiera para dirigirse a la parroquia. Llevaba el listado que Jérôme le había hecho llegar por correo electrónico con unos cuantos nombres para averiguar qué había sido de ellos. Podían no estar todos, pero el antiguo policía se había dejado llevar por su nariz para elaborar una relación de víctimas probables: estaban los grandes empresarios de la industria de la salazón, los miembros de la Junta de Museos de la época, y algún nombre más que Jérôme había pillado por intuición o por oficio: ediles bien situados, algún profesional liberal. No era una lista precisamente corta de Perséfones.

Se recogió el pelo, negro y reluciente, y se preparó para su próximo cometido: convencer al párroco de que le dejara consultar

el registro de los finados que yacían en el cementerio marino, el camposanto que albergaba a los fallecidos a principios del siglo xx. El lugar estaba clausurado, pero era posible andar entre las lápidas y los nichos dispuestos en pasillos al uso, olvidados de todos salvo de las malas hierbas; cuerpos y almas encajonados entre muros encalados que los aislaban de chalés y apartamentos de veraneo. Un contraste excéntrico que Alex contemplaba cada día de camino a la comisaría.

Alex encontró al párroco discutiendo de desconchados con un constructor del pueblo a quien conocía de vista. Dentro de la iglesia las humedades parecían cebarse con los santos y amenazaban en muchas de las capillas laterales, para desespero del sacerdote.

—¿Qué se le ofrece?

—Buenos días, padre, quería hacerle una consulta.

El párroco no parecía muy inclinado a dejar su discusión. Con un ademán de cabeza la invitó a que siguiera. Seguía encarado hacia el constructor, indicando que la interrupción iba a ser breve.

—¿Tiene usted el acta de defunciones, o la lista de personas enterradas en el cementerio marino en la primera década de 1900?

—¿Esto tiene algo que ver con Ricard Vidal? Es lo que están investigando ustedes, ¿no?

—Pues un poco sí que tiene.

Alex notó el rubor en la raíz del pelo. Asumió que su sonrojo no iba a pasar desapercibido. Un miedo ancestral a ser pillada en falta en un templo sagrado invadió a Alex, la atea. El cura abandonó con una disculpa a su interlocutor, que le agradeció a Alex la tregua con la mirada. Sin mediar palabra el párroco se dirigió a la sacristía y de allí a una oficina adyacente, que más bien era una alcoba llena de archivos. Los legajos atestaban cada uno de los cajones y el olor a moho que inundaba la iglesia se multiplicaba en el cuartucho sin ventilación.

—Digitalizado no estará, ¿verdad?

—¿Cree usted que si pudiera digitalizar esto me estaría peleando con Durantes para que me rebaje doscientos euros de la factura de

la pintura?

—Déjelo correr, padre.

Alex se dio cuenta de que si consultaba los fallecimientos año por año esa lista que le quemaba en la mochila tardaría horas en decir algo. Era una pérdida de tiempo. Cambió de parecer y consultando el reloj, pendiente de no retrasar su regreso al trabajo, se dirigió al ayuntamiento, justo enfrente.

En el ayuntamiento Alex no necesitaba formalismos. Ella y sus compañeros entraban y salían para hacer gestiones y todos los funcionarios los conocían. Subió a la segunda planta donde estaban los mostradores de registros y tuvo la paciencia de esperar para que la atendiera uno de sus buenos amigos en el consistorio, José Ramón, al que todos llamaban Pipo. Ocupaba toda la silla en la que estaba sentado y algunas de sus lorzas se desbordaban por los laterales. Le envolvía un intenso olor a la colonia que Alex sabía que ocultaba en uno de los cajones de su mesa.

—No esperaba encontrarte aquí, Pipo.

—Muy graciosa, Sabell. ¿Paseando tu buen humor por la ciudad?

—Te necesito.

—Y yo a ti. Pero no te das por aludida.

—En serio. Necesito las fechas de fallecimiento de unas cuantas personas.

—¿Multas de aparcamiento?

—Ahora el gracioso eres tú. Son del siglo pasado.

—¿De qué parte del siglo? —le respondió Pipo, mientras se movía con soltura por el sistema informático del ayuntamiento.

—Principios.

Pipo se detuvo y la miró por encima de las gafas de pasta negra que le disimulaban las bolsas bajo los ojos.

—¿Y qué pintas tú tan atrás?

—No me hagas tantas preguntas, Pipo. Verás, no tengo mucho tiempo…

—No, si yo no me meto.

Alex había extraviado a Pipo alguna multa de tráfico en cierta

ocasión, y este le debía un favor. Ella sabía que jugaba con fuego, porque Pipo era aficionado a la noche y se desplazaba en coche después de la juerga más cargado de alcohol de lo que debería. Alex siempre rezaba porque no tuviera algún problema serio y le pidiera a ella que intercediera.

—A ver, dame los nombres.

Alex le tendió la lista.

—Guapa, ¡es medio pueblo!

—Anda, no exageres.

—Yo te lo hago, pero necesito un rato.

—Sin problemas, ¿me enviarás el listado a mi correo electrónico?

—Sí. ¿Te veremos el sábado en La Olla?

—Quizás.

Salió de las oficinas animada por la excitación de quien hace progresos. Al cruzar las puertas automáticas de la calle percibió la vaharada de calor denso como si hubiera llegado de golpe. Ya estaban en esa época en la que una tormenta es un chiste y la ropa se convierte en un engorro pegajoso. Pensó en darse un baño al atardecer en la playa. Siempre le sentaba muy bien. También había descuidado sus carreras matutinas. Se prometió salir a correr al día siguiente. Con el cuerpo cansado su mente estaría mucho más relajada.

En el yacimiento de Empúries los cursillistas habían adelantado la jornada para sobrellevar las altas temperaturas. Empezaban a las ocho y paraban a las doce. Retomaban a las cuatro las clases teóricas, en plena lucha contra la somnolencia porque la mayoría de los estudiantes llegaban de la playa, donde pasaban sus horas libres. Todos lucían ya un buen bronceado. Jérôme no se sentía partícipe de la camaradería de sus compañeros de curso. Le costaba manifestar entusiasmo entre una gente a la que no volvería a ver en la vida. Eran colegas circunstanciales, no les añoraría, solo tardaría un par de días en perder el hábito de encontrárselos cada mañana.

A mediodía, en lugar de tostarse al sol recuperando la juventud perdida, se encerraba en su apartamento, disfrutando de la felicidad de los demás desde la terraza. Refugiado en el aire acondicionado, escuchaba viejos éxitos de los ochenta, y cualquier canción de su venerado David Bowie. A sus compañeros los dejaba para el atardecer. No era extraño tampoco verle tomando un café antes de iniciar las clases vespertinas en el hostal Empúries, donde ya le consideraban cliente asiduo. Alguno de los alumnos más maduros, o su compatriota Cynthia, se detenían en su mesa y esa tertulia era uno de los momentos más animados del día, el que lo devolvía a las vidas cotidianas de las personas que creen que el ser humano es un ser social.

Lo cierto era que Alex le había dado una razón de vivir al implicarlo en esa investigación anacrónica. Ahora su obsesión eran las fotografías que revisaba, escudriñaba y analizaba día sí y día también. Había entrado en competición con ellas. Pensaba encontrar la respuesta en esas texturas difuminadas, en esos rostros desvaídos por el tiempo.

En la cocina el agua borboteaba en el fuego cociendo un huevo. Un sándwich a medio preparar revelaba una comida frugal: lechuga, tomate, atún y mayonesa. Un buen cargamento de helados esperaba en el exiguo congelador para el postre. Y ya habría almorzado. Sonó el teléfono. Era Alex. Esta vez había hecho sus deberes.

—Dani me ha dicho que no hay muertes violentas en su familia, ni desapariciones en los años que estamos consultando. En los registros del ayuntamiento no me ha ido mejor. Todos los nombres de la lista tienen fechas muy posteriores y en ningún caso consta una desaparición o un asesinato. De hecho, son vidas muy tradicionales.

—Habrá que ampliar el radio de búsqueda.

—¿Podría haberse equivocado el servicio de antropología forense? ¿Y si Perséfone murió diez años más tarde? ¿O incluso durante la Guerra Civil?

—Lo dudo. Nos han dado indicios bastante precisos. Es indudable

que tenemos un problema.

A Alex lo reconfortaba hablar con Jérôme. No titubeaba. Sabía hacia dónde iba. Era una mente racional. Todo lo que ella no tenía.

—Vamos a hacer otra lista: personas relacionadas con Empúries, gente que aparece en las fotografías que he ido reuniendo. Tal vez sea uno de ellos. Si no, habrá que aceptar la idea de que fue alguien que pasaba por aquí, cuyo rastro es imposible de seguir. Creo que esto lo puedo solucionar aquí y en Empúries. Buen trabajo, agente.

—Gracias, Tolbert. Por cierto, ¿qué rango tenías en la policía?

—Comisario.

—Estabas arriba.

—Y a veces me pregunto qué conseguí con eso.

Alex oyó el carraspeo habitual a través del aparato.

—Ganaste más dinero. Prestigio.

—Y perdí una pareja, perdí el contacto con la calle y me convertí en el obediente servidor del magnífico Cuerpo Nacional de Policía. Hasta que me cansé.

—¿Dimitiste? —A Alex le azuzaba la curiosidad por la historia de su amigo. Este conversaba con ella de pie en la terraza, móvil en la oreja, mirando hacia el horizonte, sorteando en su charla los gritos de niños y los ladridos de perros que transportaba el aire bochornoso.

—No. Me echaron.

—¿No me dijiste que te prejubilaron?

—Sí y no. Se cansaron de mis protestas constantes por algunas decisiones que tomaron y de algunos de mis procedimientos, y un día les di un motivo algo más sólido que otras veces. Me invitaron a acogerme a un programa de prejubilación o degradarme y volver a mi distrito. No me hubiera importado volver a empezar, pero estaba tan harto de todo aquello que cortar por lo sano me pareció mejor idea. Después, demasiado tarde, me he dado cuenta de que era muy joven para dedicarme al golf y al coleccionismo de sellos.

—No todos los jubilados se dedican a eso.

—Eso es lo que estoy explorando.

—Lo siento. Es una historia triste.

—Gracias, pero no soy el único que tiene una, ¿verdad?

Con su naturalidad habitual, Jérôme dio en la diana.

—Tal vez otro día te lo cuente.

—Sin problema. No quiero husmear.

—Yo tampoco. Pero agradezco que me lo hayas contado. Quizás debería yo hacer lo mismo.

—Cuando quieras. Te llamo en cuanto tenga la nueva lista.

Jérôme volvió otra vez a las fotos desparramadas por su mesa del comedor. Muchas de las personas que aparecían en las imágenes que en su momento hizo Esquirol, el fotógrafo oficial del yacimiento, eran visitantes y excursionistas. Reflejaban momentos de esplendor, con personajes satisfechos y orgullosos, bien porque eran los privilegiados que podían disfrutar de la experiencia única en la época de visitar un yacimiento arqueológico, bien porque se sentían testigos de un acontecimiento histórico, bien porque eran los actores que estaban contribuyendo a que eso sucediera. Frente a la puerta de la ciudad romana, como indicaba la leyenda de una de las reproducciones, se recogía la visita de los miembros de la Junta de Museos de Barcelona en 1908. Aparecían los nombres de algunos de los fotografiados, como Puig i Cadafalch, que al excomisario ya le era familiar porque se había mencionado en sus clases teóricas, o el de Jaime Gavalda, el jefe de la excavación. Al primero lo descartó de inmediato. Su carrera era lo bastante pública como para ser candidato a cadáver. Por lo demás la tarea no era fácil, habida cuenta de la cantidad de personas que aparecían en las imágenes. Caballeros tocados con sombreros de paja, guardapolvos y ternos, todos ellos con buenos botines de piel, muy parecidos a los de su Perséfone. Cualquiera de ellos daba el perfil. La visita del Centro Excursionista de Catalunya en 1909; la llegada de los miembros del Ateneo Enciclopédico Popular en 1910; una conferencia de Puig i Cadafalch en Sant Martí d'Empúries en 1912; la comida de

celebración de la construcción de la Casa Forestal, donde se alojarían los ingenieros forestales que trabajaban en la comarca, en 1908; los mismos ingenieros posando dentro del edificio con un sarcófago encontrado en las ruinas en primer término; en otra, frente a la casa recién levantada, blanca y con una galería de vidrieras de inspiración modernista, como marcaban los cánones de la época. Se les veía posando solemnes y atildados, luciendo zapatos claros de puntera negra, y pañuelo en el bolsillo delantero de la americana, con esos bigotes finos tan del gusto de principios de siglo. Jérôme se aferró a esa fotografía tratando de descubrir con una lupa la cadena del reloj de Perséfone. Hubiera deseado entrar en la fotografía y desabrocharles la americana él mismo uno por uno para asegurarse de que no lo llevaban en un bolsillo interior. Intentó entrever en la mirada de alguno de ellos el desasosiego de una amenaza o una muerte cercana cuando lo que transmitían era la arrogancia joven de un grupo de hombres que se saben de éxito.

Aún escudriñó algunas más: la fotografía familiar de Jaime Gavalda junto al Esculapio le llamó la atención porque contrastaba con las otras. Era la única imagen con una mayoría de mujeres, «damas», se dijo Jérôme, usando de forma mecánica un sustantivo que no empleaba nunca. A pesar del blanco y negro, la fotografía era luminosa por la gama de tonalidades que irradiaban sus vestidos encorsetados. Solo una de ellas, la más joven, bajo cuya silueta figuraba el nombre de Angelita, estaba más relajada y lucía un atuendo vaporoso. Un par de niñas con enormes lazos en la cabeza se sentaban en unas peanas laterales, y todo el conjunto destilaba la alegría de una salida dominical. También descartó que esa fotografía le aportara más nombres útiles. Las últimas estaban agrupadas porque mostraban a los equipos de las diversas campañas. Arqueólogos, capataces y peones se apelotonaban en una instantánea que parecía destinada a ser eterna, porque era casi idéntica año tras año. Jaime Gavalda se repetía en todas ellas, ya reconocía el pelo rubio o canoso, no lo distinguía bien, el bigote y la perilla cuidados, y un pañuelo al cuello que lucía en las fotos con las

cuadrillas, pero no en las fotos familiares o con visitantes ajenos a las ruinas. No posaba con el mismo hieratismo que los demás, a menudo parecía ajeno a la cámara, aunque Jérôme se preguntaba si eso era una impostura. No recordaba si la técnica fotográfica que empleó Esquirol en esas placas de vidrio a la gelatina exigía permanecer inmóvil durante cierto tiempo para garantizar la exposición adecuada. Con su letra pequeña y minuciosa anotó algunos nombres más, como el de Pere Pascual, un hombre cuyos pómulos altos, que se distinguían incluso en medio del grupo, le daban un aire exótico. Por lo visto ejerció de capataz durante algunas campañas. A los pocos segundos tachó el nombre, ¿llevaría un capataz un reloj de oro? Volvió a escribirlo. Lo peor que podía suponer era una pérdida de tiempo, y de eso andaba sobrado.

Más tarde, durante el descanso de la clase de la tarde y al terminar, se dedicó a cotejar las fotografías con anuarios y dietarios solicitados al bibliotecario de Empúries, ya acostumbrado a ver a ese estudiante maduro que, vistas las idas y venidas a la biblioteca, parecía tomarse el curso con disciplina. En un proceso farragoso estableció dos listas paralelas: la de los locales y la de los forasteros. Si la de los locales, los que vivían y trabajaban en Empúries en esos años, no fructificaba, tendría que abordar la otra búsqueda, más enojosa, que le podía llevar a Barcelona o incluso más lejos para descubrir si la víctima estaba entre los foráneos. Estaba acostumbrado a elaborar largas relaciones de sospechosos o incluso de víctimas. La diferencia con su experiencia previa era que no podía visitar o identificar ninguno de esos nombres. La dificultad aumentaba, pero no se iba a arredrar por ello. Lo laborioso no lo asustaba, al fin y al cabo, esa era la historia de su carrera: kilos y kilos de informes y papeleo y pocas aventuras. Ahora sabía que si con veinte años lo que buscaba era vivir peligrosamente, mejor le hubiera ido siendo marino mercante.

Eran casi las nueve de la noche cuando lo echaron de la biblioteca de Empúries. El empleado había hecho la vista gorda con él porque había una charla de una asociación cultural en el recinto y aún no

podía irse a casa. Jérôme iba cargado con las fotografías, y tenía en el móvil otras que había encontrado en libros del archivo. Llevaba un listado con algunas fechas de nacimiento y defunción y otros nombres en blanco. Al menos tenía la sensación de tener una vía por la que seguir. Salió por el camino de Sant Martí hacia L'Escala, cruzándose con paseantes, ciclistas, patinadores y corredores. A lo lejos, con la mirada trataba de descubrir a Alex en cada una de las corredoras. Tenía urgencia por comunicar sus avances. Estaba ordenando las piezas del puzle con dedos ágiles. De alguna manera, las fotografías le estaban hablando. Y tenía la esperanza de no haberse equivocado en su intuición.

La tarde era agradable, y él no lo apreciaba. Un olor a espliego se extendía más allá de los jardines del hostal Empúries, camino de L'Escala, creando un rastro empujado por la brisa que venía del norte. Un aroma del que Jérôme no se planteó el origen, pero que le sabía a viejo. En su cabeza lo mezclaba con el de la manzanilla y la hierbaluisa en casa de sus abuelos, en Grimaud, una población anodina que contrastaba cruelmente con su vecina Saint-Tropez. En la primera tener un tractor era un lujo casi inasequible, mientras en la población costera los Ferrari y los Rolls Royce rivalizaban por las avenidas puestas a su servicio. Su abuelo nunca bajaba a Saint-Tropez. Le disgustaban el derroche y la ostentación por una cuestión de principios que mantenía intactos, pese a los golpes que se había llevado por ese compromiso. Se conformaba con vivir su exilio en una comunidad rural desesperanzada donde sus habitantes ya se habían acostumbrado a su presencia. Para el niño ansioso que era Jérôme, Grimaud había sido el mejor lugar del mundo, y en eso tenía mucho que ver el temple que le transmitía su abuelo. El timbre de una bicicleta lo sacó de sus ensoñaciones de infancia. Sacó el móvil del bolsillo y buscó el número de Alex, cosa fácil porque era el único que había marcado en los últimos días.

—Hola.

—Tengo novedades. ¿Estás trabajando?

—Sí, en una ensaladilla rusa que se deja comer.

—Estás en el Medusa.

—Bueno, al menos tantos años en la policía te han servido de algo. ¿Te vienes?

—Estoy ahí en cinco minutos.

Alex estaba disfrutando de su mejor momento del día en la terraza de su bar favorito. Frente al mar, se entretenía en ver caer los colores del crepúsculo con una caña helada en una mano y un buen bocado de ensaladilla rusa en la otra. Había acabado su turno hacía un par de horas, había pasado por casa y por un impulso desconocido en ella había sacado del fondo del armario un vestido holgado con flores amarillas que dejaba las piernas al aire. La prenda no había visto la luz desde hacía varias temporadas. Se sonreía pensando en la cara que pondría su madre al verla de tal guisa. Su sonrisa venía con remordimiento. Rita la había llamado, como cada día, y ella no le había cogido el teléfono. El desconcierto ante las novedades sobre su padre estaba ahí, sin digerir. No sabía qué decirle a su madre, de qué culparla y de qué no. En la duda, hizo oídos sordos a la llamada y apretó la mandíbula mientras dejaba sonar el teléfono. Cada vez que su cabeza volvía a la conversación con su tío Constantí una aguja más se le clavaba en alguna parte del cuerpo, como si fuera la muñeca vudú con la que alguien jugaba. Cuando más tarde Rita le había enviado su wasap de saludo, fue escueta en la respuesta. «Estoy bien. Muy liada. Besos».

Si tenía la clientela atendida, su amigo Diego pasaba a cada rato y jugaban a lanzarse comentarios mordaces.

—Si no fuera por nuestra ensaladilla rusa estarías muerta, reina mora —le espetó Diego mientras limpiaba la mesa de al lado con un trapo.

—No me hables de muertos, anda, que voy servida.

—Pues cuenta algo, ¿no?, ni que fueras del FBI, que esto es un pueblo.

—A ti la palabra «confidencialidad» no te dice nada, ¿verdad?

—Ni a ti la expresión «hacer la cena». Oye, que por mí bien, que si todos fueran tan desastre como tú en la cocina, yo estaría nadando en oro.

—Hola, Diego.

—Hola, Jérôme. Aquí tienes a la reina del suspense. No suelta prenda.

—Es una buena policía.

El ojo del excomisario detectó el cambio radical de indumentaria de Alex. Pero no dijo nada al respecto.

—Creo que estamos cerrando el cerco. ¿Verdad que se dice así?

Se dejó caer en una silla, de cara al mar también para no perderse el espectáculo. Alex le vio el cansancio en los gestos.

—Hablas mi idioma a la perfección, Jérôme, eso no se aprende con clases de lengua.

—Eso es cosa de mi abuelo materno. Otra historia más que dejamos para mejor ocasión. Creo que también voy a pedir ensaladilla.

—Merece la pena. ¡Diego! Aquí hay otro cliente que quiere hacerte millonario.

Mientras saboreaban sus raciones, Jérôme la puso al día, una vez más. Empezaban a entrar en una rutina reconfortante, la de las novedades al atardecer, cuando ya podían relajarse de sus obligaciones, cuando aún era temprano para desconectar del mundo en solitario, sin nadie a quien contar cómo había ido la jornada. El olor a salitre de las algas de la playa favorecía ese estado placentero, los músculos se relajaban y solo había que luchar contra una mente dispuesta a vaciarse ante los vaivenes del agua que rompía en la orilla.

Ese día Jérôme estaba más locuaz de lo habitual. Sacó fotografías y folios llenos de anotaciones de su cartera blanda de piel, que demostraba que no estaba ahí de turismo pese a sus bermudas y su polo desabotonado. Ahí estaban sus repetidas listas de posibles Perséfones, con tachones, reescrituras, círculos concéntricos alrededor de algunos nombres. Alex constató que el excomisario se

había tomado muy en serio esa investigación. Se preguntó si, como ella, quería hacer justicia.

Entre sorbos de cerveza, Jérôme desgranó cómo de las dos listas que había confeccionado había podido ya descartar muchos nombres con una tarde productiva de biblioteca. Sumados a los que había descartado Alex gracias a su colega del ayuntamiento, la lista era cada vez más exigua. Una búsqueda en internet les permitió tachar cuatro nombres más, todos ellos ingenieros forestales. Aun así, quedaban cinco cuya pista se truncaba: Antonio Vilamata, Josep Cardona, Félix Pi, Gregorio Varela y Raimundo Astudillo.

—Eso no quiere decir que uno de ellos sea Perséfone, solamente que su pista no es tan fácil de seguir como la de los vecinos del pueblo, o los arqueólogos, que tienen trayectorias más públicas. Además, está la Guerra Civil.

—¿Y?

—Es muy probable que tuvieran que luchar en algún bando, que murieran, que se exiliaran, o que cambiaran de identidad. Cualquier familia tiene un caso así…

A Alex le pareció que Jérôme Tolbert le daba más énfasis a esa frase que a las demás. La pausa que hizo, casi imperceptible, reforzó esa impresión. El excomisario siguió sin cambiar la expresión. Le contó que había descartado al capataz más longevo, Pere Pascual, porque en 1925 aparecía en una fotografía de una cacería de jabalíes en la sierra del Montgrí, fecha que superaba los límites que habían establecido el antropólogo forense y el arqueólogo.

—Y hablando de arqueólogos. Aquí la lista se queda temblando. Gavalda, el jefe de la excavación, trabajó en solitario hasta 1912. Hasta entonces solo había visitas esporádicas de miembros de la Junta de Museos y de Puig i Cadafalch, que pasaba a menudo para supervisar las obras y fijar directrices. Por lo demás Jaime Gavalda se las apañaba solo, con su capataz de confianza y los peones. A medida que el yacimiento se fue agrandando, porque se compraban más terrenos, fueron reforzando el equipo, sumando más arqueólogos.

—Es decir, que también has hecho un listado de todos los arqueólogos que trabajaron en las ruinas. No sabía que hubieran empezado en esa época.

—Sí, la primera excavación en serio fue en 1908; la famosa estatua del Esculapio se descubrió en 1909. Ahí fue cuando pensaron que Empúries podía ser algo grande. Y hasta hoy…

—Me está dando corte que sepas más de Empúries que yo…

—Si te consuela, piensa que hace un mes no sabía absolutamente nada.

—Gracias, me resulta muy útil —respondió Alex con sorna.

—Creo que voy a seguir por ahí. Tenemos el listado de arqueólogos, el de forestales y el de las visitas esporádicas.

—Como la fecha límite en la que han datado el cadáver es 1920, o incluso antes, supongo que aparecen todos los arqueólogos que trabajaron entonces.

—Sí, y lo cierto es que no es muy larga. Yo me centraría primero en esta lista y en la de los forestales porque imagino que si alguien de la Junta hubiera fallecido en su estancia aquí constaría en los archivos.

—También si fuera un arqueólogo, o un ingeniero forestal, ¿no?

Alex intentaba aplicar la deducción con eficacia. Era obvio para ella que un asesinato estaría documentado. Continuó en voz alta mientras su tenedor jugaba con los restos de mayonesa en el plato.

—A Perséfone nadie lo echó en falta. Si no, ¿a santo de qué iban a enterrarlo en un descampado? Alguien quiso esconderlo.

—Y solo se esconde un cadáver que queremos que sea considerado como tal, o un suicida al que le impiden reposar en camposanto.

—Está claro que hay que buscar un desaparecido, no un muerto.

Volvieron a bajar la vista a los listados. De momento arrinconaron a los visitantes esporádicos. La lista de arqueólogos era exigua. Entre 1908 y 1920 no habían sido tantos. Jaime Gavalda repetía en cada campaña como jefe y solo se añadían algunos nombres más a partir de 1912. Eso les simplificaba la búsqueda.

—Hubo cuatro arqueólogos auxiliares. Dos en los últimos años de nuestra década, que repitieron tres veces, y otro que estuvo las temporadas anteriores, salvo la primera, 1912. Y me detengo en ese año por este nombre: Mateu Mercader. De todos los demás, en el archivo del Museo de Arqueología, constan las sucesivas excavaciones en las que participaron durante los años siguientes, alguno incluso décadas después; de todos salvo Mercader. No aparece por ningún lado, solo en los pagos que se realizaron como salario en el verano de 1912. Luego se esfuma.

—¿Y Gavalda?

—Descartado. Siguió con excavaciones en diversos yacimientos de toda España hasta su muerte en 1946. Tuvo cierta relevancia, por lo que parece.

—Además, su edad no cuadra con los cambios degenerativos y de crecimiento de los huesos de Perséfone que citaba el informe forense —completó Alex consultando su fecha de nacimiento—. Buscamos a alguien mucho más joven. Ese Mercader podría serlo. Si eres auxiliar, es porque estás al inicio tu carrera. Podría tener veintitantos.

El teléfono de Alex sonó impertinente y la interrumpió. Lo sacó y miró quién la llamaba.

—No me lo puedo creer…

—¿Dani? —inquirió Jérôme.

—No, Nuria, mi jefa. ¿Qué querrá a estas horas?

Ya habían tocado las diez en las campanas de la iglesia y tanto Alex como Nuria sabían que ese tipo de llamadas solo se hacen en caso de necesidad perentoria.

—Alex, perdona que te moleste tan tarde. Me acaba de llamar Morata. Dos agentes han encontrado el coche de Vidal. En el aparcamiento de la playa. Lo hemos tenido delante de las narices todo el tiempo.

El primer impulso de Alex fue preguntarse por qué su jefe no la llamaba a ella. Ya había abierto la boca para protestar cuando recordó los galones y esperó instrucciones.

—Hazme este favor, Alex. A mí me es imposible ir esta noche… —Nuria titubeó un poco antes de continuar— por cuestiones familiares. Víctor ya está en camino, creo que entre él y tú podéis hacer un excelente trabajo. La científica está también avisada, y Morata ya está allí.

Alex se quedó en silencio hasta que percibió que tenía que responder algo.

—Voy para allá. Si hay algo importante, te llamaremos. —Colgó y miró a Jérôme con cara de circunstancias.

—El deber es lo primero. Es una frase hecha, pero si trabajas en la policía se cumple cada dos por tres. Deja esto en mis manos. Voy a empezar por Mateu Mercader, quizá tenga descendientes, familia lejana…

—Genial. Tengo que irme.

—Ya pago yo, me quedaré un rato más.

Alex, sin perder un minuto, corrió a la calle de atrás donde aparcaba la moto, quitó el candado, se puso el casco y salió quemando acelerador hacia lo que esperaba fuera el desenlace de esa historia interminable de Vidal.

No le fue difícil localizar el punto exacto del aparcamiento de Sant Martí, a pesar de que la indicación de Nuria no había sido exacta. Los faros del coche con el que patrullaban Tomás Forcada y Manolo Carreras alumbraban otro vehículo y habían reforzado la iluminación de la zona acordonada con un par de focos. El Rover azul metalizado de Ricard Vidal protagonizaba el escenario. Era casi noche cerrada, pero en ese descampado empezaba una tarea entretenida. Alex paró el motor de la moto y vio que sus compañeros la miraban sorprendidos.

—Sí, llevo un vestido, tengo piernas. ¿Algo que objetar?

Los tres se encogieron de hombros y negaron con la cabeza en un ademán incómodo.

—Habrá que forzar la puerta. Nadie ha sabido decirnos dónde

puede haber unas llaves. —dijo Manolo.

—Y Vidal no las llevaba en el bolsillo cuando lo encontramos. Pensaría que una vez muerto no las iba a necesitar.

Cuando Tomás hacía este tipo de comentarios, Alex se preguntaba de dónde había sacado ese sentido del humor.

—Hemos tardado demasiado. La cantidad de pisadas que hay alrededor es incontable. Estamos en temporada alta y por aquí circulan cada día decenas y decenas de personas.

Gabriel Morata no pretendía mortificar a Alex, y ella lo sabía, así como que era innegable que el retraso en la búsqueda del auto había diluido pistas. El remordimiento por la negligencia se traducía en un silencio embarazoso, solo roto por una tórtola desde el pinar reconvertido en aparcamiento.

El suelo alrededor del automóvil, cuya matrícula indicaba que no tenía más de un par de años, estaba cubierto de pinaza, señal de que hacía cierto tiempo que no se movía. Incluso había salpicado el techo del coche. Las roderas de su maniobra de aparcamiento también habían quedado ocultas, anotaba mentalmente Alex. Ahí debería emplearse la policía científica. El hecho de que la sargento no estuviera presente la imbuía de una responsabilidad que le gustó.

A simple vista y sin acercarse, para no destruir una prueba, no distinguía nada en particular ni en el salpicadero de madera pulida ni en la tapicería de piel en color hueso, salvo que Vidal no había reparado en gastos para acomodar su vehículo.

Tardaron algo más de quince minutos en llegar de forma casi simultánea Víctor Sanz, en su coche particular, y una patrulla con la policía científica que traía la sirena a todo volumen. Morata suspiró resignado ante el escándalo. Ya le parecía estar oyendo otra llamada de la alcaldesa, preocupada una vez más por la imagen que proyectaba tanta presencia policial. Con lo que Alex consideraba una paciencia de santo, el agente Carreras se ocupaba de entretener a algunos curiosos al otro lado de la zona acordonada. Era capaz de que los paseantes se fueran satisfechos de la información obtenida sin haberles revelado absolutamente nada.

Los agentes de la científica miraron al resto de los policías con expresión interrogativa, esperaban que su interlocutor diera un paso al frente. Morata señaló con un movimiento de cabeza a Alex y a Víctor y se mantuvo al margen. Víctor entornó los ojos, saludó y les dio la información imprescindible para empezar a trabajar.

Alex siguió los pasos de los agentes, enfundados en sus buzos de polipropileno y con guantes de goma desechables. Empezaron por el estudio planimétrico, y dividieron la escena en una cuadrícula. Señalizaron las roderas del coche y para ello levantaron la pinaza con una meticulosidad que llevaba todo el tiempo del mundo. Fotografiaron los vestigios, midieron las distancias y recogieron en bolsas plásticas desde un par de colillas hasta un pedazo de algo que parecía una tarjeta de visita arrugada.

Poco después forzaron el coche con ayuda de una ganzúa manejada con pericia de ladrón profesional por el más joven de los dos agentes. Alex oyó la exclamación de admiración de Manolo justo antes de que la alarma empezara a sonar. Como si fuera su coche, el policía abrió el capó y la desactivó en menos de cinco segundos. A continuación, el agente extrajo de sus maletines una linterna de gran potencia. Iban a buscar huellas digitales y restos de sangre. Conocía de sobra todas las técnicas que empleaban, las había practicado mil y una veces en la academia y las había recreado mil veces más, en guardias interminables y anodinas, cuando se imaginaba al frente de una investigación como esta. No eran las series de televisión las que la alimentaban, sino las revistas y foros *on line* a través de los cuales seguía la novedad más insignificante en dactiloscopia o balística. Por eso sabía que toda la verdad que buscaban estaba delante de ellos. Vio a otro de los agentes abrir el maletero. Dentro, entre objetos habituales como un paraguas o un sombrero de paja, había una caja de madera, similar a las que contienen botellas de vino de calidad, de una madera burda de pino, sin pulir y con remaches para ensamblar los tablones. No llevaba etiqueta ni identificación que diera alguna pista sobre su contenido.

—Nos la llevamos.

Los agentes de la científica apenas hablaban entre ellos y menos todavía con los demás. Solo se oía en voz queda de vez en cuando a uno de ellos:

—Tenemos una simultánea aquí.

—Proceso prueba número cinco.

El corro de agentes se mantenía a la expectativa con actitudes que oscilaban entre el tedio de Tomás y la inquietud de Alex, no tanto por lo que iban a encontrar, sino por lo que ya habían perdido. Los de la científica se tomaron un par de horas más para recoger con las pinzas o el bisturí cualquier indicio que pudiera pasar por el microscopio. El interior del vehículo era a ojos de Alex y sus colegas un ecosistema que hablaba a voces de su dueño y, suponían, también de sus últimos momentos de vida. Sin embargo, a simple vista ningún indicio había parecido revelador.

Alex estaba descorazonada. Cuando los agentes ya se disponían a salir del coche y concluir las pesquisas no pudo evitar decirles lo que le quemaba por dentro.

—Es muy probable que Vidal muriera aquí, pero no hemos encontrado nada concluyente. Hay que ampliar el perímetro de búsqueda, no sabemos el radio exacto de la escena del crimen: pudieron dispararle junto al coche o a cincuenta metros. Lo siento.

Lo soltó con determinación. Y dirigió una mirada casi de disculpa a Víctor Sanz y a Morata. Alex detectó el desánimo en Manolo por la forma en que sus hombros se hundieron y en Tomás porque bajó los ojos al suelo. No obstante, nadie rechistó. Víctor asintió y uno de los agentes, casi sin interrumpir su salida del coche, continuó hacia la cinta para abarcar más superficie. Manolo acudió en su ayuda.

—Mejor no dejar cabos sueltos —remató Morata.

La decisión era fruto de la culpabilidad y todos lo sabían. El silencio se volvió menos solemne, lo que interesaba era avanzar. Los ruidos se habían ido apagando porque ya pasaban de las dos de la madrugada. El aparcamiento de la playa, con siluetas que desde lejos se movían sin un orden aparente, parecía el escenario de un aquelarre o de un aterrizaje alienígena. Alex tenía frío, y no sabía si

era por la humedad de la noche o por la tensión que la atenazaba por dentro. Ya oía la reprimenda de Nuria por registrar hasta la extenuación. Y la indignación del personal de laboratorio biológico ante la multiplicación de vestigios la hacía andar encogida de un lado para otro, con la vista fija en el suelo. Tres cuartos de hora más tarde, desde un par de metros de distancia de uno de los muretes que delimitaban el pinar, se oyó por primera vez la voz clara y sonora del agente joven gritar:

—¡Un casquillo de bala!

Casi con la misma sonoridad se oyó el suspiro de Alex. Ahora sí que podían irse a casa tranquilos.

A la mañana siguiente Alex se levantó muy temprano. No había dormido bien. Aún la sorprendía que un sueño de cristal la sumiera en cavilaciones plomizas, pero era así. Se había despegado pronto de las sábanas para evitar que sus obsesiones camparan libres en su cabeza. Se ató las deportivas a tientas, sin abrir la ventana del dormitorio, y antes de salir descorrió las cortinas. Los rayos de sol se lanzaron sobre su cama y dio la noche por finalizada. L'Escala no parecía dispuesta a despertarse todavía. Al desembocar en la ronda del Pedró solo se cruzó con tres o cuatro coches que circulaban sigilosos, sin prisas por empezar el día. Antes solo había visto a un vecino espectral que entraba en su casa con los movimientos lentos de quien lleva demasiado tiempo despierto.

Su ruta favorita, a través del pinar del camino a Sant Martí, la condujo por el escenario de las últimas horas del día anterior. Con el esplendor del amanecer y aún sin el hostigamiento del calor, se trocaba en un rincón conciliador dominado por el olor alegre de la pinaza fresca. El espíritu bucólico estaba distorsionado por la guardia de un compañero de la policía local que aguantaba el relente matinal. Alex lo saludó sin detenerse.

Se había acostado tarde por la investigación de la última pista del asesinato de Ricard Vidal, pero eran los misterios familiares los que

la mantenían en vilo. Reclamaba a su padre a la primera fila de su memoria y lo que se le aparecía era una fotografía que se conservó mucho tiempo en el armario de su madre, oculta con rencor por su abuela, que no quería saber nada de su yerno huido. La imagen no era muy grande y el grano de la foto difuminaba arrugas e imperfecciones, pero se apreciaba la mirada caída de unos ojos grandes y húmedos, con cierta melancolía que corregía con una amplia sonrisa. La nariz delataba la paternidad de Alex, y como ella había oído decir a su abuela, sin piedad, mejor le hubiera dejado otro legado. Unas patillas pobladas castaño parduzco ocupaban buena parte del rostro. El cuello de la camisa, generoso y abierto, olvidado de sí mismo, se comía la instantánea de medio cuerpo tomada en una boda familiar a esa hora en la que todos los hombres se han quitado las corbatas. Por desgracia aquella foto no le decía nada que no le hubiera dicho ya, estaba desgastada de tanto interrogatorio vano. Su padre había callado para siempre, eran los demás los que querían hacerle hablar en esos últimos días.

Mientras intentaba sincronizar la respiración con su zancada, Alex percibía que su desfase emocional solo se resolvería si se enfrentaba a las preguntas que le escocían. Aunque las respuestas pudieran herirla, las medias tintas en las que se movía, aletargada, en los últimos años le estaban pasando factura. Solo ahora empezaba a ser consciente de ello. Muchos de sus gestos estaban dirigidos hacia aquel que la abandonó, desde esa niña que se negaba a ser huérfana. Ya iba siendo hora de aprender que nadie es culpable o inocente del todo. Había vivido sumida en una ignorancia consentida. Se había conformado con las respuestas que quería oír. Pura supervivencia. La épica visceral de los Arcade Fire en los auriculares la ayudó a subir la cuesta con la que Sant Martí d'Empúries recibe al visitante desde la playa. Se detuvo en el mirador a modo de proa de barco desde donde veía toda la bahía a sus pies. Acalorada por el esfuerzo, con la camiseta sudada, empezó a recuperar su ritmo respiratorio y se desató el móvil del brazo, que en ese momento le contaba las pulsaciones. Empezó a escribir.

«Tío, ¿estás por aquí hoy?». «Me gustaría verte. Tengo que verte, vamos». «Puedes?».

Sabía que tenía que esperar. Su tío Ignasi no era un hombre volcado en la tecnología. Vivía una existencia casi eremita, la única manera con la que había conseguido desprenderse de todas las adicciones que le habían complicado la existencia. Ni siquiera fumaba.

Su madre recordaba de vez en cuando lo difícil que había sido bregar con su hermano cuando era un adolescente rebelde y provocador siempre dispuesto a cruzar al lado salvaje. Ella, por supuesto, había conocido a un Ignasi distinto, que no dudaba en sermonearla si se pasaba de la raya desde esa posición ambivalente del tío colega. Alex arrancó a correr una vez más, y se preguntó cómo habría sido Jérôme veintipocos años antes, con la edad que ella tenía ahora mismo. No concebía grandes diferencias: menos canas, o la piel más tersa. El contraste estaba en su cabeza. Ella no entendía esa determinación a verse a sí mismo como un jubilado. Eso de querer acelerar el tiempo cuando queda tanto por vivir…, se decía mientras se alejaba de la zona que ella misma había acordonado la noche anterior.

En la comisaría reinaba una calma chicha acorde con el calor sofocante que castigaba el litoral más allá de los ventanales del edificio. Les esperaba un día tranquilo y al amparo del aire acondicionado. Víctor le había asegurado que las pruebas de balística no llegarían hasta un par de días después, había que dar tiempo a los del laboratorio. Algo similar pasaba con el resto de pruebas de ADN y sustancias orgánicas, así que ellos quedaban suspendidos en una bruma. Y no era fácil aminorar el ritmo cuando llevaban ya tantos días en una montaña rusa. Siempre había papeleo para hacer, porque era habitual dejarlo para las pausas, aunque la predisposición de ambos no estaba para formularios. Como niños compartiendo un secreto, casi entre susurros, repasaron los hechos

de la noche, conscientes de que en ese coche depositaban las esperanzas de una investigación que andaba con muletas.

El punto álgido llegó a mediodía con la propuesta de su tío Ignasi de verla por la tarde, y una llamada entusiasta, casi conmocionada, de Jérôme, que le dejó un mensaje en el buzón de voz: «Tengo buenas noticias. He conseguido localizar a dos descendientes de Gavalda. Bien, primero eran malas noticias porque en los listines y en internet aparecen centenares de Mercader. Os gusta mucho ese apellido por aquí. Pero Gavalda, con ese aire francés, es muy escaso. Dos nietas de Jaime Gavalda viven en Viladrau, tienen casi noventa años y están dispuestas a recibirnos mañana mismo. Pídete el día libre y nos vamos de excursión».

Solo faltaba que también Jérôme le marcara el paso, rezongó de entrada. Aunque la oferta era demasiado tentadora para hacer remilgos. Por primera vez podrían escuchar a alguien que les podía contar una parte de la realidad de esa historia.

Un escalofrío que le recorrió la espina dorsal le decía que estaban al filo de la ley. No seguían el procedimiento ordinario y, además, ella en concreto contravenía una orden explícita. No estaba cómoda andando por la cuerda floja. Le sudaban las palmas de las manos. Aun así, rellenó el formulario de solicitud de un día para asuntos personales y le anunció a Víctor que aprovechaba la tregua que les daba Vidal para desaparecer una jornada. No le aclaró que iba a serle infiel al muerto con la investigación de otro cadáver inoportuno.

Lo que más le gustaba a Alex de estar con su tío es que podían pasarse minutos enteros en silencio. Tomaban una copa, escuchaban música o veían la televisión sin necesidad de llenar los vacíos. Eso era imposible con Rita, y los dos lo soportaban con resignación. Su afinidad no estaba en las palabras, sino en el mapa de la conciencia y en su alergia a la asfixia sentimental. El calor que había caído denso sobre el pueblo, que enturbiaba la atmósfera y saturaba las

cabezas, abría un poco la mano ahora que el sol caía. Ignasi le confesó a su sobrina que había sido incapaz de poner un pie fuera de casa hasta pasadas las siete de la tarde. Estaban los dos sentados en unas tumbonas recias de madera, sobre sendas colchonetas naranjas todavía impolutas. A pesar de su aspecto relajado, sin afeitar, en camiseta y bermudas, con una de las chanclas colgándole del pie sobre la tumbona, algo en la postura de Ignasi advertía a Alex de que estaba a la expectativa.

Desde la calle frente al mar llegaban voces. De vez en cuando alguna risotada aislada, y los gritos agudos procedentes del parque infantil les recordaban que en el mundo pasaban más cosas. Alex se agarraba a alguna frase cazada al vuelo porque las risas la hacían sentirse desamparada. Le hubiera encantado poder bajarles el volumen. No había parado de beber de forma indiscriminada. Primero un café con hielo, luego una copa de vino, dos vasos de zumo de piña y otra copa de vino en tiempo récord. Su tío Ignasi, el estoico, seguía con su primer vaso de zumo con hielo y no parecía tener prisa. Ella se levantaba, visitaba el frigorífico y se rellenaba la copa o el vaso mientras intentaba aparentar normalidad. No notaba que la temperatura diurna hubiera disminuido un ápice. Necesitaba otra ducha. Y cambiar esa caracola, la *fasciolaria tulipa*, de sitio. Y volver a cambiar el CD que sonaba, Tom Waits por deferencia a su tío. A ella esa voz cargada de desaliento la quebraba en mil pedazos.

—¿Ya? —lanzó su tío.

—Ya qué.

—¿Ya me vas a decir para qué he venido?

—¿Se nota mucho que me cuesta?

—Hace días que se te nota.

—Exageras.

—Como quieras. Exagero. Pero si este es tu comportamiento normal, yo me preocuparía.

—Están pasando cosas. Estoy alterada.

—Lo veo.

—Y han pasado cosas antes. Y todo se solapa. Y veo que no

entiendo nada. Que no sabía nada.

—Suéltalo, Alex.

Se quedó mirando fijamente a su tío, quería gritar su pregunta y una imposibilidad física se lo impedía. Los labios estaban paralizados y en cambio el corazón era una centrifugadora. Ignasi la animaba con los ojos, y jugueteaba con las llaves con parsimonia con la mano en el bolsillo. Por fin Alex emitió un sonido articulado, casi un susurro.

—Pedro Sabell.

Ignasi no movió un músculo de su cara. Alex entendió al instante que su madre y él iban por delante, una vez más, y que esa charla hacía largo tiempo que la tenían preparada. Se recompuso y repitió:

—Pedro Sabell, ¿qué pasó en verdad con mi padre?

Ahora fue Ignasi el que se levantó, le sirvió una copa de vino, otra de zumo para él, y la hizo sentar en la tumbona. Y empezó un relato que llevaba ensayando desde hacía años.

—Si tu padre hubiera tenido un poco más de cabeza…

A partir de aquí Ignasi no se detuvo. Le contó a Alex que su padre era un buen hombre, con iniciativa, aunque sin demasiados estudios, sagaz y con ganas de comerse el mundo más allá de L'Escala.

Salió en el discurso la ambición de Pedro Sabell, sus ganas de escapar del agujero humilde de familia de pescadores y empleados de la salazón. Soñaba con manejar dinero. Su padre y él trabajaban para el padre de Ricard Vidal y habían sido sus hombres de confianza en la fábrica; el hijo de Vidal al crecer estrechó la unión y se trabó cierta amistad que incluía a las familias, como Alex recordaba. Ignasi le refirió lo mismo que Constantí Palau: Pedro Sabell se había metido en negocios turbios y siguiendo la estela de Vidal lo hizo sin demasiados escrúpulos. Acumuló cierto dinero, tampoco demasiado: lo suficiente para comprar un pequeño velero que todavía era propiedad de Rita, un buen coche, y darse unos pocos caprichos de nuevo rico. Los padres de Rita se tapaban la nariz y miraban a otro lado cuando el dinero fluía. La madre de Pedro era una viuda con pocas luces que no preguntaba de dónde

salían las mensualidades de su hijo. Rita y Pedro eran felices y Alex crecía bien. Es cierto que Pedro estaba cada vez más absorto en su trabajo, en el despacho de Vidal, y empezó a viajar de vez en cuando. Rita le notaba más irritable en casa, pero eran los años de la burbuja económica y las largas jornadas en la oficina o en un restaurante con algún cliente no eran nada que levantara sospechas. Ignasi tampoco estaba muy al tanto, era más joven y un bala perdida. Se ganaba la vida con trabajos de verano en bares y discotecas, se metía cualquier pastilla que pillaba y fingía seguir unos estudios de mecánico en una academia donde rara vez le veían el pelo. La vida de su hermana y su familia le parecía bastante tediosa. Un día de mayo Pedro lo llamó urgiéndole a que le prestara un coche del taller mecánico donde él hacía prácticas en Figueres. Ignasi, que vivía en su propia nube pero no era tonto, lo vio demasiado alterado y acuciado por las prisas como para no hacerle algunas preguntas. Pedro fue vago en las respuestas, pero Ignasi obtuvo la información esencial: había cometido un delito y tenía que salir del país. No precisó si era de sangre.

Ignasi había decidido ayudarle. En lugar de un coche tomaron la barca de la familia Sabell y navegaron hasta el puerto de Banyuls, ya en Francia. Ignasi recordaba cómo al doblar el cabo de Creus el viento cambió con tanta ferocidad que casi se vieron obligados a recular a causa del oleaje. Desde allí Pedro seguiría en autobús hasta Marsella, donde tomaría el ferri hacia Argelia. Ese sería su destino mientras esperaba a que se relajaran las cosas. No había pensado mucho más allá. Ni cuánto tiempo le supondría. Pasaron los días y Pedro Sabell nunca dio señales de vida. Ignasi y Rita, los únicos que estaban al corriente, estuvieron pendientes de la prensa durante los días siguientes. Nunca vieron nada que les hiciera pensar que llevaba el sello de su cuñado y marido. La angustia en casa de Rita iba en aumento, la madre de Alex incluso sufrió una crisis nerviosa. Lo peor de todo, refirió Ignasi, era la impotencia. No le reclamaron a la policía porque tenían miedo de inculparle. Rita e Ignasi rehicieron el viaje desde Banyuls hasta Marsella a la espera

de hallar un indicio de lo que había sucedido. Fue un peregrinaje vacío que se reveló sin sentido. Constantí Palau hizo indagaciones discretas entre los compañeros del gremio, al fin y al cabo, los negocios de Sabell estaban en las antigüedades. Nadie sabía nada de él. Constantí e Ignasi viajaron a Orán en una última intentona, mientras Rita leía la prensa local francesa a la búsqueda de un accidentado en la carretera, un ahogado en el mar. Todo fue en vano. Hasta que pronto pasó un año. Rita estaba destrozada y parecía que iba a tocar fondo hasta que una noche, cuando Alex ya dormía y Constantí e Ignasi la acompañaban en esa velada insomne, les dijo que sospechaba que sufría en balde. Que había empezado a plantearse que la desaparición de Pedro era voluntaria, porque si no, habría dejado trazas, incluso su cadáver habría dado una pista. Y que, por Alex, no iba a dejarse arrastrar por ese papel de viuda desolada. Fue una especie de enfado póstumo con Pedro, entendió Ignasi. A partir de ahí, la versión oficial fue un abandono por una crisis del matrimonio. Rita tuvo que llevar encima la pena de la desaparición, la carga de un supuesto delito y la apariencia de un mal matrimonio. Demostró su fortaleza al superarlo y consiguió educar a una hija a espaldas del drama.

—Pero el destino de Pedro —concluyó un Ignasi conmovido— continúa siendo un misterio. Vivo o muerto. En Francia o en Argelia.

Cuando Ignasi acabó, Alex estaba desencajada. Su padre era un delincuente, estaba desaparecido y su hija era policía. Esa burla del destino quedó ahogada por el papel que le había tocado a su madre en la tragedia. Y al cabo de un rato, aún sin reponerse, le pidió a Ignasi que la acompañara a ver a Rita.

Esa noche las luces en el apartamento de Rita estuvieron encendidas hasta la madrugada. Alex escuchó a su madre con la mayor atención. Y por primera vez en meses se quedó a dormir allí, acurrucada junto a ella, y la consoló por algo que había sucedido veintiséis años antes.

14

Los días eran frescos y la luz aletargada. En el yacimiento de Empúries ya se podía excavar sin la tortura del sol, pero el calor se había llevado consigo todo atisbo de entusiasmo. Algunos peones necesitaban que se cerrase ya la campaña porque querían ocuparse de sus campos. Esperaban día tras día que Jaime Gavalda colgara el anuncio en el tablón de la caseta junto al monasterio. Cada jornada de más aumentaba su impaciencia y el ambiente se enrarecía. Pere, el capataz, se había olvidado de su jovialidad y gritaba más a las cuadrillas para conseguir menos resultados. Las bromas estaban trituradas bajo tierra. Gavalda insistía en finalizar la excavación de la calle que partía del templo V hacia el norte, y así poder cerrar un sector por completo. Era consciente de que el ritmo disminuía a medida que dilataba el final, así que era un debate interno que se llevaba a la cama cada día. Y a Mateu Mercader le costaba cada mañana más abandonar el lecho.

Angelita había regresado a Barcelona pocos días antes y Villa Teresita se había quedado huérfana. Parecía menos iluminada de noche, hasta el punto de que Mateu se preguntó si Modesta encendía menos quinqués para ahorrar. Las veladas en el porche se habían extinguido, Gavalda y Mateu se encerraban en sus añoranzas respectivas y tenían poco que decirse. Mateu acudía a diario al jefe de la policía para presionarlo en sus investigaciones sobre los robos del yacimiento. Ni así conseguía un solo avance, a pesar de que le había proporcionado nombres y apellidos. El arqueólogo sospechaba que no tenía ningún interés en esclarecer unos hechos que señalaban a algún miembro de la élite de L'Escala.

Los integrantes de la Junta de Museos de Barcelona reclamaban los botines robados y los delegados de L'Escala estaban incómodos por las tensiones, incluso entre parientes, que acarreaban las

negociaciones por las ventas de los campos adyacentes a Empúries. Querían una tregua para recomponer los ánimos y reconciliarse con sus vecinos. Y además Gavalda estaba irascible. Con los últimos rayos de sol se ponía una bufanda de algodón y salía solo por los alrededores de las ruinas a paso casi marcial, convertido en un vigilante arisco con un bastón con el que removía cualquier bulto sospechoso, cualquier piedra de forma caprichosa, cualquier jirón de tela abandonado. Modesta apretaba los labios y espiaba su regreso desde la ventana de la cocina para poner la cena en la mesa. Una noche, le confesó a Mateu que se sentía amenazado. Y cuando lo hubo dicho, cortó su discurso y apartó con una mano las preguntas que le lanzó Mateu hasta que este constató que no iba a sonsacarle nada.

Los alardes de camaradería de que había disfrutado Mateu durante todos esos meses también aparecían lejanos. La última conversación con Joan Comellas le había dolido como un arañazo en la piel.

—Joan, ¿ya acabas? ¿Nos vamos al espigón un rato?

—Ve tú, yo tengo que ir a las viñas.

—Hace días que no te veo el pelo.

—Es que los señoritos no sabéis lo que es trabajar de verdad. Yo me rompo el espinazo dos veces al día.

—¿Y Raimon?

—Por ahí andará. Tú sabrás lo que tienes con él.

Ni siquiera lo había mirado mientras se secaba el sudor con el pañuelo y recogía el hatillo con sus manos llenas de callos de empuñar el pico. Que Joan lo esquivaba ya no era una vaga sospecha. Con Raimon había sido una certeza desde la conversación en el umbral de su casa, aunque se hartaba de verlo con la carretilla arriba y abajo después del trabajo en el yacimiento. Mateu ya no soportaba su arrogancia ni sus trapicheos. Tampoco se metía ya en el mar, en parte porque el agua estaba más fría y en parte por desgana. Se había acercado a la orilla dos o tres veces y solo había acertado a mojarse los pies antes de que lo invadiera una profunda nostalgia de sus tardes de entreno mientras Angelita lo

contemplaba. Estaba encerrado en un pueblo de desagradecidos donde todos iban a lo suyo al precio que fuera. Le ofendía el olor penetrante de alga seca y el griterío constante de los niños por la calle cuando entraba en el pueblo. Le hastiaban las tertulias presuntuosas del Café Bofill. Tampoco tenía fuerzas para entablar polémicas con sujetos como Salvi Vidal, anclado en su cinismo. El reflejo que le enviaba el espejo donde se afeitaba era el de un tipo abandonado a su suerte, lleno de cicatrices, solo. Y acusado de forma velada por algunos trabajadores del yacimiento de estar metido en los asuntos turbios que en público denostaba.

Mateu quemaba su tiempo en las tascas del pueblo, donde nadie preguntaba, y donde el Cubano, o cualquier otro, le servía un vaso de vino o de moscatel cada vez que levantaba la mano. Los días se hacían más cortos y las noches demasiado largas.

*

Estimada Marga:

Me alegra saber que ya estás repuesta de la indisposición. Te admito esa alteración que me suponías en tu última carta. No pude evitar inquietarme por tu enfermedad, aun sabiendo que estabas bajo los atentos cuidados de nuestra madre. Mas sí, reconozco que estoy ofuscado también por otros motivos. Te confesaré, sin ánimo de preocuparte, que ha habido varios robos en las ruinas y eso ha asestado un duro golpe a toda la expedición, en especial al señor Gavalda y a mí. Exquisitas joyas de un ajuar funerario como aretes en plata engarzados con piedras, o un brazalete de oro en forma de serpiente, o un mosaico de valor incalculable, han sido el botín que unos infames nos han arrebatado. Te juro por lo que me queda de vida que no cejaré en mi empeño de descubrir a esos malhechores. La justicia no está a la altura de sus obligaciones en este pueblo y he decidido zanjar de una vez por todas este asunto de forma directa. Sé en manos de quién están esas maravillas y están sucias de corrupción. Hay que restituir el honor de esta campaña porque la sospecha es que algunos empleados del yacimiento nos han sumido en este lodazal.

Me pregunto a cada hora qué espera nuestro jefe para estampar esa fecha

en la que seré libre por fin de volver a Barcelona y reencontrarme con mi ángel particular. Y, por supuesto, contigo, estimada hermana, y nuestra madre, a quien envío mis mejores deseos de salud y bienestar. Te dejo, tenemos una visita numerosa y me reclaman para la fotografía de rigor. Lamentablemente, no podremos exhibir nuestro tesoro más preciado, que hoy está en unas manos profanadoras.

Tu atribulado hermano,

Mateu

15

La despertó un rayo de sol empeñado en rozarle la cara. Abrió un ojo y recorrió la habitación con la vista. La penumbra y la visión todavía nublada no le permitían distinguir con detalle, pero sabía que no estaba en su casa. Desde fuera llegaban las voces del verano.

Notaba el sudor en la espalda y el pelo revuelto. Las cigarras con su canto desbordado le dieron más calor todavía. Salió de la enorme cama y puso los pies en el suelo. El mármol le devolvió un frescor que agradeció. Se dirigió al baño y en el espejo vio que tenía marcas de las sábanas en la cara. No tenía ni idea de cuántas horas llevaba durmiendo.

Se acercó al bolso y sacó el móvil. Tenía tres llamadas de Jérôme, dos del día anterior y una de hacía veinte minutos, a las nueve y cuarto de la mañana. Por el rabillo del ojo vio que su madre estaba sentada en la terraza, había bajado el toldo, que la cubría de sombra. Se giró para observarla como si no la conociera. Rita estaba leyendo en su iPad algo que debía interesarle mucho, porque tenía una taza de té en la mano a la que no prestaba atención. La mesa estaba dispuesta para el desayuno: manteles individuales en malva y verde, una jarra llena de zumo, fruta fresca, una tetera aún humeante, servilletas de papel con motivos de cachemir que combinaban con los manteles. Armonía estudiada. La pequeña rebelión de su madre, construida sobre la tragedia.

Esa mañana, en la que Alex entendía muchas más cosas, pudo deducir también en qué convertía Rita las cenizas sobre las que se había levantado durante años. Simplemente para que no la engulleran. A Alex le tembló el labio durante dos segundos, tragó saliva y salió a saludar a su madre. Titubeó detrás de ella y aunque primero dudó le dio un abrazo que la envolvió entera.

—Bueno, ya está, no voy a repetirlos mucho. ¿Tienes café?

—Tienes la Nespresso en la cocina, nenita. Coge la cápsula que quieras. Yo sigo con mi té verde.

Rellenó su taza medio vacía y miró de reojo a su hija, que se dirigía a la cocina.

—¿No tenías visitas esta mañana? —le gritó Alex desde la encimera de mármol.

—Enseguida me voy. Con este calor, que no hay quien lo aguante. Tú quédate todo el rato que quieras.

Mientras esperaba el café, Alex devolvió la llamada a Jérôme. Tres llamadas eran muchas para su pacto tácito de colegas. Al empezar a oír los tonos se dio cuenta de las pocas ganas que tenía de hablar con nadie que no fuera su madre. Jérôme respondió demasiado rápido para que le diera tiempo a colgar.

—¡Por fin!

—Perdona. —Su voz sonaba átona, arrastraba las palabras—. Me fue imposible llamarte ayer. Lo he visto esta mañana.

—Estaba a punto de ir a buscarte, ¿has pedido el día libre? Es importante.

Alex no respondió de inmediato. Y en cambio se interrogó a sí misma sobre lo que era importante esa mañana.

—¿Iba en serio eso que decías?

—Te lo puedo explicar por el camino. Lo básico es que a las doce del mediodía nos esperan en Viladrau las hermanas Gavalda.

A Alex las neuronas le funcionaban al ralentí esa mañana. Tenía el cerebro como el pelo: un amasijo maleado y sudoroso. ¿De qué hermanas Gavalda estaba hablando? A la vista de que Alex no respondía, Jérôme siguió explicándose.

—Las nietas del arqueólogo, dos de ellas están vivas. Tienen muchos recuerdos de su abuelo. Y Viladrau no está tan lejos, ¿verdad? Lo he mirado en Google Maps.

—¿Viladrau? Depende. Verás, Jérôme, yo tengo que ir a trabajar. Y no creo que sea una buena idea. No sé, no sé si puedo ocuparme de esto. Disculpa. No creo que pueda ir.

Y colgó. Al levantar la vista vio a su madre en la puerta de la cocina. Seguía con la taza de té en la mano.

—¿Por qué no vas?

—¿A Viladrau? Mamá, no era nada de trabajo, era Jérôme, que…

—Precisamente por eso. ¿Por qué no te alejas un poco del asunto Vidal, aunque sea un día? Necesitas respirar. Vete con ese chico. Distraeros.

—Mamá, no es lo que crees. Y además, tiene casi tu edad.

—No quiero que me cuentes nada. Pero distráete, corazón. Sal de este agujero que te está comiendo el alma. Me has dicho que ahora tenéis un par de días tranquilos. Llama y di que te tomas el día libre.

—Hoy libro; si acaso, preferiría pasar el día contigo…

—Mi niña, yo estoy muy feliz de estar contigo, pero ahora tengo que ir a trabajar. Y tú necesitas poner tu cabeza en otra cosa, y no estar revolcándote en el barro. Cenamos juntas, ¿de acuerdo? Prepararé algo especial. Y tráete a ese francés si quieres.

—¡Mamá!

—Llámalo.

Tres cuartos de hora más tarde Alex y Jérôme salían de L'Escala en el Golf azul de Rita. Conducía Jérôme porque así se lo había pedido Alex, que le indicaba la ruta.

—¿Podemos cerrar las ventanas y poner el aire acondicionado? —Se había puesto una camisa blanca y pantalón largo para causar buena impresión y se le veía acalorado—: Parezco un pollo *a l'ast*.

—Esa expresión no se utiliza aquí —le contestó, brusca, cerrando la ventanilla.

—¿Una mala noche?

—Sí. Bueno, no —rectificó—. De hecho, ha sido una de las noches más importantes de mi vida. La que más.

Y continuó mirando por su lado los campos de trigo ya convertidos en balas de paja como fichas tiradas sobre un tablero. Pensaba en su madre, que no la había dejado caer un solo día de su vida. El

impulso para hacerla dar un paso adelante, la mano que la rescataba del vértigo. Hoy Alex estaba construyendo un monumento de gratitud. Ella no había hecho más que pasar por ahí, dejarse mecer.

Jérôme no dijo nada durante un rato. La expresión de su cara no cambió. El zumbido del motor amortiguó el silencio que se adueñó del momento. Recorrieron kilómetros de una carretera secundaria que atravesaba campos y pinares en una alternancia sincopada que Alex no percibió. Una vez superado el peaje, e incorporados a la autopista, Jérôme retomó la conversación al darle el tique para que lo conservara.

—Sujeta, por favor. Vamos a ver a Montserrat y Amelia Portolà Gavalda, tienen 88 y 86 años. Las contacté a través de la hija menor de Amelia, una mujer encantadora que consultó a su madre y su tía. Son nietas de Jaime Gavalda, el arqueólogo jefe, e hijas de la hija pequeña de ese señor, que se llamaba Angelita. Viven en Viladrau porque la familia se instaló ahí hace ya décadas. Supongo que a las señoras les deben gustar las historias, porque por lo visto les picó la curiosidad y han aceptado recibirnos para contarnos lo que recuerdan de las excavaciones de su abuelo. No sé si sacaremos nada en claro, pero lo que es seguro es que no estaremos más cerca de un testimonio tan directo como ellas. Gracias por venir. No hubiera tenido mucho sentido que hubiera ido yo solo.

Alex esbozó una mueca.

—¿Hoy no tenías que ir a excavar?

—Es uno de esos días de excursiones que llaman «facultativas». Todo el grupo se ha ido a Arlés: visita al Musée Départemental Arles Antique, a cargo del doctor Genot. Como te puedes imaginar, Arles me lo tengo más que visto. No me va nada mal un cambio de aires.

El silencio volvió a adueñarse del habitáculo del coche. Alex se distraía con los puntos kilométricos que pasaban cada pocos segundos.

—Jérôme, ¿por qué haces esto? ¿Por qué te has embarcado en esta investigación absurda?

Alex lo soltó a bocajarro, sin pensarlo en ese momento, aunque se

lo había planteado antes muchas veces. Jérôme contrajo levemente los ojos, en un gesto reflejo, y siguió con la vista fija en su carril y en silencio antes de responder.

—Porque es lo único que puedo investigar. Porque es lo que más se parece a mi trabajo anterior. Porque es una razón para levantarse cada día. Porque me vincula a otras personas. Porque necesito hacer algo por alguien. ¿Por qué lo haces tú?

Dirigió una mirada rápida a Alex como si le lanzara la pregunta con los ojos. Y la respuesta que siempre se daba ella cobró un cariz distinto esa mañana:

—Por justicia. No importa el tiempo que haya pasado.

El hogar de las hermanas Gavalda estaba en la ladera de una urbanización antigua, llena de casas de veraneo de los años treinta del siglo pasado. Se elevaba sobre un terraplén que se salvaba con unas escaleras de ladrillo rematadas con cerámica tradicional catalana. Se había incorporado un elevador para salvar los escalones, y una vez superado ese obstáculo se accedía a un jardín a la sombra de tres pinos altísimos. La casa era de una sola planta; la discreción de su arquitectura contrastaba con su pintura rosa pálido, única en el vecindario. Un mural de baldosas azules adosado a la pared recibía a los visitantes con una Virgen de la Ascensión de tamaño casi natural.

—¿Crees que se santiguan cada vez que entran?

Alex miró a Jérôme con apuro para que bajara la voz porque la puerta de la casa estaba abierta. Notaba a su amigo especialmente eufórico. O tal vez solo contrastaba con su apatía. Dentro sonaba la radio, que emitía una encendida tertulia. Alex cazó varias palabras al vuelo: «indignación», «recurso al Supremo», «prevaricación» y le sonó a viejo.

Llamó con los nudillos antes de encontrar el timbre escondido entre una buganvilla. Enseguida apareció una anciana que al andar balanceaba su exceso de peso de un lado al otro, como si tuviera

que distribuirlo con mesura. Era menuda y vestía una de esas batas frescas y floreadas que se encuentran en los mercadillos de pueblo. Si su cuerpo era algo burdo, la cara era delicada. Su piel colgaba, pero no había arrugas en el rostro y eso le permitía conservar cierto halo de juventud que explotaba con coquetería.

—Usted es el joven francés que llamó a mi hija, ¿verdad? Pase, pase. Mi hija quería estar aquí, pero ha tenido que salir a buscar a mi nieto, que llega en el autocar. Vendrá enseguida. Montserrat está en la galería. Allí estaremos más fresquitos. Madre mía, qué calor hace hoy…

Su hermana Montserrat los esperaba de pie, apoyada en un andador que la hacía inclinarse hacia delante. Esa postura y unos ojos con cataratas los hicieron sentirse escrutados con severidad. Tenía el mismo rostro que su hermana, semejante atuendo y el mismo volumen, aunque le sacaba unos diez centímetros por lo menos.

Les hicieron sentar en butacas de enea forradas con cojines que un día fueron buenas labores de costura. La expresión del rostro de Montserrat se dulcificó tras hacer las presentaciones e intercambiar frases banales sobre el tiempo. Se acomodó en otra silla de la que apartó una labor de ganchillo a medias. A Amelia le dio tiempo a ir a la cocina y volver con una jarra de limonada fría en la que flotaban unos cubitos de hielo que el bochorno devoró con rapidez. Ella llevaba la voz cantante. Se puso a llenar los vasos al tiempo que iniciaba la conversación.

—Nos tienen intrigadas, ustedes dirán…

—Estamos investigando unos sucesos que tuvieron lugar a principios de 1900.

—¡Madre mía!

—Sí, es que soy arqueólogo, ¿sabe?

—Mira, Montserrat, ¡como el abuelo, que en paz descanse!

—Cierto, de hecho, excavo en Empúries, un lugar que ustedes conocerán muy bien.

—No se crea, yo no habré ido más de tres o cuatro veces. ¿Y tú,

Montserrat?

—Sí, lo mismo. Y de mayor. Nuestra madre estaba un poco harta de Empúries, ¿sabe?

—Su madre era…

—Angelita, Angelita Gavalda. Luego se casó con papá, y fue Angelita Gavalda de Portolà. Y nosotras, Amelia y Montserrat Portolà.

—Mamá era la hija pequeña de Jaime Gavalda y Roberta Flaqué. Angelita Gavalda Flaqué, y por delante estaban…

—Sí, todas las hermanas, muy bellas, por cierto. Las he visto en una o dos fotos. Alex y yo queríamos saber si su padre trabajó con otros arqueólogos.

—Sí, las fotos de Empúries. La de veces que la tía Cristina nos contó que se cayó al agua mientras subía al espigón con el vestido recién estrenado. Y suerte que no estaba la abuela Roberta, ¡cómo se hubiera enfadado! Pero ella no salía muy a menudo, ¿sabe? Tenía lo que en aquella época llamaban «melancolía».

—Dilo así, Amelia, pero lo que pasaba es que la abuela odiaba salir al campo, y siempre se inventaba alguna excusa. Era un hueso y algo neurótica, déjame decirlo.

—¡Ay, Montserrat! No digas esas cosas delante de estas personas, que no nos conocen.

Alex y Jérôme intercambiaron una mirada que recogía la duda entre limitarse a beber limonada helada o retomar las riendas de esa charla, que parecía más una visita a unas tías ancianas un domingo por la tarde. Era difícil introducirse en el cauce de la conversación para virar el rumbo. Ni uno ni otro eran capaces de encontrar la rendija por donde colarse.

—Pero ¿es que no te acuerdas de los disgustos que se llevaba mamá, cuando la llamaba la abuela Roberta una y otra vez y le decía que se moría?

—Bueno, Montse, es que tú eres mayor, yo no lo recuerdo.

—Lo que tengo es más memoria… Y cuando mamá era joven, y las tías ya estaban casadas, igual, lo mismo. La tenía esclavizada, de enfermera día y noche.

—Eso es verdad, el abuelo se llevó un verano a mamá a Empúries para alejarla de todo eso.

—Y mamá siempre dijo que fue el mejor verano de su vida. A pesar de que acabó mal.

Alex, que paseaba aburrida la vista por las estanterías llenas de colecciones de fascículos encuadernados sobre cualquier tema imaginable, volvió a la conversación al instante.

—¿Qué es lo que acabó mal?

—Pues que se enamoró. Y no salió bien.

Alex, que por un momento había esperado el relato de un asesinato, volvió a bajar la guardia. La conversación tenía visos de no acabar nunca. Perdían el tiempo.

—Dilo bien, Amelia. Se enamoró, fue todo muy bonito, pero resultó que el tipo era un sinvergüenza.

—Sí, eso pasaba en aquella época. Supongo que querría aprovecharse.

—Quita, querida, quita. Le hizo un montón de promesas. Ella bajó a Barcelona ya a punto de contar que se iban a comprometer. Y nunca más se supo. Hay que ver.

— ¿Cómo que nunca más se supo? —Esta vez fue Jérôme quién reaccionó.

—Pues que se largó con viento fresco. Desapareció.

—¿Y saben su nombre? —Alex quería creer que rascaban algo con la punta de los dedos.

—Nosotras no, mamá nunca lo pronunció, por el desconsuelo que le producía recordarlo.

—Sería un comerciante, ¿verdad, Amelia?, o alguno que proveía a la excavación de material, o algo así. El abuelo Jaime estaba muy disgustado también, por lo visto lo conocía bien. Yo recuerdo que se quedó una especie de dicho familiar fruto de aquello. Él lo repetía mucho, siempre y cuando no estuviera nuestra madre presente: «De mercader no te has de fiar». Lo decía cuando alguien no le gustaba.

—¡Mercader! —Alex saltó con un tono de voz tan elevado que las dos ancianas la miraron sorprendidas.

—¡No es un oficio, es un nombre!

Jérôme hablaba para Alex, no para sus anfitrionas, pero ambos percibieron que tenían que resolver la expectación. Les refirieron el suceso que investigaban y que hasta ese momento habían mantenido en la ambigüedad. Depositaron en las manos de las ancianas lo que sabían de los restos de un ser humano que había respirado, sufrido, trabajado y, por lo visto, amado. Cuando acabaron de referir la tan asombrosa parte de la historia, que se recolocaba en la memoria familiar de las Gavalda, el silencio se hizo en la estancia. Los hielos de la limonada hacía rato que se habían convertido en agua. Un par de moscas pegajosas habían entrado en la galería sin que nadie hiciera ningún ademán de acabar con su revoloteo, Amelia intentaba recapitular.

—¿Están diciendo que el enamorado de mamá era Mateu Mercader, asistente de su padre, y que no es que se fuera sin dejar rastro, sino que fue asesinado y nadie lo supo jamás, y que ahora ustedes han encontrado sus huesos?

—Creemos que es probable que esa sea la verdadera historia.

—¡Madre mía santísima!

Y acto seguido Amelia se santiguó tres veces, y Alex tuvo tiempo de especular que sí, que se santiguaba cada vez que entraba en casa frente al mural de la Virgen.

—No tenemos pruebas determinantes, solo indicios. ¿Ustedes recuerdan en qué año Angelita pasó el verano en Empúries?

—Fue 1912, ¿verdad, Montserrat?

—Exactamente, 1912, sí, señora.

Ahora fueron Alex y Jérôme quienes las miraron sorprendidos.

—¿Y esa precisión?

—La pluma. Mamá la guardó como oro en paño. Lo único que conservó de él. Ve a buscarla, Amelia.

Con los ojos húmedos, Amelia dejó de retorcer la tela de la bata con sus dedos de palo, se levantó murmurando y desapareció por el pasillo. Montserrat los miró hierática, la mirada delataba que no estaba allí. Su hermana regresó con su balanceo en lo que Alex

calculó unos tres minutos. Debía de ser una mujer muy ordenada para localizar tan rápido aquel objeto que ella tendría sepultado en el fondo de cualquier armario. Amelia traía algo envuelto en un paño de lino que amarilleaba por el paso del tiempo. Lo depositó sobre la mesa en torno a la cual se sentaban con las dos manos, a modo de ofrenda solemne en un gesto arcaico. Alex no veía el momento de lanzarse sobre ese pequeño tesoro. Montserrat inclinó la cabeza hacia ella, para que hiciera los honores. Casi le temblaban las manos cuando con las puntas de los índices y pulgares desenrolló el paño para extraer el objeto cilíndrico que escondía. Una pluma idéntica a la que yacía junto a los restos de Perséfone quedó al descubierto, en su metal concentraba la luz del mediodía. Angelita, su dueña, se había preocupado de mantenerla en mucho mejor estado que su gemela: conservaba su fulgor áureo, frotado con diligencia con limpiametales. No se había acumulado suciedad en las filigranas, y Alex y Jérôme, incorporados de sus sillas y con los codos apoyados en la mesa, distinguían sin dificultad la inscripción que recorría el perímetro del cuerpo de la estilográfica: «duos eadem, 1912».

—Junta estas palabras con las de la otra pluma, Alex.

Unidas a las otras dos completaban una frase en latín: «Auferat hora duos eadem». Alex la buscó en internet móvil en mano: «Que la misma hora nos lleve a los dos». En un blog de eruditos de lenguas clásicas leyó que era una frase de las *Metamorfosis* de Ovidio, mencionada en una leyenda en la que dos ancianos, Filemón y su esposa Baucis, afirman no entender la vida del uno sin el otro. Habían juntado dos piezas que encajaban. Y dos almas. Del infierno donde estaba Perséfone regresaba un ser con nombre y apellidos. Habían encontrado a Mateu Mercader, una joven promesa de la arqueología a quien le truncaron el futuro. Angelita había hecho un último acto de amor.

En el coche de regreso iban tres, Alex, Jérôme y esa presencia incorpórea que les contaba quién era, qué había sentido, qué

felicidad le habían arrebatado. Fuera, el calor intenso emborronaba la lejanía y los aislaba de lo que no era el presente. Solo algún polígono industrial, blanco y acero, les recordaba de vez en cuando con sus líneas duras que no estaban en una burbuja. Los carteles con las poblaciones a los que se acercaban a toda velocidad por la autopista, para dejarlos atrás en un suspiro, les aseguraban que iban en alguna dirección. Atravesaron la mancha verde de pinos interminables del macizo de Les Gavarres. Las torres de alta tensión parecían sostener el mundo. El bochorno entumecía las ideas, y el sopor del mediodía, justo antes del almuerzo, cuando la falta de alimento anega la conciencia, les construyó un Mateu corpulento, que desde el asiento de atrás los instaba a averiguar quién lo había matado, quién le había arruinado la vida. Los reflejos de la luz entre los árboles se convertían para Alex en ojos hirientes, ojos que preguntaban. Cerró los suyos buscando un alivio, y no los volvió a abrir hasta que apareció el mar para diluirlos.

Jérôme condujo hasta el garaje de Rita con la pericia de alguien que conocía el pueblo, sorteó las calles principales y atajó por las callejas que se extendían hacia el mar. Seguían sin cruzar demasiadas palabras. Fueron al apartamento de Jérôme, que Alex todavía no había pisado. Entró con la curiosidad del que se adentra en un espacio desconocido y con la extrañeza de quien hace un descubrimiento en un lugar que se supone que es territorio propio. Tras la puerta, el olor a madera que desprendía la piel del excomisario se magnificaba hasta convertirse en una entidad en sí misma. Estaba claro que se perfumaba justo al salir, pensó Alex, y convertía el recibidor en un exceso de los bosques salvajes de Canadá. La casa no daba demasiadas pistas sobre su ocupante. Escasos enseres personales: unas gafas, algún vaso abandonado en una estantería, un par de camisetas dobladas con pulcritud sobre el respaldo de una silla, una toalla sobre el asiento. Por lo demás, orden. Solo la mesa del comedor iba por libre, con la acumulación de papeles con anotaciones y esquemas, carpetas manoseadas y fotografías que estaba usando Jérôme para identificar el cadáver.

Alex salió a la terraza atraída por el panorama poco habitual de su pueblo que podía disfrutar desde esa altura. Respiró, se libró del perfume que le había invadido las fosas nasales, y lo sustituyó con avidez por el de las algas y el salitre. Mateu Mercader conoció una costa salvaje, en la que todo estaba por hacer. La suya era la de los apartamentos y chalés de verano devorando suelo. Debió entretenerse más de lo que suponía, porque cuando volvió a entrar su amigo cortaba lechuga y tomates en la encimera de la cocina. Se había servido una cerveza y tarareaba una canción que a ella le sonaba vagamente. Habían acordado comer juntos mientras repasaban otra vez todas las fotografías y el resto del material que habían recogido. Aunque era una investigación clandestina, iban a escribir un informe al uso.

Cuando se acercó, le alargó un cuchillo y un par de zanahorias.

—Un trabajo mecánico te relajará.

—Pues estoy por decirte que te sientes y que lo hago yo todo…

—Estoy condenado a seguir para mantener mi imagen de hombre moderno.

—La categoría no se gana cortando lechuga.

—Lo intentaré friendo flores de calabacín. —Y se acercó al frigorífico, de donde sacó seis tulipanes amarillos de pétalos arrugados que parecían dormidos sobre el plato.

—*Touché*.

Comieron sin prisas, y alargaron la pausa antes de poner a trabajar el cerebro. La terraza estaba bajo techo, y de vez en cuando una brisa desorientada removía el aire estático que parecía invadirlo todo. Alex saboreó las pequeñas delicias culinarias de Jérôme, que distraía la conversación hacia lo frugal. Casi tuvieron esa familiar sensación de las vacaciones playeras, bañadas por el soniquete de las olas y las exclamaciones infantiles que rebotaban en las paredes. Un regusto que empezó a alejarse cuando del café solo quedaban unos posos en el fondo de las tazas.

—¿Preparada para volver a 1912?

—Claro, quiero conocer a Mateu Mercader.

Alex se dispuso a seguir a Jérôme por el túnel del tiempo. La máquina para trasladarlos cien años atrás era la mesa de pino atestada de ampliaciones fotográficas de los tiempos gloriosos de las excavaciones de Empúries. Jérôme demostró conocer a fondo todas las imágenes al descartar con agilidad las escenas de pesca o los retratos de algunos pescadores inmortalizados por la cámara de placas de Esquirol. Una vez retiradas estas, empezó a disponer sobre el tablero las demás de forma que fueran visibles desde donde se sentaba Alex. Escogió una de ellas, recuerdo de una visita de Puig i Cadafalch el 16 de mayo de 1912 en compañía de un grupo de la Asociación de Arquitectos de Cataluña, según constaba en el reverso de la fotografía que se guardaba en el archivo del museo. Gavalda se había dedicado con esmero a recoger todo lo que sucedía alrededor de Empúries no solo en unos cuadernos pormenorizados, repletos de detalles técnicos, discusiones con los miembros de la Junta de Museos, negociaciones con los vecinos y el consistorio de L'Escala e incluso la climatología. También había conservado albaranes, ilustraciones y bocetos, noticias de periódicos y las fotografías. En las de grupo, un discreto número encima de las cabezas facilitaba la identificación de cada uno de los presentes. Gavalda había trabajado con miras a la posteridad.

Entre el grupo sonriente, encaramado sobre dos muros excavados, entre algunas personas sentadas, otras de pie, Jérôme le señaló a un joven que miraba a cámara con solemnidad. Los que lo rodeaban observaban atentos a una mujer, en la esquina derecha de la fotografía, que parecía estar hablando, con la mano derecha levantada, sobre algo que en aquel momento pudo ser banal o trascendente. Alex se acercó todo lo que pudo a la imagen. Contuvo la respiración de forma inconsciente, temía encontrarse un rostro que le desagradara, que no se mereciera el esfuerzo que estaban haciendo. Se encontró con una mirada altanera y a la vez desvalida. Mateu estaba pendiente de la foto, y no del grupo. No escuchaba la

conversación, él quería estar en el recuerdo, fijado en las placas de vidrio a la gelatina, replicado en el boletín de la Asociación de Arquitectos de Cataluña, quizá en la prensa. Prestaba su figura huesuda, llena de cantos, impoluta en el vestir, con el aire de un dandi que sabe cuidar su aspecto incluso en medio del polvo y la tierra. Las manos escondidas detrás de la espalda empujaban su torso hacia delante. Alex no sabía de modas de la época, pero distinguía una perilla de una barba. Tal y como Mateu se la recortaba, acentuaba el ángulo de su cara, con el bigote en una inclinación considerable hacia la vertical y la barba como un triángulo cuyo vértice inferior rebanaba el final de la cara hasta aparentar una barbilla puntiaguda, «de chivo», pensó. Le gustaron sus ojos, decidió, o mejor dicho, el brillo de los ojos que creyó detectar en la imagen que se emborronaba a medida que se aproximaba. Imaginó en él curiosidad y determinación, y una pasión moderada por la educación refinada que delataba un pañuelo oscuro que salía del bolsillo superior de su chaqueta de buen corte. Por la abertura que mostraba el chaleco se distinguían los eslabones de una cadenita. Alex se pellizcó los labios. Supuso que sería su reloj de oro, el que ahora se guardaba en un armario custodiado en la unidad de Girona y del que ella tenía varias fotografías. Saludó a Mateu como quien descubre a un bisabuelo que se perdió en la guerra de Filipinas.

Jérôme le dio tiempo a encariñarse con la mutación de Perséfone, el nombre que adquiría corporeidad, aunque fuera en un blanco y negro desgastado y lleno de manchas. Con un movimiento suave extrajo del montón otra instantánea en la que se veía a Mateu, más alejado, con otro hombre, mayor, enjuto. Sus rostros se perdían en sombras, pero se adivinaban sonrientes. Estaban en la basílica paleocristiana de la Neápolis, tal y como rezaba la leyenda en el reverso, mimetizada casi con el original del archivo.

—Le has echado las horas que yo no le he dedicado a esta investigación.

—En el fondo soy un ratón de biblioteca y no un poli duro. Aquí

Mateu está con Gavalda.

El arqueólogo jefe aparecía con los brazos en jarras, como apremiando impaciente al fotógrafo para que acabara y le dejara volver a sus tareas. Mateu estaba de lado, menos pendiente, como si la fotografía le hubiera pillado desprevenido o él no fuera el objeto real de la misma. Ambos vestían sombreros de paja y corbata y calzaban alpargatas. Detrás de ellos se distinguía la muralla y ya en tercer plano el muelle griego que se adentraba imponente en el mar. Una barca de vela latina a su lado se veía enclenque y daba una idea ajustada de las dimensiones y la perspectiva.

—¿Cómo se llevarían?

—Por lo que leí en los diarios de Gavalda, creo que lo recibe feliz de tener refuerzos, y aunque no hace comentarios personales, sí lo menciona con frecuencia: «Ha hecho este boceto», «ha instalado tales refuerzos», «ha hallado esto otro»… Diría que formaban buen equipo.

—¿Y Angelita?

Jérôme le lanzó la foto en la que la había identificado días antes. La pose relajada que lucía entre la formalidad del resto de la familia sedujo a Alex de inmediato. La interpretó como el signo de que no estaba a gusto en su tiempo. Era un mensaje para ella. En una fracción de segundo descartó un pensamiento tan absurdo.

Siguieron buceando en la colección que había reunido Jérôme. Alex se familiarizó con esas figuras estáticas que habían cobrado de golpe una gran importancia en su vida; Jérôme las repasó por enésima vez, buscando nuevos indicios a la luz de la información tan valiosa que habían obtenido de las hermanas Gavalda. A Mateu le encontraban en varias de ellas, en las excavaciones, en una celebración con las cuadrillas. Alex anotaba mentalmente quiénes eran los que estaban más próximos a él a juzgar por las fotografías, bien porque se retrataban juntos a menudo, bien porque en la imagen mostraban cercanía. Surgieron más nombres: el señor Ribot, de la Junta de Museos de L'Escala; Pere Pascual, capataz de la excavación; Raimon Comellas. Estos dos últimos, junto a Gavalda y

Mateu, aparecían en una fotografía conservada con mayor calidad que las otras y con una fecha posterior. Además, era un plano más cerrado que permitía hacer un escrutinio más detallado. Raimon Comellas rodeaba con su brazo a Mateu mientras con la otra sostenía un porrón de vino casi vacío. De los veintitantos hombres, muchos sujetaban hogazas de pan, otros porrones, vasos o platos, como si les hubieran hecho posar a media comida. Sus rostros transmitían la relajación del vino y la digestión tranquila. Algunos fumaban puros. Todos llevaban la cabeza cubierta con gorra. Alex dedujo que Raimon era uno de los peones: era joven, una faja le sujetaba la cintura y sus pantalones estaban desgastados en las rodillas. Su mirada insistía en cierta temeridad juvenil de la que se había contagiado Mateu. Su evolución física saltaba a la vista: más corpulento, la barba más poblada y desdibujada, la piel más oscura; se confundía entre el resto de los peones y podía pasar por uno de ellos, con el mismo pañuelo anudado al cuello.

—No lo entiendo, Alex, ayúdame.

Jérôme estaba con otra de las imágenes. Se mecía hacia atrás en la silla, inclinando el respaldo, y tenía una lupa en la mano que de vez en cuando recogía los reflejos de un sol cada vez más bajo. Los restos de la comida languidecían junto a la placa vitrocerámica, salvo una tableta de chocolate reblandecida en la esquina de la mesa repleta de papeles. Se empezaban a oír las golondrinas, que espabilaban tras las horas de calor más intenso.

Alex volvió al siglo XXI para recoger la petición de Jérôme. Sonrió burlona al ver su balanceo en las dos patas traseras de la silla, con el semblante del que han pillado desprevenido.

—¿Qué es lo que no entiendes?

Jérôme soltó la lupa, aterrizó las patas en el suelo y le explicó:

—Llevo un rato con esta foto, una de las que compré en el Museo de la Anchoa. Sale mucha gente. Repaso los nombres que escribí copiando el reverso de la placa del archivo del museo, igual que he hecho con todas las demás, casi treinta personas, veintiocho, para ser exactos. Pero en la foto solo hay veintisiete… y no encuentro a

Mateu, que sí está en la lista.

—A mí no me parece tan raro. Es un error. No eres perfecto.

—Ya. Pero si me equivoco es porque omito un nombre, porque lo escribo de forma equivocada, porque repito otro, no porque me invente uno, ¿no crees?

Tenía su lógica, pensó Alex. Se acercó y le hizo repasar con ella el listado, los números de cada una de las figuras que se paseaban por la imagen. Era una estampa en la que se mezclaban obreros, algunos miembros de la Junta de Museos de Barcelona y visitantes del pueblo, hombres y mujeres. Incluso asomaba algún niño. Una tira en el ángulo inferior izquierdo, que parecía adherida a la fotografía en una versión anterior, anunciaba en las letras que todavía se distinguían «… uinas de Ampurias». No hacía falta: las columnas truncadas, los capiteles yacentes, las piedras sillares del muro lo hacían evidente. Se repetían algunos nombres familiares como Gavalda, a quien Alex fue capaz de distinguir a simple vista, o Pere Pascual, o el señor Ribot, que apoyado en un paraguas inclinado por su peso mostraba solo su escorzo mientras departía con los que aparentaban ser los visitantes más ilustres.

—Mira, tendría que estar aquí, es el número 23. Pero yo no veo número 23 por ninguna parte.

Estaba tomada, según el reverso de la foto, el 15 de octubre de 1912.

Con la lupa se apreciaba que los minúsculos números pasaban del 22 al 24. No había ninguna otra ausencia. Los demás figurantes, de pie o sentados, disfrutaban de un momento de asueto en las ruinas, menos Mateu, al que por lo visto ese 15 de octubre de 1912 le escatimaron ese buen rato.

—Esta fotografía es demasiado pequeña, no se puede ver todo con detalle.

Jérôme la lanzó a la mesa con brusquedad. Estaba contrariado.

—Seguro que la respuesta está ahí mismo.

—Pues yo no la veo.

—Jérôme, esta foto es la que está en la segunda planta del

ayuntamiento, en el pasillo que lleva a los despachos del alcalde y los concejales. La he visto un montón de veces. Allí está mucho más ampliada, quizás nos dé una pista.

—El ayuntamiento cierra a las seis, son las siete pasadas, hemos comido tardísimo —se detuvo unos segundos—, pero tú puedes entrar, eres de la policía. Vamos.

Se levantó como un autómata. Alex no se movió de su sitio.

—Espera. ¿Qué te hace pensar que yo puedo? No tengo las llaves de todo el pueblo.

—Pero conocerás al poli de guardia que te dejará entrar sin problemas.

—¿Poli de guardia? ¿En el ayuntamiento? ¡Pero si somos cuatro gatos! Cuando cierra, se echa el cerrojo y hasta mañana.

—No me lo puedo creer. ¿Y en caso de urgencia?

—Hay un letrero en la puerta: «Diríjanse a la policía». Esto no es París, comisario.

—Por fortuna. Porque estoy seguro de que en la comisaría hay llaves del ayuntamiento.

—Pues sí, supongo. ¿Por qué no esperamos a mañana?

—Mañana tú volverás a tu Vidal, yo a la excavación y Mateu se desvanecerá. Acabemos con esto de una vez.

Alex miró a su compañero y entendió que no iba a convencerlo. Ella misma dudaba de que quisiera alargar esa investigación. Tenía que encontrar al asesino de Mateu Mercader. Quería empezar a cerrar historias. Y en ese momento esta le parecía la más plausible a su alcance. Valoró a la carrera cómo podía obtener esas llaves que nunca había utilizado. Tenía el vago recuerdo de que en alguna ocasión Morata, su jefe, le había mencionado un cajetín en la cabina de guardia permanente de la comisaría donde se guardaban llaves maestras de algunos puntos clave del municipio: el ayuntamiento, las escuelas y el cementerio, entre otros. La del cementerio ella la había manejado más de una vez, porque cualquiera podía solicitarla si dejaba su DNI en la comisaría. Suponía que las demás estarían en el mismo sitio.

Su prudencia le aflojó las piernas cuando se levantó, pero su determinación expulsó de su cabeza la cara de Morata enterándose de que había sustraído las llaves del ayuntamiento. A los diez minutos estaban en la puerta de la comisaría.

—¿Tenemos un plan?

—¿Qué plan quieres que tenga, Jérôme? Habrá dos personas, un *mosso* y un policía local, en la cabina de la recepción. Si no me equivoco, el cajetín está ahí. Y ya no sé más.

—¿Sabes cómo vas a conseguir que dejen la cabina vacía?

—¡Y yo qué sé! Oye, este no es mi estilo. Si me pillan me la juego. Para ti será algo divertido, pero a mí me pueden cortar el pescuezo.

—Déjame a mí, yo los distraeré. Tú solo tendrás que coger las llaves, para ti es fácil entrar en la cabina, para mí no tanto. Si pasa algo, diré que todo es cosa mía, que tú no tenías ni idea de que te estaba utilizando.

Alex calibró si lo decía en serio. Jérôme le clavaba las pupilas, sin parpadear. Ella no sabía si era un truco de policía que ha interrogado a demasiados sospechosos.

—Preséntame como un amigo tuyo que quiere visitar el cementerio marino. Lo único que tienes que conseguir es acercarte al cajetín.

Alex entró la primera, con una mueca parecida a una enorme sonrisa. En la recepción estaba la cabina, separada por un cristal blindado, como en un banco, donde se sentaban dos de sus compañeros. A aquellas horas, y en verano, la actividad en la comisaría era reducida. Los agentes estaban patrullando o habían acabado sus turnos. Cierto tedio de sobremesa inundaba el espacio.

—Hola, Roda, hola, Tere.

—¡Anda! ¿Tú no tenías libre hoy?

Tardó un segundo de más en reaccionar a la observación de Roda. Tere apenas levantó la vista de lo que leía. Alex siempre la veía escondida en su libro electrónico cuando no tenía nada que hacer.

—Sí, claro, pero quería recoger unos papeles para consultarlos en

casa. No quiero desconectar tanto tiempo —bromeó. Al instante se dio cuenta de que sonaba demasiado cordial. Con Roda tenía un pase, pero con Tere, no. La relación entre ambas era fría, por no decir inexistente.

—Claro, como ahora eres importante…

—Os presento a Jérôme, es amigo mío, está en el curso de arqueología de Empúries y todavía no ha visto el cementerio marino, así que le he dicho «Vente conmigo y te coges la llave».

—Encantado, agentes. Me han dicho que vale mucho la pena.

—No sé qué decirte, eso de ir a ver lápidas… Pero claro, tú, acostumbrado a las piedras, seguro que ves otra cosa.

Alex aprovechó la charla para meterse en la cabina, mientras murmuraba algo de que no encontraba una carpeta que se había dejado ahí. Tere ni se inmutó. Roda, mucho más agradecido por la conversación inesperada, parloteaba y a la vez abría el cajetín de metal rojo que tenía justo detrás de la cabeza, a la altura del hombro una vez de pie. El cajetín tenía tres filas de ganchos con diversos juegos de llaves colgando, todos identificados con una etiqueta de plástico. Roda extrajo una llave antigua y mate, de metal casi oxidado, y le empezó a explicar a Jérôme cómo tenía que introducirla en el cerrojo de la puerta del cementerio. Alex estaba petrificada detrás de Tere, sin encontrar el valor suficiente para alargar el brazo y coger el juego del ayuntamiento. Tenía los brazos paralizados y lo único que podía hacer era seguir allí. Tere se giró un momento, y ella disimuló y se puso a buscar algo por los anaqueles que acumulaban correspondencia atrasada. Su compañera entornó los ojos y volvió a su lectura. Jérôme se mostraba más locuaz y obtuso que nunca, y Roda, con una paciencia infinita, algo lisonjeado por algún comentario admirativo de su interlocutor, repetía el pequeño truco imprescindible para abrir la cancela del camposanto, hasta que Jérôme consiguió su objetivo.

—Tere, le acompaño un momento, porque si no, este hombre, con su problema en la mano, veo que no va a haber manera.

—Con que me abras, perfecto, yo luego me quedo dentro, que

quiero hacer unos dibujos, me entretendré un rato, así no hace falta que me esperes.

En la puerta, mientras la abría, Roda le dijo:

—No, no puedo quedarme, no puedo dejar mi puesto. Y te acompaño porque está a medio minuto.

Y una vez fuera añadió, ya para Jérôme:

—Es que me moría de ganas de echar un pitillo… Teóricamente no podemos salir mientras estamos de guardia, pero, oye, nunca pasa nada.

—Tú tranquilo, que yo no me chivo.

Alex los vio avanzar a través de la cristalera que daba a la calle Garbí, la misma que conducía al cementerio. Miró la coronilla de Tere. Su pelo castaño claro estaba enredado, no se había pasado el peine. Su indiferencia le dio las alas para actuar con rapidez. Quejándose en un murmullo que sabía que espantaría a cualquiera de entablar conversación, se movió haciendo el ruido suficiente para que el tintineo de llaves pasara desapercibido. Con ellas en la mano, cerró la portezuela para que no repararan en la falta de un manojo. Tenían el tiempo que se suponía que un arqueólogo interesado en la historia podía pasarse dibujando lápidas en un cementerio.

—Pues no lo encuentro aquí. Ya me he hartado de buscar. Me voy.

—Vale.

Tere siguió con la vista fija en el libro. La teoría de sus compañeros era que solo leía novelas románticas. Alex sostenía que eran policíacas, para leer lo que a ella no le sucedía nunca.

Cuando iba a salir por la puerta de la cabina se giró y le preguntó:

—¿Qué lees?

Tere levantó la cabeza como si se la arrancaran del libro:

—Carl Sagan. ¿Le conoces?

—Claro.

Alex cerró pensando que si hubieran apostado, todos habrían perdido. Se cruzó con Roda, que apuraba su cigarrillo antes de volver a entrar, en el pequeño parterre de flores mustias frente a la entrada, junto a los mástiles de las banderas. Lo saludó con prisa,

demostrando que no se iba a detener. El corazón le latía demasiado aprisa como para disimular y quería quitarse la mueca de simpatía infinita de la cara.

Se dirigió al cementerio con las llaves agarradas con fuerza en el bolsillo. La cancela estaba cerrada, pero el candado no. Entró y la verja chirrió. Silbó. Jérôme apareció al instante detrás del primer pasillo de lápidas.

—Silbas como en las películas.

—Tengo las llaves.

—No perdamos tiempo.

—¿Qué problema en la mano tienes tú?

—Pues ahora que lo dices… estoy mucho mejor.

Acordaron que Alex entraría con naturalidad por la puerta principal y que abriría una puertezuela secundaria en la calle de atrás para que Jérôme lo hiciera sin ser visto. Nadie en la plaza se fijó en que una joven con la llave pertinente abrió la puerta del edificio del consistorio, así que Alex, una vez dentro, pudo por fin relajarse. Era la primera vez que se sentía segura desde que habían puesto en marcha su plan clandestino. Conocía las instalaciones con detalle y se movía por ellas con la tranquilidad de quien ha pasado allí muchas horas.

Todavía era de día, así que evitaron encender luces que llamaran la atención de alguien desde fuera. Los pasillos olían a desinfectante. El rastro de los empleados de la limpieza era superior al del alcalde y sus ediles. El linóleo amortiguaba sus pasos. Subieron los dos juntos por la escalera que conducía, ceremoniosa, a los despachos oficiales. Todo tenía la dimensión modesta del pueblo. No se veían alardes de gran municipio boyante. Fotografías de distintas épocas de L'Escala y Empúries jalonaban las paredes a falta de obras de arte. Alex se detuvo sin dudar ante la que buscaban. Los rayos de sol escorados eran sus aliados, iluminaban como focos la imagen encarada al oeste. Ahí estaban esos hombres y mujeres, siempre preparados,

mirando al objetivo o posando para una eternidad que ignoraban que consistiera en petrificarse en un pasillo.

Contó rápidamente, aun cuando no veía a Mateu Mercader, sino el mismo vacío en el lugar que supuestamente tendría que ocupar el número 23. Mientras se pegaba a la imagen hasta que le dolieron los ojos, Jérôme se acercó por el otro lado a la fotografía, que mediría un metro y medio por uno aproximadamente, y comprobó los anclajes por detrás del cuadro.

—Ayúdame.

—¿Qué quieres hacer ahora?

—Esta reproducción es muy antigua, si no tiene cien años pocos le faltan. Vamos a ver si pone algo por detrás. Habrá que quitar el bastidor.

No hizo falta. Nadie se había preocupado de proteger el reverso de la fotografía, que era decepcionante, un jarro de agua fría: «Josep Esquirol, ruinas de Ampurias. 10 de octubre de 1912».

—Menuda pista.

—Algo nos está contando, Alex. En el registro de Gavalda, pone 15 de octubre. Aquí en cambio pone día 10, no hay duda.

—Una vez más, Jérôme, la gente se equivoca.

—Menos de lo que crees. ¿Y si fuera con un propósito concreto en lugar de un error? El régimen estalinista se dedicó a modificar fotografías para borrar a sus oponentes o a los caídos en desgracia.

—¿De verdad? No sabía que el Photoshop fuera tan antiguo…

—Photoshop de escalpelo. Pero ¿por qué en este caso? ¿Por qué Mateu?

Jérôme no se conformaba nunca, pensó Alex. Y ella en cambio no paraba de echar el freno en la investigación. La desorientaba ser ella la apocada, la que pedía a gritos no querer saber. La que tenía miedo.

—Esto cada vez es más enrevesado.

—Es más sencillo de lo que parece. Mateu Mercader resultaba incómodo a alguien, no solo en el presente, sino en el futuro. Lo hicieron desaparecer del mundo, y de la historia. Lo borraron. Ahora

solo falta averiguar por qué.

—Estuvo en el momento equivocado en el lugar inadecuado.

—O hizo lo que debía hacer y a alguien no le gustó. Recuerda que lo enterraron en una parcela propiedad de un terrateniente del pueblo.

—De Vidal. ¿Crees que hay una relación entre el hallazgo del cadáver de Mateu y la muerte de Ricard Vidal? No puede ser casual…

Salieron ambos por la puerta trasera, en un silencio menos sigiloso que reflexivo, buscando resortes en su cabeza que les permitieran entender cuál era el lugar en el mundo de Mateu y por qué no había seguido ahí. En tal estado de concentración a Alex no le fue difícil devolver las llaves del ayuntamiento junto a las del cementerio entre la charla de Roda y la ignorancia de Tere. Cuando las colgó de sus ganchos respectivos sintió que había estado acarreando una tonelada de hierro y que volvía a tener el cuerpo liviano. Jérôme la esperaba en la esquina de la comisaría para despedirse. Ambos sudaban. No era posible decidir si era por la tensión liberada o por el bochorno galopante.

—Hemos hecho un buen trabajo.

—Me da la sensación de que hoy han pasado mil cosas.

—Hemos viajado en el tiempo y eso cansa.

—Por eso te mereces una buena cena. Mi madre me espera, pero como le he hablado de ti, me ha pedido que te invite. ¿Te apetece pasar una velada típicamente local? No te hagas ilusiones, ¿vale? No bailamos ni tocamos la pandereta.

—Como soy un ratón de biblioteca sin queso en casa, no me voy a negar. Seguro que tu madre cocina mejor que tú.

—No lo dudes.

«Mamá, llevo al francés. ¿Tienes cena suficiente?».

«*Oh, là, là!* Claro que sí».

La última mañana de julio se había levantado con una máscara de

niebla. El bochorno insoportable de los últimos días había explotado y una bruma se extendía opresiva por encima de todas las almas. Las personas con las que Alex se cruzó en su camino a la comisaría parecían andar más cerca del suelo, como si la niebla las aprisionara contra el pavimento. Su cerebro también seguía la tendencia: tenía un bloque compacto de cemento en la cabeza del que era imposible obtener algo. No veía apenas nada ni con los ojos ni con las neuronas. El mar solo asomaba a la orilla por una rendija entre la bruma. Los turistas, con sus ropas de colores chillones, eran notas discordantes, lo que aumentaba su propia extrañeza ante ese fenómeno impropio del verano. Los escalenses, en cambio, no estaban extrañados. Las nieblas fruto de la calima no eran raras en las mañanas de estío. Todo parecía ir al ralentí, un ralentí descolorido.

La niebla ocultaba las banderas que ondeaban en los mástiles de la comisaría incluso cuando se estaba debajo. Alex le había pedido a Diego en el Medusa dos cafés esa mañana: para despertarse bien y para calentarse las manos. Tras las revelaciones de las últimas treinta y seis horas, sobre su padre y sobre Mateu, esperaba también la resolución del caso Vidal. «No hay dos sin tres», «una al día», «trío de ases» eran las cantinelas que había ido recitando mientras se dirigía al trabajo a paso ágil.

Llegó antes que Nuria y Víctor, pero no antes que Gabriel Morata. Asomó la cabeza a su despacho y lo vio hojeando *El Punt* sentado a su mesa, con las gafas descuidadas casi en la punta de la nariz.

—¡Buenos días, jefe!

—Buenos días, Sabell, por tu aspecto diría que te sentó bien el día libre.

Ella asintió con la cabeza y siguió mirándolo sin añadir nada.

—¿Quieres contarme algo? —la animó Gabriel apoyando sus brazos sobre el periódico e inclinándose hacia ella.

Alex dudó. Las palabras le quemaban en la boca. Agitó en el bolsillo uno de sus tesoros marinos, los ojos de santa Lucía.

—Sí, pero no ahora. Tengo que aclararme.

Gabriel asintió, y Alex le cerró la puerta aliviada. Pensó que si su jefe le cazaba al vuelo el estado de ánimo es que era demasiado transparente.

Se sentó en su silla con la impresión de haber estado ausente todo el verano. Le estaban pasando más cosas en esos días que en un año entero. Hacía malabarismos para que ninguna se le escapara de las manos. Le parecía que empezaba a conseguir mantenerlas en equilibrio sin andar trastabillando. Por primera vez en mucho tiempo se sintió orgullosa de sí misma. Encendió el ordenador, recolocó los cuadernos y las carpetas, soltó el móvil y se dispuso a empezar el día. Repasó las últimas notas que había tomado, las de la noche en que descubrieron el coche de Vidal en el aparcamiento de Sant Martí. Se propuso releer el informe de Víctor, en una carpeta naranja, sobre los movimientos bancarios de Ricard Vidal. Pensó que los cotejaría con su agenda de viajes y reuniones. Ya lo habían hecho, pero sabía que la repetición atraía ese momento mágico en el que los datos fluyen y encajan con facilidad, como en un paso de baile ensayado mientras los pies resisten. Tenía mucho que hacer mientras esperaban los resultados de los laboratorios.

Su móvil vibró.

«Buenos días, hija. Qué majo es el francés. ¿Has dormido bien?».

Alex sonrió. Su madre no faltaba a la cita.

«Buenos días. Yo muy bien ¿y tú? No estarás cotilleando, ¿no?».

La información que trabajaba Víctor era muy fácil de seguir para quienes la retomaban, los marcadores estaban claros, si hacía falta incluía comentarios y acotaciones y al final del informe sus conclusiones no se andaban por las ramas; extraían la esencia y la resaltaban para alivio de lectores poco avezados. Se puso a puntear las anotaciones de viajes en la agenda con ingresos o pagos posteriores. El patrón se repetía con cierta frecuencia: detrás de cada viaje se sucedían movimientos bancarios; cuando no era así, el viaje se repetía al mismo lugar hasta que se conseguía. Vidal no aceptaba un no por respuesta, pensó Alex. También había ingresos que no estaban precedidos de viajes, procedían de cuentas

bancarias suizas, luxemburguesas, belgas. No eran los movimientos propios de un jubilado retirado de los negocios.

Nuria y Víctor entraron por la puerta discutiendo:

—Por favor, ¿cómo vas a comparar el motor de BMW con el de Hyundai? Tecnología alemana, ¿no ves los anuncios?

—Lo único que hacen es vender humo, Nuria. Si os queréis comprar un coche empieza a pensar en un híbrido, que es el futuro.

—No me líes, que empiezas a parecerte a mi marido. Hola, Sabell. Mi prioridad ahora mismo es el coche, anteayer me dejó tirada y tiene mal arreglo. Justo ahora que tengo que hacer tantos kilómetros cada día.

Al tiempo que hablaba sacaba el ordenador portátil de la cartera y lo abría sobre la mesa. El agente Víctor Sanz en cambio se fue directo a uno de los armarios de puertas correderas, de donde sacó su cafetera eléctrica. Cada uno empezaba por lo imprescindible, se dijo Alex.

El borboteo del café a punto llegó antes que una llamada al móvil de la sargento Cortal.

—Girona —les dijo antes de descolgar.

Luego estuvo escuchando, más que hablando, durante no más de tres minutos. Víctor y Alex oían el tono de una voz algo chillona al otro lado del aparato, pero no alcanzaban a entender lo que decía. Nuria se levantó y empezó a andar por la oficina dando vueltas mecánicas, asintiendo y sin variar un ápice su rostro durante la conversación. Cuando colgó su mirada parecía perdida en un mar de posibilidades.

—¿Qué pasa?

—Los de identificación lofoscópica. Han identificado las huellas. De hecho, no les ha costado nada porque pertenecen a dos tipos fichados, dos delincuentes de poca monta que aparecen en las bases de datos de la Interpol. Los nombres: Renzo Bonnani y Hafid Ben Al Hurria, italiano y belga respectivamente. Ahora me envían por correo su hoja de servicios. Nada sorprendente: robo de coches, algún atraco a farmacias, pequeños traficantes… Son viejos conocidos de

las brigadas de estupefacientes. Actúan a menudo juntos, están fichados en Bélgica, aunque Renzo también ha tenido que saldar alguna cuenta en Italia. Ni delitos de sangre ni nada relacionado con piezas de valor. De hecho, Soler, el perito forense, ha dicho textualmente: «*Modus operandi*: chapucero». Si el casquillo que encontrasteis en el aparcamiento coincide con la bala del cuerpo de Vidal, será definitivo. El juez ya ha emitido una orden europea de detención y entrega.

—Unos delincuentes de tres al cuarto que cruzan la frontera para matar a un tipo. Tal vez querían saltar de nivel.

—Estos tipos no tienen iniciativa, Víctor. Con este currículum salta a la vista que son pandilleros que han ido a lo fácil, el trapicheo y el golpe de oportunidad. Ni planifican ni piensan. No son capaces de tramar algo gordo.

—Pero sí de hacer el trabajo sucio de otros —concluyó Víctor.

—Me temo que hoy no me van a dejar solucionar lo del coche. Estupendo…

Una sombra oscura empezó a teñir el pensamiento de Alex mientras escuchaba con atención las digresiones de sus colegas. Volvió a fijarse en los movimientos bancarios, en las idas y venidas de Ricard Vidal; elaboró un listado paralelo, que entrecruzaba y relacionaba como si fuera un pasatiempo. Solo que no era para entretenerse.

16

Al cabo de un par de horas recibieron también los resultados del informe pericial de balística. De repente, se había abierto la espita y la información llegaba desbocada. Nuria había empezado a dibujar en la pizarra magnética, cuyos trazos habían permanecido inalterables demasiados días. Borraba con energía, como si los datos se le fueran a ir de las manos, y escribía el que quería que fuera el esquema de resolución del caso. Se envolvió en un halo de maestra de escuela con demasiados alumnos a sus espaldas a los que manejar.

—Tenemos a Ricard Vidal, muerto el 21 de junio sobre las 23 horas de un disparo de bala, calibre 9 milímetros, de una Glock 19. Por los indicios de sangre y bala y casquillo coincidentes se puede determinar que fue en el aparcamiento de Sant Martí d'Empúries. El cadáver apareció sin embargo a unos doscientos metros, en la arena, mojado, pero no ahogado. Tenemos dos sospechosos que habrían llegado en un vehículo propio. Hay marcas en la tierra de unos neumáticos que maniobran con mucha brusquedad a pocos metros del Rover de Vidal. Las huellas digitales en el coche del finado apuntan a dos sospechosos: Renzo Bonnani y Hafid Ben Al Hurria, delincuentes comunes, cuyo ámbito de actuación hasta ahora y que se sepa ha sido Bélgica; en el caso de Renzo, también algún delito menor en Italia. A Ricard le dispararon a cierta distancia; no hay tatuaje, pero sí cintilla de contusión. Estaba a unos veinte metros de su coche, probablemente porque quiso huir y corrió. Estaba en baja forma y lo alcanzaron casi de inmediato. Discutirían o hablarían, porque le dispararon en el pecho, no por la espalda. Los de balística reconstructiva han hecho un buen trabajo. Venga, chicos, dadme más.

—Los de la científica han dicho que la caja contenía una estatuilla

que coincide en estilo y época con la que hallamos en casa de Vidal. Por lo tanto, sería un Nataraja del siglo XVII o XVIII de una aleación con un componente alto en oro —dijo Alex.

—Es decir, tenemos unos tratantes de antigüedades que se dejan el botín. Porque está claro que esto es un ajuste de cuentas entre anticuarios, por lo visto no son de guante blanco…

—Igual es lo que quieren hacernos creer, Víctor. Si no, ¿a santo de qué se dejan la escultura? Por muy burdos que fueran, a pesar de que actuaran por encargo, se la hubieran llevado. Seguro que ganaban una buena comisión. No querían la estatua. Querían a Vidal.

Alex se interrumpió para tomar aliento y notó la mirada de Nuria expectante. Blandía sus papeles escritos con letra enmarañada, llenos de diagramas y flechas que se paseaban por los folios en una armonía que solo ella podía entender. Habló despacio, dando un paso después de otro en su deducción. Dejó sus apuntes en la mesa, y se recogió el pelo en una coleta, tirante, para despejar la frente, como si así pensara con mayor claridad:

—Imaginaos que queréis atraer a alguien. ¿Cómo lo hacéis? Le aduláis, lo cual con Vidal no era fácil, o le decís que necesitáis algo que él tiene. Supongamos que hacéis un encargo, hay un comprador interesado, le decís, estaremos en España los próximos días, podemos recoger la pieza… Vidal parece que tenía algún problema económico. En los últimos tiempos se habían movido cosas: quería vender un local en L'Escala a cualquier precio, ¡él, que era un rácano reconocido!, estaba modificando su testamento. Quizás esto último no respondía a una trifulca familiar, sino a una, digámoslo así, reestructuración de deuda. Y baja la guardia respecto a quién acude a comprarle piezas, si es que alguna vez ha sido meticuloso con eso…

—La escultura es un cebo…

—Podría ser.

—Pero ¿quién quiere deshacerse de él? Dices que no parece un ajuste de cuentas.

—Ajuste de cuentas quizás sí, pero no entre tratantes. Nuria, no has dejado de insistir en que el círculo más próximo con mucha frecuencia es el que aloja al criminal. —En ese momento su aplomo se aplacó. Alex titubeó—. He repasado una vez más las cuentas y viajes de Vidal. Los dos matones no tendrán *modus operandi*, pero os aseguro que la empresa fantasma de Vidal lo tenía. Es un patrón tan claro que es fácil detectar las anomalías. Lo que dice ese patrón es que a cada viaje le sucedían operaciones bancarias: a veces ingresos y a veces pagos, compra o venta o a veces las dos cosas. Si un viaje no fructificaba, por decirlo de alguna manera, se repetía, así hasta conseguir el negocio. Los destinos no varían demasiado, a veces aparece una ciudad nueva, en Francia o Italia. Pero parece que rotara por una misma red de proveedores y compradores. Seguramente Vidal no era el último intermediario. Perdonad que me alargue tanto en la explicación previa, pero es necesaria para entender la anomalía. Es la siguiente: siempre hay un lugar donde se suceden estas mismas operaciones, con la particularidad de que no hay viaje de por medio. Curioso, ¿no? Y es Bruselas.

No quiso seguir. Se mordía los labios por dentro, respiraba para engañar alguna lágrima furtiva que amenazaba con asomar. Nuria y Víctor intentaban ver si ese relato era verosímil, si les encajaba en sus deducciones o era una versión libre.

—¿Dani? ¿En serio?

—Vale, pero ¿por qué querría matar a su padre? Uno no se carga a su progenitor por negocios…

—No sería el primer caso, Nuria —dijo Víctor, que había cogido sus propios informes y los releía a toda velocidad. Bajo ese nuevo prisma, los mismos datos abandonaban el trazado sinuoso y se clarificaban.

—Cierto. Y luego está ese asunto tan turbio del testamento. Visto desde este punto de vista… Vamos a ver, nadie sabe lo que el testamento contenía, así que nadie sabe a quién beneficiaba y a quién perjudicaba. Igual hemos mirado en la dirección equivocada. Carlos reaccionó muy sorprendido cuando mencionamos la

modificación del testamento, realmente parecía ignorarlo. Quizás no es el hijo cercano a su padre que él mismo se cree. Y quizás los cambios en el testamento no le perjudicaban a él, ni a su cuñado Narcís. ¿Y si Ricard Vidal se había enfadado con Daniel por algún motivo y este sabía las consecuencias nefastas que eso le acarreaba? Perder una herencia tan jugosa no es lo mismo que perder unas operaciones comerciales…

La niebla pareció entrar en la comisaría comiéndose cualquier atisbo de excusa benevolente. Aun así, Alex no quería ser quien pronunciara el nombre de su amigo. Solo aportaba los datos, ella no era el dedo acusador. Nuria acudió en su ayuda con sus argumentos.

—Lo cierto es que no lo hemos interrogado de la misma forma que a los demás precisamente porque venía de lejos… y nos caía bien —replicó Víctor con resquemor.

—Es culpa mía. Influyó mi amistad con él.

—No, Alex, deja correr esta catarsis, ¿vale? —le contestó Nuria—. Todos dimos por buena su versión sin contrastarla demasiado. Fin de la historia. Si realmente es él, puedo decir que Dani Vidal ha jugado muy bien sus cartas. Ahora entiendo más cosas: ese distanciamiento de su familia tan exagerado, la ignorancia de Eli y Narcís respecto a la doble vida de su padre… La coartada familiar estaba muy bien cubierta por su hijo menor… —De repente se incorporó en su silla, agarrándose a los brazos—. Sigue aquí, ¿no?

—Supongo que sí, si no me habría llamado para despedirse. Imagino…

—Llámale y asegúrate de ello. Voy a llamar al juez y avanzarle que le enviamos lo que hay para que lo impute. Esta vez no nos la vamos a jugar.

Nuria sacó el móvil y una barrita dietética del bolso y dejó a Alex el mal trago de llamar a Dani Vidal. Y tenía que disimular todo lo que creía saber de él. Los platillos de acróbata que tan bien mantenía a primera hora de la mañana se le habían vuelto a caer.

Daniel le contestó casi de inmediato con el mismo tono de voz cariñoso, casi enternecido, con el que se dirigía siempre a ella. Alex esgrimió una excusa vacua para librarse de la cena prometida y le aseguró que se verían antes de que se fuera. Tan pronto como pudo colgar sin delatarse, lo hizo.

—Se va pasado mañana.

Las siguientes horas fueron frenéticas. Nuria se encerró en sí misma para preparar el informe policial para el fiscal, y de vez en cuando salía de su madriguera mental para pedirles un dato, o una precisión. La cafetera de Víctor funcionó a toda máquina y los teléfonos sonaron como nunca lo habían hecho en aquella comisaría. Morata asomaba la cabeza y asentía. Alex se preguntaba si era por la visión de una oficina vibrante o por el alivio que sentía próximo de tener un desenlace para la alcaldesa. La sargento necesitaba del juez un auto judicial de detención por delito de asesinato para Bonnani y Ben Al Hurria y la imputación de Daniel Vidal.

Fuera de la comisaría la niebla se había disipado, y aunque tarde, el día había renacido nublado y con la humedad agarrada a cada esquina. Era uno de esos días que todo el mundo se quiere quitar de encima.

Hacia mediodía Morata volvió a entrar en la sala de trabajo de Nuria y el resto. Llevaba el pelo revuelto, como si se lo hubiera despeinado con las manos, y los miraba sin decidirse a empezar a hablar.

—Me ha llamado Rodríguez Cerdá de la comisaría de Sant Pere Pescador. Han encontrado un arma en un contenedor de residuos vegetales en un camino rural, casi a pie de la GIV-6216, la que va a Castelló d'Empúries. Me dice que si la hemos perdido nosotros… No nos hagamos ilusiones, pero…

—Pero podría ser el arma homicida. Hombre, inspector, eso estaría muy bien. ¿La llevan a la unidad central de balística?

—¿Por quién narices nos tomas, sargento? Ni se lo han pensado…, en estos momentos ya está de camino.

Parecía orgulloso de poder sacar pecho por un hallazgo en el que

ni siquiera había tenido que ver. Alex compartía en secreto con él la satisfacción de que hubieran sido agentes de la policía local.

—Morata, ¿te puedo pedir aún otro favor?

—La lista empieza a ser interminable, Cortal, no conseguirás compensarme aunque trabajes cien años.

—Lo sé y eso me desmoraliza, pero sé que sin tu colaboración no llegaríamos a ningún lado en este asunto.

—Por lo mucho que te arrastras por el suelo intuyo que me vas a pedir algo ilegal, o casi.

—No tanto, pero necesito tus efectivos para que vigilen a Dani Vidal. Discretamente. Hasta que llegue el acta judicial y acuda al interrogatorio. No me gustaría que pusiera pies en polvorosa delante de nuestras narices.

—Llegas tarde.

Nuria palideció. Morata estaba serio, cruzado de brazos delante de ella.

—Chilláis como posesos. Desde que he oído que existía la posibilidad de que Dani fuera vuestro sospechoso número uno les he dicho a Forcada y Carreras que no le quitaran el ojo de encima. Ya deben estar en la puerta de la casa de los Vidal. Discretamente, por supuesto.

La sargento recuperó su color original y negó con incredulidad.

—Realmente no sé qué pinto yo aquí. ¡Podríais hacerlo vosotros solos!

El inspector se alisó la camisa, se encogió de hombros y volvió a su despacho.

Daniel Vidal no hizo ningún intento de huida. Forcada y Carreras informaron de que lo más lejos que llegó durante ese día fue a la que había sido la casa de sus padres. Y que se aburrieron de ver la esquina de la calle Torre con la que lindaba la finca. El interrogatorio se fijó para el día siguiente a las nueve de la mañana.

Mucho antes de esa hora la sargento Cortal y el agente Sanz ya

estaban en Girona. En la comisaría de L'Escala, el inspector Gabriel Morata, como siempre antes de empezar el día, leía el periódico. Pero esa mañana pasaba las páginas sin prestar atención a ninguna noticia, a la espera de que le llegara una novedad por teléfono. Detrás del mostrador de entrada, protegido por el cristal, el *mosso* y el policía de turno habían adoptado una posición más solemne. Alex, de momento, estaba en su mesa, sin emprender ninguna tarea de envergadura, con la sensación constante de que alguien la acechaba. Tenía el rostro tenso, incluso demudado. Recordó el día en que, al descubrir el cadáver de Vidal, antes de identificarlo, le dijo a su compañero Forcada que deseaba con todas sus fuerzas que no fuera nadie del pueblo. Ahora además deseaba que el asesino tampoco lo fuera. Tenía pocas esperanzas, en cuestión de aspiraciones se sentía muy poco atendida.

Un par de *mossos* entraban por la puerta trasera, les oyó algún comentario ajeno por completo a lo que para ella era el centro del mundo. Oyó la palabra «trienio» y la frase «pádel mañana por la noche» y se sintió en otra galaxia. Luego vio a Morata de pie delante de ella.

—Me ha llamado Nuria. Dani Vidal ya está en Girona.

Alex se levantó y recogió sus cosas. Morata la detuvo con un gesto.

—No hace falta, de momento. Dice que tienes demasiada implicación emocional en esto.

Se lo transmitió en un tono neutro, que encogió el alma de Alex. Su cuerpo paralizado le decía a gritos que ni loca quería estar presente en la declaración de Dani. Su mente le decía que sepultaba su futura carrera bajo tierra. Fue a abrir la boca, pero Morata le sonrió con algo que parecía una expresión reconfortante y salió sin esperar respuesta. Sola, con toda la oficina para ella, se dio cuenta de que su galaxia era la más lejana.

Miró sus manos, resecas. Como siempre, las había enlazado y las apretaba de forma innecesaria. «Tengo que tomar más el sol», se dijo. Sin saber qué hacer, optó por realizar una llamada antes de sumergirse en sus miserias sin fondo.

—Hola…

—¿Cómo va la investigación?

—Parece que en la recta final; han imputado al sospechoso de inducir el asesinato de Vidal. Todos los indicios apuntan a Dani, Jérôme.

—¿Cómo?

—No puedo entrar en detalles, ya sabes. Todo esto parece una broma de mal gusto. Yo te llamaba por si tú habías hecho avances.

Jérôme salió de la cuadrícula donde le rodeaban sus compañeros, y se alejó de la serenata de palas y paletines que removían y horadaban la tierra.

—Bueno, ya sabes de mi afición a pasar horas en la biblioteca del museo. Creo que al final el bibliotecario y yo vamos a acabar viviendo juntos, tenemos una relación casi de matrimonio.

—Déjate de bromas, hoy no tengo fuerzas para eso, ¿algo nuevo?

—Solo creaba expectativa para darte la gran exclusiva: en la placa fotográfica que se guarda en el museo sí aparece Mateu Mercader, y la fecha apuntada es el 15 de octubre de 1912. El bibliotecario, Óscar, para más señas, me ha dado una explicación verosímil a esto: la fotografía que se comercializa probablemente es una reproducción de la foto del ayuntamiento, no del original. Nadie había reparado nunca en ello.

La tarde anterior Jérôme había ido de nuevo a la biblioteca del museo de Empúries, donde había encontrado un aliado al que aliviaba sus tardes de tedio en pleno verano, cuando apenas había visitas. Los dos se habían quedado sin habla al comprobar que Mateu Mercader reaparecía en una foto de la que la historia le había eliminado.

Mateu Mercader, el número 23, estaba serio en la fotografía, con las manos a la espalda, con la mirada dirigida hacia algo o alguien que estaba fuera de campo y que llamaba su atención. Su postura era relajada. A pesar de que el tamaño de la ampliación difuminaba

la definición de los rostros, lo que más llamaba la atención de ese joven corpulento era la cara inquisitiva del que no entiende o no oye bien. Se delataba la curiosidad del que está a punto de salir corriendo hacia el origen de su interés.

—Está claro que lo han borrado de la fotografía por algún motivo. Y tengo algo más: los diarios de Gavalda son una fuente inagotable de información y un entretenimiento apasionante para Óscar.

—¿Le has contado algo?

—¿Por quién me tomas? Oficialmente estoy haciendo mi tesis doctoral y esta es una curiosidad de erudito que él contribuye a saciar. Déjame seguir: resulta que el día 8 de octubre de 1912 se produjo un robo de joyas antiguas, halladas durante esa campaña. Por lo visto no fue poca cosa. Los ladrones las extrajeron de un almacén provisional, donde las guardaban a la espera de un envío al Museo de Arqueología de Barcelona. Rompieron un candado, explica Gavalda, y se las llevaron. Por lo visto, no fue el único robo durante esa campaña.

—Podría tener algo que ver con la desaparición de Mateu…

—Sí y no. El robo fue el 8, y el día 15 Gavalda todavía menciona a Mercader no solo en el listado de la fotografía de la discordia, sino también porque ha catalogado las piezas de un lote, nada especial, puro protocolo que hay que consignar. Pero quiere decir que él no había huido con el botín, al menos todavía. A partir del día 15 sucede algo curioso. Gavalda deja de publicar en el diario durante tres días, lo que es completamente inhabitual, y luego retoma su rutina. Pero Mateu Mercader nunca más aparece citado… Lo que podemos deducir es que al menos desapareció de la vida del jefe. Alex, cuelgo, nos vamos al laboratorio y tengo que recoger mis cosas.

—Claro, anda, ve con el profesor…

Alex colgó y se quedó durante unos segundos ensimismada con el teléfono en la mano. ¿Qué hizo Mateu para ser borrado de la fotografía y por tanto de la historia a partir de ese 10 de octubre que aparecía en la foto del ayuntamiento? ¿Por qué alguien modificó la

fecha de la fotografía? ¿Quién lo decidió? ¿Fue Jaime Gavalda? Si fuera así, quizás estuvo relacionado con una afrenta a su hija. ¿Cómo fue posible lograr el acuerdo de todo el mundo? ¿O hubo alguien que se negó? ¿O fue por el robo, porque descubrieron que él había sido el ladrón? ¿Desapareció porque huyó con las joyas y se avergonzaron de él? ¿O fue un cabeza de turco? A Alex no se le ocurría peor castigo tras la muerte que traicionar la memoria de alguien. O eliminarlo del recuerdo.

Algo más tarde un pensamiento empezó a percutir en sus sienes. El robo de las joyas le sonaba a historia oída. Quizás se lo había contado alguien en el pueblo. Volvió a notar el aliento en la nuca que aparecía con cierta frecuencia en los últimos tiempos: en Empúries también habían robado una joya, justo antes, o después, nadie había podido precisarlo, del asesinato de Vidal, el brazalete guardado en el armario bajo llave. Como coincidencia era macabra, sonaba mejor si era un plan establecido. Aunque entonces se teñía de una crueldad ácida casi insoportable en un lugar tan tranquilo como L'Escala.

Al cabo de unos minutos recibió un mensaje de Jérôme. Solo decía: «Todo diente tiene dueño». Alex casi se había olvidado de ese canino humano atrapado en la mano izquierda del esqueleto de Mateu. Lo había arrinconado en su mente porque seguir esa pista obligaba a abrir otra puerta delicada: sabiendo que no era de la víctima, todo apuntaba a que sería de su verdugo. Para confirmarlo necesitaban la connivencia del laboratorio de análisis de la policía, y por lo tanto hacer pública su investigación. Se le atascó la saliva en la garganta, y notó una presión en el pecho. Aun así, un impulso la empujaba a seguir con ello, a pesar de que se le erizaba el vello solo de pensar en la reacción de Nuria Cortal por continuar una investigación que ella de forma tajante había detenido. Veía cómo su expediente rezumaba la tinta roja de una enorme equis que la descabalgaba de su carrera hacia la policía judicial. Decididamente, comunicárselo a Nuria era una mala idea.

Se levantó y se dirigió al despacho de Morata. Dio unos toquecitos a su puerta, su jefe hablaba por teléfono y le hizo la señal de que esperara. Alex se alejó dos o tres pasos, mientras golpeaba el suelo con el tacón del zapato.

—Pasa, Alexandra.

—Tengo que contarte algo.

El inspector se había levantado para desentumecerse, y puso la cara del padre que conoce de sobra a sus hijos cuando vienen a contarle algo que ya sabe.

—No es lo que piensas. Esto es profesional.

Morata la animó a continuar con un ademán de la mano mientras volvía a sentarse. Alex le soltó de un tirón que había continuado la investigación sobre quién era el cadáver de Empúries. Hizo hincapié en su curiosidad y su ansia de justicia incumplida, en que lo había hecho en sus ratos libres, sin que hubiera afectado a su rendimiento en la comisaría. El inspector la miraba incrédulo.

—Tú siempre irás por libre, ¿no?

—No es eso jefe, solo quería la verdad. ¿No quieres saber lo que he descubierto?

Sabía que tocaba la fibra sensible del inspector. Alex estaba segura de que Nuria le habría dicho que no lo quería saber porque era una información que provenía de un procedimiento ilegal, o al menos irregular, pero Gabriel Morata estaba hecho de otra pasta. Sabía encontrar momentos para saltarse el protocolo.

—Sorpréndeme.

Durante casi diez minutos Alex habló sin parar y le refirió todos los detalles. Puso cara y dio voz a Mateu, a la vida que tuvo y a la que se hundía en el misterio. Su relato fue apresando a su jefe, que apenas parpadeaba mientras la escuchaba. Cuando Alex acabó, se pasó la mano por la cabellera blanca durante unos segundos hasta responder.

—Me dejas de piedra. Contigo no es nada nuevo, por otro lado. Qué narices tienes… ¿Y ahora qué? Parece que has llegado a un

punto muerto, ¿no? Me refiero a que sabes a quién mataron, pero nada más. Fin de la historia.

Alex no se atrevió a sostenerle la mirada, la paseó por las paredes del despacho, donde lucían diplomas de la escuela de policía y alguna mancha de humedad amenazadora.

—Verás… No hemos tirado de un hilo…

—Te veo venir. Y te digo no rotundamente.

—De un hilo que podría ser una buena pista. Necesito una necroidentificación. Es un diente.

—Joder, Sabell. ¿Nos quieres empapelar a todos?

—Si pudiéramos extraer el ADN y cotejarlo con el de las familias de posibles sospechosos, entonces…

—Ya sé que me repito, pero ves demasiadas series, hostias.

—Entonces podríamos averiguar…

Morata enrojecía hasta la raíz del pelo y, en una maniobra que utilizaba cuando se enfadaba, se había levantado para imponer a su contrincante. Todos sus agentes la conocían. Alex se achicó, pero estaba decidida a mantener la misma determinación mientras su jefe aumentaba los decibelios.

—Vale, voy al laboratorio y les digo: «Hola, chicos, esto es extraoficial, hacédmelo rapidito y a escondidas». Esto son recursos públicos, ¡por el amor de Dios! Pero ¿qué quieres? ¿Que recojamos el ADN de todo aquel que tuviera un familiar en L'Escala hace cien años? ¿Y si el asesino vino de Francia, por decir algo? Estás dando palos de ciego.

—Es una investigación de un asesinato, hay que agotar todas las posibilidades.

—¡De un asesinato cometido hace cien años! Eso déjaselo a los arqueólogos, nosotros estamos para encontrar asesinos vivos.

—Sí, tenemos tantos por aquí. Di más bien para las multas de tráfico.

Los dos se callaron. Se conocían demasiado. Alex se arrepintió de sus últimas palabras.

—Por favor, Gabriel. Tú tienes buena relación con los del

laboratorio de los Mossos.

—¡Es casi imposible encontrar nada! ¿No sabes que un diente no te va a decir a quién pertenece porque no habrá registros de su dentadura? Como mucho podríamos buscar el ADN mitocondrial, y no te sirve de nada si no tienes perfiles para cotejar.

—Los conseguiré. Es nuestra última esperanza. Además, puede tener algo que ver con el asesinato de Vidal.

—Alexandra, considero mezquino que utilices ese argumento para seguir adelante.

Antes de que el inspector echara humo, Alex le contó que el lugar del enterramiento fue propiedad de los Vidal en la época. Eso aplacó a su jefe, que titubeó durante un instante. Alex intuyó que le había dado la estocada.

—De acuerdo, cotejaremos con el perfil genético de los Vidal.

—No es suficiente, es probable que no cometieran el asesinato, por mucho que lo ordenaran. Si es que fue alguien de la familia.

—Me vas a llevar a la ruina. Bien, te diré qué haremos. Recoge algún perfil más de ADN, pocos, dos o tres más de allegados a tu muerto, el círculo cercano. Yo tendré que pedir favores. Pero te aseguro que si está relacionado con Vidal seré el primero en hacerlo público y tendrás que asumir consecuencias. ¿Quién más lo sabe? No has podido hacer toda la investigación sola; no es que dude de tus capacidades, pero he visto la de horas que te has dejado en comisaría, no has tenido tiempo material de hacer mucho más. ¿Carreras? ¿Forcada? Y no me engañes, si me metes en esto quiero saber con quién me la estoy jugando.

Alex tragó saliva, temía pronunciar palabras que no tuvieran marcha atrás. La mirada de Morata era lo bastante severa como para saber que si quería esa prueba del laboratorio no tenía opción.

—Es verdad, no lo habría podido hacer sola. Me ayuda un estudiante de arqueología de Empúries, de los del campus.

—Un aficionado a las piedras…

—Era comisario de la policía francesa. Está prejubilado.

—¿Qué? ¿He oído bien? ¿Has implicado a las fuerzas de seguridad

francesas? ¿Quieres tener un conflicto diplomático, joder? Vas en pendiente y sin frenos, Sabell.

Alex había conseguido que Gabriel Morata se volviera a levantar de la silla sin que esta vez formara parte de una táctica amenazadora.

—Está prejubilado, y no tiene ninguna intención de volver a comunicarse con sus superiores. No te preocupes.

El tono de voz ronco y la barbilla temblorosa de Alex al asegurar algo que no podía garantizar no convencieron al inspector, y sin embargo, al cabo de cuatro horas el diente entraba en el laboratorio del complejo central policial en Sabadell. Alex había sabido detectar el ansia de Morata por entrar a formar parte de la investigación, aunque fuera de forma clandestina y colateral. Ahora el inspector también estaba embarcado.

Daniel Vidal había conservado el temple durante el día de la declaración como imputado. Había acudido a la comisaría provincial de Girona, un edificio en forma de cubo, de aspecto hermético. Había llegado con una máscara severa en el rostro, acompañado del abogado de la familia Vidal, un letrado voluminoso con una corbata que apretaba demasiado un cuello casi inexistente. Un par de horas después, a Daniel la voz se le quebraba cuando los agentes lo interrogaban, pero era un gesto que iba por libre y que, desde luego, no coincidía con la mención de la muerte de su padre. No cayó en ninguna contradicción. La definición exacta de Nuria en su conversación telefónica con Alex fue que había mantenido una sangre fría intermitente. Negó haber hecho negocios con su progenitor, y negó con vehemencia haberlo asesinado. Insistió en que esas acusaciones se sustentaban en suposiciones y no en hechos comprobados. No se derrumbó ni varió un ápice su declaración.

De madrugada, los grillos se habían adueñado de L'Escala y mecían a los durmientes. Era el rato más fresco del día, en el que uno, semiconsciente, reclama una sábana que lo cubra. A Daniel lo

dejaron volver a casa, mientras Alex soñaba con un hombre sin rostro cuya visita se repetía desde la conversación reveladora con su tío Ignasi. Era un cuerpo cuyo volumen aumentaba a medida que se le acercaba, siempre desde arriba, como si ella fuera una niña. Aunque no le veía la cara, sabía que le sonreía, en una de esas certezas absurdas que tenemos en los sueños porque en el fondo nosotros marcamos las reglas. Cada noche aparecía, se paseaba a su alrededor y desaparecía tal y como había llegado. Si no hubiera sido por su corporeidad rotunda, habría dicho que era solo un alma que flotaba, porque no tenía los pies en el suelo. Alex asociaba esa imagen a su padre. Solo podía esperar que se decidiera a decirle algo porque cada vez que ella lo intentaba dormida no le salían las palabras de la boca. Al cabo de un rato se despertaba, sudorosa y algo estremecida, y necesitaba un signo de su rutina diaria que le devolviera cierta paz de ánimo. Entonces dudaba de si era su padre quien la visitaba. Aquella mañana el teléfono sonó a las seis y media, cuando apenas el alma corpulenta había abandonado el sueño de Alex, y esta dormía encogida abrazada a la almohada. Contestó sobresaltada:

—¡Sí! Hola.

—Perdona que te moleste tan temprano. Soy Nuria.

—¿Qué pasa?

—Esta noche han pillado a Bonnanni, el italiano. El muy burro ni siquiera había salido del país. ¿Te lo puedes creer? Ha sido en Castellón, estaba borracho y se metió en una pelea. Está a punto de llegar a las dependencias de Girona. Yo me voy para allá. Deberías venir.

—Claro. Me visto y voy.

Al cabo de una hora, Alex pagaba en el peaje de la salida a Girona. La ciudad despertaba, camionetas de reparto y alguna persiana estruendosa rompían el silencio. Alex se cruzaba con coches cuyos conductores seguían ensoñados, con la vista fija en el tráfico y el

cuerpo en la cama. Como ella. A esa hora todavía tranquila le llamaban la atención las costuras de la ciudad: vallas desvencijadas, solares colonizados por arbustos, grafitis en el rincón más absurdo.

La saludaron en la comisaría con una formalidad que no había en las dependencias de L'Escala. Un agente demasiado barrigudo para su edad y de barba poblada la condujo hasta las salas de interrogatorio. Alex lo siguió con paso firme y el asa de la mochila agarrada con fuerza. La sargento Cortal estaba en un despacho desde el que se podía ver lo que sucedía en la otra sala a través de un cristal ahumado. Allí Víctor estaba sentado a la derecha y echaba adelante todo su corpachón. Jugaba con un vaso de plástico en el que había habido café, y hablaba con tranquilidad. La voz llegaba diáfana a través de los dos altavoces a sendos lados de la cristalera en un ambiente desnudo, de pulcritud ofensiva.

Frente a él, Renzo Bonnani se recostaba en su silla. La barba de un par de días le daba un aspecto cansado. Llevaba la camisa arrugadísima. Todo en él era abandono, salvo los zapatos, que milagrosamente se mantenían limpios y como nuevos. Solo su mirada endurecida guardaba algo de desafío.

Entre ellos, como un árbitro, la traductora tenía escrito en la cara que había madrugado demasiado. Rígida, adaptado su cuerpo a la curvatura de la silla, con las piernas muy juntas y muy consciente de sí misma, tenía a punto una libretita para tomar notas. La página estaba en blanco, Bonnani respondía con monosílabos y frases telegráficas que no le costaba recordar. El italiano respondía con corrección, pero tenía un deje de hastío en cada palabra. Se acariciaba un aro de la oreja con frecuencia y evitaba la mirada de Víctor.

—Hay que echarle narices para matar a un tipo e irte después de fiesta a Peñíscola. Y encima con bravuconadas. La verdad es que nos ha hecho un favor este *playboy* de tres al cuarto.

Alex no dio réplica alguna a Nuria, que la miró de reojo.

—Víctor solo le informa. Estamos esperando al abogado de oficio para tomarle declaración. Entre que lo encuentran, lo avisan y llega,

supongo que pasará un buen rato. ¿Quieres leer la declaración de Daniel?

—Sí.

—¿Cruasán?

Y le alargó una bolsa de plástico en la que cuatro cruasanes con los cuernos hacia arriba presentaban otra capitulación de Nuria a su dieta perpetua. Alex dejó la mochila en el suelo y se sentó a la mesa, en paralelo al detenido de los zapatos brillantes. Cuando Bonnani pasó la vista por la cristalera, Alex se sintió examinada de forma absurda. No estaba acostumbrada a este ejercicio de voyerismo en una sola dirección. La incomodó notar su falta de práctica. Una pequeña araña que avanzaba por la pared de la cristalera la distrajo. Y aquel día tampoco había salido a correr.

Una mano depositó un café doble junto a las páginas que recogían la declaración de Dani. Víctor Sanz inclinó la cabeza en son de paz y salió de la salita. Se habían llevado a Renzo Bonnani. Y ella ya había acabado la lectura. Esos párrafos justificativos no le revelaban nada nuevo. Eran secos como leña vieja. Alex no sabía sacar nada de ellos.

Volvió a caer en el tiempo de espera que acompaña al policía. Los demás parecían tener propósitos para la mañana. Ella ni siquiera tenía un terminal de ordenador donde teclear una supuesta tarea. Nadie salvo ella parecía notar que el tiempo pasaba más lento. Pasadas las doce, el inspector Morata la llamó para decirle que necesitaban el ADN de los descendientes de los sospechosos del asesinato de Mateu Mercader para la necroidentificación.

—Tú no puedes ir a buscarlos, me imagino. Y tampoco vamos a aceptar que un policía francés vaya recogiendo muestras de ADN por el pueblo.

—Expolicía.

—Me da igual, Sabell. No lo va a hacer él. Así que me voy a ocupar yo personalmente.

Alex reprimió una sonrisa y le facilitó el teléfono de Jérôme Tolbert. Tuvo que hacer un ejercicio de descarte rápido con la memoria, y marcar con la sospecha a unos personajes de los que sabía poco más que sus ademanes de hielo incrustados en fotografías.

—Vidal, Gavalda y Comellas. ¿Hay alguna familia Comellas en L'Escala?

—Comellas… —Gabriel Morata se detuvo a reflexionar—. Hay un Construcciones Comellas a la entrada del pueblo desde L'Estartit, ¿no? Una nave un poco destartalada. Detrás del Luna Park. Puedo preguntarles si son ellos. Por cierto, ¿quién narices eran estos Comellas?

Alex lo conminó otra vez a llamar a Jérôme para que le diera toda la información que necesitara. Morata rezongó por puro deporte mientras se despedía. Y Alex deseó estar trabajando ese día al lado de su jefe en lugar de consumirse a la espera de una supuesta confesión que desencallara el caso Vidal. Una confesión que además ella no quería oír.

Salió a la calle. Nadie la iba a echar de menos y necesitaba respirar. No acostumbraba a ir a Girona, el ocio la llevaba a otras poblaciones de la costa y si buscaba ambiente urbano prefería el cosmopolitismo de Barcelona. Las instalaciones policiales estaban en una calle estrecha. Una acera que no parecía llevar a ninguna parte le pareció una ruta hostil, así que fue en dirección al río Onyar. Sus pasos acompañaban sus cavilaciones. Si Dani era el asesino, ¿cómo reaccionarían en el pueblo? Atravesaba pasos de cebra sin fijarse en los transeúntes con los que se cruzaba. ¿Y qué iba a hacer ella una vez cerrado el caso? ¿Volver a vigilar ferias y conciertos al aire libre? ¿Qué pasaría cada vez que se topara con Elisenda? Jérôme también se iría. ¿Iba a perder un amigo que la entendía tanto? Un motorista increpaba a una furgoneta que le había cortado el paso. Por la cabeza de Alex pasaban ideas desconcertantes, como la necesidad de volver a vivir con su madre. Hasta ahora nunca se había

arrepentido de haberse independizado.

El teléfono vibró en el bolsillo de su tejano. Mientras sonaba se fijó por vez primera en el lugar adonde había ido a parar: estaba en la orilla del río, con el casco antiguo enfrente; lo presidía la torre de la catedral. Tenía tierra bajo las deportivas en lugar de asfalto y le asaltaba el olor insultante a hojas putrefactas de las riberas. La llamada era de Nuria.

—¿Dónde estás? Ven, Bonnani ha confesado.

Y Alex hizo hasta la comisaría la carrera que se debía. Llegó con las mejillas ruborizadas y el pelo pegado a las sienes. En el ritmo de sus pulsaciones se mezclaba la expectativa con el cansancio. Sudaba. Después de refrescarse en el lavabo, entró en el despacho de Nuria, que estaba sentada en la esquina de la mesa hablando por teléfono.

—Vas a tener que ir tú, cariño. Aquí el caso se ha puesto intenso. Pero dile que si no nos rebaja el precio, nos vamos a otro concesionario.

Al ver a Alex cortó la conversación y la miró con aire de fastidio.

—Si es mi marido el que tiene que negociar, lo tenemos claro. Bueno, Sabell —cambió de tema al tiempo que agarraba un rotulador rojo—, Bonnani no se ha complicado la vida. Ha cargado las tintas contra su compinche, pero más todavía contra la cabeza pensante. No me voy a andar por las ramas. Ha acusado a Daniel Vidal. Ha dado su nombre a la primera, sin que nosotros lo mencionáramos. Ha dicho que contactó a Ben Al Hurria en Bruselas y que les hizo el encargo. Hasta les sugirió que se interesaran por el Nataraja para convencer a la víctima de que su interés era consistente. Vamos, que les puso en bandeja de plata la cabeza de su padre. Acordaron un pago por adelantado, diez mil euros, y el resto después del trabajito, a su regreso a Bélgica. A Bonnani no le debía hacer mucha falta el dinero porque, así como el colega salió por patas a buscar lo restante, este decidió gastárselo por adelantado en el burdel de carretera donde lo pillaron liándose a tortas con otro cliente. Un perla.

Tomó aire, se levantó y empezó a recoger el teléfono y una carpeta

para guardarlos en un maletín.

—Así que ahora nos vamos a detener al Vidal pequeño. He de recoger la orden de detención que está firmando el juez y nos vamos a L'Escala. Está en casa de su padre, nos acaba de informar Morata.

—Esta vez voy.

Nuria se detuvo frente a ella, las dos en el umbral del despacho, casi una encima de la otra.

—Lo siento mucho, Alex. No pensé que Daniel fuera un candidato a asesino. Sé que es difícil para ti. Morata me contó algo sobre la relación de tu familia con la suya.

Alex fue a decir algo y ella la detuvo con la mano.

—Si lo llego a saber antes no te hubiera metido en esto. No lo habría hecho por ti, sino por garantizar una buena investigación. Pero ahora que estamos a punto de cerrarla, te diré que te felicito: has sabido mantener tus sentimientos al margen y eso es un ejemplo de profesionalidad.

Le sonrió, escueta, y salió. Alex tragó saliva y la siguió hasta uno de los coches patrulla que salían hacia L'Escala. Durante el viaje, las divagaciones que ya se le habían agolpado en su paseo errático por Girona pasaban de nuevo tan veloces como los pinos y las casas al borde de la carretera.

La llegada a la calle de la Torre, donde estaba la casa de los Vidal, fue demasiado espectacular para que pasara desapercibida a los vecinos. Dos coches patrulla con las luces encendidas no podían mantenerse en secreto por mucho que no sonaran las sirenas. Dos agentes uniformados se quedaron en la puerta y otros dos se dirigieron a paso acelerado por la calle de atrás para prevenir una fuga. De las tabernas de la calle Mayor se acercaron cinco o seis chicos y chicas con las cervezas en la mano. Era la una del mediodía y la escena los pillaba en pleno vermú. Alguno sacó su teléfono móvil y empezó a grabar.

Uno de los agentes llamó al timbre y nadie respondió. No se veía movimiento en la planta baja, parte de la cual se podía atisbar entre las cortinas de los ventanales cerrados. Forcada y Roda, que habían estado vigilando, les aseguraron que no había salido nadie. El agente Sanz se dispuso a entrar el primero, la mano en el arma reglamentaria que había liberado de la cincha. La sargento Cortal lo seguía con pasos sigilosos. Detrás iba Alex, y Nuria se giró para decirle:

—Vamos a tener cuidado, no hay que descartar que pueda estar armado.

Alex desfalleció. No fue el miedo lo que le quitó las fuerzas, sino la desazón. Se materializaba en un dolor de cicatriz reabierta. Miró a sus espaldas como si fuera a dejar algo atrás y se encontró con Morata a una decena de metros. El hecho de que estuviera ahí la reconfortó. Él le hizo una inclinación de cabeza solemne. Reforzaba a Forcada y Roda para mantener un perímetro de seguridad. Detrás, muchos curiosos, atraídos por la distracción inesperada, estaban expectantes. En el casco antiguo del pueblo escaseaban los turistas y abundaban los paisanos, Alex conocía a muchos de ellos, que la miraban interrogativos.

La puerta de la casa cedió sin resistencia. Entraron Víctor, Nuria y luego Alex, algo rezagada por orden de su jefa. Por la puerta trasera que daba al jardín aparecieron los dos agentes que venían de la calle de atrás y les hicieron una seña para indicarles que hasta donde ellos habían llegado estaba limpio. Víctor hizo un registro rápido de las habitaciones de la planta baja, sin encontrar a nadie. O bien Daniel había huido a espaldas de Forcada y Roda, o estaba en la planta de arriba. Se prepararon para abordar el primer piso. Se dispusieron para cubrirse en caso de un ataque violento y Víctor puso un pie en el primer peldaño, cuya madera crujió sin decoro. Lo retiró en un acto reflejo, lo saltó y subió. Los escalones protestaban en notas discordantes, más discretas que la primera. Si había alguien arriba, sabía que ya no estaba solo.

Las ventanas estaban abiertas y también las puertas, por lo que el

pasillo estaba lleno de una luz alegre que daba aire de irrealidad a una operación tenebrosa como aquella. Todo lo que rodea un crimen es turbio y oscuro, y la luz se reía de eso, pensó Alex. Víctor se asomó a la primera puerta y Nuria a la segunda sin encontrar nada. Avanzaron por el pasillo. Por el quicio de la tercera puerta se adivinaban sombras en movimiento. Víctor y Nuria se cruzaron miradas de aviso. Daniel los esperaba en el dormitorio de su padre. Víctor tomó aire, se situó de espaldas a la pared junto a la puerta que daba al pasillo, se asomó y encañonó hacia la estancia. Daniel estaba junto a un tocador. Acariciaba una Victoria de Samotracia de alabastro. Sus manos temblaban ligeramente y traicionaban su mirada resoluta.

—Este despliegue me hace tener miedo de mí mismo.

—Daniel Vidal, queda detenido como acusado por el asesinato de Ricard Vidal, tiene derecho a permanecer en silencio, todo lo que diga…

—No te molestes —cortó a la sargento—. ¿Por qué pensáis que he sido yo? Podría haber sido cualquiera.

Víctor le ponía las esposas con suavidad, como si no quisiera que la frialdad del metal lo molestara. Alex, que ni siquiera había entrado en la habitación y lo veía de lado, solo pensaba en que Dani, por su bien, tenía que dejar de hablar.

—Cualquiera tenía un motivo para matarle. No era una persona popular por su bondad. Preguntad por ahí. Alguna alteración genética tenemos los Vidal, porque yo he heredado lo mismo. Espero no haber heredado otros de sus defectos.

Nadie quería entretenerse más de lo imprescindible. Guiado por Víctor, Dani pasaba con la espalda erguida justo delante de Alex, detenida en el centro del pasillo. Las facciones de Dani se relajaron. La miró con cariño y con algo más que ella no acertaba a averiguar.

—¿Quién no tenía un motivo para odiar a Ricard Vidal? ¿Verdad, Alex? Tú también lo tenías. Tú también conocías esta habitación. Tú también sufriste aquí. Te pido perdón, en nombre de mi familia, no en nombre de mi padre, que solo merece mi desprecio. Cuídate

mucho.

En ese instante Alex entendió que Dani la miraba con compasión. Y en su cabeza hubo un cortocircuito.

Un fogonazo de estupor la echó atrás, y en el ímpetu se golpeó la cabeza contra un macizo aplique de luz que colgaba de la pared. Lo último que distinguió antes de cerrar los ojos por el dolor fue el rostro asombrado de Nuria, que se alejaba detrás de Vidal. Necesitó unos segundos para reaccionar. El dolor agudo del golpe se extendía por su occipital. Palpó el cuero cabelludo para comprobar que no sangraba, pero su propia mano le agudizó la punzada y la retiró con una mueca. Miró al dormitorio de Vidal, todavía apoyada en la pared. Sentía la cabeza pesada, como si se despertara con resaca tras una noche salvaje. Y notaba la mirada de Daniel en la nuca, como si traspasara muros. Esa mirada la empujó dentro de la habitación, a ese cubículo trasero que ella había identificado contra todo pronóstico cuando llevaban a cabo el registro. En medio de la bruma en la que vagaba su cabeza empezó a emerger la certeza de que no era Dani quien le había enseñado ese lugar, sino el propio Ricard Vidal, que le mostraba a su niña favorita tesoros que ella no podía revelar que existían, como tampoco podía revelar nada de lo que le pasara ahí dentro, nada de lo que él le hiciera ni la obligara a hacerle a él en el bautizado «cuarto de las maravillas». Para no contarlo, ella lo había borrado de su memoria y lo había guardado en una casilla remota de la que solo había salido tras esa sacudida de Dani.

La memoria es caprichosa, guarda lo que le conviene y transforma a su voluntad lo que le disgusta. Su terquedad es tal que la repetición del ejercicio termina por fijar un nuevo relato libre de incomodidades. Juega con los recuerdos, pero no puede con las sensaciones. Su rechazo visceral a Vidal padre no era caprichoso. El recuerdo de unas manos desmesuradas renacía ahora con obstinación. Así como la visión sobre su cuerpo infantil de una mano izquierda que ella marcó con una cicatriz hecha con un abrecartas, la única defensa que supo encontrar y que fue infructuosa. La visita

que acudía esas últimas noches entre sueños no era su padre, era Vidal. Ahora, entre las estanterías con tallas medievales, esculturas hindúes y medallones de plata, empezó a sentirse desnuda. Las piernas le flojearon y el dolor de la cabeza se le extendió hacia el estómago. Se ovilló sobre sí misma abrazándose, estupefacta no solo ante el afloramiento de imágenes que le repugnaban, sino ante la reacción de su cuerpo adulto, que se quejaba de lo que no se había podido quejar la niña de veinticinco años atrás.

En esta postura, encogida en el suelo, contraída por el dolor, la encontró Morata, que extrañado al no verla salir con toda la comitiva del detenido había preguntado a Nuria. Esta, antes de meterse en el coche que se llevaba al detenido a Girona, le había referido las palabras de Daniel. Al inspector no hizo falta que Alex le explicara nada.

—Vamos a salir de aquí —le dijo contundente.

Alex solo tartamudeó algo ininteligible. Estaba como ida y no conseguía vertebrar palabras ni movimientos. Morata la levantó por un brazo y por la cintura y se echaron a andar con pasos cortos hacia la puerta.

Mientras Dani acortaba kilómetros hacia la celda, el inspector trasladó a Alex al centro de atención primaria vecino a la comisaría. El médico que la atendió le aseguró que el golpe en la cabeza no revestía gravedad. Alex, en la camilla, apenas pudo transmitirle el malestar agudo que la había invadido. En su cabeza todo lo ocupaban los fluorescentes brillantes del techo. Las manos que le temblaban, su ahogo se convirtieron para el doctor en un trastorno de ansiedad por estrés postraumático. Le administró un calmante y le recetó un somnífero, y ella no se opuso. Solo quería que desapareciera esa sombra que se le tumbaba encima. Morata se había ocupado de llamar a Rita, que al cabo de un cuarto de hora cruzaba la puerta del centro de salud aferrada a su bolso y con el aspecto de quien no se ha mirado al espejo antes de salir de casa.

Para entonces Alex seguía conmocionada, pero había podido incorporarse y estaba sentada en una silla de oficina de una sala de consulta tan blanca que parecía hervida. El efecto de la pastilla era un desapego de sí misma que la hacía verse desde arriba, como si solo fuera un testigo privilegiado de esa escena. La sombra era más transparente. Dedicó a su madre una media sonrisa, incompleta, de mirada confusa.

—¿La han golpeado? ¿La han herido?

Rita acariciaba el pelo de su hija como si le fuera la vida en ello, y hablaba sin mirar a Morata.

—Rita, os voy a acompañar a tu casa. Y allí te contaré los detalles. Tu hija estará bien. No te preocupes. Ahora necesita descansar.

Un rato más tarde, Alex dormía un sueño artificial en casa de su madre. Y Rita, flanqueada por su hermano Ignasi y por Gabriel Morata, no cesaba de llorar mientras entre los tres recomponían un puzle escabroso. Cuando las sombras empezaron a confundirse con la penumbra, el inspector abandonó la casa frente al mar, que ya era azul marino. Se dirigió hacia la comisaría con el corazón encogido y el remordimiento por no haberlo entendido antes.

A Alex la relevaron del caso por su implicación personal, y como estaba de baja por prescripción médica no pudo ni protestar. Sus ánimos tampoco alcanzaban para ello. Los siguientes días los pasó envuelta en una nube interior que se peleaba con las mañanas brillantes que regalaba el verano. No tenía ningunas ganas de salir de casa, pero su madre, sus amigos, su tío Ignasi y el tío Constantí estaban volcados en que lo hiciera. Oficialmente sufría una crisis de ansiedad, solo a los más allegados les confesó el origen de su derrumbe. Fueron días de largas charlas y deliberaciones en el apartamento de Rita, que se tomó vacaciones para estar pendiente de Alex y de sí misma. En la terraza frente al mar hubo siempre una mesa llena de flores y más colores todavía de los habituales, como si su madre quisiera plantar cara a la tristeza y la repulsión por todo lo

que las había rodeado en los últimos años. Alex insistía en no ocultar nada, quería dar a conocer toda la verdad por mucho que fuera vergonzosa para la familia Vidal. Sentía que había sobrevivido, ahora que sabía que la sombra que planeaba sobre ella en sus pesadillas tenía nombre y apellidos. Tenía un ser de carne y hueso a quien odiar, y no esa persistente sensación desagradable e intangible como el olor a grasa de cadáver de la sala de autopsias. Sospechaba que podía no haber sido la única víctima de los abusos de Ricard. Si lo hacía público quizás contribuiría a dar valor a otras personas. Además, Alex se preguntaba qué había pasado todos esos años en el entorno más próximo de un depravado como él, en su familia, con sus hijos.

A veces las fuerzas le flaqueaban y necesitaba tumbarse en la cama y descansar su cuerpo. Como si un tren larguísimo hubiera pasado delante de ella y el último vagón se hubiera llevado algo propio y la dejara vacía, sin aire.

Nuria fue a verla una tarde con una caja de trufas envuelta en un lazo plateado. No le hizo ningún comentario acerca de las palabras de Daniel, pero saltaba a la vista por el tacto con que se refería al caso que sabía qué había sucedido. Le acarició la mano con una ternura excesiva antes de preguntarle si quería saber cómo iba la investigación. Alex asintió, recostada en una tumbona. Su madre mantenía la mirada vigilante al acecho de cualquier dardo que pudiera herir a su hija de nuevo.

Dani Vidal había confesado los cargos cuando vio que no podía defenderse de la versión de su esbirro. Había pasado a disposición judicial, y el juez había decretado su ingreso en prisión por el asesinato de su padre Ricard Vidal. Bonnani no había salido del calabozo y buscaban a Ben Al Hurria en Bélgica. Ellos proseguían la investigación junto a una brigada de patrimonio histórico porque todos olían el dinero de lo que parecía una red organizada de expolio de antigüedades. Los datos que iban descubriendo revelaban un

negocio floreciente y bien armado, con una jerarquía de saqueadores, intermediarios y compradores, en la que Vidal ocupaba un escalafón alto. Las piezas de arte procedían de una ristra de países de Oriente Próximo o el sur de Asia, en los que el caos o las dictaduras corruptas propiciaban la circulación de alijos clandestinos de valor incalculable. Vidal sabía falsificar la documentación, y con ese papel mojado llamaba a las puertas oportunas para vender al mejor postor antigüedades de origen ilegal. Hasta el momento, parecía que solo el hijo menor, Dani, estaba implicado en los expolios. Nuria estaba convencida de que Vidal padre consideraba que sus otros hijos no eran lo bastante astutos para un negocio de este calado y que las ocultaciones y contradicciones de Carlos en sus declaraciones estaban provocadas más por el miedo que por la complicidad. Aún faltaba mucho por investigar, pero todo apuntaba a que en algún momento la confianza se había truncado entre Ricard y Daniel, o hubo alguna mala operación que provocó que el padre necesitara liquidez y se lanzara a malvender patrimonio y antigüedades. Algo había exasperado lo bastante a su hijo menor y cómplice como para decidir acabar con la vida de su padre y encargar a unos sicarios el trabajo sucio. Sus instrucciones se habían seguido al pie de la letra por parte de Bonnani y Ben Al Hurria.

Alex empezó a escuchar a Nuria como si le contara un relato leído de un libro o una revista para entretenerla. No quiso saber los detalles del asesinato de Vidal, no quería sentir compasión por él. Poco a poco, no obstante, quebrantó la distancia de seguridad entre ella y la investigación; la arrastraba una curiosidad que le podía. La pasión de Nuria por el caso era contagiosa.

—Lo más desconcertante, Alex, es que el tráfico de antigüedades se ha prolongado durante décadas. Lo sabemos porque Vidal era tan puntilloso que llevaba un registro de todos los movimientos. Pero esas anotaciones eran cada vez más antiguas. Y eso nos despistó. Aunque esta mañana nos ha llegado un registro…; esto te va a gustar.

Calló durante unos instantes, y Alex se sintió observada. Nuria

quería detectar si se alteraba o despertaba su interés. La sargento bebió un sorbo de café con hielo y se abanicó con ímpetu. Hacía mucho calor y desde el horizonte se acercaban unos nubarrones imponentes. El bochorno se hacía cada vez más denso.

—Sitúate: la investigación de Bruselas, que es la que más rápido avanza. Unos chicos muy majos de patrimonio nos han remitido las transcripciones de unos libros de contabilidad de Gerard Chavrolet, una firma de subastas bastante prestigiosa. Tiene la sede en el barrio de los anticuarios, Sablon. Hay registros de venta de piezas grecorromanas de un tal Salvi Vidal de L'Escala ¡desde 1901! ¿Te lo puedes creer? Y año tras año. Venta tras venta. En esa época no era una práctica ilegal, tengo que estudiarlo, pero la legislación sobre patrimonio es posterior. Los Vidal son una saga, como quien se dedica a la pesca o tiene una granja. Tienen el gen del expolio…

Nuria continuó hablando, cortada a veces por las exclamaciones de incredulidad de Rita, que se dejaba llevar por la conversación. Alex no había dicho nada. Se sentía cansada esa tarde. Miró al mar y vio algunos relámpagos cayendo a lo lejos sobre las olas. El cielo se iba oscureciendo y un rumor lejano anunciaba la tormenta. Era una demostración de fuerza natural que nunca quería perderse. Pero algo más importante la impulsaba.

—Perdonad, tengo que llamar.

—Hija, ¿estás bien?

—Perfectamente, mamá. No os preocupéis, ahora vengo.

Alex entró en su habitación y marcó el número de Jérôme. Hacía demasiados días que no sabía nada de él. Su amigo le enviaba wasaps, pero ella no siempre le respondía y él no insistía.

—Alex, qué alegría oírte.

—Hola, Jérôme. Sé que llamo poco…

—No tienes que decir nada.

—Nuria me acaba de contar algo. Creo que puede ser útil para nuestra Perséfone, perdón, Mateu Mercader.

—¿De qué se trata?

Alex le refirió lo que acababa de saber. Y Jérôme la sorprendió:

—Estamos en ello.
—¿Estamos? ¿Quién? ¿Me has sustituido?
—Contra mi voluntad. Y muy a mi pesar.
—¿Morata?
—El mismo que viste y calza.
—¿Vas a dejar de hablar con frases hechas?
—Veo que ya te encuentras mejor.
—¿Cuándo nos vemos?
—¿Después de la tormenta, en el Medusa?
—Hecho.

La tormenta de verano lanzó goterones furiosos contra L'Escala y removió cabelleras, toldos y ánimos. Se llevó el bochorno asfixiante y todos respiraron mejor. El olor a asfalto quemado dio paso al de pino mojado. Y hubo un engañoso amago de atardecer otoñal que solo duró un rato, para alivio de los veraneantes. En el fondo deseaban volver a sus casas despotricando de esos calores mediterráneos insoportables.

El aire en la calle le supo mejor a Alex que el de la terraza. No era una cuestión de aroma, sino de ligereza. Recorrió el paseo marítimo con alas en los pies. El destino de Mateu Mercader la había sacado de su sopor. El aire refrescado la empujaba. Miraba las caras de las personas con las que se cruzaba e intentaba parecerse a ellos. Aún no era capaz. Sentía que lo que le había pasado la situaba en un territorio diferente al que los demás no podían acceder. Su dolor no era divisible, no lo podía compartir con otros. La había corroído tanto durante esos años, sin ella saberlo, que creía irrecuperable su sonrisa. Bajo las nubes aposentadas sobre L'Escala se sentía mejor.

Apenas cruzó el umbral del Medusa sintió encima el abrazo de oso de Diego. Alex intentó zafarse, pero el forcejeo no hacía más que llamar la atención de la clientela. Lo último que quería era que la miraran. En el rincón más apartado, delante de una mesa baja, Jérôme charlaba en voz baja con Morata frente a un zumo de piña y

un *gin-tonic*. Ambos se levantaron de sus butacas al unísono cuando la vieron.

—Dos autoridades que se levantan ante mi presencia… —los saludó con voz suave y media sonrisa. No le extrañó la presencia de Morata.

Vio en sus miradas la misma conmiseración que captaba en las de todo su entorno.

—Cuánto honor…

—El honor es nuestro, querida Alexandra —contestó Gabriel Morata mientras le daba dos besos.

—Sois el equipo de oro…

—Si lo dices por la edad, es acertado. Si es una valoración cualitativa, te diré que sin ti nos quedamos en la plata —dijo Jérôme.

—¿Vais a dejar de hacerme la rosca?

Y se sentó en uno de los sillones bajos con la curiosidad recién despertada. Instados por Alex, los dos hombres fueron directos al grano para ponerla al día de las pesquisas que ahora hacían a dúo. Le refirieron que habían recogido los perfiles de ADN de las hermanas Gavalda, que intrigadas por el desenlace se habían prestado sin dudar a facilitar la muestra, y cómo la visita a los Comellas había levantado tanto desconcierto entre la familia que casi acaba en un sainete cuando sus miembros empezaron a discutir entre ellos para defender la honorabilidad de sus antepasados. Alex hizo un esfuerzo por imaginarse la situación tal y como se la referían. Su jefe habría desplegado toda su paciencia, sentado con formalidad frente a varios sobrinos, nietos e incluso un hijo de los Comellas que investigaban: Raimon y Joan. Morata, le dijo, tuvo que apelar una y otra vez a un sentido cívico de buenos vecinos. Alex se lo imaginaba con su rostro solemne de las grandes ocasiones, moviendo la mano con ampulosidad como si quisiera mostrar así su grandeza, sin desfallecer ante los rostros escépticos de los parientes Comellas que no cesaban de sumarse en la casa familiar. Cuando ya estaban delante de ocho personas, encendidas en sus propias

discusiones, Jérôme decidió intervenir. Y lo hizo con contundencia a tenor de la narración del inspector.

—Y cuando yo ya estaba a punto de tirar la toalla, Jérôme, apoltronado en un banco de madera junto a la pared detrás de mí, les suelta: «Por la disposición número 5/683 de la Ley de Enjuiciamiento Criminal en su apéndice tercero están obligados o se les puede acusar de entorpecimiento de investigación. ¿Creen que vale la pena por un poco de saliva?».

Y Morata estalló en unas carcajadas a las que Alex no estaba nada acostumbrada, que llegaban del fondo de su pecho casi como una tos. Lo miró extrañada mientras en sus labios una sonrisa empezaba a dibujarse.

—Pero, Jérôme, eso te lo has inventado.

—¿Quién va a leerse vuestra LECrim para comprobarlo?

Morata le refirió que la muestra conseguida al instante se había añadido a las de la familia Vidal y la familia Gavalda en el Instituto de Toxicología de Barcelona. Los peritos forenses habían podido extraer el ADN mitocondrial del diente y así establecer la relación de parentesco entre su propietario y sus descendientes. Vidal había sido descartado. La noticia decepcionó a Alex. Con las Gavalda tampoco había coincidencias.

—En cambio, la coincidencia con los Comellas es del noventa y nueve por ciento. Para entendernos, es un diente Comellas —dijo Morata, secándose el sudor después de su ataque de risa—. No estabas equivocada, Sabell.

—El Vidal joven nos ha dado un patrón: ellos no se manchan las manos de sangre —dijo Jérôme al tiempo que apuraba su zumo.

—Entonces, podría ser que los Comellas, como tantos otros en la época, fueran saqueadores a sueldo de Vidal, que se aprovechaba de su acceso a las ruinas.

—Quizás Mercader era también su cómplice y pelearon por el botín.

—¡No! Mercader seguro que no. Tenía que ser un buen hombre.

—No tenemos pruebas de ello —alegó Morata.

—El jefe de la excavación, Gavalda, un hombre de honestidad contrastada, se entiende a las mil maravillas con él. No creo que pudiera engañarle mucho tiempo.

Jérôme había leído lo suficiente para conocer a fondo al arqueólogo de Empúries. Él tenía otra hipótesis:

—Me inclino a pensar que Mateu Mercader estaba, junto a Gavalda, en otro bando, el de los que protegían el yacimiento de los expoliadores. No sería de extrañar que pillara *in fraganti* a un saqueador, llámale Comellas, quisiera tomar la justicia por su mano y se enzarzaran en una pelea que acabó así de trágica.

—¡Pero parecen amigos en las fotografías!

—Las apariencias engañan. Me dijisteis que se habían cometido varios robos, ¿verdad? Quizá solo querían información, o una coartada, o rompieron después, cuando Mercader descubrió la verdad. Quién sabe… —concluyó Morata.

—¿Lo saben los Comellas?

—No. Estos resultados me han llegado esta mañana. Yo había citado a Tolbert para contárselo. Y has aparecido tú.

Alex miró a Jérôme, que se entretenía en desmenuzar una servilleta de papel como si no le hubieran mencionado. Impulsiva, lanzó:

—¿Y si vamos ahora a comunicárselo a la familia Comellas? Es temprano todavía.

Los turistas alemanes y holandeses apuraban ya sus postres y se pasaban a la cerveza vespertina, pero todavía quedaba una hora para que los locales se sentaran a cenar. La mirada de Morata le preguntaba si estaba en condiciones para emociones fuertes. Ella iba a responder, pero Jérôme se adelantó:

—¡Diego! Cóbrame, que nos vamos. Tenemos algo importante que hacer.

Siete minutos más tarde entraban en un edificio de tres pisos junto a la nave avejentada donde los Comellas regían el negocio familiar. En

la casa vivían tres descendientes de los sospechosos del asesinato de Mateu Mercader. Un hijo de Joan Comellas y dos de sus nietos con su prole respectiva. Cuando les abrió la puerta el hijo, que también se llamaba Joan, Alex pudo ver a un hombre que tendría unos noventa años, pero todavía bajaba a diario a la nave para llenar su vida. Tenía las piernas cortas y el tronco orondo, y llevaba una camisa cuyos botones cerraban con dificultad. Su escaso pelo cano lo peinaba hacia atrás domado con una capa de algo grasiento. Su mujer, atenta detrás de él cuando les franqueó la entrada, lo superaba en altura, en juventud y en ganas de hablar.

Les ofrecieron entrar al salón, en el que se agolpaban los recuerdos de toda una vida y las labores de varias más. Una mesa camilla recogía más de veinte fotos familiares con hombres, mujeres y niños en momentos solemnes de su vida. Por el pasillo Morata avisó a sus colegas:

—Dejadme hablar a mí.

Alex y Jérôme se sentaron obedientes y el inspector desplegó toda la delicadeza de la que fue capaz para revelarles que todo apuntaba a que alguien de su familia había estado envuelto en un asesinato cien años atrás. Morata se acariciaba las canas mientras les explicaba el procedimiento técnico de análisis para mitigar el impacto de la noticia. No pudo contrarrestar la convicción de Joan Comellas.

—Mi padre era un hombre cabal, honesto y cabal. Así nos enseñó a nosotros. No haría algo así y predicaría lo contrario, ¿no? Eso se nota. Digo yo.

—Y si tanto hubiera robado, nosotros viviríamos más holgados, se lo aseguro —le apoyó su mujer.

Alex notaba la incredulidad del matrimonio en la rigidez de su gesto. Joan apretó los labios con terquedad. Los miraba desde unos ojos verdes que ya no querían saber más. No quería alargar ese episodio surrealista de su vida. Su mujer, Paulina, en cambio, negaba con la cabeza, como si conversara consigo misma.

—Eso sería tu tío Raimon, que era un granuja.

Sin mediar otra palabra se levantó y salió del salón con la cabeza alta y paso decidido. Tras unos segundos de silencio incómodo, en los que nadie encontró nada que decir, la mujer reapareció con un álbum de fotos de piel verde, con las esquinas deterioradas por el uso, que parecía soportar el peso de décadas.

—Lo que yo te diga, Joan. —Y se giró hacia a sus visitantes para añadir—: Mi marido no se lo va a decir, porque no le gusta airear trapos sucios, pero a estas alturas ya da igual. Y yo lo que no voy a permitir es que se manche la memoria de mi suegro, que yo lo quería como a un padre. Nos ayudó todo lo que pudo y más. Y aguantó todo y más de su hermano.

Paulina no paró de buscar entre las fotografías pegadas sobre cartulina negra que se sucedían en el álbum hasta que se detuvo en dos páginas en las que había hasta diez imágenes con los filos recortados. Medían unos diez por cinco centímetros. Todas las cabezas salvo la de Joan, que dejaba hacer a su esposa, se acercaron. Morata sacó sus gafas de presbicia y examinó las que señalaba la nuera de Joan Comellas.

—Este es Raimon. Yo solo lo he conocido por foto. Se marchó con veintidós años a Argentina. A triunfar, decía él. No le gustaba la pesca y aquí todos estaban enganchados al mar, a la fuerza ahorcan, ya les digo yo que, por gusto, ninguno. Pero ¿qué vas a hacer? Suerte tenían que los contrataban en las ruinas en verano.

—Y se fue a Argentina…

—Sí, señor, y de un día para otro, que por poco no se despide ni de su madre. Se conoce que no tuvo agallas. Qué disgusto tuvo la pobre. Y sí, sí, nos decía que triunfaba, y venga a enviar fotos: que si estoy en Mar del Plata, que si Buenos Aires, que si me he casado con una porteña de esas, que si me va muy bien. Pero aquí nunca envió ni un real, ¿me entiende? Ni cuando la guerra, que aquí las pasaron canutas. ¿Eso es un hermano? ¡Qué quiere que le diga!

Alex se acercó tanto como pudo. Jérôme había sacado una lupa de un bolsillo que ella miró atónita. Él se encogió de hombros en un gesto que le decía: «Me he acostumbrado a llevarla encima». Había

una imagen en la que se veía una pareja vestida a la moda de los años veinte. Ambos tocados con sombrero, y a pesar de su sombra se adivinaban unos ojos claros en el semblante circunspecto del hombre. Ella, con un vestido veraniego y sonriendo, agarraba a Raimon Comellas con ambos brazos. Se notaba que la fotografía era un posado muy formal. Jerôme les señaló la pulsera que lucía en su antebrazo desnudo. Alex se desconcertó, la había visto antes y no recordaba dónde. Al ver la mirada cómplice de Jérôme lo entendió: era muy similar al brazalete que habían robado semanas atrás en Empúries. El excomisario pareció entenderla.

—Solo digo que es de la misma época. Puede haber más de uno…

Un regalo valioso para una flamante recién casada: un brazalete helénico que Raimon se llevó consigo al otro lado del Atlántico. Algo que un peón como él no podía comprar.

Las figuras eran minúsculas y costaba distinguir los detalles. En otra aparecían en traje de baño, algo más mayores, también más desinhibidos e informales, mirando cada uno hacia un lado, encaramados a una roca. En una más aparecía Raimon solo, con una escopeta que sujetaba con el brazo izquierdo, en un paraje desolado. Y Alex se detuvo en otra en la que aparecía la misma pareja, sentados a una mesa puesta con profusión de platos y cubiertos, brindando con sendas copas de champán. Ambos estaban felices y esta vez también Raimon sonreía, con una expresión divertida, llena de desparpajo, con la boca abierta y, en medio de la dentadura, un agujero donde debería haber un diente canino. Alex levantó la vista, miró a Joan Comellas y dijo:

—No se preocupe, señor Comellas, su padre no fue un asesino.

No necesitaban más. Y los Comellas tampoco. Todos tenían ganas de cerrar esa ventana del pasado, y echar los postigos. El anciano los acompañó hasta el zaguán por el largo pasillo:

—Mi tío Raimon quizá era un crápula en su juventud, algo malcarado quizás sí. No se callaba nada. Pero no era un mal chico. Las últimas semanas antes de irse, las últimas que mi padre pasó con él, contaba que perdió su descaro y su alegría y se volvió

taciturno. Estaba apesadumbrado por algo. Y luego esa desaparición, tan repentina. Nadie la entendió nunca. Les diré una cosa: mi tío Raimon no quería ir a Argentina, de eso mi familia estaba muy segura. No le gustaba navegar, sentía apego por esta tierra. Huyó, y nunca supimos de qué. Salió por patas con la ayuda de un señor del pueblo, un Vidal de la salazón, que le dio unas cartas de recomendación para amigos suyos allí. Don Salvi siempre nos decía que teníamos que estar orgullosos de tener un pariente triunfando en América. Mi abuela nunca le perdonó que ayudara a mi tío a irse tan lejos. Y ahora igual ustedes han llegado con la respuesta. Un siglo más tarde. ¿Qué tengo que hacer yo con ella?

Alex salió de la casa con una profunda pena, y a la vez con el alivio de la certeza. Pensaba que era otra vida destrozada por un Vidal, que, con toda probabilidad, salió del percance sin despeinarse. Un robo encargado a Raimon Comellas por Salvi Vidal, sorprendido *in fraganti* por Mateu Mercader; una delación a la Junta de Museos que había que detener a toda costa, una pelea fortuita entre Raimon y Mateu, quizás, o un asesinato para silenciarlo; un cadáver que ocultar. Un peón convertido en brazo ejecutor criminal al que sacan de escena, al que compran su silencio para que no delate al empresario. Y una víctima, el arqueólogo idealista Mateu Mercader, a quien se le atribuye un robo que no ha cometido. Lo convierten en culpable a los ojos de todo el mundo, hasta el punto de eliminarle de una fotografía a instancias de un consistorio que acata la versión del prohombre poderoso. Conviene reconstruir la historia para demostrar que no quieren saber nada de un ladrón. Salvi Vidal se queda con el botín exento de culpa, continúa su expolio y aumenta su patrimonio ante la impotencia de los miembros de la Junta de Museos. Seguramente Gavalda nunca pudo probar la inocencia de Mateu. Y tuvo que cargar con la duda y el desespero de su hija menor.

—Salvi Vidal consiguió el crimen perfecto.

—No, Alex, lo hemos resuelto.

—¿De qué sirve cien años después?

—Tú lo dijiste, para restituir el honor de Mateu Mercader. Al menos para eso. Y también porque, al final, a los Vidal también los golpea la vida. Se acaban devorando entre ellos.

—Y cuánto han dejado en las cunetas —replicó Alex, obstinada, a Jérôme. Este no supo hacer otra cosa que rodearle la espalda con el brazo y decirle:

—Es hora de irse a casa Alex. ¿Nos invitas a cenar a tu jefe y a mí?

—Me temo que tendremos que recurrir a mi madre.

—Mejor —contestó Morata.

Aquella noche, en el apartamento de Rita frente al mar, los cuatro brindaron por la memoria de Mateu Mercader, el joven arqueólogo que quería cambiar el mundo y murió por ello. Rita vio por primera vez la sonrisa entera de su hija y durmió tranquila. La luna ya estaba muy alta cuando Gabriel Morata se fue a casa, con la impresión de que las aguas volvían a su cauce en ese hogar. Alex y Jérôme seguían charlando en la terraza. Quedaban tres días para que el excomisario volviera a París. Al día siguiente se celebraba la clausura del curso, y Alex le había prometido asistir por mucho que a él el acto le resultara indiferente. Era su forma de agradecerle que se hubiera puesto a su lado en la investigación. Aprovechó que cogía otra botella de zumo de la nevera para pasar por su habitación. Al volver, al tiempo que se sentaba frente a su interlocutor, dejó sobre la mesa una concha anaranjada con un ápice violeta y manchas blancas en la base; tenía una abertura ancha y honda. Jérôme la cogió. Se alojaba bien en el hueco de la palma de su mano.

—Es una *Natica stellata*. Bastante rara. Del Pacífico. Es para ti. La puedes llevar mañana en tu graduación para que te dé suerte.

—No necesito suerte para mañana y lo sabes. Pero me gusta porque viene de ti. La llevaré siempre en el bolsillo. Hasta que me lo agujeree.

Jérôme siguió con la concha en la mano, y apretó los labios.

Pasaron los segundos. Ya no llegaban voces de las terrazas de los bares del paseo. Los grillos se habían adueñado de la noche. Marcaban el ritmo a las estrellas desplegadas por el firmamento. Él se levantó a su vez y fue hasta el recibidor de la casa, donde había dejado una bolsa. De ella extrajo un sobre de papel de embalar que contenía un bulto.

—¿Es un regalo?

—Ábrelo.

Alex rasgó el papel y, envuelto en papel de seda, apareció el brazalete que había visto publicado en la prensa, el brazalete robado, tan parecido al que llevaba la esposa de Raimon Comellas en la fotografía que habían visto horas antes. Se apreciaba con claridad la forma de serpiente y su cabeza estaba labrada. Era una joya tosca, con irregularidades en su relieve. Y aun así, sofisticada y preciosa. La tenía entre sus manos, la examinaba, y le costaba reprimir la tentación de ponérsela. Alex no entendía nada.

—Me gustaría regalártela. Pero es para que la entregues a la policía. De hecho, la estoy entregando a la policía.

—¿Cómo? ¿Quién?

—Ha sido un caso muy aburrido. Un robo muy burdo, sin misterio. Un capricho de una arqueóloga con ínfulas de coleccionista. No tuve más que registrar un par de cajones el día que, ingenua de ella, me invitó a cenar a su casa.

—¿Has tenido un lío con ella para delatarla?

—No ha llegado a tanto. Acudí a la cita por necesidades del servicio, y no pasé del postre. Estaba demasiado ocupado investigando contigo para tener otras obligaciones.

Jérôme concluyó, agarró su vaso y se sirvió más zumo. Lo apuró y se quedó en silencio. Miraba hacia el mar, el vaso giraba entre sus manos. Alex lo miraba a él, con obstinación. Dudaba.

Jérôme se levantó.

—Me voy a tener que ir, si no, al final me quedaré a dormir aquí. Y no querría asustar a tu madre por la mañana.

—Claro. Mejor otro día…

Se despidieron en la puerta, e intercambiaron besos mal dirigidos en las mejillas. Rieron con apuro, con aire de despedida próxima.

—Te repito que no tienes por qué venir mañana.

—Iré.

Jérôme la saludó con la mano desde la calle y se perdió por el paseo. A Alex le pareció que andaba más despreocupado, con menos peso. Se quedó asomada al mar. Reparó en el brazalete que estaba sobre la mesa, lo cogió y se lo puso. Quiso sentir en su muñeca el tacto de los siglos, el peso de la historia, el mordisco de la serpiente. Aunque solo fuera por un minuto. Se cruzó de brazos para protegerse del relente, y pensó en la cara que pondría la sargento Cortal al día siguiente cuando apareciera en comisaría para entregar el brazalete. Iría cuando la luna creciente estuviera todavía en el cielo. No sabía si algún día formaría parte de la policía judicial como aspiraba. Fuera como fuese, suspiró resuelta, su próximo caso por resolver iba a ser el más importante de su vida. Ya sabía el nombre de la persona a la que tenía que investigar. Y llevaba su mismo apellido.

Agradecimientos

Las lagunas de conocimiento en ámbitos forenses y criminalísticos han sido resueltas con eficacia y generosidad por expertos y especialistas. Alicia Bofarull me ayudó con sus conocimientos y experiencia en criminalística y antropología biológica. También Claudina Vidal Gutiérrez e Ignasi Galtés, ambos médicos forenses del Institut de Medicina Legal i Ciències Forenses de Catalunya (IMLCFC), atendieron mis consultas y revisaron partes del texto.

Carol Espona, periodista especializada en asuntos judiciales y policiales, resolvió mis dudas sobre esos ámbitos, que ella domina. Y Gemma Soriano fue de una ayuda inestimable con su valiosa agenda —¡ay!, las agendas de los periodistas— y sus aportaciones concretas.

La arqueóloga Gemma Caballé me transmitió su pasión por esta disciplina, y también unas cuantas informaciones imprescindibles para construir el mundo de Mercader y Gavalda.

Miquela Forteza, historiadora del arte, me regaló unas valiosas conversaciones sobre patrimonio artístico.

Estar en manos de la editorial Siruela es un privilegio. Julio Guerrero me dio su confianza inmediata, Natalia Zarco ha hecho de la corrección del texto una experiencia enriquecedora y, además, divertida. La profesionalidad y eficacia de todo el equipo me dan la tranquilidad de saber que el libro está cuidado.

Marta Nin, Anna Solana y Carmen Fernández Villalba son mis lectoras de referencia: su visión y comentarios están reflejados de alguna manera en el manuscrito.

Toni Iturbe, también lector y crítico de la novela, merece capítulo aparte porque su insistencia sostenida y su asesoramiento me dieron ese impulso necesario para llegar a la publicación.

Keka Pignatelli me acogió en su casa para que arrancara este viaje

literario con la concentración y el aislamiento necesarios que requirieron sus primeras páginas.

Amigas y amigos me han acompañado en el proceso: una conversación, una vivencia, sin ellos saberlo, se han sumado al engranaje complejo de la novela.

Y un agradecimiento infinito a mi pequeña familia, que entiende esta vocación y la apoya con gestos silenciosos y discretos; de lo contrario, escribir me sería muy difícil. En especial a Eduardo, lector, corrector, apoyo logístico y emocional, quien crea ese espacio imprescindible a mi alrededor para que pueda hacer de la literatura un lugar donde vivir.